

Datos del libro

Autor: Projánov, Alexandr

ISBN: 9789506500115

Generado con: QualityEbook v0.62

Del autor

NO pensaba ser escritor, sino ingeniero de aviación. Pero un día, mientras repasaba mentalmente las peripecias de mi vida, sentí la imperiosa necesidad de ahondar en todos esos acontecimientos y de trasladarlos al papel.

Mi obra —al menos así la concibo yo— es un ininterrumpido reportaje, que va de un libro a otro, acerca de mí mismo, en contacto con las vidas de otros y con diversas colisiones sociales y políticas. Un reportaje escrito sobre la marcha, que se refiere a un espacio y un tiempo únicos, y ese tiempo es la época en que vivimos. Mi primer libro se tituló *Emprendo mi camino*. Es una colección de relatos y cuentos sobre la aldea rusa, con su colorido folklórico, cuya belleza se proyecta hacia el pasado y que ha engendrado toda una tendencia en la cultura moderna: en la música, la pintura y la literatura.

Mi trabajo como corresponsal de *Literatúrnaia Gazeta*, mis viajes a la Siberia industrial, a las guarniciones militares, a la región cerealera de las tierras vírgenes, la necesidad de profundizar en la política y la economía provocaron un profundo viraje de mis inquietudes de lo pasado, de lo que fue, a lo actual, a los temas relacionados con el presente y el futuro.

En el ciclo de novelas *Es mediodía*, *La rosa nómada*, *Lugar de la acción* y *Ciudad eterna* hablo de la sociedad soviética contemporánea, de los nudos de tensión, de la asimilación filosófica de los espacios así como de los hombres que asumen la responsabilidad de comprender este siglo, la responsabilidad de las grandes realizaciones.

El tipo de hombre que construye la llameante máquina de la civilización contemporánea, ese hombre en el que se conjugan la solidaridad, los sueños de inmortalidad y la veneración por sus antepasados es caro a mis sentimientos y pasa en mi obra de unos libros a otros, adoptando la figura de un arquitecto futurólogo que construye la Ciudad del Porvenir, o la del director de un complejo industrial que se levanta sobre los pantanos de Siberia, o la de un

especialista en geografía económica que proyecta la “máquina de los espacios y los husos horarios”.

El protagonista de mi nueva novela, *El árbol en el centro de Kabul*, es también uno de esos hombres, animado por valores espirituales y un desvelo permanente por la paz, el bien, la fraternidad y el amor, cuya afirmación busca en medio de los combates y la muerte.

La novela está basada en mis impresiones y vivencias en Afganistán, adonde fui enviado en dos oportunidades por *Literatúrnaia Gazeta*. Las páginas de mi libreta de notas, escritas al correr de la pluma en mi habitación de un hotel de Kabul, sobre el blindaje de un transporte militar y mientras marchábamos a lomo de camello por el desierto de Registán, constituyeron el material de una serie de reportajes. Luego, después de “decantarse” —aunque no por demasiado tiempo— en mi mesa de trabajo en Moscú, se convirtieron en esta novela.

Capítulo 1

LEJOS, tras las grávidas aguas del Amú Dariá, por entre las grúas del puerto de Termez, se veían las onduladas y rojizas tierras de Afganistán, con las hierbas quemadas por los fríos invernales, las colinas y las estribaciones de los montes cubiertos de escarcha, chispeando a la luz del sol: era una tierra extraña, que nunca había visto antes. En Termez rechinaba y chirriaba el metal, crujían los rieles, rodaban veloces los trenes sucios de mazut, se veían bloques de *containers* de diversos colores. Apartando la mirada del río en crecida, que una rápida barcaza de motor surcaba a lo lejos, Vólkov observaba una y otra vez las hileras de tractores, azules y esbeltos, inmóviles en el muelle de hormigón. Se alzaba allí una tribuna, adornada con flores y banderas, levantada de prisa, y él procuraba también grabarla en su memoria, tratando de describir mentalmente la abigarrada muchedumbre. *Tiubeteikas** albornoces, ropas de trabajo, caras rusas y uzbekas. Los músicos, cansados de tocar, habían dejado en el suelo sus abollados cobres, que refulgían a la luz del sol. Unas chicas vestidas de seda habían terminado de bailar, de girar, y reían quedamente. Todos estaban a la vista, excitados, prestos a pronunciar discursos de despedida, y tenían puesta la mirada en las filas de máquinas azules con sus faros como grandes ojos dirigidos hacia el río, hacia la tierra extraña por la que habían de marchar hacia los desconocidos campos que las estaban esperando.

Vólkov veía que Nil Timoféevich Lá dov, el ingeniero especialista en mejoramiento, que había de acompañar los tractores a las aldeas afganas, estaba nervioso y deslizaba las palmas de las manos por la barandilla de la tribuna. Su lleno y sencillo semblante expresaba expectación; ya miraba hacia las máquinas, como para contarlas, ya ponía los ojos en la orilla afgana, en el otro lado del río, en la anhelada

e inquietante lontananza. Una pequeña gaviota invernal, deslizándose a través del estruendo del puerto, voló fugaz sobre su cabeza.

También estaba allí Saíd Ismaíl, un comunista de Kabul que asistía al mitin de amistad: cara bronceada, de ojos grandes y de inquietos y blandos labios. El afgano miraba feliz las hileras de tractores y no podía apartar los ojos de los refulgentes cristales y del acero pintado de vivo azul. Se inclinaba hacia Nil Timoféevich y le decía algo, señalando con su bronceado dedo hacia el río. Nil Timoféevich le contestaba.

Había también allí un viejo uzbeko cuyo cuerpo, enfundado en un albornoz a rayas, parecía frágil como un tallo hueco. Su vida, pronta a interrumpirse, a desaparecer, se mantenía sujeta a un débil y seco pedúnculo presto a partirse, y el anciano oía a través de su modorra las altas voces de los oradores y el ruido de los motores y los panderos; le dolía sordamente una vieja herida que le causara la bala de un *basmach**

A su lado se erguía el presidente del koljós, abombando su musculoso pecho cuajado de condecoraciones, con una diminuta *tiubeteika* rematando su cabeza de pelo negro como el carbón. Había acudido al mitin, invitado como representante de la empresa agrícola cooperativa más cercana que descansaba después de haber recogido el algodón. En el parque de máquinas agrícolas estaban reparando las cosechadoras, desajustadas después de la recolección. El agua del canal corría por regueros revestidos de hormigón y saciaba la sed de la tierra agotada por el parto. Volaba un avión, esparciendo el blanco polvo de los fertilizantes. Habían puesto en explotación una nueva estación de bombeo: las enormes bombas funcionaban ruidosamente, impulsando hacia la estepa la amarillenta agua del Amú Dariá. En todo eso pensaba en aquellos instantes el presidente y procuraba imaginarse cómo vivirían los labriegos desconocidos a quienes enviaban aquellos tractores; cómo vivirían y cómo querrían vivir.

Nil Timofeevich fue el primero en hacer uso de la palabra. Su discurso, torpe —encontraba con dificultad las palabras y sus ademanes resultaban exagerados—, hablaba del regalo hecho de todo corazón. Se refería a quienes habían hecho aquellos tractores: extraído el hierro de las entrañas de la tierra, fundido, forjado y desbastado el acero y montado las máquinas, vertiendo en ellas su destreza, su buena voluntad, todo lo mejor de sus almas. Nil Timofeevich terminó su discurso e hizo una reverencia algo torpe, de un hombre no habituado a las tribunas, Vólkov miraba su rostro turbado, mientras la gaviota blanca, deslizándose por entre las grúas, de nuevo voló fugaz sobre la cabeza del ingeniero.

El segundo orador fue Said Ismail. Las palabras que salían de debajo de su negro bigote sonaban como si utilizara un megáfono y hablaban de su pueblo, que no quería vivir arrodillado, del comienzo del camino que su pueblo había emprendido para conquistar el pan y la justicia, como lo hiciera otrora el gran pueblo vecino. Sí, los dos pueblos hermanos marchaban ya por una misma senda, uno delante, y el otro dando en ella sus primeros pasos. El que iba delante había vuelto la cabeza y tendido la mano al hermano, que la estrechaba y aceptaba el regalo: los tractores. Said Ismail se llevó la mano al corazón, como lo hacen los musulmanes, y luego la levantó, apretando el puño. Vólkov comprendía qué Said ardía en deseos de volver al otro lado del río, donde lo esperaba un cúmulo de tareas y desvelos, hasta la vejez misma, hasta que su pelo encaneciera, y sentía que entre aquel afgano y él se establecían unos lazos todavía vagos, todavía sin nombre, pero que seguramente serían perdurables. El mismo se hallaba, junto con el otro, al comienzo de su camino. No sabía cómo lo recorrería, como lo terminaría, cómo se encontraría con aquel hombre en el país de tierra rojiza que se extendía al otro lado del río.

El presidente terminó de hablar. Sus propios aplausos apenas si se oyeron. Los músicos llenaron de aire sus pulmones y levantaron sus cobres, que resplandecían al sol. Se oyeron los tambores y los

panderos. Les respondieron las locomotoras Diesel y las grúas. Las jóvenes, agitando como llamas las mangas de sus vestidos, dieron comienzo a una danza. Y todos se dirigieron hacia los tractores. Abrieron el capó del delantero y sobre el metal pintado de azul escribieron, mojando un pincel en una lata de pintura roja, la palabra “amistad”, bajo la cual estamparon sus firmas todos: Nil Timoféevich, Said Ismail, el director y un obrero portuario. Fue como si hubieran escrito una carta a los que esperaban los tractores en las lejanas tierras desconocidas...

En su habitación del hotel en Kabul, Vólkov, mientras hacía anotaciones en su agenda, recordaba el reciente mitin en Termez; pensó en que los tractores estarían rodando por túneles y montañas y sintió el deseo de volver a verlos.

En la calle, un policía con grandes guantes de anchos puños movía los brazos. Un Ford cargado de bultos, que parecía un elefante adornado para un desfile, obstruía el cruce. Esquivándolo, rodaban carritos de dos ruedas empujados por musculosos hazaras con el torso desnudo. Bajo los árboles se movía apresurado un abigarrado gentío de ondulantes ropas, que voceaba arrastrando los pies y llevando bandejas con cigarrillos y maníes. Se veía la mancha oscura de la muralla almenada del Palacio de la República, con una pequeña bandera roja. Y sobre todo aquello fulgía, como si sonriera mostrando una blanca dentadura, la mole de un glaciar.

Vólkov salió de la habitación. Vio que el camarero de guardia extendía una pequeña alfombra en un apartado rincón y oraba, invocando a Alá, alzadas las manos, inclinado adelante su flaco y ágil cuerpo. En el vestíbulo de la planta baja, el recepcionista y el portero, lo observaron con la cabeza gacha mientras se dirigía a la vitrina donde estaba el último número del *Kabul Neto Times* y leía rápidamente noticias locales y del exterior.

Tras el mostrador de la oficina de turismo negreaba la brillante

melena de una joven peinada con raya en medio.

—Buenos días —dijo Vólkov, saludando a la joven—, ¿Todo sigue vacío? Se ve que los turistas no tienen prisa en venir.

—Mucho me temo que no venga ninguno —sonrió quejosa la muchacha. Su inglés, aunque tímido, era correcto. Sus ojos, húmedos, miraban como culpables, y toda ella parecía aterida—. He oído decir que en la carretera de Jalalabad han vuelto a incendiar un autobús...

—¿Podría ver un mapa turístico? Es posible que tenga que hacer un viaje.

La joven le tendió un mapa de Afganistán con un pequeño escudo de la república. Cuando Vólkov estaba examinando la provincia de Badakhshán, que limitaba con China y Cachemira, donde quería visitar las minas de lapislázuli, y Nangarhar, valle subtropical con plantaciones de cítricos, oyó unas sonoras voces que llegaban de las escaleras. Las reconoció: eran sus vecinos, unos especialistas soviéticos que trabajaban por contrato en Kabul. Se alegró de su aparición a aquella hora de la mañana, que le hizo recordar los ya lejanos días en que aterrizaba en una u otra ciudad desconocida, y, apenas había dejado su leve equipaje en el hotel, se apresuraba a buscar un coche para visitar un sovjós* de las tierras vírgenes o alguna fábrica que se estaba levantando en un rincón perdido. Dio unos pasos hacia sus compatriotas, y su mirada se posó en la corpulenta figura de Ládov.

—¡Nil Timoféevich! Hace poco lo recordé. ¡No hay forma de verlo! —Se habían encontrado la víspera en el Ministerio de Agricultura, por unos segundos, y Vólkov quería pedirle detalles sobre la marcha de las conversaciones con los afganos y sobre el movimiento de los tractores hacia el Sur—. ¿Dónde están ahora sus columnas?

Ládov tomó de manos de Vólkov el mapa, lo desplegó y dijo,

señalando con el dedo: —Una va hacia Herat y se encuentra más o menos aquí. Otra se dirige hacia Kunduz y Lagman y debe estar por aquí. La tercera ha llegado a Kabul. Debo confesarle que estaba preocupado: transmitieron que en Salang estaba nevando y las ventiscas habían obstruido las carreteras. Pero las máquinas sé portaron muy bien y pasaron el puerto. Llegaron ayer. Todas sin novedad. Y tan azules como eran. Saldrán para Jalalabad mañana mismo. Deben llegar a tiempo para la siembra.

—Pasado mañana salgo yo para Jalalabad. Les daré alcance allí. ¿Usted no vuela?

—No puedo, de ninguna manera —Ládov meneó la cabeza—. Tengo un montón de asuntos urgentes que resolver. Para mí era muy importante venir a Kabul. Pronto empieza el congreso nacional de los campesinos. Se proclamará un vasto programa: extensión de la reforma agraria, mejoramiento, irrigación de los desiertos... ¡Venga luego a mi habitación! He invitado a todos estos amigos.

Nil Timoféevich volvió alegremente hacia sus acompañantes su rostro de ojos azules.

—Nil Timoféevich ofrece mañana una cena y nos tratará a cuerpo de rey... ¡La cosa no es para menos, los tractores han pasado el puerto de Salang! —explicó, sonriente, un cetrino tadjhiko de Dushanbé.

Se dirigieron en tropel, pasando ante Vólkov, hacia la salida, donde los esperaban coches con representantes de las instituciones de Kabul. Vólkov oyó saludos, exclamaciones y el rugir de los motores.

—Preste más atención a la máquina de escribir inglesa: no marca bien la “b” —sonó una voz agria y descontenta.

Pasaron junto a él un empleado de la embajada soviética y, a su lado con los ojos bajos, una joven, su mecanógrafa o su secretaria, vestida de cuero acharolado muy ceñido al cuerpo. Vólkov sintió en la

cara la suave ráfaga que provocó al pasar el pelo de la mujer y la siguió con la mirada unos segundos. Pensó con irritación: “¡Parece envuelta en papel celofán! ¡Una muñeca!” Vio que subían a un ancho y bajo Chevrolet, que salió por la puerta cochera del hotel, parpadeantes sus luces de señales.

El pequeño jardín ubicado detrás del hotel estaba bañado de viva luz solar, y en él todo había adquirido un matiz rosado y fulgía envuelto en emanaciones azulinas. Sobre los rosados arbustos y los transparentes y achaparrados árboles se alzaba un corpulento plátano oriental de torcidas ramas, que parecían apresar la azul bóveda celeste, el glaciar de la montaña y las casitas de la Ciudad Vieja. Sus poderosos brazos de madera ceñían a todo Kabul. Bajo el plátano había dos ancianos sentados en una desteñida alfombra: tomaban en pequeños cuencos té de una tetera cubierta con un guardacalor. El corpulento plátano, los dibujos de la alfombra y los dos sabios varones que departían en el centro mismo del soleado Kabul hicieron que Vólkov sintiera por un instante una alegría ingrávida, semejante a una corazonada, que no había experimentado desde sus mocedades.

Su Toyota azul se hallaba en el patio del hotel. Vólkov lo puso en marcha, observando cuán rápidamente se derretía la escarcha en el capó. Al cruzar la puerta cochera, saludó con la cabeza al centinela, armado de una metralleta, y se confundió con el animado tráfico, que lo envolvió en las voces de los claxons y las señales. La ciudad lo miraba con el brillo de sus azulejos y cristales, con los rótulos de latón de las incontables tiendas y con las casuchas —parecían hechas por alfareros— que se alejaban hacia los montes. Lo seguía, como una pequeña hoz, la media luna de plata de una mezquita.

*

La conferencia de prensa tuvo lugar en la Sala de los Tapices del

Ministerio de Relaciones Exteriores. Babrak Karmal, Secretario General del CC del PDPA*, Presidente del Consejo Revolucionario y primer ministro de la República Democrática de Afganistán, hacía una declaración para la prensa. Un micrófono modulaba la voz vibrante, candenciosa y tensa. Cegaban los relámpagos de los “flashes” y las cámaras de la televisión estaban enfocadas. Un operador cruzó rápidamente, agachado, procurando no hacer ruido. Susurraban los blocs de notas. La guardia miraba vigilante e inmóvil, pegada a las paredes.

La declaración era importante. La esperaban amigos y enemigos. Se disponían a difundirla inmediatamente por todo el mundo con sus teletipos.

Babrak Karmal hablaba de que la revolución afgana entraba en un nuevo período. Del grande y justo reparto de la tierra, anhelado desde hacía siglos. De los pobres, que no querían seguir viviendo de rodillas, entraban con sus parcelas en una nueva vida y habían ganado una patria nueva y justa. De la razón, la sabiduría y la bondad que hacían digno a un pueblo que se sentía atraído por el arado y ansiaba conocimientos y fraternidad. Todo ello era alcanzable y estaba cerca, y sería más asequible todavía si las fuerzas hostiles al pueblo y a la Patria no asestaran puñaladas por la espalda. Por ejemplo, el traidor Amín, que había bañado en sangre al Partido y al pueblo. Por ejemplo, la CIA, que azuzaba a los enemigos contra la Patria.

—Lo único que queremos es la paz —sonaba la voz del primer ministro—. La quieren el obrero y el campesino. La quieren el sacerdote musulmán y el comerciante. La quiere todo afgano honesto, que desea el resurgimiento de la Patria.

Vólkov miraba a Karmal, tratando de adivinar cuál era su estado de ánimo. Muñeca delgada, a la que se ceñía el níveo puño de la camisa. Cara cuidadosamente rasurada, aparentemente tranquila. Pelo negro, ondulado, con algunas canas. Un traje gris acero de corte

irreprochable. Voz muy bien timbrada, con sonoras notas metálicas. Babrak Karmal explicaba en qué consistiría la nueva etapa de la revolución afgana: corrección de los errores cometidos, unidad del pueblo en torno del partido, resurgimiento de la economía y de la cultura...

—Queremos —dijo— que el orgulloso y sufrido pueblo afgano, amante de la libertad, viva en condiciones de paz y prosperidad. ¡Que de los fusiles no salgan más balas disparadas contra el hombre!

Vólkov deslizó la mirada por la sala. Saludó, inclinando la cabeza, con leve sonrisa, a dos afganos conocidos, de la Agencia Bahtar. Captó la mirada cautelosa y discreta de un operador de la televisión y lo saludó cordialmente de lejos. Al *Kabul New Times* lo representaba un afgano desconocido, de oscuro bigote, sombríamente sumido en su bloc de notas. Un polaco rubio, que acababa de llegar de Delhi, parecía preocupado y nervioso, por lo visto porque no contaba con suficiente información. Había también allí suecos y un germanooccidental a quienes había visto en otras conferencias de prensa; brillaban por su ausencia ingleses y norteamericanos, expulsados de Afganistán hacía una semana por sus notas sumamente hostiles y difamatorias.

—Señor primer ministro —dijo, levantándose, un rechoncho y pelirrojo sueco de rizadas patillas—. En la prensa afgana se señala continuamente que Hafizullah Amín, el primer ministro derrocado, era agente de la CIA. ¿No podría usted, señor primer ministro, dar a conocer con mayor detalle esas conexiones? ¿En qué se expresaban, concretamente?

—Las relaciones entre Amín y la CIA —Babrak Karmal hizo una brevísima pausa, para dar la mejor forma posible a su respuesta—, fueron establecidas mucho antes de la Revolución de Abril. —Vólkov observaba el movimiento de sus labios y prestaba atención a sus entonaciones, procurando captar más de lo que encerraban las parcas y

frías palabras—. Fueron establecidas cuando Amín se hallaba en Estados Unidos, donde era el dirigente de una organización de estudiantes afganos. El plan de penetración de Amín en la dirección del Partido era un plan para largo plazo meticulosamente elaborado, que perseguía en definitiva el fin de socavar la revolución, exterminar físicamente a los mejores cuadros del Partido y deslizarse al terreno de la contrarrevolución y de los compromisos con las fuerzas reaccionarias pronorteamericanas. Disponemos de datos irrefutables que confirman la existencia de ese plan y abrigamos el propósito de dirigirnos a la embajada de Estados Unidos exigiendo que nos entreguen documentos complementarios relacionados con él. Los datos a que me refiero se harán del dominio público en el momento oportuno.

Se levantó un flaco dinamarqués con gafas de maciza montura negra, tan pesada que parecía doblarlo por la cintura.

—Señor primer ministro, los socialdemócratas dinamarqueses siguen atentamente las actividades del Partido Democrático Popular de Afganistán. Nos hemos compadecido de la suerte que corrieron sus partidarios, que hubieron de sufrir crueles represiones en el período de Amín. En relación con ello, permítame una pregunta: ¿no significa su llegada al poder el comienzo de un ajuste de cuentas, una especie de desquite? ¿No se reflejará eso en la situación interna del Partido?

Siguió la respuesta, precisa y clara:

—Quisiera que se me entendiese bien. El Partido Democrático Popular de Afganistán es una organización unida. La eliminación del traidor Amín no fue una manifestación de lucha interna en el Partido. Fue una rebelión de todo el Partido contra el verdugo y traidor. Ahora que Amín ha sido exterminado, todo el Partido, consolidado, se afana por cumplir las colosales tareas proclamadas por la Revolución de Abril.

A Vólkov lo alegró el desenlace de la corta escaramuza política con el dinamarqués. Su cerebro funcionaba intensamente, y no sólo su cerebro, sino también su corazón, sus emociones vivas. La Revolución de la que hablaba Karmal era también su revolución. Él no había disparado, no había perecido de una puñalada por la espalda, no había muerto torturado en un interrogatorio, no había repartido la tierra, no había enseñado a leer a los ancianos en los cursillos de alfabetización, pero estaba del lado de la Revolución, había luchado por ella.

Babrak Karmal pasó a hablar de la próxima sementera, de la necesidad de sembrar todas las tierras, incluso las baldías y las abandonadas por los señores feudales. No había que dejarse chantajear ni ceder ante las amenazas del enemigo, que deseaba estrangular a la república por medio del hambre. Había que arar y sembrar.

Y otra vez, mientras anotaba apresuradamente la respuesta del primer ministro, Vólkov recordó la columna de tractores que, con la palabra "Amistad" pintada en rojo sobre el capó azul, desfilaba por las aldeas y ante los minaretes. En ello veía la esencia de la revolución en aquel país: los tractores habían golpeado el modo de vida feudal, vasija de barro herméticamente cerrada, cocida en el horno de los milenios, y el espíritu cautivo en ella durante tanto tiempo había salido, libre y arrollador, a la luz del sol. El pueblo apartaba la mirada de los arados con reja de madera, de las fortalezas y las mezquitas feudales; ponía los ojos en las máquinas azules, de grandes pupilas de cristal, y vinculaba con su aparición el resurgimiento de entre las tinieblas.

*

En aquella hora cercana al mediodía, la ciudad, envuelta en seco polvo arcilloso, bullía, abigarrada, entre las picudas crestas nevadas del Asmaya y el Shirdarvasi, con los restos de las murallas manchando

de oscuro el azul.

Vólkov dejó atrás, a un lado, el Parque de Zarnegar, de apisonada tierra arcillosa, donde la gente se reunía sentándose bajo los árboles a la manera oriental, y donde vendían libros, ropa usada y litografías con vistas de la ciudad santa de los musulmanes. Torció hacia el malecón del Labedarya. Tras el parapeto se arrastraban por entre montones de basura las escasas aguas turbias, color chocolate; unas mujeres enjuagaban allí trapos multicolores. La mezquita de Shahe-Dushamshira estaba abierta, y la gente se agolpaba ante ella. Dos ancianos con néveas chilabas* flotantes salieron por la oscura puerta del templo. Apretujado por la muchedumbre, sintiendo el roce de los albornoces en la carrocería del coche, Vólkov dejó atrás el abigarrado ovillo oscuro del bazar, con el verde escamoso del minarete de Pule-Khishti.

El Palacio de la República, con sus almenas y sus torres, se hallaba a la sombra, y Vólkov pudo ver, al pasar, a unos soldados afganos que reían a carcajadas alrededor de los viejos cañones de los nichos y un tanque verde, con su cañón apuntando a lo alto, que había sido transformado en monumento y proyectaba desde su pedestal una larga sombra. Dejó también atrás la torre flanqueante, con sus troneras, envuelta en una suerte de tul tejido de sol y frío. De nuevo rodaba por entre los humos azules de los hornillos encendidos, cuyo fuego avivaban enérgicamente con abanicos de paja; añadían rojas ascuas, valiéndose de paletas metálicas, y ponían a asar trozos de carne ensartada en broquetas. Los panaderos sacaban panes chatos de sus profundos hornos. Había en todo aquello un bullir de la vida tan estable y colorido, tan despreocupado, tan secular, que no podía asociarse con la reciente conferencia de prensa, ni con los helicópteros que regresaban tras cumplir misiones de combate, ni con las nutridas caravanas de camiones de los que descargaban armas. Vólkov llevaba en su interior aquella dualidad y admiraba el engañoso cuadro que ofrecía la ciudad oriental.

*

Vólkov fue al comité del PDPA para ver a Saíd Ismaíl, el afgano que había hecho uso de la palabra en Termez, en el mitin donde se habían trasferido los tractores. Saíd Ismaíl se alegró mucho de verlo en Kabul, lo presentó a sus amigos y le prometió llevarlo a las casuchas de la Ciudad Vieja, donde militantes del Partido confeccionaban listas de las familias más pobres, pues se disponían a distribuir pan gratuitamente. Vólkov pensaba escribir un reportaje acerca de los tractores, y también quería hablar, del pan, del pan de la revolución, del pan de la renovación.

En aquella hora del atardecer, la recta avenida de Maiwand bullía y alborotaba, salpicada de los purpúreos reflejos del ocaso. Por un lado, sobre el que caían los rayos del sol, ya muy bajo, iba y venía el gentío; abundaban allí las tiendas y los rótulos. Entre montones de calzado viejo se afanaban los remendones, con sus martillos, leznas y agujas. Los barberos, extendidas en el suelo sus alfombrillas, enjabonaban, pelaban y afeitaban; fulguraban las angostas hojas de las navajas. Los vendedores ambulantes de dulces y maníes pregonaban su mercancía, y las bandejas chocaban con el gentío. Los aguadores ponían bajo los grifos sus odres de cuero de oveja, los llenaban y los llevaban luego, salpicados de gotas de agua, cuesta arriba. En el otro lado de la Maiwand, en la sombra, el gentío no era tan denso; titilaba allí la luz enigmática de las tiendas de tejidos de los indios: se veían rollos de telas y de tapices, postales y vajilla de níquel y de cobre; de los bodegones cuya especialidad era el asado de cordero salía un apetitoso humo. A cada instante se veía a hombres que cruzaban rápidamente la calle, sujetando sus albornoces. Sobre los tejados y los huecos entre las casas azuleaba, con fulgores de hielo, el picudo monte, cubierto de nieve.

Entre los abigarrados letreros y rótulos que ponían sus manchas

en los agrietados muros, Vólkov encontró, no sin dificultad, un pequeño tablero rojo con una rizosa inscripción. Entró en la penumbra de una vetusta casa de madera. Tropezando antes con una tribuna revestida de tela roja, que estorbaba el paso —parecía absurda en aquel lugar—, Vólkov subió por una oscura escalera al primer piso; allí llegaban apagadamente los ruidos y voces de la calle y reinaban otros sonidos: la campanilla de un teléfono, el teclear de una máquina de escribir y la voz de alguien que dictaba pronunciando muy claro. Vólkov entró por una de las puertas y se vio en una angosta pieza llena de humo, de rostros jóvenes y enérgicos y de altas voces que se convertían a veces en gritos.

—¡Buenos días, Vólkov! —saludó Kabir, catedrático de la Universidad, que vestía chaqueta de cuero y pantalones de pana embutidos en las cortas cañas de sus botas—. ¡Pase, tenga la bondad!

Kabir hablaba en inglés, y Vólkov asintió agradecido con la cabeza, poniéndose el dedo sobre los labios, pues no deseaba llamar la atención ni interrumpir la discusión, casi violenta.

En el extremo opuesto de la pieza estaba uno de los dirigentes del comité distrital, un joven alto de alborotados rizos. Vestía una tosca cazadora de lona, llevaba una pistolera ceñida con un cinturón de soldado, y su voz, furiosa, agresiva, imprecaba a Saíd Ismaíl, que inclinaba amargado la cabeza de gruesos labios y grande y carnosa nariz. “Tiene cara de ciervo”, pensó Vólkov, que no entendía de qué hablaban y miraba compasivo a Saíd Ismaíl, cuyos ojos castaños, con reflejos liláceos, tenían un algo femenino. Kadyr Ashná, el secretario del comité, grueso, somnoliento, entornados sus ojos de gruesos párpados, estaba sentado a su mesa entre montañas de papeles, sin participar en la discusión. Mientras se habituaba al humo, Vólkov examinó el repleto local. Techo combado y liso, con una bombilla sin pantalla. Un retrato de Lenin pendía en un rincón. En un cartel pegado a la pared podía verse a Babrak Karmal sobre un fondo de manos que empuñaban armas. Una cama metálica con una manta de soldado.

Sobre ella, un megáfono rojo y una metralleta.

—¿De qué discuten? ¿De qué? —preguntó Vólkov, inclinándose hacia Kabir y señalando con la cabeza al dirigente del comité, cuyos ojos centellaban de furor.

—Dostagir dice... —Kabir se acercó a Vólkov, rozándolo con un crespo rizo—, Dostagir dice que ya es hora de que despierten las armas. Dice que las armas de la revolución no deben dormir cuando las armas del enemigo están en vela noche y día. La revolución no se puede hacer desde la tribuna, proclamándola con el megáfono. La revolución, dice, hay que hacerla desde un tanque, proclamarla con una ametralladora.

—¿Y qué dice Ismaíl? ¿Qué dice ahora? —Vólkov miraba la “cara de ciervo”, recordando la sonrisa bondadosa y feliz que había visto en ella durante el mitin de Termez. Ahora, el fuego de la discusión la hacía palidecer y le imprimía una amarga expresión de sufrimiento.

—Dice que la revolución debe, como un médico, curar las viejas heridas y no abrir heridas nuevas. La revolución, dice, la hacen la escuadra del agrimensor y el tintero y la pluma.

Dostagir rió agresivamente, mostrando sus blancos dientes, y con gesto burlón extendió la musculosa mano hacia Saíd.

—¿Qué ha dicho Dostagir?

—¡Bravo Dostagir! Ha dicho, que si fuera así, en la Plaza de la Revolución no habría en el pedestal un tanque, sino una escuadra de agrimensor.

Unos rieron y otros protestaron sordamente.

Dostagir —así entendía Vólkov la esencia de la disputa— llamaba a ir a la Ciudad Vieja, a organizar allí batidas y registros, a

hacer salir de sus guaridas a los bandidos y a poner, así, fin al terror. No había que esperar a que el pueblo los entregara. Los bandidos, armados, obligaban a la gente a callar. Hacían con ella lo que se les antojaba. La gente iría hacia donde le indicaran con las armas. Si el enemigo señalaba hacia el comité distrital, iría al comité distrital, y que entonces Saíd, de lengua tan ágil, subiera a la tribuna y hablara de la escuadra del agrimensor.

Saíd Ismaíl decía que estaba dispuesto a ir solo y sin armas a la Ciudad Vieja para predicar la revolución. Sabía palabras que podían más que cualquier arma. A la Ciudad Vieja no había que ir con el fusil, sino con pan, y la gente vería entonces quiénes eran sus amigos y quiénes sus enemigos, y llevaría a los enemigos al comité distrital, y entonces Dostagir —seguramente había olvidado que antes había sido ingeniero— no tendría que jactarse de su buena puntería y recordaría que su misión era levantar casas para la gente que vivía en los cuchitriles.

Kadavr Ashná, el secretario del comité, se levantó pesadamente y abrió los brazos, como separando a los litigantes, que enseguida se callaron.

—¿Qué dice? —preguntó Vólkov.

—Dice que la revolución es el pan y el fusil. Es la bala y el megáfono. Que el agitador tome la proclama; el maestro, el libro, y el soldado, la metralleta. Si el enemigo vence no se pondrá a averiguar quién es soldado y quién maestro, y los colgará a todos juntos aquí mismo, en la Maiwand, de una misma farola. Dice que cuanto más débiles somos, tanto más fuerte es el enemigo. Y viceversa. ¡Eso es lo que dice!

El secretario sonrió de lejos a Vólkov, que se dirigió hacia él, estrechando manos al pasar y viendo cómo cambiaban los semblantes, que le sonreían cordiales. Apretó la mano de Kadyr y se sentó en la

cama, haciendo un poco a un lado la metralleta y el megáfono.

—He oído —dijo Vólkov, que no quería quitar mucho tiempo al secretario— que se disponen a repartir pan. Querría saber cuándo va a ser porque me gustaría estar presente.

Kadyr se volvió hacia un calco de un plano del distrito, colgado de la pared, y dijo: —Hoy estuvimos en la Ciudad Vieja. En los hogares más pobres hemos visitado a los hazaras menos pudientes. Anotamos quién pasa hambre, quién carece de leña, quién, por no tener marido, no cuenta con dinero para llevar pan a su casa. Hemos hecho una lista de la gente más mísera. Le daremos gratis harina, le daremos aceite, le daremos leña. Hay un almacén de harina para los más pobres. Venga a verlo —Kadyr hablaba el ruso moviendo lentamente sus torpes labios, pero elegía las palabras con firmeza y seguridad—. Le telefonaré la semana que viene.

—Gracias. Le quedaré muy agradecido. ¿Qué más hay de nuevo?

—También hay malas noticias. Una mala noticia.

—¿A qué se refiere?

—Los enemigos entran en las tiendas, sacan sus cuchillos y dicen a los dueños: “¡Cierren los establecimientos! Si son musulmanes, ciérrenlos; ciérrenlos si leen el Corán. Si no los cierran, los mataremos. Incendiaremos las tiendas y les cortaremos la cabeza”. Es una noticia muy mala. Nosotros también vamos a las tiendas y les decimos a los dueños: “No hay que cerrar las tiendas. No teman. Nosotros los defenderemos. Si viene el enemigo, nos pondremos al lado de ustedes, con las metralletas, y los defenderemos”. Pero los tenderos temen al enemigo. Si cierran los establecimientos, mala cosa, muy mala cosa. La gente ve cerradas las tiendas y se alarma. La gente va a ellas todos los días, a comprar tortillas, a comprar arroz, a comprar té. Si las tiendas cierran, la gente no compra nada. Pasa hambre un día. Comienza a

inquietarse. El enemigo quiere que los tenderos cierren para que la gente se alarme. Por eso iremos todo el tiempo por las tiendas, para que no cierren.

—Gracias, Kadyr.

Vólkov se apartó, cediendo su sitio a otros, que habían esperado pacientemente hasta entonces y rodearon de inmediato al secretario.

Saíd Ismaíl se acercó a Vólkov y le dio una leve palmada en el hombro. En la penumbra se veía su rostro, del que no se borraba una expresión amarga.

—Iván, no sé por qué habla así. Mira mi arma. —Se llevó los dedos a sus abultados labios—. Mi arma es hablar, persuadir. Hay que crear nuevo poder por fuerza de la convicción. Yo soy así. No soy otro. ¿Por qué no quiere confiar en mí?

—Saíd, querido, ¿qué sabes de Herat? —Vólkov quiso distraerlo de un tema doloroso recurriendo a otro que también hacía sufrir al amigo: sabía que Saíd Ismaíl era de Herat, y que allí habían quedado sus padres, su mujer y sus hijos—, ¿Qué noticias tienes de Herat, Saíd?

—Vino de allí un hombre. Cuenta que gente mala va por casas, va a sacerdote, va a tabernas. Quieren sublevar pueblo, quieren hacer mal. Esa gente es enemiga. Debo ir a Herat. Conozco allí a todos. Yo mismo iré a hablar con sacerdote, yo mismo iré a tabernas y conversaré con ancianos. Les diré: no hay que escuchar enemigo, hay que escuchar amigo. Deben enviarme a Herat. ¿No vas tú allí?

—Iré en avión a Jalalabad pasado mañana. Quiero ver cómo llegan a las empresas agrícolas del Estado nuestros tractores.

—¡Los tractores! —exclamó entusiasmado Saíd Ismaíl—, ¡Esa es nuestra arma! La gente mira tractores, ve verdad y lo comprende todo. ¡Vamos, a arar! ¡Vamos, a aprender a leer libros! ¡El sacerdote ve! ¡El

campesino ve! ¡El funcionario ve! ¡Todo bien! ¡Todo amistad! Yo escribí “amistad” en tractor, otro también escribió. Lo que hace falta es que lo escriba mucha, mucha gente. ¡Entonces habrá amistad! —Estaba muy emocionado, y Vólkov asentía comprensivo con la cabeza, viendo cómo resplandecía el semblante del afgano—. Mañana iré a hablar con sacerdote. ¡Ven a escuchar qué voy a decirle!

Llamaron a Saíd, que se despidió y se hundió en la oscuridad. Vólkov se cruzó en la escalera con dos ancianos de abultados turbantes. Los viejos lo dejaron pasar y se inclinaron, apretando las manos juntas contra el pecho. Vólkov respondió al saludo llevándose la mano al corazón, como hacen los musulmanes.

Capítulo 2

ERA la hora del crepúsculo. Bajo los árboles habían estacionado unos coches. El dueño de la casa, el arquitecto Karnaújov, sin abrigo, vistiendo un traje liviano, mirando animado hacia atrás, donde sonaban voces, abrió la cancela y dejó pasar a Vólkov, que entró en la franja de luz y percibió fugazmente, al pasar, unos rosales que habían atado inclinándolos hacia la tierra para que invernaran mejor. Proyectaban unas sombras caprichosas.

—Me alegra que haya venido. Hace unos instantes estuvimos hablando de usted —dijo Karnaújov, cediéndole el paso. Lo espera una sorpresa.

—¡Dos sorpresas! —dijo Xenia, la mujer del ingeniero, bella, de movimientos vivos, con un pesado colgante de sardónice afgano sobre el pecho, tendiendo la mano a Vólkov—. La primera sorpresa. ¿Se acuerda que durante su última visita le hablé de los arqueólogos que habían participado en el descubrimiento del tesoro de Tily-Tepe? Pues bien, están aquí. Uno, el principal buscador de tesoros ocultos, es un uzbeko encantador, llamado Zafar. El otro es paisano nuestro, moscovita. Restauró la basílica del Beato Basilio y salvó las esculturas de Perro. Puede hacerles todas las preguntas que quiera. Les diremos que nos inviten a todos al museo.

—¿Y cuál es la segunda sorpresa? —A Vólkov lo alegraban la risa de Xenia y la cordialidad de Karnaújov. El marido y la mujer se parecían, ambos refinados, bellos, vestidos con sobrio gusto. Los dos daban clases en el Instituto Politécnico y participaban en el planeamiento del nuevo centro de Kabul. Se veía que vivían en plena armonía y les gustaba recibir visitas y también quedarse solos.

— ¿Cuál es la segunda sorpresa?

— ¡Ahora verá!

En el salón sonaba una música queda. De la chimenea emanaba perezosamente el olor dulzón de la leña de pino. Un hombre fornido con la cara encendida por el resplandor del fuego se inclinaba solícito hacia la chimenea, moviendo con las tenazas un leño ardiente. Una pareja bailaba. El cardiólogo Gordéev, que trabajaba en el hospital municipal, sostenía casi sin rozarla a una mujer que, los ojos cerrados, daba vueltas como si bailara sola, sin advertir la presencia de su compañero. Vólkov reconoció a la “muñeca envuelta en papel celofán” que había visto por la mañana en el hotel. El cambio que se había operado en ella lo dejó pasmado: indolente, natural y femenina, sin la menor huella de altivez o afectación. Sí, se asombró y enseguida se olvidó de la mujer. Junto a una mesita baja, repantigado en una butaca, en cuyo brazo sostenía un grueso vaso, vio a Bieloúsov, pálido, con cara de cansado, pero con la conocida expresión de burlona ironía asomando tras su mueca de cascarrabias. Sí, allí estaba, inesperado, aparecido Dios sabría de dónde, de otros tiempos, ya olvidados, aquel hombre que fuera su amigo primero y luego su rival; aquel hombre de quien otrora había sido íntimo y con quien luego rompiera para siempre. Aquella era la segunda sorpresa.

Larisa, la mujer de Gordéev —era también cardiólogo y junto con su marido, estaba montando en el hospital valiosísimos aparatos para operaciones del corazón— asentía entusiasmada, escuchando a un menudo y cetrino uzbeko, que, combado el cuerpo, movía el brazo hacia atrás, como si tirara de la cuerda de un arco.

Gordéev dejó de bailar y se dirigió al hombre de voluminosa cabeza que se inclinaba hacia la chimenea y seguía con las tenazas de cobre en las manos.

— ¿Cómo restaura usted los frescos y las estatuas? Me gustaría

verlo. En cierto sentido, somos colegas. Ambos estamos relacionados con la reanimación. Nuestras esferas de trabajo son afines.

—Venga al museo y se lo mostraré. Efectivamente es algo así como una operación quirúrgica. Acaban de traerme de Jalalabad un Buda hecho añicos, profanado por los *basmachis*. Lo tengo ahora sobre mi mesa. Utilizo escalpelos, jeringuillas y vendas. Le extraigo las balas y le sueldo las fracturas. Está anestesiado, y su sonrisa es la de una persona narcotizada.

Vólkov escuchaba la blanda y profunda voz de aquel hombre, imaginándose los frescos de la basílica del Beato Basilio, que él había restaurado, y los sombríos ídolos de Perm, a los que salvara de la destrucción. Pero la presencia de Bieloúsov y el recuerdo de los frescos le hicieron rememorar, como si lo estuviera viviendo otra vez, el pasado lejano: como en un fresco del que se desprendiera la pintura, aparecieron de pronto ante sus ojos el Kremlin de Pskov, los abejorros en las matas de barbana y su mujer, Ania, que quitaba el polvo a un azulejo con un fino pincel.

—Zafar, querido —pidió Larisa—, cuéntenos cómo descubrieron el tesoro de Tily-Tepe. He oído hablar mucho de ello, y ahora lo tengo delante a usted, legendario buscador de tesoros. ¿Cómo ocurrió, Zafar?

Zafar, agradecido, contento de poder hablar de lo que tanto amaba, se puso a contar: —Yo sabía que alguna vez me ocurriría un prodigio, pero no suponía que había de ser aquí, en Afganistán. Un prodigio con el que sueña todo arqueólogo. Y sucedió, precisamente, en el primer año de la revolución. “El oro de la revolución”, decían entonces los periódicos, aunque ese oro data de dos mil años atrás.

Vólkov escuchaba con verdadero placer el ameno y vivo relato. Una antigua ciudad fortificada, polvorienta y erosionada por los vientos. El vivac de los arqueólogos, afganos y rusos, bajo un árbol raquíptico y retorcido. Y él, Zafar, tocaba con sus manos la ardiente y

preciosa tierra afgana, acariciaba la patria de sus abuelos, hacia la que, a través de la sucesión de tribus y antepasados, tendía su alma.

Y la tierra afgana, respondiendo a la caricia, vertía en sus manos de debajo del polvo, pequeños y duros lingotes con rostros humanos y figuras de animales.

—No querrán creerlo, pero parecía como si saliera por sí mismo de las entrañas de la tierra, como si fuese un arroyo de oro que fluyera hacia nuestras manos. La alada Niké, la podrán ver en el museo. Un argalí* sagrado de hermosa cornamenta. Lobos, guerreros... ¡Collares, brazaletes! ¡Como si un ser vivo nos arrojara desde su morada subterránea todo aquello a la superficie!

Vólkov no se atrevía a sacar el bloc de notas y procuraba recordarlo todo: el gobernador, al enterarse del descubrimiento había visitado las excavaciones, donde organizó un mitin para celebrar el acontecimiento; los campesinos de las aldeas vecinas acudían a ver la maravilla; los soldados de la guarnición más cercana custodiaban el tesoro. La noticia del descubrimiento se extendió por todo el mundo. Vólkov oía hablar del prodigio que había tocado en suerte a aquel hombre menudo y cetrino y pensaba vagamente: “¿Y yo qué? ¿En qué consistirá mi prodigio? ¿Lo hubo en mi vida o no lo hubo?”

Karnaújov captó su estado de ánimo, se le acercó y se inclinó hacia él, diciéndole: —¿Sabe?, quería pedirle un consejo. Mi contrato expira, y me veo ante el dilema de prolongarlo por un año o regresar a Moscú. Me atrevo a suponer que aquí soy útil. Además, la reconstrucción del centro de Kabul me ha permitido realizar mis ideas urbanísticas, futuroológicas, si vale la palabra. La revolución da nueva vida a Kabul, que agonizaba, que se ahogaba en su envoltura medieval, y la ciudad sale del medievo al siglo XXI. Es un caso único de conjugación del pasado y el futuro. En Kabul me sumergí de cabeza en un problema del que me había estado ocupando toda la vida. Pero ¿querrá quedarse Xenia? Nos casamos hace poco. Aquí, en Afganistán,

encontré por fin la felicidad...

Se calló y miró a su mujer, que volvió la cabeza y le sonrió levemente.

Vólkov pensó otra vez en que todos los que se habían reunido allí estaban vinculados con aquella tierra por sus mejores esperanzas, por todo lo que la suerte había querido donarles. Los Gordéev, por su máquina electrónica, que salvaba los corazones débiles. Karnaújov, por su Ciudad del Futuro. Zafar, por su amor a la tierra de sus abuelos, que le había brindado el prodigio que suponía el descubrimiento del tesoro. “¿Y yo? —pensó de nuevo—. ¿Qué será Kabul para mí?” Y la visión matutina del trasparente árbol rosado que abrazaba la tierra y el cielo apareció, para desvanecerse al instante.

—¿Se dispone usted a volar a Jalalabad?, ¿sí? —preguntó el restaurador—. Le aconsejo que visite el templo budista de Hadda; está cerca. Hay allí una colección única de budas, en la que el hinduismo adquiere rasgos helénicos. Ahora tengo uno de esos budas en mi estudio. Venga al museo, puede que la escultura lo inspire.

—Iremos todos —dijo Xenia—. Si nos invita, iremos. Y ahora, a la mesa. La mujer se llevó las visitas al comedor, y Vólkov se vio cara a cara con Bieloúsov, que lo observaba fijamente.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó Vólkov, rompiendo el silencio, que ya se prolongaba demasiado, y enseguida sintió haberlo hecho—. ¿Qué te ha traído por aquí? ¿No es un secreto?

—He llegado hoy con una delegación del Ministerio de Cultura.

—Nunca pensé que nos veríamos aquí, en Kabul.

—Pues yo, todo lo contrario, lo pensaba y sabía que nos encontraríamos. Leemos tus reportajes. ¿Se puede creer realmente en lo que dicen?

El deseo de zaherir, la postura de superioridad y la vieja inquina engendraron súbitamente, en Vólkov, hicieron resucitar en él la vieja antipatía, que lo hizo retornar de golpe a los viejos tiempos.

Pero aquello era innecesario e inoportuno. El pasado, con todo lo que en él hubo, era para Vólkov un fardo del que ansiaba liberarse.

—Me asombras —continuó Bieloúsov, haciendo sonar su vaso—. Me asombrabas entonces y me asombras en todos estos años cuando casualmente, de vez en cuando, tropiezo con tus reportajes. Podrías haber sido un buen escritor. Y si no, un original estudioso de la cultura, del folklore, de la historia de Rusia. La gente leía y admiraba tus maravillosos ensayos juveniles acerca de las canciones y artesanías populares. Había en ellos buen lenguaje y amor al tema. La conciencia de que al mundo lo rigen la bondad y la belleza. ¿Dónde se ha metido todo eso? ¿Por qué cosa lo has cambiado?

Bieloúsov hablaba como si se lamentara sinceramente y no desease ofender. ¿Sería, efectivamente, Bieloúsov? Vólkov comenzó a recordar. La pequeña y angosta habitación en Moscú, cerca de la Estación Saviólovski, donde vivía con Ania, su joven esposa. Acababan de casarse después de un corto y maravilloso verano pasado en Pskov, donde Ania trabajaba en unas excavaciones, y la había llevado a Moscú, a aquella reducida y simpática habitación, cuya ventana daba a una descolorida iglesia amarilla. De noche se oían los pitidos de los trenes y el traqueteo de sus ruedas en los rieles. Las frecuentes reuniones con los amigos hasta las primeras horas de la madrugada, a las que cada uno acudía con sus tesoros, con sus jóvenes verdades recién descubiertas. Las discusiones acerca del pasado de la Patria, basadas en el amor. Su curioso afán de comprenderse a sí mismos calando en el pasado de la Patria, afán absolutamente exento de egoísmo. Su peña no cerrada, abierta a cualquiera, en la que todos eran iguales y deseados. Cuando se cansaban de hablar, entonaban antiguas canciones campesinas, románticas o militares. Se pasaban horas enteras cantando y se levantaban al amanecer sin sentirse cansados,

rejuvenecidos, llenos de brío.

¿Qué había destruido, qué había deshecho la peña? ¿Tal vez Bieloúsov? Se había enamorado de Ania y la acosaba, pero ella lo rechazó. Entonces, anegada en lágrimas, se lo contó todo a Vólkov, y los amigos tuvieron una airada explicación, un altercado, después del cual hicieron las paces. Bieloúsov volvió a visitar la casa, pero ya no existían la cordialidad ni la confianza de antes.

Esta vez, el azar había reunido en Kabul a los ex amigos, en los que no quedaba nada del afecto que los uniera en otros tiempos.

—¿A qué has venido ahora? ¿A reunir piezas del folklore afgano? ¿O te ha interesado algo más actual? —ironizó Vólkov, sin poder evitarlo.

—No quería venir, pero me han mandado. Me han apartado de mis ocupaciones. Estoy terminando una novela. Ustedes, los reporteros pueden andar enredando de un lado para otro, pero los escritores debemos permanecer en el sitio y trabajar mucho.

—¿De qué habla la novela?

—Quisiera fijar una vez más la atención de nuestra sociedad, demasiado entregada a los problemas del momento, en la época en la que fue creada la Gran Rusia. Quería sumirme en la historia.

—Me asombras —dijo Vólkov, deseando zaherir a Bieloúsov—. Me pasmas, ¿hasta cuándo puede la cultura ser parásita de la hermosura y la grandeza del pasado? ¿Por qué no has estado ni una sola vez en una central electroatómica, en los campos petrolíferos más allá del Círculo Polar o en un submarino en el océano mundial, en los lugares donde, con tremenda tensión, brega hoy el pueblo? Temes los problemas que son hierro no labrado aún por la cultura, esos problemas que no sólo rompen las plumas, sino también las concepciones de la vida, las almas y los destinos.

Vólkov se echó a reír, comprendiendo que había pinchado dolorosamente a Bieloúsov.

—Veo que posees toda una filosofía para justificar tu ineptitud. Te creía un fracasado de tantos, un hombre a quien no bastaron las energías vitales para la creación. Pero resulta que justificas filosóficamente tu falta de talento. ¿Para qué? Todos nosotros somos pájaros fogueados. Si no has logrado sacar cabeza, si no has conseguido salir a flote, ten el valor de reconocerlo. ¿A santo de qué idear toda una filosofía?

—Sabes perfectamente —dijo Vólkov, casi tranquilo porque había alcanzado su objetivo: ver odio en el semblante de Bieloúsov— que para conservar la calma espiritual en tiempos como los nuestros hay que ser un gran egoísta. Eso se puede decir de todos, y con tanta mayor razón de un artista. No se puede reprochar a la gente que su alma se encienda. Si eres un poeta, un artista, ¡pues entonces arde con los demás!

—Todo eso es retórica barata. Guárdatela para tu periodismo, hazme el favor. Mi pensamiento es sencillo y comprensible, pero finges no entenderlo. Repito, pudiste llegar a ser escritor. Pero no lo eres. Pudiste ser un excelente amigo. Tampoco lo eres. Pudiste, por último, ser un buen padre y un buen marido. No lo conseguiste. Hace poco encontré casualmente a Ania en la calle. Conversamos unos cinco minutos. Naturalmente, hablamos de ti. Ella está de acuerdo conmigo en todo...

—¡Ania! ¿Viste a Ania? —Toda su hiel, toda su irritación se convirtieron de golpe en una intensa expectación, muy parecida al miedo—. ¿Qué tal está? ¿Qué aspecto tiene?

—¡Magnífico! Y no iba sola.

¡Qué dolor tan intenso! ¡Qué honda sensación de amarga

soledad! Vio la imagen de su mujer, no en los últimos años, sino cuando la conoció, cuando ella se hallaba en el verde monte, el viento del lago agitaba las florecillas en la ladera e inflaba la campana azul de su vestido de seda; él subía hacia ella y parecía que ambos ascendían al cielo entre el viento, las hierbas y las flores.

Se les acercó Gordéev, acalorado por la charla de sobremesa y por la bebida.

—¿Por qué no se sientan a la mesa? Iván, ¿cuándo piensas venir a mi hospital? ¿Qué es lo que buscas en las mezquitas? Tú ven a mi mezquita, a mi quirófano. ¿Sabes qué aparatos electrónicos estamos instalando? En tres mil kilómetros a la redonda no hay nada que se les pueda comparar. Ponle este título: “Instalaciones electrónicas de los rusos en Kabul”. Y mi foto, en gran plano, junto al aparato de circulación extracorporal. ¡Impresionante, ¿cierto? —Se volvió hacia Bieloúsov—, ¿Qué, se ha encontrado con su amigo? ¡Nuestro Iván es formidable! Si es usted su amigo, considere que también lo es mío. Vamos, le mostraré las pistolas que ha reunido Karnaújov. ¿Sabe?, aquí se puede comprar en las tiendas maravillosas pistolas antiguas con aplicaciones de plata y samovares rusos con escudos heráldicos.

Se llevó a Bieloúsov a la habitación contigua, donde colgaban tapices rojo oscuro, casi negros, sobre los que destacaban pistolas con incrustaciones de nácar y de hueso.

—¿Puedo sentarme a su lado? —oyó Vólkov.

La mujer que aquella mañana había subido con el diplomático en el Chevrolet y poco antes había bailado con Gordéev, de la que Vólkov se había olvidado al enzarzarse en necia y agresiva discusión con Bieloúsov, se hallaba a su lado y señalaba con la cabeza hacia el diván. Sin esperar respuesta, tomó asiento. El borde de su vestido cayó en verde pliegue sobre la rodilla de Vólkov, y ella lo recogió calma y sencillamente.

—Le veo muy mustio. ¿Qué lo ha disgustado tanto?

La pregunta, hecha en tono sincero, no resultó importuna. Vólkov se sentía casi agradecido. Pensó de pronto en que durante todos aquellos días y semanas no había hecho otra cosa que preguntar a otros, deseoso de conocer su estado de ánimo, pero nadie le había preguntado ni una sola vez a él quién era, ni cómo vivía, ni qué le producía dolor o tristeza, ni qué había perdido o ganado. El mismo tampoco lo inquiría, separado de su propia persona por la flexible membrana de acero de los problemas y las preocupaciones de otros. Y, de pronto, aquella mujer se había interesado por su humor, sin más ni más.

—Sé —dijo— que ese hombre ha llegado hoy de Moscú. Lo estuvo buscando. Le ha dicho algo malo... ¿Algún percance en casa?

—No, ¡nada de eso! —Vólkov se sintió confuso, pues no estaba preparado para contestar—. En casa no puede haber percances. En realidad, no tengo casa... Es un viejo amigo. Ha sido una tardía declaración de amor.

—Habitualmente su expresión es fría, incluso altiva. En su cara no se puede leer nada. Pero ahora, por un instante, era la de un niño indefenso. Por eso me acerqué. ¿No le molesta?

—¿Cuándo se dio cuenta de que mi expresión era altiva? —Vólkov se sonrió levemente—. Siempre pone los ojos en el suelo, no mira a nadie y sólo tiene oídos para su jefe. Él la sermonea, le dice que la "b" de la máquina de escribir no marca. Y usted asiente con la cabeza, sin detenerse. ¿Sabe lo que pensé de usted hoy, cuando la vi? Pensé que era una muñeca. Una muñeca envuelta en papel celofán.

—¡Muy gracioso! —exclamó, alegre, la mujer.

—Me llamo Iván Mijáilovich Vólkov.

—Y yo, Marina Verónina.

—¿A qué se dedica? —Vólkov miró fijamente por primera vez el rostro joven y lozano de la mujer, de pelo liso, y trató de adivinar el color de sus ojos: parecían verdigrises, pero tal vez fuera el reflejo del vestido y los tuviera castaños con destellos dorados, aunque quizás le pareciera así por el resplandor de la chimenea—. ¿Pertenece al servicio diplomático?

—Soy secretaria y traductora. Aporreo la máquina de escribir. Me gradué en la Universidad y conozco el pushtu y el persa. Creía que, cuando viniera aquí, me pasaría el santo día contemplando tapices y minaretes, pero todo ha resultado muy distinto. Escribo a máquina actas, certificados e informes. Tiene razón, soy una muñeca.

—Eso era cuando no la conocía —Vólkov se turbó—. Ahora es Marina.

Bailaron al son de la queda música, en medio de una blanda penumbra dorada. Cuando se acercaban a la chimenea, los ardientes leños los envolvían en calor y humo, y cuando se alejaban hacia la ventana abierta percibían una leve y fresca corriente de aire. Por la puerta que llevaba a la habitación contigua, Vólkov vio a Bieloúsov. Gordéev había descolgado una pistola y apuntaba a la lámpara. Uno de los invitados servía coñac en las copas. Vólkov abrazaba levemente al bailar los hombros de la mujer. Tenía en las manos su vida, cerrada para él, enigmática, inaccesible en su pasado y en su futuro. Y la oprimía suavemente, sin sentirse atraído, experimentando tan sólo gratitud. Sabía que la gratitud se desvanecería en cuanto la música enmudeciera y se soltaran.

—¿No le parece que la chimenea humea un poco? —preguntó la mujer.

Salieron al aire libre por la puerta encristalada. La luz daba en el

sendero, en la nieve derretida y en la pared blanqueada, sobre la que se proyectaba la caprichosa sombra de los rosales. Por encima del muro, en la negrura, titilaban grandes estrellas. Reverberaban en el frío aire y desaparecían bruscamente donde se clavaba en el cielo el monte, que, si se lo miraba con fijeza, empezaba a irradiar y azuleaba, con sus altos ventisqueros.

La noche. Kabul. El ógneo y desconocido ornamento de las nacarinas estrellas asiáticas. El olor de las altas nieves y de los calmos e invisibles humos de las viviendas. Ladridos. En algún lugar, lejos, se hallaban la vida pasada, la mujer en tiempos querida y la dicha que pareciera interminable. ¡Y de repente, aquel dolor y aquella turbación!

—Aquí hace frío... Estoy helada... Vámonos...

Se despidieron de los dueños. Llegaron en el coche al hotel. Vólkov estacionó, poniendo la mirada en el oscuro jardín donde aquella mañana había tanta luz y tanto sol y dos ancianos tomaban té al pie del plátano oriental, sentados en una abigarrada alfombra, y él sintió de súbito una alegría que semejava una corazonada. En aquella hora nocturna, el jardín estaba sumido en la oscuridad, el árbol no se distinguía, y de los montes soplaba un viento helado.

Acompañó a Marina al segundo piso y le dio las buenas noches.

*

Sin encender la luz, corrió los cortinados, procurando no dejar la menor rendija. Encendió la luz. Miró fríamente el espacioso y desierto cuarto, con débiles indicios de estar habitado: la puerta entreabierta del armario, donde colgaba un traje, la mesita de mármol, con un vaso en el que había un calentador de inmersión, y un cucurucho de papel con té comprado a granel en un tenducho.

Se quitó la chaqueta y permaneció de pie largo rato, escuchando distraídamente el ruido de los escasos coches que cruzaban ante el hotel. Se tomó un té, soplando sobre el borde del vaso para apartar los pedacitos de hoja que no se habían sumergido y, sentado ya, otra vez inmóvil, prestaba oído a los sonidos de la calle. Y a algo que susurraba débilmente en su interior.

Aquel día, algo se había movido en su alma en un instante que no había logrado captar. Todo se había desplazado levemente. Se había desenfocado un poco. Y al final del día veía una imagen borrosa del mundo, pero el halo era débil, apenas perceptible, presto a desaparecer. Le era grata aquella difusa inquietud que tenía algo de sufrimiento. Esperaba de ella algo, pero no sabía qué. Trataba de recordar cuándo se había producido aquello, cuándo había aparecido la doble imagen.

No logró precisarlo, pero era un hecho. Súbitamente se había abierto ante él un camino hacia otra vida, hacia la vida que había abandonado y creía sepultada para siempre. Hacia la existencia que, con el correr de los años, de muchos años, se había sumergido y había sedimentado en él apretadamente, como si fuera arenisca. En aquel sedimento del fondo se ocultaban su infancia, su adolescencia, el amor y los rostros queridos y olvidados. Habían reaparecido de súbito. Como si alguien hubiera introducido en el fondo mismo del alma una frágil barrena y sacado a la superficie una muestra del terreno. Vio en sus manos una esquirra de porcelana azul, de una taza de su abuela, que se había caído del viejo aparador; el colorido cinturón de un vestido de verano de su madre; la pañoleta de percal de su mujer, mejor dicho, de su novia aún, abandonada sobre el heno. El borde de una mesa, caras jóvenes iluminadas, bocas que cantaban, y la letra de una canción que se iba apagando.

¿Dónde se había metido todo? ¿Qué había sido aquello? ¿Qué relación guardaba él, sentado en un hotel de Kabul, con aquel joven que corría, expuesto a un fragoroso aguacero, ya por entre rumorosas

robles negros, ya por un campo de centeno amarillo y perfumado, ya por el resbaladizo sendero de un bosque poblado de flores azules? ¿Quién era el que había desaparecido? ¿Quién era el que estaba allí sentado?

Se reclinó en el diván y cerró los ojos. Experimentando un tenue y dulce sufrimiento, hundió en su interior la frágil barrena, sacando nuevas y nuevas muestras.

Bajaba notando en los pies el punzante frío del relente, por delante de la negra Torre de la Intercesión. El Velikaia, blando terciopelo envuelto en las fragancias de la noche. Se zambulló con un leve chapoteo. Su largo y ágil cuerpo, perdiendo peso, se sumergía, siguiendo la corriente y su espíritu extasiado, no veía, pero sí conocía la vida de las hierbas, los peces y los árboles. Emergió y vio las azulencas luces del puente, con un presagio de dicha y esperanza.

Caminaba por entre las calientes matas de bardana que crecían en el baldío. Hacia donde zumbaban los abejorros, hacia donde olía a tierra húmeda hacia la llamada de la invisible maravilla que lo esperaba. Dio un paso y ante él se abrió una negra excavación, y en el fondo estaba Ania. Y de repente conoció todo de ella y de su destino conjunto: lo vio todo con tanta claridad, que la cabeza le dio vueltas. Una bandada de vencejos posada en las altas cruces levantó el vuelo y se alejó hendiendo ruidosa el aire, como si se llevara aquel instante.

Después del verano llevó a su novia a Moscú, la llevó por primera vez a su casa. La recibieron la mamá y la abuela, las dos muy emocionadas. La abuela, con su ropa dominguera, sagaz, feliz y celosa al mismo tiempo, observaba atentamente a Ania. Y él, aunque confuso, experimentaba una radiante alegría entre seres tan queridos. ¡Y qué grande era la fe en que estarían siempre juntos!

Nació el hijo, llevó a Ania de la maternidad a casa, y ella, más corpulenta, más blanca, los ojos radiantes de orgullo, dejó al pequeño,

ceñido por cintas azules, encima de la otomana. La abuela, sobreponiéndose a sus achaques, se levantó dificultosamente, se acercó al recién nacido y lo miró largo rato, aproximando a él sus ojos cegatos y lagrimosos. Y todos quedaron como de una pieza, observando el encuentro del inmenso pasado que se marchaba y del inmenso futuro recién nacido. Se habían encontrado y se vertían el uno en el otro.

Un día de helada en Moscú. El Kremlin, rojo, con manchas blancas. Albos hielos en el río, de un azul vaporoso. Llevaba por primera vez al hijo a la Galería Tretiakov, como en otros tiempos lo llevara a él su abuelo. Entraron. El paladín muerto por una flecha; Cristo bajando hacia el Jordán; un *streléts** con una vela en la mano...

Las visiones surgían como si fueran pequeños astros y deslumbraban a Vólkov. Estaba sentado en el diván en la habitación del hotel, extraña, como deshabitada, tenía delante un plano de Kabul, y esperaba oír el toque de queda. El afgano que había a la entrada descansaba la metralleta en sus rodillas y fumaba un cigarrillo. ¿Cómo había vivido su vida? ¿Qué clase de vida llevaba ahora? Vólkov no estaba preparado para darse a sí mismo una respuesta. Su cerebro y su espíritu habían estado ocupados por otras cosas en todos aquellos años. No era el momento de hacerse esas preguntas; ni el momento ni el lugar.

Vólkov se levantó, apagando los pequeños y rutilantes astros. Se desnudó y apagó la luz. Descorrió el cortinado. La calle estaba negra y tranquila. Ni un solo auto. Y en medio del vacío nocturno, a lo lejos, se extendió por la ciudad el crujir de pedernal y el metálico rechinar de una tanqueta. Su carrera se iba aproximando lentamente. Y con súbito estruendo, poniendo en la torre la cegadora luz de su reflector, cuyos rayos partieron las tinieblas, deslizó por la calle su cuerpo angosto y puntiagudo. Había llegado la queda.

Capítulo 3

DOS jóvenes funcionarios del Ministerio de Justicia llevaron a Vólkov a un local de desconchadas paredes que parecía un aula, con mesas y bancos. Otro funcionario fijaba en un muro un cuadro encristalado en el que, con papel de estaño de distintos colores, había escrita en rizados caracteres árabes una sentencia del Corán. El cuadro recordó a Vólkov los grabados que vendían en los mercados rusos.

Saíd Ismaíl, cetrino, de blancos dientes y blandos rasgos de ciervo, parecía amargado, pero sonrió al instante a Vólkov, sinceramente contento de verlo.

—¿Ha habido novedades durante la noche? —Vólkov sabía que el pensamiento de Saíd seguía en Herat, donde se hallaban su mujer y sus hijos, y todos sabían que él era un agitador del Partido, lo que suponía un peligro para la familia—, ¿Qué se sabe de Kandahar y de Herat?

—Allí gente mala, enemigos, quieren sacar camello blanco. Quieren declarar guerra santa de los musulmanes. Allí hay un cofre. ¿Cómo se llama? Una caja con cabellos de Mahoma. Los sacerdotes quieren cargar caja en camello y llevarla por las calles. Eso sería malo, muy malo. La gente seguirá mulhá, al camello blanco, y gritará: *Allah ákbar!* y darán comienzo guerra santa. Eso es muy peligroso. Yo temo eso mucho. ¿Por qué no me dejan ir a Kandahar y a Herat? Iré a hablar con mulhá y diré que no hay que sacar camello blanco. Yo puedo hablar con mulhá, me escuchará.

—¿De qué vas a hablar ahora aquí con ellos? ¿Para qué se hace este encuentro, Saíd?

—Acudirán muchos sacerdotes. Hablaré con ellos. Tú, Iván, comprendes importancia que tienen mulhás. En comité decimos: hay que luchar por mulhás. Si mulhá habla bien al pueblo, pueblo obrará bien. Si mulhá habla mal, pueblo hará mal, llevará por las calles camello blanco. Ahora vendrán muchos mulhás, muy importantes. Vendrá mulhá principal de mayor mezquita de Kabul. Yo conversaré con él. Le pediré que hable por televisión. Que diga verdad, que diga qué Partido hace todo por islam. Eso le diré yo. Ahora vendrá uno de televisión. Que filme al mulhá.

Los ojos de Saíd, oscuros como ciruelas maduras, ardían de impaciencia. Confiaba en su poder de persuasión.

Se oyeron fuera voces, toses y pasos poco firmes de gente que arrastraba los pies. Entraron los mulhás, llenando el local con sus holgadas vestimentas talares, sus blancos turbantes de seda y sus barbas del color del acero pavonado. Semblantes seniles, de prominentes narices. Negros ojos de mirada penetrante. Majestad, astucia, una cautelosa y ambigua expectación. Cansancio producido por los achaques. Conciencia tranquila: su misión de pastores estaba por encima de todos los monarcas y gobernantes en cualquier época negra.

Saíd Ismaíl esperó a que los mulhás se sentaran en los bancos, arreglaran los pliegues de sus vestimentas y acomodaran sus cabezas con anchos turbantes, y les dirigió luego unas palabras. Como todos lo miraban, Vólkov comprendió que Saíd Ismaíl les explicaba el porqué de su presencia.

Saíd Ismaíl no hablaba esta vez con lengua contusa, balbuceante e insegura, como lo hacía en ruso, sino con Voz sonora y apasionada, con voz melódica y cantarína, con ademanes convincentes y tan precisos como los de un profesor de esgrima. En sus palabras pulsaba, poniéndose al rojo blanco, un pensamiento que Vólkov no conocía. Se dio cuenta de que Saíd era un maravilloso orador, un hábil tribuno.

Los mulhás, ancianos sabios y escépticos, de docta lengua, lo escuchaban, fijas en él sus adustas miradas.

Un joven funcionario, flaco y de aspecto enfermizo, a quien impresionaba la presencia de los mulhás, se sentó al lado de Vólkov y le traducía al inglés, deslizándole las palabras al oído: —Les dice: de vosotros depende lo que pueda traer al pueblo el año entrante, pan o lágrimas. De vosotros depende que los musulmanes se maten a tiros en el umbral de las mezquitas. El Corán no exhorta a derramar sangre. El pueblo quiere sembrar, comerciar, ver vivos a sus seres queridos y a sus vecinos.

Vólkov miraba los rostros que la vejez había surcado de arrugas y las abundantes barbas negras veteadas de canas y se daba cuenta de cuán grandes eran la fuerza y la voluntad que se ocultaban bajo aquellas frentes y en aquellas pupilas, de cuán inmensos eran el poder y la autoridad tomados de las tierras abrasadas por el sol y apisonadas por los cascos de los caballos; del ardiente cielo azul con montañas revestidas de hielo; de los polvorientos y caldeados rebaños que corrían hacia los pozos y los arroyuelos; de los jinetes de semblantes rojos como la arcilla cocida que acertaban con sus espingardas en las águilas y en las panteras de las nieves, de los encorvados y flacos labriegos que seguían a los arados de reja de madera por los húmedos valles primaverales. Aquel poder y aquella voluntad que, como corriente eléctrica, pulsaban en el pueblo. Inerte y valeroso. ¿Qué palabras y qué verdades había que decir para ser escuchado por esos ancianos?

—Dice —susurraba el funcionario— que el Partido reconoce abiertamente los errores cometidos antes. Amín se mofaba de la religión, cerraba las mezquitas, encarcelaba a los mulhás y asesinó a muchos de ellos. Pero Amín ya no existe. Nadie se atreverá hoy a burlarse de la religión. ¿Han visto ustedes ahora aunque sólo sea una mezquita cerrada? ¿Han visto algún mulhá a quien haya ultrajado el nuevo poder? Hasta la radio de Kabul inicia sus emisiones con una

oración. El viernes pasado, Babrak Karmal estuvo orando en una mezquita; todos pudieron verlo. El nuevo poder, dice, no va en contra del Corán. Quiere lo mismo que dice el Corán: paz, fraternidad y un justo reparto de la tierra. Quiere un Afganistán fuerte y libre, todo lo que se merece nuestro orgulloso pueblo musulmán.

Vólkov veía la atención impresa en los semblantes de los ancianos. Veía al apasionado Saíd Ismaíl, en alto su fina mano, y trataba de descifrar qué decía para llegar al alma de aquellos perspicaces teólogos, que habían visitado La Meca, conocían la sabiduría árabe y calaban con sutileza en la psicología de su grey.

—Ahora les dice —continuó el funcionario— que los hombres que vienen de Pakistán aseguran ser musulmanes y disparan contra los afganos metralletas norteamericanas. Les hemos encontrado ejemplares de un Corán impreso en Estados Unidos. Les hemos encontrado metralletas hechas también allí. Los norteamericanos, que no creen en Alá, han puesto en sus manos un Corán y armas, y los han enviado a matar musulmanes. Yo soy afgano, un musulmán como ustedes, y me dirijo a ustedes, afganos y mulhás, en nombre del poder y del Partido. Regresen a sus mezquitas y prediquen la paz entre los hombres. Prediquen a los hombres la fraternidad. Prediquen a los hombres la unidad. Díganles en todas partes los afganos no deben disparar contra afganos. En nombre del poder y del Partido, ruego al ilustrísimo mulhá Salim Ahmat Sardar, de la mezquita de Pule Khishti, que hable por la televisión y diga unas palabras al pueblo.

Saíd Ismaíl se calló. Miraba a un corpulento y majestuoso anciano, con el rostro de un bien nacido, lleno de poder. Todos los demás lo miraban también. Vólkov comprendió que el anciano era el mulhá de la mezquita de Pule Khishti, cuya cúpula celeste y su deslumbrante minarete revestido de azulejos se erguían sobre el mercado. El aspecto fosco, sombrío, del anciano y su labio inferior, que adelantaba con un gesto de repugnancia, hicieron creer a Vólkov que diría que no. Aquella cara linajuda encerraba una negativa. El mulhá se

levantó, se ahuecó con ambas manos su barba partida, separando luego las dos puntas, y dijo unas breves palabras.

—¿Qué ha respondido? —preguntó Vólkov al funcionario.

—Ha dicho que está de acuerdo. Está de acuerdo en llamar a los musulmanes a la unidad y la paz.

Se levantaron y se separaron, arrastrando los pies, calzados con babuchas. A través de los albornoces y las barbas se abría paso, con su cámara y su grabadora, un operador de la televisión de Kabul. Saludó a Vólkov, con una leve inclinación —lo conocía—, y se puso a colocar debidamente los trípodes con las lámparas. Saíd Ismaíl pedía al mulhá que se sentara sobre el fondo de la pared, gris, mal enjalbegada, en la que colgaba el cuadro encristalado con la inscripción en colores.

Vólkov observaba cómo se dispersaban los mulhás y pensaba en qué estaría ocurriendo en el alma del anciano sentado ante la cámara de la televisión.

*

Autoclaves cromados, que dejaban oír el gluglú y el chapoteo de la masa. Las encendidas bocas de los hornos. El trepidar de los indicadores en los cuadros de mando. De los blancos torrentes de harina y de los arroyos de aceite parecido a oro líquido salían en negras bateas, tras de pasar por el calor, multitud de dorados panes. Ágiles hombres de piel oscura, que parecían ellos mismos cocidos y como untados de aceite, echaban panes en bateas y, enganchándolas con garfios, las arrastraban hacia los furgones. A Vólkov le alegraba ver el trabajo de los panaderos; las máquinas eran de producción soviética. Pero Aziz Malekh, el director, que lo acompañaba en su recorrido por los talleres, se mantenía sombrío y como aletargado. Miraba todo el

tiempo a un lado. Aunque dominaba el inglés, respondía con desgano a las preguntas. Parecía como si le disgustara la visita de Vólkov. Abotargado, de tez amarillenta, con tumefactas ojeras, llevaba puestos unos guantes negros que parecían ocultar un eczema; todo el tiempo quedaba rezagado, como si no quisiera conversar con Vólkov.

Después de recorrer la fábrica, se sentaron en el despacho del director, que de nuevo hurtaba la mirada, contestaba deshilvanadamente y mantenía bajo la mesa sus manos enguantadas. Aquello irritaba a Vólkov.

—Sé que los norteamericanos han declarado el embargo de los suministros de cereales a Afganistán. —Vólkov abrió el bloc como si se dispusiera a tomar notas, pero lo que quería era lograr que el director levantara la vista y comenzara a hablar—. El embargo ha fracasado gracias a los suministros de grano de la Unión Soviética, ¿no es así?

—Sí —respondió somnoliento el director—. Así es.

—Aunque es notorio que el problema de los cereales es bastante agudo en la propia URSS. Para nosotros no es tan fácil enviar suministros.

—Sí, no es tan fácil —asintió el director, esquivando la mirada, las manos bajo la mesa.

A Vólkov le parecía que lo único que aquel hombre deseaba era verle la espalda cuanto antes.

—La empresa es grande —volvió a la carga Vólkov—, Por lo visto, esta circunstancia exige que el director posea conocimientos específicos. ¿Cuál es su especialidad? ¿La industria alimentaria? ¿La panificación? ¿Cómo ocupó su puesto?

—Como todos —dijo quedamente el director—. Lo ocupé y nada más.

—He oído que se proyecta ampliar la panificadora. ¿Empezarán pronto las obras? ¿Cuáles son las perspectivas?

—¿Las perspectivas? —El director torció el gesto, sus hombres se estremecieron como si sus manos hubieran tropezado bajo la mesa con algo agudo y, dejándose llevar por aquel dolor, invisible para Vólkov, agregó—: Las perspectivas son que pronto me marcharé de aquí.

—¿Por qué? —inquirió Vólkov asombrado.

—¡Pues porque sí! —El semblante del director cambió de expresión. La modorra desapareció. Le brillaron los ojos. La emoción hizo temblar sus labios—, ¡Porque estoy harto de todo esto! ¡No puedo! ¡No quiero! ¡No quiero nada! ¿Puede usted comprenderlo? ¡Soy un hombre que no quiere nada! —Se dominó, avergonzado de su repentino estallido—. Perdone. —Su negra mano enguantada oprimió un timbre. Entró un empleado e hizo una leve reverencia. Llevaba una tetera metálica, dos pequeños cuencos y dulces. Sirvió té verde, que despedía vapor. Se retiró, repitiendo la reverencia—. Perdone —volvió a decir el director—. Es cosa de los nervios. Los tengo deshechos. Efectivamente, abandonaré pronto mi puesto. No soy especialista en industria alimentaria, soy funcionario del Partido. Fui miembro del comité local. Durante varios meses ocupé incluso el cargo de teniente alcalde de Kabul. Conocía un solo oficio: militar en el Partido. Cumplir su voluntad. Si el Partido hubiera ordenado: “¡Aziz Malekh, muere!”, habría muerto. Si el Partido hubiera ordenado: “¡Aziz Malekh, resucita!”, habría resucitado. Olvidé lo que era la familia, lo que eran la mujer y los hijos. El Partido era para mí la mujer y los hijos, la casa y el cielo, el pan y dios. Toda mi vida, mi aire, eran el Partido y la revolución. ¿Lo comprende? ¿Puede comprenderlo?

Vólkov asentía, viendo que aquel hombre introvertido, cerrado herméticamente unos instantes atrás, estallaba bajo la presión de la mórbida energía acumulada en su interior. Conocía tales arrebatos. Y como profesional, sabía valorarlos.

—Me enviaron a provincias, a Kunduz, con el decreto sobre la tierra. Yo mismo, pertrechado de un mandato del Partido, llevé a cabo en las aldeas la reforma agraria. Quitábamos la tierra a los señores feudales y entregábamos a los campesinos escrituras de posesión de las parcelas. Los labradores lloraban, besando las hojas de papel timbrado, corrían con escuadras de agrimensor, a los campos, para medir sus nuevos lotes, caían de bruces al suelo y besaban los surcos. Yo mismo hice realidad el decreto sobre la instrucción. Construía escuelas rurales. Yo mismo di la primera clase en una pequeña escuela donde en pizarras hechas por nosotros mismos habíamos dibujado el alfabeto, un camello, un caballo, un buey, un árbol... Los niños repetían, cantando, los versos que yo recitaba, y en la calle se agolpaban sus padres y sus abuelos, analfabetos, conversando en voz baja, por temor a estorbarnos. Fui teniente alcalde de Kabul y participé en la confección del primer plan general de ensanche de la ciudad junto con el arquitecto soviético Karmaújov. Soñábamos con borrar de la faz de la tierra esas espantosas madrigueras donde durante siglos vivieron esclavos, donde la gente se pudría en vida, donde reinaban la ignorancia, las enfermedades y la degradación. Soñábamos con que los bulldozers barrieran los pestilentes cuchitriles, para levantar allí casas llenas de luz, casas de cristal, y con que la gente, libre y renovada, recibiera de manos de la revolución casas dignas y en el nuevo Kabul hubiera rascacielos como los de Tashkent y un subterráneo tan bello como el “metro” de Moscú. Yo creía en todo eso. Estaba dispuesto a levantarlo todo con mis propias manos. ¡Con estas manos!

Ayudándose con los dientes, se quitó los guantes, uno tras otro.

Y Vólkov pudo ver unas horripilantes cicatrices rosadas y azules, fracturas y falanges aplastadas.

—¡Mire! —Agitó ante Vólkov las manos lisiadas—. ¡Mire lo que hizo conmigo Amín en nombre del Partido y de la revolución! —Un tic contrajo su semblante—. El asesinato de Taraki fue para mí un golpe, pero pensé: ¿tal vez haya para ello una razón que yo no comprenda, tal

vez se persiga un fin muy elevado? Y me callé. Pero los fusilamientos eran cada día más. ¡Disparaban sobre los mulhás en nombre de la revolución! ¡Fusilaban a los señores feudales en nombre de la revolución! ¡Mataban a los comerciantes en nombre de la revolución! ¡Y lo mismo a los militares, a los maestros y a los médicos! Y a los militantes y no militantes del Partido. ¡Todo en nombre del Partido y de la revolución! Dije que aquello era un error. Que no podía ser. Que el pueblo nos daba la espalda. Escribí a Amín una carta donde lo acusaba de que estaba arruinando la revolución. Me detuvieron de noche, me sacaron de la cama en paños menores. Me llevaron a Pul-i-Charkri. Allí, durante un mes, me pegaban cada día. Me reventaron los riñones; hasta ahora me sangran. Me aplicaban corriente eléctrica, y ahora pierdo a veces la vista. Cada día me machacaban los dedos con las culatas, preguntándome si quería volver a escribir. Una noche me encerraron en la celda de los condenados a muerte, y esperaba que por la mañana llegaría a buscarme un camión y me llevaría junto con otros reclusos, al viejo polígono donde, liberándome por fin de las torturas, me fusilarían “en nombre del Partido y de la revolución”. Aquella noche comprendí cuán equivocado estuve. ¡Qué absurda había sido toda mi vida! Debía haber nacido piedra, hierba, animal, pero había nacido hombre. Debía haberme dedicado sencillamente a arar la tierra o a apacentar ganado, y morir después de haber vivido tranquila e inadvertidamente; pero en vez de eso, yo me dediqué a la política. Pues bien, a la mañana siguiente me pegarían un tiro, y ¿a quién iba a decir nada? ¿Qué palabras pronunciaría antes de morir? ¿Viva la revolución?

Vólkov sentía una lástima desbordante. Sentía un agudo dolor en sus dedos sanos. Comprendía que ante él se había abierto un enorme drama social y personal. Una catástrofe para la vida y el sistema nervioso de aquel hombre. Pero a través de la fuerte conmoción retenía con ansia y exactitud cuanto oía; lo analizaba instantáneamente y lo encajaba en el texto escrito por la mañana. Era reportero, y su profesión lo habla llevado al centro mismo, al cráter de una revolución. Desde

sus llameantes entrañas enviaba sus reportajes. Pintaba sus instantes, su rostro, cambiante a cada segundo.

—A la mañana siguiente vinieron a la celda unos militares y me dijeron que Amín había sido aniquilado. Salí de la cárcel y me fui a casa. Tenía fiebre y deliraba. Me envolvieron en vendas. Pedí que taparan las ventanas y que no dejaran entrar a nadie en la habitación. A los dos días me vinieron a ver del comité local. “Tú, Aziz Malekh, eres un militante con experiencia, templado en la lucha. El Partido te necesita. El Partido te confía el sector de trabajo más responsable: ¡dar de comer a Kabul! Las fábricas necesitan pan. Las escuelas necesitan pan. Las guarniciones necesitan pan. ¡La suerte de la revolución depende de que haya o no haya pan!” De nuevo las mismas palabras: “¡El partido, el pueblo, la revolución!” Por lo visto, eso había echado en mí raíces tan hondas, que no pude negarme. Sí, no pude negarme. ¿Para qué vine aquí enfermo, lisiado, falto de fe y de ánimos, con los riñones reventados, con la voluntad destruida? Ahora he resuelto marcharme. No quiero. No quiero nada. Tan sólo mi casa. Tan sólo palabras quedas y sencillas. ¡Tan sólo mi mujer y mis hijos! ¡Todo lo demás es mentira! ¡Todo lo demás es dolor! ¡No quiero! ¡No puedo! Perdone. No puedo seguir hablando.

Se levantó, se apartó rápidamente hacia un ángulo del despacho y se volvió de espaldas. Sus guantes quedaron encima de la mesa, con los dedos doblados y retorcidos. Vólkov se levantó y salió sin hacer ruido. Mientras se dirigía hacia las puertas de la panificadora, pensaba: ése es el terrible precio que hay que pagar por los errores, por lo que se ha dado en llamar las “pérdidas del proceso”. ¿Qué milagro podría resucitar a este hombre? ¿Qué podría impulsarlo a decir de nuevo “¡Viva la revolución!”?

*

En las oficinas del Departamento Estatal de Seguridad afgano, el HAD, Vólkov conversaba con el comandante Alí, que vestía una holgada chilaba azul.

—Alí —dijo Vólkov, y tomó un sorbo de té—, ¿qué me cuentas hoy de bueno? Me prometiste información. He venido por ella. ¡Muéstrame algo nuevo, Alí!

—¿Sabes?, las novedades son pocas —respondió evasivamente Alí, partiendo un crujiente pastel—. Si quieres, puedo mostrarte armas y volantes capturados al enemigo.

—Todo eso ya me lo mostraste la vez pasada. Todo eso ya lo vi, estuve tres días limpiándome del aceite de las armas. Muéstrame algo nuevo, ¿eh?

—¿Qué puede haber de nuevo? —Alí sostenía ante sí el pequeño cuenco con té—. En fin, detuvimos a un periodista canadiense que reunía datos acerca de la dislocación de las tropas. Le encontramos un plano de la disposición de las unidades. Parece que es un pez gordo.

—¡Déjame que lo vea!

—Es pronto. Cuando se pueda, organizaremos una conferencia de prensa, reuniremos a los corresponsales y lo difundiremos ampliamente por la televisión y por la radio.

—Alí, tú comprendes perfectamente que la conferencia de prensa y la tele son patrimonio común, nuestro pan de cada día. Yo querría que tú, hermano, evidenciaras que me tienen una confianza muy especial. Por lo menos deberías insinuarme lo que se espera. Con qué se puede contar. ¡Oriéntame, Alí!

El comandante tomaba té sosteniendo el cuenco con sus oscuros dedos y mordisqueaba un pedacito de pastel dulce. Cara llena, bronceada. Ojos rasgados, húmedos del color de las guindas.

Vestimenta azul, con grandes pliegues. Un bonete de piel de astracán. Árboles y tórtolas en el exterior. Una miniatura persa. Sólo desentonaba en ese cuadro la mesa, con un intercomunicador, y la pistola que se veía encima de un plano desplegado.

—Puedo decirte algo —pronunció Alí, tras breve titubeo—. Hay noticias, aunque todavía no exactas, de que el enemigo trama algo en Kabul. En todo caso, hay síntomas de ello. Nos hacen pensar así varios indicios.

—¿Qué indicios? ¿Qué es lo que traman?

—Según datos que obran en nuestro poder, se ha acentuado la afluencia de gente sospechosa, venida de provincias. Llegan y se instalan en las afueras o en la Ciudad Vieja, alegando ser parientes o conocidos. Viven sin alborotar y procuran no dejarse ver en las calles. Tenemos la impresión de que están acumulando fuerzas y, naturalmente, también armas. Hemos secuestrado varios automóviles privados con armas ocultas bajo los asientos. Metralletas y bombas de mano.

—¿Qué crees que están tramando?

—No creo que se trate de un golpe ni de una marcha sobre Kabul. Pero es posible que se produzcan desórdenes. Manifestaciones. Actos de terrorismo.

—¿Y qué hacen ustedes teniendo en cuenta lo que se espera? ¿Organizan batidas? ¿Despliegan operaciones preventivas? ¿Tal vez pueda acompañarlos a alguna?

—No, no organizamos batidas. Procuramos evitar las detenciones preventivas. La gente está cansada de las batidas. El nuevo período de la revolución ha terminado con las represiones, con las cárceles y los arrestos. Lo que el enemigo quiere es, precisamente, provocamos, suscitar represalias. No debemos caer en la provocación.

Debemos aislar del pueblo a los enemigos. Aislar de la población a los instigadores, a los provocadores. Confío en que lograremos evitar desórdenes.

—Salgo en avión para Jalalabad, Alí, y quiero que me hagas un favor: pide a tu gente de allí que salga a recibirme.

—Está bien, se lo pediré a mi amigo Hassán, el jefe del HAD de Jalalabad. Es un hombre interesante, tú mismo lo verás. Fiel a la revolución. Pero su hermano Feruz es el cabecilla de una gran banda que tiene aterrorizada a toda la comarca de Jalalabad. Y andan el uno a la caza del otro. Ya lo verás. ¿Cuándo regresas?

—No sé.

—¿Sabes lo que te aconsejo?: procura estar de vuelta en Kabul alrededor del día veinte. Algo traman, aunque no sé qué es. Me lo dice la intuición.

—¡Qué bueno es tener un amigo poseedor de tan fina intuición! —rió Vólkov, grabando en la memoria la fecha para la que debía regresar—. Te sienta muy bien el azul. Si te hubiera visto en la Maiwand, no te habría reconocido. Cuando paseo por las calles me siento como un mirlo blanco. ¿Qué te parece si me visto así?

—No te serviría de nada —contestó Alí—. Seguirías siendo un mirlo blanco.

El intercomunicador zumbó roncamente y se puso a parpadear. Alí se inclinó hacia el aparato.

Capítulo 4

VÓLKOV había estado a ver al agregado de prensa para recoger unas revistas indias y pakistaníes, y cruzaba ya el patio de la embajada hacia el estacionamiento, haciendo saltar las llaves del coche en la palma de la mano, cuando vio a Marina. De buenas a primeras no recordó el nombre de aquella mujer de tez fina y —así le pareció— brillante, en cuyo rostro fulgían los ojos, expresando asombro y contento. Al verla, le pareció que el aire se saturaba de una intensa luz.

—Vi su coche y decidí esperar. Necesito ir a la ciudad y pensaba. ¿quién podría llevarme? De pronto vi que la perdiz se ponía solita a tiro —dijo con voz natural y alegre.

—¿Por qué no la habré encontrado antes? —respondió en el mismo tono Vólkov— ¡Con la falta que me hacía un intérprete para hablar con los mulhás y con los de la panificadora! ¿Sabe qué falta me hacía?

—Le habría acompañado muy a gusto en ambos casos, pero, desgraciadamente, mi jefe me dio a copiar un montón de actas.

—Tendré que comprarla a su jefe.

—Inténtelo. Por el momento soy yo quien necesita comprar pasas, nueces y dulces orientales en una pequeña tienda cerca de aquí. ¿Me lleva?

No la había recordado en todo el día, pero resultaba qué en su interior vivía la sensación de la velada de la víspera, de la súbita aparición de la mujer que acudió en su ayuda, sin sospecharlo ella misma, en un instante de debilidad; sí, aquella sensación vivía en su

interior, lo mismo que las estrellas blancas como sal el frío humo de los hogares y la caprichosa sombra del rosal. Todo aquello vivía en él y se había transformado en aquel momento en gratitud, en deseo de hacer algo por ella.

Iban por el fragoroso y tonante Kabul vespertino, que parecía un sonoro pandero de tirante parche, pintado torpemente de dos gamas de colores. Las rojas laderas del monte Asmaya, muros de adobe, los rostros cobrizos del gentío, la negra madera de las tiendas, las alegres naranjas, montes de nueces y de avellanas, toda la dura y caldeada corteza de la tierra. Y el fulgor añil del cielo, los altos hielos azulencos, las cúpulas del color del lapislázuli, los minaretes, el trasparente humo de los asadores de cordero, toda la altura vespertina de aquella época en que se avecinaba la primavera.

—¡Es formidable que lo haya visto! —exclamó Marina muy contenta, como pidiéndole que compartiera su buen humor.

El asintió con la cabeza al tiempo que pasaba a un torpe y pintarrajeado autobús colmado de chucherías, cromos y etiquetas con un chico montado en el estribo.

Pasaron a lo largo de los puestos de venta de tapices, con su rojinegra hermosura. En lo hondo de las iluminadas tiendas escarlata se veían, inmóviles como fanales rojos tallados, los bronceos semblantes de los mercaderes. Paso fugaz la madera pulida de un telar con tensa cuerda —hacían recordar a una enorme guzla— que tocaba diestramente un chico con *tiubeteika*, haciendo pasar por entre ellas un ígneo chorrillo de lana. Con todos los músculos en tensión por el esfuerzo, los mercaderes sacaban a la calle pesados rollos de tapices que extendían luego en la calzada para que pasaran por encima las ruedas de los coches. Los autos rodaban lenta y cuidadosamente sobre los tapices, aplastando los nudos y las desigualdades y haciéndolos flexibles y blandos.

—Llevo ya casi un mes aquí —dijo la mujer—, y todo el tiempo quiero ir de compras, sueño con visitar casas particulares y viajar al campo. Deseo saber cómo viven y cómo celebran sus fiestas, por ejemplo, el Año Nuevo, qué regalos se hacen, cómo guisan, cuecen el pan, tejen los tapices, forjan y cincelan. Ansío ver con mis propios ojos cómo corren a caballo mientras disparan armas de fuego, presenciar sus bodas. Oír sus cuentos, canciones y rezos. Visitar Herat, Ghazni, Kandahar, ver las cuevas de Bamian, las cascadas y el rosario de los siete lagos. Sueño con ver todo lo que conozco sólo por los libros. Pero resulta que me paso los días enteros en las oficinas, pegada a la máquina, y por las tardes estoy siempre sola en el hotel, como un ermitaño... Pare, si puede, ahí a la izquierda. Estamos llegando a la tienda.

Se apearon del coche. Dejaron atrás la concurrida y aromosa plaza del Mercado Verde: mojadas bateas con pescado fresco de viscosas escamas; sartas de codornices de pinto plumaje; montones de zanahorias ya cortadas sobre las que vertían a cada instante agua para que se mantuvieran frescas y apetitosas, manojos de cebolletas, de tallos de un azul metálico. Los vendedores hundían las manos hasta los codos en los haces de verduras y los sacudían cuidadosamente.

—Está ahí mismo, a unos pasos —dijo Marina, a quien deleitaba aquel cuadro, con sus sonidos y sus olores.

Pasaban ante pequeñas y angostas tiendas, con policromos rótulos desvaídos, llenas de cajas de hojalata, paquetes de celofán y cucuruchos, y saturadas de olores dulces y amargos, a comino, a canela, a clavo..., Las paredes, los mostradores y las ropas de los tenderos estaban impregnados de los penetrantes aromas de las especias. Marina compró a un indio de rizada barba y apretado turbante lila una lata de café y una libra de té negro, cuyas retorcidas hojas secas olió e hizo oler a Vólkov, explicando algo al comerciante en voz alegre y cordial. En la tienda vecina pidió a un uzbeko de tez oscura y cara alargada nueces ya partidas y crujientes almendras

tostadas. Incapaz de contenerse, se puso a comerlas en seguida y señaló con el dedo al tendero un cesto. El hombre tomó con una paleta azulosas pasas y las dejó caer, con leve susurro, en la balanza. Echó una pequeña pesa. Tomó el platillo con la parte inferior verde y oxidada, y la superior brillante de puro limpia. Llenó un cucurucho. Luego Marina compró a un bronceo afgano tocado con un gorrito de astracán, a quien hizo sonreír de oreja a oreja con sus bromas, dulces orientales, cabello de ángel y un gran paquete de naranjas, que pasó a Vólkov. Al periodista le causó gracia la diligente impaciencia con que manejaba los paquetes al colocar sus riquezas en el asiento. El miraba la acalorada muchedumbre vespertina y escuchaba la música, los gritos de los chicos y los claxons de los automóviles. Y pensó: “¡Qué desórdenes ni qué niño muerto! ¿De qué hablaba Alí? ¡No hay nada de eso! ¡Ni el menor síntoma!”

*

Se separaron en el hotel, después de convenir en que volverían a encontrarse más tarde, en el vestíbulo de la planta baja, junto al televisor: Marina había prometido traducirle las noticias de última hora. Vólkov extendió sobre la mesa las carillas de su reportaje, esperando la llamada de Moscú. Era otro compacto resumen de acontecimientos, donde, entre los pronósticos y las formulaciones políticas, no había quedado espacio para los semblantes cobrizos de la muchedumbre asiática de la Maiwand, ni para el Tadj, envuelto en emanaciones azules, ni para el dolor súbito, parecido a un arrebato de pánico, que había sentido junto al espinoso rosal.

De las lejanas nieves de Moscú, los sonidos se aproximaban impetuosamente al casi vacío cuarto del hotel de Kabul, precedidos por el ruidoso timbre del teléfono.

—*Hello... Mister Vólkov?... Moscow, please!...*

—¡Sí, sí, Moscú! —casi gritó, con ansia—, ¡Aló, Moscú!

Vólkov se acercó las hojas de papel y se puso a dictar con voz monótona y lenta, deletreando los nombres propios y geográficos afganos. Pasó una hora entera entregado a esa ocupación. Cuando colgó el auricular, ya era de noche. Todavía parpadeaban los faros de los coches, pero cada vez eran menos. Cruzaba la calle una patrulla afgana. Los soldados se alumbraban con linternas eléctricas.

En el vestíbulo de la planta baja se oía la profunda voz del locutor de la televisión. Apareció en la pantalla un mulhá obeso y barbicano, de blanca chilaba, sobre cuya cabeza pendía en una pared un cuadro policromo. Era el mulhá de la mezquita de Pule Khishti, el mismo a quien Saíd Ismaíl había persuadido de que debía aparecer en la televisión. Rompió a hablar guturalmente, moviendo sus pobladas cejas, y levantaba la voz, ya amenazante, ya quejumbrosa, a veces, como si entonara un canto litúrgico. Vólkov pensó que el día que terminaba, consumido por el sol, le enviaba un ilusorio reflejo.

Levantó la mirada, Marina se hallaba junto a la puerta encristalada. Y de nuevo, como le había ocurrido en el patio de la embajada durante el día, se le antojó que todo el vestíbulo, las oscuras maderas de las paredes, los tapices rojinegros y las lámparas, que apenas alumbraban, se llenaban de una densa luz.

—Aquí me tiene —dijo ella, acercándose—, ¿Qué hay de nuevo en Moscú?

—Se acuerda de nosotros.

Al responder, sintió en la cara, en los labios y en el pecho el calor producido por la aparición de la joven.

—¡Iván Mijáilovich! —oyó Vólkov que lo llamaba Nil Timoféevich Lá dov. Grueso, bonachón, pulcramente afeitado, cruzaba el vestíbulo, desde el restorán, llevando en las manos una botella y un

manejo de tallos de cebollas envueltos en sendas servilletas—. ¡Qué bien que lo haya encontrado! Los nuestros fueron varias veces a buscarlo. Le dije: no ha estado en su cuarto en todo el día. ¡Venga a mi habitación! ¡Ya nos hemos reunido todos, la mesa está puesta! ¿Ve? — Señaló con la cabeza la botella—, ¡Vamos, pasaremos un rato charlando!

En sus ojos no se percibía la preocupación habitual: brillaban alegres. Había en ellos la impaciencia de la espera del inmediato encuentro con los amigos en torno de la mesa.

—No sé... —Vólkov titubeó y miró a Marina—. Queríamos oír...

—¡Luego lo oirán! Tome consigo a esta simpática señorita, perdone, no sé cómo se llama usted, y vengan a mi cuarto.

Vólkov vio que Nil Timoféevich había sido del agrado de Marina y que ella deseaba aceptar la invitación. Nil Timoféevich hizo una graciosa reverencia a la mujer, apartando torpemente los brazos — tenía ambas manos ocupadas— de su grueso y poco ágil cuerpo. En fin de cuentas los llevó a su habitación, donde sonaban voces densas y alguien gritaba con fragores de trueno.

Habían apartado las camas y colocado entre ellas unas mesas con periódicos a guisa de manteles. Sobre las hojas de papel con caracteres rusos, afganos y uzbekos se alzaban botellas y vasos y yacían tibias tortillas impregnadas de jugo de carne con especias, pequeños montones de cordero cortado en trocitos con agujeros —los acababan de desensartar de las broquetas—, verdura, corteza de naranjas y latas de conservas abiertas. Ya habían empezado a comer y a beber. Los comensales recibieron a los recién llegados estrechándose ruidosamente para hacerles sitio.

Vólkov reconocía todas aquellas caras tan diferentes y se le antojaba que las había visto multitud de veces. Al de rostro tártaro lo

había encontrado en la fábrica de automóviles del Kama cuando pusieron en funcionamiento la nueva cadena sin fin. Al flaco de ojos tristes lo había visto en las estepas de las tierras vírgenes, a través del torbellino y los silbidos de una locomotora. El de frente curtida se parecía a un segundo oficial que empuñaba el timón de un rompehielos. Aquel otro era un gasista de Urengói, gris y como de hierro por el contacto de las tuberías. Los habían reunido de distintos confines del país y los habían enviado a Kabul para que siguieran haciendo lo mismo que habían hecho hasta entonces: construir, curar, educar... Había visto aquellas mismas caras en Angola, donde constructores de Sarátov abrían travesías en los bosques, travesías donde los ataques de los Canberra habían destruido los puentes; un hormigonador se había quitado la gorra violentamente y, sin parar su máquina, amenazaba con el puño, en medio de los estallidos, a un Mirage que atacaba en picado. Había visto aquella mismas caras en Nigeria, donde tendían un oleoducto en las selvas, tras de haber cambiado los hielos de allende el Círculo Polar por el pegajoso baño de vapor del ecuador, y donde un pelirrojo udmurto, con el soplete eléctrico en la mano, enseñaba a un negro de nívea dentadura a soldar al estilo siberiano. Los había visto en Campuchea, cuando llevaban a un lazareto a exhaustos niños hambrientos y un médico de la región de Frunze auscultaba con el estetoscopio sus débiles pechos y parecía verter en ellos su vida por el fino tubito. Conocía la destreza y la fuerza de aquellos seres, comprobadas en las obras del gran país, y su capacidad de donar de todo corazón, de compartir cuanto poseían.

—¡Adelante, Grigori Tarásovich!

Y Grigori Tarásovich, imperioso, fuerte, moviendo su adusta ceja, habituado a que su palabra fuera ley, levantó alegre y bizarramente el codo a la altura del pecho y, el vaso en la mano, mirándolo con su brillante ojo cosaco, dijo: —¡Camaradas!

Todos callaron, poniéndose serios.

Grigori Tarásovich continuó:

—Quiero que el primer brindis sea porque todos los que, como suele decirse, estamos alrededor de esta mesa, sepamos trabajar honradamente y bien, hagamos las cosas como es de ley, así lo decimos en el Don, y regresemos a casa con honor. Todos nosotros, camaradas, vemos perfectamente en qué condiciones tan difíciles, tan heroicas les toca luchar a nuestros amigos afganos para, literalmente a costa de su sangre, a costa de su vida, encauzar la economía y hacer su revolución. ¡Quiero, pues, camaradas, que bebamos por su victoria indefectible, para la que nosotros daremos cuanto sabemos. y por su heroísmo. ¡Y, naturalmente, por todos, por todos nosotros!

Miró tranquilamente a sus compañeros y, moviendo levemente el vaso, invitó a todos a que lo imitaran y lo bebió. Arrancó un pedacito de pastel, se lo llevó a los labios, aspiró y, luego, volvió a dejarlo cuidadosamente encima del periódico que tenía delante.

Después de haberse sentado al lado de Marina —estaban tan apretados que sentía su hombro caliente y vivo, separado del suyo por la fina tela de la camisa—, y de beber la primera copa, Vólkov miró a los comensales, amistosamente apretujados, y sintió de pronto que, además del largo día vivido exteriormente, lleno de dudas y de inquietudes, existía otro día, vivido por él en secreto, un segundo día tejido de presentimientos, recuerdos súbitos, espera inconsciente y deseos de bien y de dicha para todas las personas a quienes había visto y para sí mismo. Aquel día secreto esperaba su hora, esperaba a que desapareciera el primero, y por fin había llegado tal instante. Vólkov miraba aquellas caras masculinas y no jóvenes, que de pronto se le habían hecho tan queridas. Y la miró a ella, sentada al lado: el brillo de su cercano pelo, el movimiento del hombro y la encendida mejilla, contra la que de pronto sintió deseos de apretar la suya.

—¿Se encuentra a gusto? —preguntó.

—Sí —respondió Marina.

En torno todos hablaban, discutiendo lo que les preocupaba, lo que los había reunido en aquel cuarto de un hotel de Kabul.

Vólkov escuchaba y le parecía que tras todas aquellas preocupaciones sobre el estado del tiempo y sobre los cereales se ocultaba, sin lograr expresarse en palabras, algo más en consonancia con la paciente espera y la tenaz tendencia del alma no a la riqueza, al poderío o al dominio, sino a otro estado que el destino le reservaba: a la futura fraternidad, la belleza y el bien.

—Está usted ausente —dijo Mariana en voz baja.

—No, estoy aquí, ya he regresado —repuso él, y le rozó levemente el brazo.

Nil Timoféevich se desabrochó el cuello de la camisa, que lo ahogaba, se pasó la mano por la frente como si se quitara o retirara algo de ella, y sus ojos se hicieron grandes, de un azul oscuro, húmedos.

—Escuchen lo que pienso, amigos míos: continuamente nos apresuramos, nos sumimos en preocupaciones, nos falta tiempo. Ya para sembrar, ya para retener la nieve. La gente espera, la gente exige, y los superiores apremian. Pero en algún lugar hay una persona, la más querida, que nos está esperando con la mayor impaciencia. Y todo el tiempo le repetimos: espera, ¡espera un poco más! Voy por última vez, es la última vez que vuelo, y luego volveré a tu lado... ¡Hemos explorado la Antártida y el Cosmos! Todo se necesita, todo corre prisa, todo apremia. Pero, todo eso, si se piensa bien, son preparativos; todos nosotros nos preparamos para lo que es lo más importante. Sí, lo principal es resolver cómo debemos vivir. Lo principal es lo que hay en nuestras almas, la conciencia, el amor. ¿No tengo razón?, ¿no es como digo? En eso es en lo que hay que pensar. ¡Eso no podemos olvidarlo,

queridos amigos!

Aquel hombre obeso, de respiración fatigosa, aquel experto especialista en cuestiones económicas se revelaba súbitamente en un nuevo aspecto, embargado de una pasión inesperada que se descubría por el sonido desacostumbrado de las palabras con que procuraba explicar su concepción de la vida. Y los demás, sus amigos y camaradas, lo comprendían. Asentían con la cabeza, estaban de acuerdo con él.

—¡Vamos, cantemos una canción! ¡Grigori Tarásovich, entone una de las tuyas, una cosaca! Nosotros le haremos coro a media voz.

Grigori Tarásovich enderezó los hombros, como un molinero que hubiera llevado a cuestras y arrojado luego al suelo un pesado saco de harina. Abombando su musculoso pecho, llenó de aire los pulmones. Su espalda se puso erguida y tensa, como la de un jinete. Sacudió la cabeza, apartando un canoso mechón y, con él, el cuarto del hotel, Kabul, la hora de queda y las preocupaciones de la mañana siguiente, y ante él se abrió la estepa, con su fulgente verdor agitado por el viento, y por ella marchaban las tropas cosacas: batían el suelo los cascos de los caballos, aquellos cascos lastimados, desgastados de pisar tierras ajenas; se sacudían las armas polvorientas, los estandartes y los banderas: brillaban ojos cuyo color había desteñido el sol. Y alguien entonó con voz fina, no muy alta con una voz pura y triste: *Al cuclillo decía el ruiseñor...*

Envolviendo al cantor, otras voces se alzaron, quedas y apasionadas: *Volemos, cuclillo, al verde huerto...*

Vólkov cerró los ojos. Suavemente, sintiendo un dulce dolor, se hundió en aquella canción, conocida desde su juventud, como se cae en agua mansa, en fresca hierba, en ese sentimiento fuera del tiempo y del espacio que era amor, fraternidad y pena por la breve existencia en el amado terruño, del que lo apartan a uno cada día que pasa, cada hora,

sin que haya podido disfrutarlo ni gozar de lo suyo, comprender cómo vivir en este mundo y en este tiempo que sí está yendo. Y toda la vida se siente en los labios el sabor de tintas desconocidas, son incontables las pérdidas y los olvidos, y nadie puede enseñar cómo se debe vivir, nadie puede enseñar cómo e debe morir...

Cantaron la canción, y siguieron unos segundos de silencio. Y de nuevo se sintieron en Kabul y en el cuarto del hotel. Rostros de expresión conmovida, enternecidos.

Caminaban por el largo pasillo, con su alfombra roja, hacia donde clareaba el vestíbulo y el centinela, pertrechado de una metralleta, fumaba, mirando cómo se acercaban. Sabedor de que en aquel instante habrían de separarse, cosa que no quería, y temiendo que aquel pensamiento involuntario no fuera muy lícito, Vólkov dijo: —En fin, terminó la velada. Que descanse. Muy buenas noches.

—Gracias por la invitación. ¿Se marcha mañana?

—A Jalalabad, por una semana.

—Pensaré en usted. Le desearé suerte. Lo esperaré.

—¿Sabe dónde podemos encontrarnos? En el jardín de detrás del hotel hay un gran plátano. Y al pie una alfombra en la que se sientan dos sabios varones. Tome té con ellos y espéreme. En cuanto aterrice el avión iré allí.

—De acuerdo —dijo ella—. Buenas noches.

Se marchó. Él regresó lentamente a su cuarto, pero seguía viendo que Marina se alejaba por la alfombra roja y se perdía en la oscuridad del pasillo.

Capítulo 5

VOLABA a Jalalabad en un avión de transporte camuflado que a veces casi rozaba las nieves, las pulidas y refulgentes cumbres. Se sumía en diáfanos valles azules, por los que corrían nebulosos y retorcidos caminos, brillaban los ríos y ponían sus manchas de color los campos y los poblados. Parecía todo un fino dibujo hecho con tinta china. Todo el tiempo su mirada buscaba desde lo alto los tractores, el punteado azul de la caravana.

El avión entró en contacto con el hormigón de la pista y pasó veloz, rugiendo, ante radares, helicópteros y otros aparatos que se estaban reabasteciendo. Luego dio la vuelta y, zumbando como un abejorro, rodó hacia el edificio del aeropuerto con su torre de control. Vólkov se apeó y vio a un grupo de militares afganos, a una mujer con velo y a un anciano de tez de color chocolate, barba cana y turbante. Buscó con la mirada al jefe del HAD, que había prometido ir a recibirlo. No lo encontró y dirigió sus pasos hacia el edificio del aeropuerto.

El edificio de hormigón parecía vacío y mudo, pero, al acercarse, sintió que estaba repleto. Entró. Lucían unas bombillas mortecinas. El piso estaba sucio. A lo largo de las paredes se alineaban largos bancos de madera, en los que se apretujaban unos soldados; también los había sentados en cuclillas. “Son soviéticos”, se dijo al ver los capotes enrollados, los cascos y las metralletas apoyadas en las mochilas. “Son nuestros”, pensó, sintiendo una oleada de ternura y de inquietud. Callaban, fatigados, y sus semblantes parecían flacos y pálidos a la mortecina luz de las bombillas; sus brazos pendían cansados y flojos. A cierta distancia se hallaban los oficiales, fumando en silencio. Vólkov se acercó. Vio una cara gris, de bigote lacio, unas estrellas de comandante

en las hombreras, la lumbre de un cigarrillo. Se presentó, mostrando su carné de periodista.

—Martínov —dijo cansadamente el comandante, haciendo el saludo militar—. ¿En qué puedo servirle?

—Veo que acaban de realizar una marcha. ¿De dónde han venido? La gente parece cansada.

—Estuvimos trabajando —dijo un capitán que se había acercado—. Toda la noche, sin pegar ojo.

—Tuvimos que escoltar una caravana de tractores —explicó el comandante, ahogándose con el chispeante cigarrillo, sin dejar escapar durante unos instantes el amargo y picante humo, que parecía quemarlo—. Tractores soviéticos “Belarús”. Venían desde la frontera misma, desde Termez, sin novedad. Pero aquí, en las cercanías de Jalalabad, actúa una banda. Los afganos del HAD se enteraron que se preparaba un ataque contra la caravana. Querían que la escoltara una unidad afgana, pero hubo que enviarla a pelear en las montañas. Y nos llamaron a nosotros. Nos hicimos cargo de los tractores y salimos. Al principio, todo iba bien. Incluso organizábamos mítines por el camino. La gente acudía a ver los tractores. Un anciano tomó la palabra y dijo: “Gente mala hacía correr el rumor de que del Norte venían aquí tanques para aplastar a los niños y a las mujeres. Pero lo que ha venido del Norte son tractores”. Creíamos que todo acabaría bien y llevaríamos la caravana a su destino. Pero, al anochecer, los bandidos armaron una emboscada cerca de la ciudad y dispararon sobre nosotros. Incendiaron un tractor, del que no quedó nada, y estropearon dos. Los trajimos a remolque a duras penas.

—¿Hubo bajas? —Vólkov miró a los soldados, sentados, inmóviles, a lo largo de las paredes. Súbitamente, sintiendo dolor, casi con lágrimas en los ojos pensó en su hijo—, ¿Murió alguien?

—De los nuestros no. Mataron a dos conductores afganos. Uno de los nuestros sufrió quemaduras. Ahora nos tomaremos un respiro. Pasaremos aquí unos días y descansaremos. Dejaremos una parte de los tractores en las empresas agrícolas del Estado que hay aquí y los demás los llevaremos adelante. ¿Parará usted junto con los militares? Puede que pasemos la noche en el mismo sitio.

Martínov se marchó, y Vólkov lo siguió con la mirada, dónde se cuenta de que el comandante estaba rendido y dominado por una constante preocupación. El capitán deslizó la mirada a lo largo de las paredes, por las caras de los soldados, como si los contara. Parecía que perdía la cuenta y la empezaba de nuevo.

Vólkov pasó ante las filas, fijándose en las frentes, los labios apretados y los ojos llenos de cansancio, que apenas se veían por la poca luz. Se detuvo ante un soldado. El joven, sentado, sostenía el casco, asido del borde mismo, separadas las punteras de sus embarradas botas. En una mano se le veía un cardenal. El rostro, joven, lozano, parecía crispado de dolor. Parecía como si en las comisuras de los labios, junto a las cejas y en los ángulos de los ojos, inmóviles, hubieran marcado unos puntos apenas visibles. Ello hacía cambiar la expresión de la cara.

—Buenos días —dijo quedamente Vólkov y se sentó al lado, en cuclillas.

—¿Qué? —El soldado no había oído bien y miró a Vólkov, que se presentó, antes de preguntar: —He oído que los tirotearon. ¿Qué pasó?

—Una emboscada. Nos dispararon con lanzagranadas y luego con una ametralladora —respondió el soldado, moviendo trabajosamente los labios—. Shatrov se lo contaría mejor. Sufrió quemaduras por salvar un tractor. Le están haciendo una curación.

—¿Cómo ocurrió todo eso?

El soldado callaba, como si no supiera por dónde empezar su relato. ¿Por el día en que, antes de incorporarse al ejército, estuvo toda la noche bailando en la fiesta de despedida, su madre lo acompañó a la estación y él vio por última vez desde el vagón las conocidas siluetas de las cosas o bien, sin preámbulos, debería hablar de aquellos montes a lo largo de los cuales rodaba la columna, de los fuertes golpes sobre el acero, del metálico sonido de las balas, del grito lanzado en lengua extraña por un hombre que moría? Vólkov miraba la joven cara, tan cercana, que le hacía recordar otra muy querida, y escuchaba.

—Los tractores los conducían afganos, y nosotros íbamos en trasportes blindados a la cabeza y a la cola de la columna. Llevábamos buena velocidad, y una vez organizamos un mitin. Los niños arrojaban naranjas a nuestro transporte, y Shatrov, no sabiendo qué regalarles, se arrancó un botón con la estrella de cinco puntas y se los tiró. Anocheceía, la ciudad estaba ya cerca, y precisamente en la cuesta por la que pasa el río nos dispararon desde la montaña. Atacaron directamente con un lanzagranadas al tractor que iba delante; enseguida empezó a arder y volcó. El conductor no pudo salir. ¡Ardió como una tea! La columna se detuvo, y ellos hicieron fuego con una ametralladora. Vi que al lado ardía otro tractor. Le habían acertado al depósito. El afgano abrió la portezuela y quiso saltar, con la ropa toda encendida, gritando. Pero una bala le dio en la cara y cayó de bruces. El tractor ardía, y el combustible escapaba, Shatrov, que era tractorista en su pueblo, saltó y se metió en la cabina en llamas. Llevó el tractor al río, a donde la corriente era más fuerte. Se puso a rodar adelante y atrás, para que el agua sofocara el fuego. Lo consiguió, pero perdió el conocimiento sin haber salido a la orilla. Lo tendimos en el transporte, y por el camino abrió los ojos y dijo: “No le escriban nada a mi madre. Ya se lo diré yo cuando me ponga bien”.

El soldado se calló. Pensaba, taciturno, en el conductor afgano, el tractor que ardía, rugiente, en medio del río, y en Shatrov, que había salvado la máquina incendiada.

—¿Es usted Vólkov? —gritó el capitán—. Aquí lo buscan.

Se acercó a Vólkov un magro y esbelto afgano que vestía una cazadora de cuero. Se presentó: —Soy Hassán.

Con el jefe del HAD de Jalalabad, a quien entregó la carta de presentación que le había dado el comandante Alí, Vólkov recorrió en un Fiat naranja los alrededores de la ciudad, siguiendo las huellas de los terroristas. Hassán, enjuto, de mejillas hundidas, con un brillo oscuro en los ojos, apretaba el volante con sus manos enguantadas y aceleraba adelantando a pesados camiones y autobuses, hacía rechinar los frenos y describía virajes cerrados, sin olvidarse de acercar de vez en cuando al asiento la metralleta, que resbalaba.

—Oiga, Hassán, ¿no ha participado usted en ninguna carrera de autos? —quiso bromear Vólkov, asiéndose al tablero en un viraje, durante el que pudo ver la cabina de un camión Ford, adornada con bagatelas de plata, como si fuera un árbol de Año Nuevo, y la cara cetrina, bigotuda y sin afeitar del conductor.

—Todos conocen mi coche —respondió Hassán—, Me han disparado varias veces.

Volvió a acercarse la metralleta.

Se hallaban de pie junto a la cuneta en las rojigrises estribaciones envueltas en niebla, bajo una fina llovizna. Vólkov, sintiendo que su ropa se calaba, fotografiaba un mástil de una línea de alta tensión volado por los bandidos, el ovillo de cables y aisladores quebrados por la caída. Se acercó a la base y pasó los dedos por el acero desgarrado y por el hormigón ennegrecido. Hassán se hallaba de pie cerca, subido el cuello de la cazadora, la metralleta en las manos, escrutando con ojos inflamados las estribaciones. Su inquietud y su sensación de peligro se transmitieron a Vólkov.

—¿A dónde lleva esta línea? —preguntó el periodista,

preservando de la lluvia la cámara fotográfica, y puso en tensión los músculos, para no sentir tanto frío.

—A una empresa agrícola del Estado, a una plantación de citrus. Después de la explosión, paró la producción de conservas. La fruta empezó a estropearse, a pudrirse. Es la tercera vez que la vuelan.

—Veo que la carga que pusieron no fue grande. Colocaron los explosivos en los lugares más indicados. Se ve que son dinamiteros con experiencia.

—No hace falta mucha experiencia. Les enseñan en Pakistán. ¿Ha terminado ya aquí?

Hassán montó rápidamente en el coche, la metralleta siempre a mano, y luego apretó el acelerador, alejándose raudo de las estribaciones. A Vólkov se le antojó que ojos invisibles los observaban desde los pliegues del terreno, desde los cerros envueltos por la llovizna.

En la aldehuela de Kaibali, junto a unas rocas negras que la lluvia ponía brillantes, dejaron atrás unas casuchas de adobe y una tienda con gente agolpada a la puerta y se deslizaron por una alameda hacia una pequeña escuela de una planta, asaltada poco atrás por los terroristas, Vólkov recorrió las aulas, encogiéndose al sentir las corrientes de aire que hacían susurrar las páginas esparcidas por el suelo. Se sentó en pupitres de tablas sucias de tinta. Observó los pequeños carteles hechos por los chicos, en los que podía verse un triste caballo, un camello o un águila. Vio una graciosa cara dibujada con tiza en la pizarra. Probablemente la había pintado un niño travieso antes de que entrara el maestro. Salió al patio de la escuela, donde rumoreaba la lluvia. Tocó con ambas manos la mojada plancha de hierro con huellas del trozo de granito con que la golpeaban para anunciar el comienzo de las clases. Procuraba no pisar los rosales. Sacó fotos de los cristales saltados, de la techumbre arrancada, de los manuales esparcidos ante

la puerta.

—¿Por qué asaltan las escuelas? —preguntó a Hassán, que se litigaba al marco de la puerta para tener la espalda protegida y, al mismo tiempo, poder observar la alameda, apuntando hacia ella con la metralleta, cuya boca estaba blanca de tanto disparar—. ¿Por qué dispersan a los niños?

—Quieren hacer fracasar así el cumplimiento del decreto sobre la instrucción. En las cercanías de Jalalabad han incendiado y destruido ocho escuelas. A los escolares que no quisieron abandonar la clase, les cercenaron las manos y las clavaron en la puerta.

Subieron al coche y salieron veloces de la alameda. Vólkov estaba aterido y sentía escalofríos. Se le antojaba que desde los arboles y las rocas mojadas los observaba alguien.

Hassán conducía el coche a gran velocidad por la mojada carretera y tomaba casi a ciegas las curvas cerradas. Vólkov esperaba que de un momento a otro se estrellarían contra algún coche que fuese en dirección contraria.

—No se preocupe —dijo Hassán—. Ahora la carretera está desierta. Nadie se atreve a viajar. Dentro de una hora saldrá de la ciudad una caravana de camiones que va a Kabul escoltada por trasportes blindados, y todos los autos se unirán a ella.

Vólkov miraba el magro rostro de Hassán, en el que de vez en cuando podía observar un tic apenas perceptible. Recordó lo que le había dicho Ali del hermano de Hassán, cabecilla de una banda local. El periodista quería comprender cuál era la esencia del trabajo que Hassán cumplía día y noche. ¿Qué sabía de aquellos montes y estribaciones, de los disparos y los incendios? ¿Qué escrutaban sus ojos negros como la tinta e inquietos como el azogue? ¿Quiénes eran los que lo vigilaban infatigablemente?

Regresaron a la ciudad. Dejaron atrás almacenes y tiendas. Llegaron a una empresa de transporte: abolladas puertas metálicas, un rótulo, un banderín rojo. Camiones desmontados, levantados con gatos. En medio del patio, dos tractores Belarús, azules, con huellas de hollín. Uno tenía alzado el capó, y en el hierro azul, renegrido por el humo, podía verse la conocida inscripción en tinta roja —“Amistad” — y dos orificios de bala, que habían deformado el metal. Vólkov tocó el tractor herido, pero no muerto, con la inscripción en el capó salvada del fuego. “¡Hay que devolverle la vida, hay que devolvérsela sin falta! Y el mensaje llegará, ¡debe llegar!”, pensó supersticiosamente.

En el patio negro, con manchas de aceite, había una muchedumbre silenciosa.

Vólkov sintió súbitamente un intenso frío en los pies mojados, notó que se estaba poniendo enfermo, y lo acometió la fatiga al pensar en que habría de pasar la enfermedad de pie, caminando entre lluvias y nieblas. Un flaco obrero de nuez sin afeitar, que tenía en la mano una llave inglesa sucia de grasa, se volvió hacia Hassán y le dijo algo. Aquella vez, el tic crispó más tiempo que de costumbre el semblante del jefe del HAD.

—Hemos llegado tarde —dijo a Vólkov, abriéndose paso por entre la muchedumbre, adelantando un hombro.

Lo dejaron pasar en silencio. En el suelo, entre viscosos charcos e irisadas manchas de gasolina yacían dos hombres tapados con una prensa blanca. Hassán la levantó por una punta: con las piernas muy estiradas y los pies calzados con chanclos yacían dos cuerpos decapitados. Uno vestía un raído jersey y el otro un overol. Las cabezas estaban también allí: el cabello empapado en sangre, ojos de brillante córnea y los dientes blancos y apretados. Una era de un viejo, surcada de arrugas, cubierta de descuidada pelambre. La otra era de un joven, de fino mentón y llenas mejillas, con sangre coagulada en los labios.

Sobreponiéndose al espanto, Vólkov miraba las cabezas cercenadas, buscando en ellas, a través del parecido de la muerte, otra semejanza: rasgos de similitud familiar. Pensó: otros dos labradores. Cayeron por el trigo futuro.

—Hemos llegado tarde —repitió Hassán—. Los encontraron hace una hora en una vieja acequia, ahí detrás de la empresa.

Hassán conducía por la ciudad atravesando el gentío de ropas mojadas por la lluvia y decía: —Aquí, en las cercanías de Jalalabad, operan varias bandas con distintos cabecillas, pero el principal es Feruz. Vamos el uno a la caza del otro. Él me ha puesto precio, cincuenta mil afganis. Quiere atraparme vivo, lo mismo que yo a él. Sé que si me caza vivo me arrancará la piel a tiras, me saltará los ojos, me cortará la lengua y me rebanará la cabeza como hacía con los corderos en casa del padre. Yo también quiero capturarlo vivo. Confío en que le ganaré la partida.

Torcieron a una estrecha y ruidosa calleja. Ante una puerta cochera de tablones, herméticamente cerrada, había un camión militar con centinelas. Al oír el claxon del coche de Hassán, uno de la guardia acercó el ojo a la mirilla y los dejó pasar. Vólkov se vio en un patio cerrado, ante una casa con restos de frescos en la fachada. Estaban en el HAD de Jalalabad, de donde habían salido por la mañana.

Se pegó a la caldeada estufa, apretando las manos heladas contra el hierro. Tomó con ansia té caliente. Ofrecía su cuerpo aterido a las olas de calor. Hassán, tal como lo había prometido, llevó allí un grueso y sobado cuaderno escrito con tintas distintas y con diferentes letras —eran informes de los agentes acerca de las acciones de las bandas— y se puso a traducir a Vólkov lo que allí se decía, aunque no todo seguido, repitiendo nombres de aldeas y de cabecillas de bandidos. Vólkov, olvidándose de los escalofríos y del té caliente, escribía con ansia, de prisa, tomando nota de aquellos inapreciables documentos de la lucha, a veces ingenuos, a veces evidentemente inconcretos, pero conseguidos

siempre a costa de un riesgo inmenso, a costa de sangre y de muertes.

De cuando en cuando entraba alguien que, sonreía a Vólkov como excusándose, e informaba a Hassán. Este salía a veces y regresaba enseguida. Dijo por fin: —Lo dejo un rato. Enviamos a un explorador y debo darle instrucciones.

—¿Quién es ese explorador? —preguntó Vólkov.

—¿Qué quiere que le diga? —repuso turbado Hassán—. Uno de nuestros mejores hombres. Va de exploración a la frontera con Pakistán. Sabemos que dentro de poco tiempo pasará la frontera una gran caravana con armas. Queremos saber por dónde y cuándo será. Hay noticias de que la recibirá Feruz junto a la frontera misma. Tal vez consigamos echarle el guante.

—Hassán, ¿no podría entrevistarme con ese explorador?

—No se puede escribir acerca de él. Quieren darle caza. Varias veces descubrieron su pista. Lo cuidamos en la medida de lo posible. Dos amigos suyos, tan expertos como él, fueron apresados y muertos. Trabaja jugándose la vida.

—No mencionaré su nombre, Hassán. Ni describiré su aspecto. Necesito verlo. Sólo le haré unas preguntas de carácter general.

—Lo pensaré —respondió con desgano Hassán y salió.

Vólkov se quedó junto a la estufa encendida, teniendo en las manos el inapreciable bloc colmado de anotaciones.

“Hace unos días, el gobierno pakistaní entregó a la banda de Feruz armas, 1.000 unidades. Sin embargo, se pudo comprobar que la banda recibió tan sólo 700. Se sospecha que Feruz entregó 300 a oficiales pakistaníes, como dádiva. Se prepara el paso de las armas a través de la frontera.”

“Ha sido atacado el puesto fronterizo de Bombali. A consecuencia quedó inutilizado un transporte blindado y cayeron prisioneros un oficial y un soldado. Se sospecha que la banda de Feruz dio ese golpe.”

Mientras leía las anotaciones, Vólkov oía el ruido de unos camiones al otro lado de la ventana, pisadas de botas militares y sonar de armas. Procuraba imaginarse aquella tierra que verdeaba envuelta en niebla y en lluvia, donde en las mezquitas, los huertos y los caravanseres irrumpían la maldad y el terrorismo. Los fusiles tenían un brillo mate. Vigilaban, observaban, espiaban. Efectuaban voladuras. Disparaban sobre blancos móviles. Calentaban al rojo las baquetas. Acercaban el cuchillo a las gargantas estremecidas por el espanto. Y él, Volkov, debía revelar la trama oculta de la lucha, hacerla evidente y pública. Cerró los ojos, prestando oído a la enfermedad que invadía su cuerpo. Y surgió y se deslizó sobre él una visión doble que venía a ser como la imagen del día transcurrido. Las cabezas blanco mate de los budas, con sus inmóviles sonrisas céreas, y aquellas otras dos cabezas, cercenadas, con cuajarones de sangre en el pelo, con las bocas abiertas, de dientes apretados.

Hassán entró, sin que Vólkov lo oyese, y dijo:

—Está de acuerdo. Puede verlo. Llámelo Navruz. Todos nosotros lo llamamos así. Vive aquí mismo, en el edificio del HAD. Antes vivía en la ciudad, pero los bandidos andaban tras él. Es uno de nuestros mejores exploradores. Ha cumplido misiones muy difíciles, arriesgando su vida. Con su ayuda hemos liquidado varias bandas y descubierto numerosos depósitos de armas. Hace poco regresó de cumplir una misión muy peligrosa. Y debería descansar, pero el asunto es urgente y no hay otro que pueda resolverlo con tantas posibilidades de éxito.

—¿Qué misión cumplió la última vez?

—Descubrimos en los montes una base importante, un centro, en el que se oculta Feruz. Tenía en las cuevas su Estado Mayor, donde trabajaban oficiales que planeaban los asaltos. Allí mismo guardaban las armas recibidas de Pakistán, el combustible para los tractores y los coches, y los ficheros de los agentes que enviaban a Jalalabad y a Kabul con el fin de infiltrarlos en las instituciones oficiales. Navruz penetró en la banda. Vivió en las cuevas junto con los terroristas y salía con ellos a preparar emboscadas y cometer actos terroristas. Los accesos de las cuevas estaban minados y fortificados. Vio que llegaban a la base altos oficiales procedentes de Pakistán para celebrar consejo. Allí mismo ejecutaban a los patriotas prisioneros, y allí los torturaban. Navruz reunió toda la información necesaria acerca de la banda y regresó. Trazamos un plan para aniquilarla. Navruz iba con los aviadores en el helicóptero que volaba delante, para indicar la ruta. Bombardeamos la base, la destruimos. Pero Feruz herido escapó a Pakistán a caballo.

Pasaron por el corredor a la habitación contigua, donde ardía la estufa y en una mesita baja humeaban pequeños cuencos con té. Al verlos entrar, se levantaron tres hombres de bigotes como ala de cuervo y trajes negros y otro, bajo sin bigote, que vestía como la gente del pueblo. Vólkov comprendió que aquel hombre era Navruz.

Hassán presentó a Vólkov. Navruz escuchaba seriamente, asintiendo con la cabeza, y dirigiendo al periodista rápidas y penetrantes miradas. Vólkov procuraba no parecer desenfadado ni en sus miradas ni en sus gestos y sonreía levemente, como si presentara excusas por su aparición.

Todos se sentaron. Hassán dijo:

—¿Qué quiere preguntarle a Navruz?

—Pregúntele si es musulmán.

—Naturalmente —respondió Hassán—. No hay necesidad de preguntárselo, lo es.

—Si no es molestia, que cuente qué lo llevó participar en la revolución y cómo se incorporó al HAD.

Mientras Hassán traducía y Navruz, sentado junto a la mesita baja, escuchaba atento, primero, y luego contestaba lentamente, con cuidado, como si eligiera las palabras, Vólkov lo examinaba.

Por su vestimenta y aspecto parecía un mercader, un pequeño funcionario o uno de aquellos campesinos que caminaban al alba por el borde de la carretera con un saco a cuesta o con la azada al hombro. Y sólo los ojos, muy negros, en constante movimiento, vigilantes, como los de Hassán, miraban, se fijaban, grababan en la memoria, se velaban con un brillo impenetrable, que reflejaba las miradas de los demás, y de nuevo dejaba ver una expectación titubeante y alarmada, y algo más que expresaban unos puntitos rutilantes proyectados, al parecer, hacia la lejanía. ¿Tal vez fuera aquello la fe? ¿En qué?

—Dice —tradujo Hassán— que nació en una familia pobre. Su padre estuvo esclavizado toda la vida, pasaba miseria y fue a la cárcel por deudas. Les pegaban, los humillaban, se mofaban de ellos. La revolución les dio un pedazo de tierra. Los hermanos menores fueron a la escuela. Todos ellos parecieron resucitar incluso el padre que estaba enfermo. Debían todo a la revolución. Y cuando la revolución se vio en peligro, fue a defenderla. Si la revolución perece, con ella perecerán todas sus ilusiones y todo lo que ama y espera. Eso es lo que dice.

La respuesta había sido esterilizada, al pasar a través de dos lenguas, a través de la diferencia de culturas y concepciones, y había encajado en el breve plazo, ya extinguido, destinado a la entrevista. Pero a través de todos aquellos filtros, Vólkov percibió en los ademanes de Navruz y en sus ojos inciertos y cambiantes, que en aquel hombre alentaba una convicción, una fe. Comprendió que, a través de

todos los informes y encuentros secretos y de todas las muertes y violencias presenciadas; a través del rugir de los helicópteros cuando de ellos se desprendían los hilos de humo que los ligaban con las lejanas explosiones que se producían abajo y los rosarios de balas trazadoras alcanzaban a las pequeñas figuras que huían a la desbandada; a través de los ataques y asaltos y de toda la sangre derramada, en aquel hombre vivía la esperanza en el bien futuro y en la fraternidad, lo mismo que en el conductor de cosechadora con quien en otros tiempos Vólkov trabajara en la estepa sin roturar o en aquel pescador de las Kuriles con quien bebía vino y cantaba, abrazados a la luz de la luna del océano. Era el mismo presentimiento del bien que vivía en el alma del periodista. Si no para uno mismo, para los demás. Si no era en seguida, al cabo de mil años. Percibió con toda agudeza que se separarían y no volverían a encontrarse hasta el fin de su vida, pero se habían visto. Era como si hubieran sincronizado sus relojes y se hubieran fundido en un mismo tiempo, en un ciclo de obras y asuntos comunes. Y el destino del uno, aunque fuera indirecta y ocultamente, se había vinculado con el del otro. Y tal vez el proceder de uno, su disparo o su suave palabra, llegara al otro a través de cientos de musas y efectos y lo salvara de la desgracia. O no lo salvara, sencillamente, por llegar tarde.

Vólkov se levantó y tendió la mano a Navruz, comprendiendo que no se enteraría de nada más ni lo necesitaba. Era ya hora de que los exploradores se quedaran solos, tomando té con su compañero, antes de que éste saliera a las calles oscuras y empapadas de lluvia y ellos vieran como se iba desvaneciendo en las sombras del crepúsculo su chilaba color crema.

Capítulo 6

ATERIDO y enfermo, Vólkov llegó tarde a la cena y se hallaba en el casi vacío comedor de los oficiales ante un plato de *plov** frío. Habría tomado té caliente, pero el té también estaba frío y poco cargado, y Vólkov apartó el vaso. Al lado daban fin a su cena unos afganos, que tripulaban helicópteros. El jefe miraba a Vólkov con serios ojos castaños y sonreía, como si quisiera consolarlo en aquel instante en que tan abandonado y solo se sentía. El hombre no podía decirle nada y se limitaba a mover la cabeza. Vólkov supo apreciar aquel gesto de cordialidad y, avergonzándose de su flaqueza, se levantó con exagerada energía.

—¡Con nosotros! ¡Escuadrilla! ¡Volar! ¡Bien! —dijo el piloto, imitando con la mano el vuelo en picada—, ¡Mucho volar, disputar!

—Vendré muy pronto. Y volaré con su tripulación.

Vólkov había dicho aquello con brío y energía, pero apenas hubo salido al aire libre, al mojado crepúsculo con un brillante charco que reflejaba la lluvia y una farola, se sintió de nuevo triste, solo y débil. El centinela presentó armas al verlo, haciendo sonar las herradas suelas de sus botas.

En la habitación para los visitantes lo recibió Martínov, fornido, con su bigote rubio, vistiendo ropa de trabajo. Su mojado uniforme se secaba en un rincón. Subido a una silla, el comandante estaba fijando a la bombilla una pantalla que él mismo había hecho con un pedazo de cartón.

—¡Al hombre le gusta la comodidad! ¡No faltaría más! En dondequiera que nos encontremos está nuestra casa —decía con su

denso vozarrón desde lo alto, alegre de ver a Vólkov, que se quitaba desmayadamente el abrigo, se sentaba en la cama y se estremecía aterido.

—¿Qué, se ha cansado? ¿Ha cenado usted?

—Todo bien. La pena es que el té estaba frío —se quejó Vólkov, conmovido por la solicitud del otro y a la vez violento por haberla suscitado.

—¡Eso lo arreglamos en un dos por tres! ¡Otra cosa no tendremos, pero lo que es té...! —Saltó ágilmente al suelo y sacó de la mesa de noche un calentador de inmersión y un vaso que llenó de agua, haciéndolo todo con rapidez y destreza, expresando con cada ademán y cada gesto su cordialidad—. ¡No quiera dios que pesque un resfrío! ¡Estamos en la peor época del año!

Vólkov se quitó los zapatos, empanados de agua, mientras miraba impaciente el vaso, que se iba cubriendo de burbujas.

—¡Los calcetines, quítese los calcetines! —ordenó Martínov—, ¡Póngase éstos! —Sacó de la maleta unos gruesos calcetines de lana de fabricación casera y los arrojó a Vólkov: éste sin dar las gracias, pero sin negarse tampoco, embutió con placer en ellos los pies y percibió el calor de la blanda lana—, ¡Y además, esto! —Desenroscó el tapón de su cantimplora de aluminio y echó en un vaso vacío un licor verdoso—, ¡Elixir de la vida!

Vólkov bebió, obediente y presuroso, confiando por entero en Martínov y, dejando escapar un “ay”, quedó con la boca abierta, ardiendo, la respiración en suspenso, sintiendo en sus entrañas el líquido de fuego, con intenso olor de alcohol y hierbas. Martínov había terminado de preparar el té y se acercaba con un vaso oscuro y humeante.

—¡Los combatientes no deben enfermar! ¡Los combatientes

deben hallarse en filas! —reía, y Vólkov, conmovido por aquellas broncas y cariñosas carcajadas, se entregó a merced de Martínov.

—¡Ahora acuéstese, y a sudar! ¡Así! —Extendió su capote encima de la manta—. Pasaremos aquí unos dos días. En ese tiempo, lo dejaré como nuevo. Y en camino, que alcanza quien no se cansa.

Estaba enfermo, pero la dolencia retrocedía ya, se iba ya, junto con el febril delirio de la angina. Sí, la enfermedad retrocedía, dejando un luminoso espacio vacío en el alma, un espacio que esperaba ser llenado de algo nuevo, desconocido, pero saturado de dicha. En la calle, a través del amarillo del ramoso arce, vivía el diáfano día azul de marzo, con el alboroto de los gorriones, el vuelo de las cornejas de plumaje como carbón mojado, la antigua Iglesia, cerrada hacía ya tiempo, de muros desconchados, con restos de cal amarillo miel y con las manchas rojas de los ladrillos, todo aquello reinaba, fluía sobre él y en su interior, y le había sido enviado en compensación por sus sufrimientos, para que su vida continuara. Y sintió una gratitud y un amor inmensos hacia todo lo que lo rodeaba y celebraba su curación.

Capítulo 7

DESPERTARON a Vólkov gritos que sonaban en el exterior y los rugidos de unos motores. Abrió con dificultad los ojos y vio a Martínov, que, desnudo de la cintura para arriba, se frotaba los músculos con una toalla. Sintió, entristecido, que le dolían aún las articulaciones y tenía fiebre, y debería seguir tendido en la cama, esperando a que enmudecieran las voces y los motores y dejándose llevar por la corriente de su dolencia.

—Iván Mijáilovich —dijo Martínov, inclinándose hacia él—, veo que ha llegado un Fiat color naranja. ¿No es a usted a quien buscan?

—Sí, sí.

Sobreponiéndose instantáneamente a la enfermedad, gracias a un esfuerzo volitivo, movilizándolo su cuerpo para que se desplazara en aquella mañana turbia, Vólkov se sentó en la cama y arrinconó la enfermedad en un apartado desván del cuerpo, haciendo sitio al trabajo y la acción.

—Esta tarde, si vivimos hasta entonces, iremos de pesca. Nos han invitado los afganos de la escuadrilla de helicópteros. —Martínov ya se había vestido y mecía la metralleta, teniéndola de la correa—. ¿No se siente enfermo? No se entretenga y regrese cuanto antes. Comeremos pescado fresco.

Salió, dando un portazo, y Vólkov comprobó sus blocs de notas y sus bolígrafos, tomó la cámara fotográfica y lentamente, ahorrando fuerzas, bajó al patio, y salió al encuentro del lluvioso día y de las húmedas piedras del cuartel. Hassán, cetrino, enjuto, tenso como un muelle presto a saltar, abrió la puerta del Fiat naranja. Rodaban por la

brillante calzada, que parecía salpicada de confeti: turbantes, *tiubeteikas*, vitrinas, etiquetas en las carrocerías de los vehículos...

En el patio, junto al muro de piedra del edificio del HAD, unos soldados disponían en cuidadosas hileras, como en una armería, fusiles, carabinas y metralletas, y al lado, sin haberlos clasificado todavía, amontonaban pistolas, puñales y machetes. Vólkov se inclinó hacia las armas, aspirando el olor del acero, engrasado con aceite de armero y el tufo vivo, no de museo, de la pólvora quemada, que despertaba en él un sentimiento muy parecido al odio.

Le producían una inexplicable curiosidad los antiguos fusiles ingleses de largo cañón, que habían perdido hacía ya tiempo el pavonado, con sus blancos cerrojos, carcomidas cañas, calvas culatas con grietas y hembrillas por las que habían pasado tiras de cuero sin curtir. Eran armas de pobres y de nómadas, de pastores de las montañas y de cazadores, cuidadas, familiares, heredadas, tan queridas como la mujer y el hogar, que se asociaban a las carreras, a los picos de las montañas y a los disparos sobre las águilas y las panteras de las nieves. Eran armas falaces, que disparaban contra sí mismas.

—No se deje confundir porque sean viejos —Hassán señaló hacia los fusiles, sin tocarlos, las manos a la espalda—. Los prefieren a cualquier metralleta. —Se llevó la punta del índice al puente de la nariz, donde se juntaban sus negras cejas, y lo mantuvo allí un instante, inquietos los ojos—. Perforan los blindajes de los transportes. Es una guerra de francotiradores. Disparan desde emboscadas y lugares ocultos.

Vólkov, arrebuñado en su abrigo, no podía apartar la mirada de un desgastado cañón. “¡Tonterías! ¡A mí no me dará! ¡A mí, no!”

—Mire, fíjese. —Hassán señaló una redonda mina antitanque en la que se leía “Made in USA”—. Nos las traen en grandes cantidades, lo que anuncia el comienzo de una guerra a base de minas. Han

aparecido también ametralladoras antiaéreas e incluso mini-cohetes de ojiva infrarroja. El torrente de armas aumenta y llega principalmente por Pakistán, a través de las montañas. —Bajó la voz—. Eso ha ido a averiguar Navruz. Se espera una gran caravana. Puede que Feruz esté allí. ¡Si yo tuviera suerte...!

Vólkov sacó fotos de las armas, por separado y en conjunto. La mina con la marca, metralletas con jeroglíficos, un montón de puñales y pistolas. Al marcharse miró atrás: de un viejo fusil emanaba hacia él, dándole alcance, un frío casi visible, como si fuera una vaga palabra que alguien le dirigiera.

En el despacho de Hassán, deleitándose con el intenso calor de la estufa, examinó documentos capturados al ser asaltadas las bases de los bandidos. Carnés de su partido con el emblema del Corán impreso en verde. Volantes contrarrevolucionarios que exhortaban a ingresar en los destacamentos de los forajidos. Hassán, de pie detrás de Vólkov, traducía y comentaba.

—En aquella operación que preparó Navruz capturamos, como ya le dije, un Estado Mayor con su archivo “partidario”. Puede usted señalar, basándose en esos papeles, que los bandidos tratan de hacerse pasar por hombres de ideas. Incluso han creado un “partido”. Con sus funcionarios, su aparato de propaganda y sus cuotas. Hay otra circunstancia que nos preocupa mucho. En los ficheros hemos encontrado los nombres de personas que se han infiltrado en las filas de los defensores de la revolución. Esa gente está ahora en Kabul. Los interrogatorios a los prisioneros evidencian que se está formando a marcha forzada una “quinta columna”, a los facciosos se los envía secretamente a Kabul. Por cuanto yo entiendo, es de esperar que la situación en la capital se agrave al cabo de poco tiempo.

—Hassán, me olvidé de preguntarle qué novedades hubo durante la noche. ¿Qué ocurrió en la ciudad?

—Atacaron el puesto de vigilancia junto a la central eléctrica. Hirieron a un soldado. Uno de los facciosos cayó. —Se volvió al oír el rugido de un camión que entraba pesadamente en el patio—. Allí traen a los prisioneros. Puede poner manos a la obra.

En un pequeño recibidor con la puerta abierta, por la que se veía un jardín verdinegro, con las cálidas manchas de las naranjas, había unos hombres sentados en cuclillas. Los soldados presentaron armas.

—¿Cómo quiere hablar con ellos? ¿Con cada uno por separado o con todos a la vez? —Hassán fumaba, mirando oblicuamente a los prisioneros, que, al verlo, se levantaron enseguida y estrecharon su fila—. ¿Por quién empieza?

—Da lo mismo. —Vólkov miraba fijamente los rostros oscuros que se habían cubierto en la cárcel de sucia pelambre y percibía el desagradable olor a podrido que emanaban las ropas de lienzo. “Ahí está el enemigo real —pensaba—, ¿Quiénes son? ¿Qué piensan? ¿Qué sienten? ¿Por qué matan? ¿Por qué mueren?” Quería profundizar en todo aquello, quería comprenderlo como lo había hecho ya más de una vez, al verse cara a cara con el enemigo real, aunque fuera un prisionero, aunque estuviera inerme, como en Vietnam, Laos y Angola, o se sintiera libre, seguro de sí mismo, actuando en su elemento, como en Bruselas, París y Bonn; quería comprender a aquellos hombres, los vínculos que ligaban sus almas a la política. Quería comprender también a los que se hallaban en el pequeño recibidor, a aquellos enemigos cuyas emboscadas nocturnas, cuyos disparos por la espalda y cuyos incendios y horripilantes decapitaciones se conjugaban con el enorme mecanismo de lucha y rivalidad que funcionaba en el mundo. Sus antiguos y desgastados fusiles de cañas rajadas se veían multiplicados por las calderas atómicas de los portaviones, de los que despegaban aviones de asalto para sobrevolar las aguas del golfo Pérsico, por las rampas de lanzamiento de los Pershing en Europa.

Tras de Hassán y de un prisionero entró en la pequeña

habitación donde la víspera se había entrevistado con Navruz. Miró cómo el prisionero se sentaba, cruzando las piernas, los pies calzados en chanclos rotos, y descansaba sobre las rodillas sus callosas manazas de campesino.

—Dígame, Hassán, ¿es un campesino?, ¿sí? —preguntó—. ¿Será posible que no quiera tierra ni desee que sus hijos vayan a la escuela? ¿Por qué lucha contra la revolución, contra el poder popular?

—No sabe que está en contra del poder popular. Para él no hay más poder que el señor feudal. Es analfabeto. Toda su vida, desde niño, recibía de manos del señor el pan y se lo agradecía como a un dios. Cuando le quitamos la tierra al señor y quisimos entregársela a él, no la aceptó, la rechazó espantado. Cuando el señor feudal huyó a Pakistán y le dijo que se fuera con él, lo obedeció sumiso. Cuando el señor feudal le entregó una metralleta y le ordenó que matara, mató. Es una sombra del señor, un esclavo.

—¿Cómo se llama?

—Hamid Muhammad. Ha matado a siete: a dos soldados, a dos empleados de empresas del Estado y a tres desconocidos.

—Hassán, pídale que hable de la base en la que lo instruyeron.

Al hacer la pregunta, trató de captar la mirada del prisionero, su expresión, que el otro ocultaba bajo los párpados.

Hassán, con voz dura y metálica, distinta de la que usaba al conversar con Vólkov, hizo la pregunta. El prisionero asintió precipitadamente y contestó muy de prisa.

—Dice que la base se encontraba a veinte kilómetros de Peshawar —tradujo Hassán, con una expresión doble en la cara, amable y paciente para Vólkov y amenazante y despectiva para el terrorista—. Allí, en la base, hay grandes casas de piedra y cobertizos de adobe.

Está rodeada de alambradas y no dejan salir ni entrar a nadie. Los instruían un árabe de Arabia Saudita y otro de Egipto. Ahí vio a menudo a norteamericanos, de uniforme y con ropa civil, que iban a visitar la base. Pero los norteamericanos no los instruían.

—¿Qué les enseñaban? ¿Qué táctica? ¿La de pasar la frontera y actuar en Afganistán?

Vólkov tomaba notas en su bloc, mirando con frecuencia al prisionero, como si dibujara su retrato, como si quisiera cantar toda ni esencia. Pero el otro no levantaba la cabeza y mantenía sus manazas, inmóviles como piedras, sobre las rodillas. Respondía casi sin meditar, como si la pregunta se la hubieran hecho multitud de veces y tuviera la respuesta lista, aprendida de memoria y recogida en un acta. Hassán mismo hablaba de todo aquello como de algo corriente, conocido, y parecía estar leyendo un texto.

—Les enseñaban a hacer voladuras. Les mostraban en dónde debían colocar las cargas. En los puentes, en las líneas eléctricas, en las carreteras... Les enseñaban a ocultarse en las montañas y arreglárselas sin comida y sin agua. A camuflarse para que no los descubrieran los helicópteros. Dice que los llevaron hasta la frontera en un camión. Eran en total sesenta hombres. En la frontera se dividieron en cinco grupos de doce hombres cada uno. La atravesaron de noche por un sendero de ovejas. Luego, su grupo se dividió en otros cuatro. Actuaban ya de a tres. Su misión era formar bandas. Iban por las aldeas, llamaban a las casas y exigían que cada familia destinara un hijo al destacamento. Amenazaban con matar a todos si se negaban. Así surgían las partidas. Actuaban habitualmente de noche, salían a las carreteras. Durante el día se refugiaban en las montañas. Los víveres los quitaban a los labriegos. Lo mismo que la ropa de abrigo y el dinero. Lo guardaban todo en una cueva.

—¿Cómo lo capturaron? ¿Con las armas en la mano?

—Sí. Durante un acto de terrorismo.

Se llevaron al prisionero. Salió haciendo una leve reverencia y recogiendo los bajos de la chilaba con ademán majestuoso, como, si fuera el manto de un rey. No miró a Vólkov ni una sola vez. Allí en aquel pequeño diván estaba sentado la víspera Navruz, que se parecía, como una gota de agua a otra, a aquel hombre, como él, musulmán y campesino que había cambiado el arado por el fusil. A los dos hombres, tan semejantes, los había dividido, los había enfrentado la revolución. Los había puesto a la distancia de un tiro de fusil.

Vólkov pidió a Hassán:

—¡Té! ¡Té caliente, si es posible!

Habría querido acostarse y prestar atención sólo a su fiebre, al dolor de sus articulaciones, a los sordos latidos de su corazón, pero aún tenía que fotografiar a los terroristas capturados y no quería hacerlo allí, en el HAD.

—Hassán, necesito sacar una foto de todo el grupo. De las caras, de las poses.

Detuvieron el Fiat ante las descascarilladas puertas de madera, pintadas de rojo, de la cárcel de Jalalabad, en las que se destacaba un brillante llamador, pulido por las manos. Pasaron delante de la guardia, que les hizo el saludo, y se vieron entre altos muro de adobes con torres cuadradas en los ángulos, de las que asomaban los cañones de ametralladoras ligeras.

Se acercaron a un barracón, también de adobe, sin ventanas, y de pronto salió de allí una atropellada muchedumbre. Aquellos hombres con albornoces y turbantes se acercaron como una ola y se detuvieron, como al borde de un barranco, ante una raya invisible. El soldado que velaba por la seguridad en una atalaya aplicó el hombro a la ametralladora ligera. Un hombre de la guardia dio un paso a un lado,

para poder moverse mejor, y apuntó a la muchedumbre con su metralleta.

—A éstos los capturamos en las últimas operaciones —explicó Hassán.

A través del espacio vacío, Vólkov percibió algo así como una densa corriente eléctrica que emanaba de esa masa humana: de nula rostro sombrío, como fundido en bronce; los labios, firmemente apretados; las negras barbas, en forma de herradura; los cobrizos pómulos, que parecían arder; las mandíbulas apretadas y los ojos que centellaban furibundos. Se le antojaba que disparaban por salvas sobre él con antiguos fusiles, lo derribaban de espaldas, lo ataban a la cola de un caballo, lo arrastraban por las piedras del monte, le arrancaban una a una las costillas, quemándolo vivo en una hoguera, le arrancaban a tiras la piel de la espalda y, golpeando diestramente con sus cuchillos en las vértebras cervicales, le cercenaban la cabeza. Se encogió ante aquel odio concentrado en su persona; por fin percibía el anhelado contacto que buscaba y, en respuesta, a través de la enfermedad y de la fiebre, su sistema nervioso reaccionó. Se tranquilizó súbitamente, casi se alegró ante la verdad descubierta. Desenfundó la cámara y se puso a tomar fotos, de todos a la vez y por separado; sus frentes, sus ojos, sus manos, sus apretujados cuerpos, y otra vez las caras, una, otra, las caras implacables de aquellos hombres que se batían hasta el último aliento, que no pedían cuartel y estaban dispuestos a matar y a morir.

Capítulo 8

DESPUÉS de todo lo vivido aquel día resurgieron en él las fuerzas reactivas de la vida, le bajó la fiebre y el dolor en las articulaciones y los escalofríos se convirtieron en debilidad, en flojera. Hassán lo llevó en su coche al cuartel, y Vólkov se disponía ya a despedirse, cuando a su encuentro bajó ruidoso Martínov, con aire intencionadamente nada marcial, llevando bajo el brazo unos envoltorios. Lo acompañaban el capitán y dos de los afganos con quienes Vólkov había cenado la víspera en el comedor.

—¿A dónde van? —El capitán les cerró el paso—, ¡Alto! ¡Les hemos tendido aquí una emboscada! ¡A pescar con nosotros!

Electivamente, Iván Mijáilovich, Hassán —dijo más blandamente y con mayor delicadeza Martínov, como si pidiera perdón por los gritos y el desenfado del capitán—. Descansaremos un poco y haremos una buena sopa de pescado. ¿Eh?

—¡Un poco poquito! —dijo, sonriendo, un bigotudo joven piloto, y sus ojos saltones miraron bondadosamente a Vólkov. Aquella mirada ingenua y llena de curiosidad y cariño le pareció a Vólkov tan preciada después de las preñadas de odio que había tenido que soportar poco antes, que sintió el deseo de percibirla una y otra vez, y aceptó la invitación, a pesar de que no se sentía muy bien.

—¿Vamos, Hassán?

Rodaron veloces, en dos coches, por una desierta y recta carretera y luego torcieron hacia una llanura —parecía de terciopelo negro— con un sembrado que despedía un leve vaho, deslumbrantes cuadros verdes de brotes de arroz, agua con brillos de mica y amarillas tapias

de adobes en las aldeas. Llegaron a una acequia de aguas turbias, invadida de juncos. Hassán detuvo su Fiat naranja junto al asfalto, temiendo atascarse. Pero el todoterreno de los militares, despidiendo pegotes de barro, llegó a la orilla misma, y descargaron de él unos envoltorios con pan, patatas, cebollas, una ahumada cazuela y una ametralladora ligera que emitió un sonido metálico al chocar con la vasija.

—¡Manos a la obra, amigos! —ordenó el capitán—. Usted, camarada comandante —dijo a Martínov—, asegure la pesca por el popular procedimiento de los zapadores. La aviación —continuó, volviéndose hacia los afganos, al tiempo que levantaba del suelo un madero— que nos garantice estiércol seco y leña. ¡Eso, sí, eso mismo! ¡Para que yo pueda encender en seguida una fogata! ¡Mientras, pondré la mesa como en un restorán!

Muy contento de sí mismo, el capitán dejó escapar una carcajada y tomó una patata de las más grandes.

Vólkov echó a andar despacio por la orilla de la turbia acequia, alejándose de las voces, del olor a gasolina y a hierro y diluyéndose, con la vista, el oído y la respiración, en la vida enigmática y nebulosa que se extendía alrededor, en aquella naturaleza extraña, en la vida, apenas audible, de la tierra y del agua, procurando aproximarse a ella, encontrar para ella un rincón en su alma enconada, invadida por la pasión de la lucha. En los secos juncos revoloteaban unos pajarillos verdes que silbaban y sacudían sus penachudas cabecitas. Se posaban en los flexibles tallos, combándolos, brillantes las minúsculas pechugas. Vólkov trataba de adivinar en sus silbidos, en sus ojuelos negros, pequeños como abalorios, y en sus diminutas garras, que se aferraban a los juncos, un oculto conocimiento de la naturaleza, de la que lo separaban ya los blindajes de los transportes, ya la energía de la pasión y del odio, en los que se hundían y perdían el tenue aroma del ajeno movido por los pies, el azul chapoteo de la acequia, donde había saltado un pez invisible, y la lejana casa de adobes, en la que se

ocultaba una vida inaccesible para él. La vida de la que le hablara Marina, que soñaba con visitar a una familia campesina, ver sus comidas y sus oraciones, sus sencillas labores, jarros de cobre y tapices raídos, un perro que corriera con unas espinas de bardana en su apelmazado pelo, un altercado familiar. Sí, ella quería oír el enojado grito de un anciano y la algarabía de unos niños que tallaran un muñeco de madera.

Se apartó de la acequia por el campo, recogió una brazada de ramas y la dejó luego junto al hule donde yacía el pan, ya cortado. Sintiendo cansancio y una vaga debilidad, no física, se acercó al todoterreno. Apartó las metralletas, se acomodó en el asiento trasero y se durmió, guardando en su interior los quedos silbidos de los pajarillos y la vaga tristeza que le había contagiado la naturaleza.

—¡Iván Mijáilovich! —El capitán lo sacudía leve, pero insistentemente por el hombro—, ¡Levántate, Iván Mijáilovich! ¡Te vas a perder la sopa!

Vólkov se levantó dócil y apresuradamente. Vio que todos se habían reunido junto a la fogata, ya casi extinguida, con las brasas esparcidas; entre ellas bullía la sopa de pescado; el cielo vespertino tenía una tonalidad verdosa; el sol ardía bajo, y su uniforme luz — parecía de latón— caía sobre el rojo campo, sobre la carretera, sobre una lejana casa de adobes y sobre la acequia, verde, con el muro rojo del juncal, que se reflejaba en el cañón de la ametralladora.

—¡Te digo que te vas a perder la sopa de pescado y todo lo demás!

El capitán sacaba de la cazuela, con una cuchara de madera barnizada, pedazos de pescado, que dejaba sobre el hule, y echaba cuidadosamente alcohol en los vasos. Hassán llenó de agua un jarro. Martínov cortaba en anillos crujientes cebollas liláceas. Los aviadores afganos sonreían blandamente, procurando, con mucho tacto, no mirar

los vasos.

—¡Ea, amigos! —ordenó brioso el capitán—. Pero ¡alto! ¡Ni una palabra acerca del trabajo! ¡Nos desconectamos y sanseacabó! ¡Ustedes, Zanjir y Hafur, ni una palabra acerca de los helicópteros y los aviones! ¡Punto en boca! —Se apretó con el pulgar y el índice los labios—. ¡A quien se ponga a hablar de problemas, le daré con la cuchara en la frente!

Explicando aquello, se dio con bastante fuerza en la frente con la cuchara de madera barnizada.

Vólkov hizo chocar su vaso con los que tendían hacia él. Bebió después de expeler el aire, apagando el fuego del alcohol con otro fuego, el de la aromática y picante sopa de pescado, viendo cercanas las caras de sus compañeros, que el sol teñía de rojo.

—A propósito —dijo preocupado Martínov—, pasado mañana salimos. Hay que comprobar los cables. Remolcamos los tractores y dejamos dos cables en la empresa de transporte. Hay que recordarlo.

El capitán le golpeó la frente con la cuchara de madera, con respeto, como correspondía a un subordinado, dejándole en la piel una huella húmeda.

—¡Lo recordamos, camarada comandante! ¡Recordamos muy bien que no hay que decir ni una palabra de los problemas!

Se rieron todos incluso Martínov, que se frotó la frente. Se aproximaron más a la cazuela. Los afganos tomaban la sopa cuidadosamente acercando la cuchara —la mano izquierda debajo de ella— a sus bigotes negros como la pez.

El sol estaba ya muy bajo. Sobre la tierra yacían largas sombras del color del cobre. Al tender la mano hacia la cazuela, Vólkov tropezaba con otras manos, y en aquel contacto percibía un espíritu de

fraternidad y de unión. Zanjir puso sobre una rebanada de pan un jugoso trozo de pescado, lo cubrió con un anillo de cebolla y lo tendió a Vólkov, que lo tomó agradecido, admirando la cara bigotuda y sonriente del afgano y sus blancos dientes.

Después de comer la sabrosa sopa de pescado, ya ahítos, se tendieron de espaldas. Se pusieron a fumar. Incluso Hassán, siempre con los nervios de punta, siempre vigilante, se tumbó y cerró los ojos. Vólkov se levantó y echó a andar, viendo su larga sombra por la tierra cobriza, rojinegra, como llameante, hacia donde azuleaba la desierta carretera, que recordaba en algo la de Psko en las cercanías de Izborsk. Allí ponía su mancha naranja el Fiat de Hassán y como la última ascua de una hoguera relumbraba un lejana casa campesina. “Sí, no se puede perder de vista la idea de la fraternidad, la idea del amor, a pesar de la sangre y de la lucha, a pesar de toda la torturante tecnología de la vida —pensó, haciendo oscilar delante su sombra de largas piernas—. La sangre y la lucha pasarán. El odio desaparecerá, tal vez con nosotros, pero nos seguirán otros a quienes ya no tocará en suerte la sangre y heredarán la nueva tierra, y a ellos les legamos la idea del amor, como nos la legaron a nosotros. De lo contrario, ¿qué sentido tendría la lucha? Si no se conservan los ideales, ¿para qué todo el horror y las muertes? ¿Para qué, si no supiéramos que en la vida futura los hombres serán verdaderamente hermanos?” Así pensaba, mientras se acercaba al Fiat, mirando la carretera desierta, en la que surgió a lo lejos, pequeño como un punto, un coche. Sus cristales refulgían. Crecía, aumentaba a una velocidad enorme y silenciosa. Vólkov observaba encantado su aproximación, sintiéndose embargado por la belleza del instante vespertino que se desvanecía, del último rayo del rojo sol, de su reciente pensamiento que se iba esfumando.

Un fuerte envión lo hizo caer sobre el paragolpes del Fiat. Martínov, con la blusa desabrochada, lo derribó y cayó al lado, tapándole la cara con el codo, y sobre ellos, muy cerca, hendió el aire una sibilante ráfaga de metrallera. De una ventanilla, abierta, miró una

cara que vociferaba en silencio, una cara crispada, roja por el sol; apuntaba su metralleta, ya incapaz de acertar, enviando al campo desierto un abanico de balas.

El auto se desvanecía, se hacía cada vez más pequeño. El capitán saltó al borde del camino y, apoyando la culata en el vientre, disparó en pos la ametralladora ligera. Vólkov, comprendiendo lo que había ocurrido, tendido todavía, apretado contra Martínov, dijo: —¿Me ha salvado usted?... ¿Le debo la vida?...

Martínov se levantó, sacudiéndose el barro de las mangas, y dijo, agitada la respiración: —Vi el coche. Me parecía sospechoso... Cuando estaba ya cerca, vi brillar el cañón... ¿No lo golpeé muy fuerte?

Hassán, pálido, tembloroso su fino labio inferior, palpaba los orificios de bala en la portezuela del Fiat.

—Tratan de darme caza... Descubrieron mi auto... —Mirando hacia la desierta carretera, dijo con odio—: ¡Mi hermano!

*

Vólkov yacía en la cama metálica del cuartel y oía la acompasada respiración de Martínov, que dormía. Recordó el reciente suceso a orillas de la acequia y palpó la metralleta apoyada contra la pared. Pasó lentamente la mano del cañón al cerrojo. De la metralleta se comunicaba a la mano un frío viscoso, como si fluyeran de ella unos helados chorros invisibles y unieran las balas, los tornillos y los muelles en una unidad viva.

Lejos, en las proximidades del aeródromo, tableteó una ráfaga. Luego, otra. Silencio. Tal vez a un soldado que custodiaba en la oscuridad un helicóptero lo hubiesen asustado el viento nocturno y el susurro de la mustia hierba, haciéndolo disparar en la oscuridad medio

cargador. Vólkov yacía sin hacer nada por conciliar el sueño, los ojos muy abiertos, tan abiertos que le lagrimeaban, y la oscuridad parecía brillar ante ellos. Esforzando la memoria, sacaba de las tinieblas la soleada y luminosa vista de un verde monte poblado de alerces: las aguas del Yeniséi durante la crecida, peinadas por el viento; un cuclillo surcando el cielo. Seriozha, su hijo, la pequeña hacha inmóvil en la mano levantada, invitaba entusiasmado a sus padres, sin despegar los labios a que miraran el pájaro. Ellos miraban: Ania, la mujer, sosteniendo una tupida rama de alerce, que le manchaba la mano de trasparente resina, y él, apretando el ancho tirante de la pesada mochila. En un día y una noche habían cruzado en avión medio mundo, y tenían ante sí aquel monte, el Yeniséi y el cuclillo que Volaba sobre el río.

Sí, era él quién, descolgándose la mochila, enderezaba los musculosos hombros, no cansados, sacaba el hacha y se dirigía hacia el lindero del bosque, hacia un joven alerce, presto ya a golpearlo, y detrás oía las susurrantes y apresuradas pisadas del hijo. Con el rabillo del ojo veía, mejor dicho, sentía la mancha roja en el monte: Ania, vistiendo un sarafán granate, abría la mochila y extendía sobre la hierba un mantel. Que se preocupara de la comida mientras ellos levantaban una choza.

Afanosamente, pero con torpeza, descargando frecuentes hachazos, faltos de tino, el hijo cortaba una rama, que, elástica, rechazaba el acero y sacudía su plumado verdor. “Espera —dijo, deteniendo al chico—. Golpea de abajo arriba. ¡Así!” Quitó el hacha al hijo y, con blando golpe, escamondó la rama, arrojando las agujas al montón que pensaba destinar a los lechos. Luego devolvió el hacha al niño. Y él, adoptando la pose y la expresión del padre, golpeó la rama oblicuamente, de abajo arriba. Lo pasmó que el chico copiara con tanta exactitud sus movimientos. La vida de los hijos seguía las huellas de los padres. Con su existencia, despejaba el espacio para el hijo, que se fundía en el molde creado por el padre.

Más tarde, durante las querellas, durante los eclipses, cuando la ruptura era ya inminente, recordó infinidad de veces aquel interminable día estival, con el lento movimiento del blanco sol y la mancha roja del sarafán en la montaña verde. Se esforzaba por averiguar qué acción, qué desacuerdo, qué palabra mal dicha, qué ofensa no perdonada había originado la fisura que, ahondándose, había llevado al hundimiento. ¿Cómo había podido ocurrir que la riqueza acumulada por ellos, no, no acumulada, pues no les había costado ningún esfuerzo, había sido como un regalo —las blancas iglesias de la parte occidental de las tierras de Pskov; las níveas camisas y sábanas en el agua azul en la ribera del Velíkaia, que flotaron súbitamente como una bandada de gansos, y aquella primera noche, cuando de pronto olía a ortigas y ardía enfrente el dorado huso de fuego; el viaje que hicieron juntos a Maly; el pato de alas verdes, muerto, con la roja cuenta de sangre; las flores de pétalos apelmazados al amanecer; su íntima unión, que hacía que adivinaran el uno la presencia del otro no por las palabras, sino por la luz que ambos irradiaban: la fe en que todo sería así hasta la muerte—, ¿cómo había podido ocurrir que aquel don se hubiera despilfarrado, se hubiera convertido en un incinerante vacío de desgarrados bordes, del que había que huir para salvarse?

Una fina fisura, apenas perceptible. Él, novel periodista, “tapaagujeros” del periódico, se desgajaba del mundo común, que los había engendrado, cada vez que salía de viaje. Los viejos libros con cubiertas de cuero raído y páginas quemadas, con huellas de gotas de cera y de aceite de lámparas de iglesia, aquellos libros que habían pasado a través del fuego y de diluvios, curados por los dedos ágiles y fuertes de la mujer, bajo los cuales se encendía de pronto una letra historiada, tejida de hierbas o de cabezas de pájaros y animales. Sobre la mesa de Ania yacía una negra tabla agrietada, que parecía un madero de un barco hundido. Ella, rodeada de frascos, matraces y retortas, quitaba la pátina pasando amorosamente el pincel por la tabla, la impregnaba, la aceitaba, y un día gélido de sol ambarino,

cuando el polvo de la nieve cubría los árboles, retiraba las capas protectoras y desde la tabla miraba una efigie húmeda y cetrina, de ojos ardientes. O aparecían una capa roja, una lanza, un caballo, palacios.

Ania vivía en el mundo de una belleza probada, querida, creada mucho antes de que ellos existieran. Devolvía su esplendor y fuerza pretéritos a tallas en madera y a metales cincelados, a pinturas en porcelanas y piedras, a palacetes y ruinas. Y en todo ello, que tanto amaba, hallaba respuesta a los interrogantes supremos, que la inquietaban: ¿qué eran la verdad y la belleza? ¿Cómo, en qué momento de lucidez adquiriría el alma su unidad?

Los viajes lo sacaban del reducido apartamento atestado de antigüedades y lo llevaban a la residencia obrera de unas obras en construcción, donde del barro y del chirrido de los metales surgían las oxidadas vigas de futuros talleres y presas y donde tomaba té con jóvenes maestros de obras junto a una estufa metálica al rojo vivo y escuchaba sus conversaciones acerca de megavatios de energía y suministros de instalaciones que había que pagar con divisas. Otras veces se veía de pronto en un sovjós de la Rusia Central, donde una cosechadora trillaba bajo la lluvia centeno encamado y el conductor, flaco y sin afeitar, le hablaba de rublos y de ordeños y contaba, doblando sus dedos de uñas rotas, las ganancias y las pérdidas de la empresa; o visitaba un cuartel, que había reunido a muchachos de lo más distintos: un centinela uzbeko sentía nostalgia por su Samarcanda, un georgiano escribía una carta a Tsjaltubo, un chico siberiano sacaba a hurtadillas la foto de una mocita; a la mañana siguiente los vio pegados a los helados blindajes, y las máquinas de guerra de la infantería embestían contra montones de nieve polar.

Sus viajes a los cuatro puntos cardinales abrieron ante sus ojos el panorama de un país entregado a un trabajo enorme, infinito; le descubrían a un pueblo presto a adquirir conciencia, a pronunciar una palabra nueva, aún imprecisa, que tenía en la punta de la lengua,

acerca de su inmenso trabajo y de su suerte futura. Y en la medida de sus fuerzas, quería que sus reportajes y reseñas ayudaran a descubrir aquella palabra. Procuraba pronunciarla, aunque con ingenuidad y timidez.

Regresaba a casa dispuesto a compartir con su mujer la nueva experiencia adquirida. Pero ella no quería escucharlo. Suavemente, procurando no ofenderlo, daba a entender que no le interesaban sus revelaciones. Se sentaba a su pequeño banco de trabajo, donde verdeaba un azulejo, ponía su pincelada de oro un racimo de uvas de madera, estropeado, o yacían santorales del mes*. Él, tratando de no estorbar, escribía un reportaje sobre una ahumada estación electrotérmica, cuyas calderas ardían en medio de las nieves.

... El hijo correteaba con su red al pie de la verde montaña, describiendo con su cuerpo pequeño y ágil círculos y arcos en la carrera a la caza de algo invisible. A través del cristal del espacio agitado por el viento, Vólkov percibía la impaciencia del chico allí abajo, su pasión, su amargura. Las mariposas no se dejaban cazar, y el chico subió arriba, con la red vacía.

—¡Hay una muy grande, amarilla y negra! ¡No tenemos ninguna como ésa! ¡No pude cazarla!

Su cara, que acababa de ver la mariposa, estaba salpicada de dorado polen, y sus ojos, redondos, veían aún el vuelo de aquella maravilla. Sus círculos y arcos respondían al óvalo de la montaña, a la esfera del cielo de cristal, al recodo del río.

—Dame la red, probaré yo.

El hijo se quedó en la cima, y él por la resbaladiza hierba, sintiendo, lleno de fe, que la mariposa lo estaba esperando entre los matorrales. Tallos prensiles se asían a su ropa. Cálidas hojas de recortados bordes susurraban y despedían aromas sofocantes. Allí, en

algún lugar, se había ocultado la mariposa, oyendo que se acercaba. Levantó el vuelo —macaón enorme, negro y oro— y se elevó rápido y seguro hacia lo alto del monte. Él corrió en pos, venciendo la gravedad de la vertiente. Veía el dorado torbellino en el azul y mantenía en alto la red; pasaba por la gasa el ventoso espacio que corría a su encuentro. Casi le dio alcance cerca de la cumbre, pero la mariposa, golpeando el aire, rechazó el azul y, dibujando junto a los ojos del hombre una huella amarilla como una llama, voló veloz abajo. Él, casi perdiendo pie, se precipitaba en pos hacia el brillo del agua. Cayeron juntos los dos, la mariposa y él, que percibió con la cara el sonoro y aromoso espacio que ella acababa de dejar, y la red atrapó el vacío que las alas habían hendido.

Se posó de golpe, como si se hubiera sumergido, muy pegadas las alas, convertida en una fina lámina sin volumen. Él quedó inmóvil sobre ella, oyendo los fuertes latidos de su corazón y el débil pulso en el cuerpecillo de la mariposa cansado por el vuelo. Tenía la red en su mano cauta y supersticiosa. La tela aparecía manchada por el polen de las hierbas. Bajó rápidamente la red. Un débil temblor movió la tela. Y, asiendo la mariposa, dándola vuelta en la tenue red, sujetó a través de la gasa su palpitante y elástico cuerpo, rodeado del oscilar de las hierbas y del brillo del agua. Encontró en la manga el duro pecho de la mariposa y lo apretó, aplastando la frágil quitina, deteniendo el diminuto mecanismo de reloj de su vida. La llevó arriba, al monte, desde donde su mujer y su hijo observaban la caza. La sacudió de la red a la palma de la mano. Los tres inclinaron hacia ella sus caras. La mariposa, muerta, amarilla como arena, con vetas negro antracita y pinceladas azules en los anillos naranjas, absorbió sus caras, y el monte, y el arenoso farallón, y el Yeniséi en crecida, todo aquel día que en ella se había detenido para siempre. Y luego, muchos años después, en Moscú, dentro de una caja con tapa de cristal colgada de la pared sobre la cama del hijo, donde iba perdiendo sus colores, haría recordar los felices instantes ya idos para siempre. Diminuta foto en colores. Retrato familiar.

¿Por qué se había desmoronado su mundo? ¿Cómo había podido ocurrir que él, que se ocupaba del gran mundo circundante, no hubiera sabido conservar su pequeño mundo, su familia?

Impulsada por su arrebatado espíritu, buscador de la belleza, Ania se sumía en el pasado: eso la atraía, hacia eso tendía. Allí lucían para ella metas radiantes. Allí estaban las respuestas a todo. Entregada a su profesión de restauradora, resucitaba la Iglesia del Salvador en la Pineda, levantando sus niveos muros de entre las ruinas; doraba las cúpulas; colocaba distintas imágenes en el iconostasio, con su ornamento de pámpanos; en las columnas y en las bóvedas descubría —de momento en su imaginación— maravillosos frescos, y se pasaba los días enteros entre las oscuras ruinas, que parecían el frío cráter de un volcán apagado.

Él, por el contrario, tendía al futuro. Allí, en el impresionante tiempo prometedor de conmociones, Vólkov presentía, a través de los peligros y desgracias, una gran verdad que maduraba, un gran conocimiento acerca del hombre, el hálito de fuego de la civilización que se estaba construyendo, y atesoraba ese conocimiento en los despachos ministeriales, en los consejos técnicos de los institutos, en las vicisitudes corrientes de cada día.

Ania y él volaban en distintas direcciones, como dos estrellas estremecidas, volaban hacia distintos confines de la galaxia, sin adivinar todavía que quizás habían de volver a encontrarse, pues el fin era dual, ellos tendían apasionadamente hacia él por distintos lados y el estallido que los separaba a la vez los acercaba. No eran tan eruditos, no sabían del tiempo, ni de la curvatura del espacio; únicamente se daban cuenta de que se alejaban el uno del otro.

Él pasaba cada vez más tiempo en sus viajes y menos con Ania. Sus pasiones, sus amoríos —mujeres con quienes se encontraba fugazmente en los viajes— quedaban cortados en el umbral del aeropuerto, apenas ponía el pie en la escalerilla del avión. Se le

antojaba que los olvidaba, pero en realidad se iban acumulando en él, como una experiencia aparte, como una experiencia que ella no conocía, de una vida distinta de la suya. Aquello ensanchaba la esfera no común, donde él se encontraba solo, sin ella. Disminuía la esfera común, donde estaban juntos. Su cercanía con una bella muchacha de la estepa entre mieses nacidas en tierras vírgenes; el rostro moreno de aquella mujer de ojos rasgados, que recordaban la luz de la luna, las nubes y el espejo de los lagos; aquel semblante que se le hizo súbitamente querido y eclipsó al de Ania.

Era culpable. Lleno de energías, aturdido por la abundancia de impresiones, creía que todo tendría arreglo, que todo volvería a su cauce. Estaba seguro de que la desavenencia que había empezado por una querrela sin importancia, pasaría por sí sola. No se convertiría en discordia continua. Luego se fue a España sin despedirse como era debido —se limitó a una breve conversación telefónica—, y no había borrado, no había hecho olvidar la ofensa que infiriera sin querer a Ania. Luego habría de recordarlo.

Estaban los tres sentados junto a la fogata, que se iba extinguiendo. Él sacaba con un palito las patatas de las brasas cubiertas de ceniza. El hijo tomaba en sus manos una patata, se quemaba, soplaba y la partía en dos ambarinas mitades. Ania pasaba la servilleta por un rojo y apretado tomate y se lo tendía luego. Comían en la cumbre de la montaña. El sol vespertino se deslizaba hacia los bosques. Una larga barca de afilada proa pasó por abajo, con su motor rugiente en medio de un hervir de espumas. El hombre que empuñaba el timón parecía una escultura de piedra. Una blanca costura en el Yeniséi.

Oscurecía calma y lentamente. El hijo arrojaba ascuas monte abajo, haciéndoles describir largos arcos. Ania miraba el agua, los bajos del sarafán extendidos en la hierba. Y era tal la inmensidad, era tan grande la magnitud de la belleza, que se puso a cantar en voz baja, para sí misma, pero, a la vez, invitándolo a acompañarla, si él también quería cantar. Era una de sus canciones predilectas, que habían oído

cierta vez en la aldehuela de Jorí, en tierras de Pskov: *¿Dónde están los caballos? ¿Dónde están?...*

Las dos voces, habituadas a cantar juntas, aquellas dos voces que un día se encontraron, levantaban vuelo en armonía. La de él, profunda, recta, sorda, se alzaba con la firmeza del tronco de un pino. La de ella, elástica, húmeda, floreciente, se enroscaba en torno, lo vestía con su frescor, su luz y su sombra. Ambas crecían y oscilaban abriendo en el cielo su copa común. Y súbitamente, un brote joven, débil todavía —su hijo—, se sentaba al lado sin que se dieran cuenta y unía su voz a las de ellos. Formaban los tres un todo, unidos, con una misma alma y un mismo cuerpo, y lo sabían. Estaban sentados en lo alto del monte, los rojos semblantes vueltos hacia el sol que declinaba. Miraban el agua de la crecida y cantaban. Y allí en Jalalabad, tantos años después, sentía el deseo de cruzar en avión medio mundo, ascender a aquel monte, buscar en la cumbre, entre las hierbas y los matorrales, los tizones de aquella fogata y pegar el oído al suelo, seguro de que en las entrañas de la tierra oiría el débil eco de las tres voces que tanto se amaban y que resonaron allí un día: *¿Dónde están los caballos? ¿Dónde están?...*

Se separaron tranquilamente, como si en un instante hubieran olvidado los ultrajes al llegar a la conclusión de que sería mejor que viviesen aparte. Siguieron viéndose: tenían un hijo y tenían su pasado. El pasado seguía viviendo y despertaba de pronto, produciendo un dolor agudo e intenso. Pero cada vez más de tarde en tarde. Su vida era distinta y los alejaba cada vez más.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, Hassán lo esperaba en su Fiat naranja.

—Lo siento, pero hoy no puedo acompañarlo —dijo—. Debo quedarme.

—¿Se sabe algo de Navruz? ¿Dieron con la caravana? —preguntó Vólkov.

—No; es todavía pronto para que Navruz avise. Me retienen otros asuntos.

—¿Cómo podría, entonces, ir yo a Torham?

—Ahora sale para allá un coche. Lleva al subjefe político del destacamento de guardafronteras —dijo Hassán y se volvió hacia un todoterreno con un soldado afgano al volante. En el coche iba un oficial, que los miraba de lejos.

—¿Sabe ruso?

—Lo entiende.

—¿Cómo me las arreglaré para regresar?

Después del tiroteo de la víspera, a Vólkov no le hacía ninguna gracia emprender un viaje tan largo con un desconocido.

—Lo traerán los del destacamento.

—¿Se puede viajar por la carretera de Torham? —preguntó a Hassán el comandante Martínov, que se les había acercado—. Antes la tenían cortada.

—Hace ya una semana que se puede viajar por ella. Es cierto que intentaron cortarla una vez y la minaron. Ahora se puede viajar.

—Tome esto para el camino. —Martínov tendió una metralleta a Vólkov, que lo mismo que la víspera, cuando yacían junto al paragolpes mientras el auto de los bandidos se perdía bramando a lo lejos, sintió de súbito un profundo agradecimiento al tomar el arma.

Vólkov y el subjefe político se acomodaron en el asiento trasero. Delante iba sólo el chófer. Dejaron atrás la barrera del cuartel de la guarnición y una carretera de las inmediaciones de la ciudad, llena de gente y de coches, y salieron a la pista de Peshawar, que corría, recta como una flecha, hacia el puerto de Khyber. El chófer apretó el acelerador, y el coche, envuelto en los gemidos del viento y del acero, voló por el soleado asfalto, fundiendo en una cinta que corría veloz hacia el cercano verdor de las plantaciones, los cuadrados de los arrozales, los asnos y los jinetes que trotaban por el borde del camino, los abigarrados grupos de gente y los contados camiones, con carrocerías camufladas, procedentes de Pakistán.

Los montes, apartándose de la pista, aumentaban el espacio y la visibilidad y se deslizaban a lo lejos como olas pétreas, descubriendo el pasadizo de Khyber, que llevaba a lo hondo de Pakistán. La carretera, con su asfalto que parecía plástico azulado, atravesaba las estribaciones y era como una sonda introducida en el corazón de Asia. Vólkov se sentía como un grano de polvo perdido en la inmensidad del mundo, sin sus queridos amigos y camaradas: como una partícula, arrancada del enorme todo, que se veía, llevada cada vez más lejos, a las entrañas de una tierra extraña.

—Torham —dijo, lacónico, el subjefe político.

Al ver al oficial, los guardafronteras presentaron armas. Se apresuró a ir a su encuentro, sonriente, un guapo joven que hizo el saludo al subjefe y estrechó con sus dos manos, calientes y secas, la de

Vólkov. Los tres se apartaron del coche lentamente, y el gentío que pasaba por allí los miraba. A Vólkov lo estorbaba la metralleta. La pasó a los soldados que los seguían. Lo único que colgaba ya de su hombro era la cámara fotográfica.

—La frontera —dijo el subjefe político, acortando el paso junto a un puente, y su mirada se deslizó por la carretera y por la cima de un monte negro que parecía flotar en el aire.

El puente cruzaba un riacho, y por él, arrastrando incesantemente los pies, con el movimiento uniforme de un reguero de hormigas, pasaban una muchedumbre que parecía dirigirse ya durante milenios hacia una meta olvidada. Edificios de techumbres planas, un mástil y la bandera revolucionaria de Afganistán. Cerca, al otro lado, se erguía sobre las construcciones un mástil con la bandera verde de Pakistán. En un letrero de chapa podía leerse en inglés: “Bienvenidos a Pakistán”. En la plaza que había tras el puente se alzaba un pequeño hotel cercano a la carretera. Dos autobuses, de los que sacaban bultos. Y por sobre todo, sobre el gentío y sobre las casas, un enorme y triste monte que se perdía en el azur, un monte húmedo y negro, con la cima lejana iluminada por el sol.

—¿Esto es la frontera? —preguntó Vólkov, mirando las banderas.

—Sí —asintió el subjefe político.

—¿Y siempre hay tanta gente?

—Sí. Dos mil personas por día.

—¿Se controla el paso de la gente? ¿Se comprueba su documentación?

—Sí. No —dijo ambiguamente el subjefe político.

—¿Pueden pasar por aquí grupos de terroristas? ¿Es posible el

contrabando de armas?

—No. Poco. Allí están los montes —contestó el subjefe, señalando con la cabeza hacia las estribaciones.

—¿Se puede cerrar la frontera, en caso necesario? ¿Se puede cortar el paso por completo? —insistió Vólkov y movió la mano como si tajara la carretera.

—No. Mercancías. La India. Hong Kong. El Japón. No se puede.

—¿Cuánto hay de aquí a Peshawar, hasta las bases de los terroristas?

—Sesenta kilómetros.

El afgano respondía tranquila y fríamente, limitándose a contestar de modo escueto a las preguntas. A Vólkov le parecía que el oficial no sentía por él la menor simpatía.

Vólkov se apartó, y de inmediato el espacio entre ellos lo llenó el torrente humano, separándolos. Se quedó solo entre incontables rostros asiáticos, entre ojos atentos y turbantes; el viento sacudía perezoso la cercana bandera verde. Pensó que quizás en aquellos instantes pasara ante él Navruz, perdido entre el gentío. Se fijaba en las caras, pero tanto las barbadas como las imberbes, tanto las *Hubeteikas* como los turbantes surgían como brillos en el agua y desaparecían, en interminable sucesión.

—Allí —El subjefe político se había acercado a Vólkov y señalaba con la cabeza hacia Pakistán, donde un oficial y dos carabineros habían detenido a un hombre de turbante y chilaba blancos, haciendo que Vólkov se estremeciera: ¿Y si era Navruz y lo esperaban las torturas y la muerte? —El capitán es afgano. Servía a Daoud. Coge a la gente, a uno, a dos, a todos los que van a Pakistán. Les pregunta quiénes son y qué quieren. Si valen, ven a trabajar con nosotros, dice. Serás terrorista.

A un campamento. Los trabaja.

Entró rauda en la plaza una furgoneta color café, dio la vuelta, describiendo bellamente un arco, y se detuvo llena de relumbrantes discos y cristales. Las portezuelas se abrieron todas a la vez, y se aparearon cuatro blancos, vestidos a la usanza europea: tres civiles y un militar, con uniforme norteamericano y un pequeño emblema en el pecho. Se destacaban mucho entre las vestimentas asiáticas y los rostros curtidos por el sol. El coronel —bigote de cepillo y expresión altiva, que se notaba aun de lejos— era el principal. Los demás le dispensaban atenciones y le cedieron el paso. Dos, muy jóvenes, vestían trajes claros, parecidos. Se veía que eran hombres entrenados, ágiles, de ligero andar. El tercero era mayor, con el pelo peinado a raya, refulgentes los cristales de los anteojos, explicaba algo al coronel, señalando hacia las montañas circundantes. No habían visto a Vólkov y caminaban directamente hacia él: un alto jefe militar y tres sujetos — por su aspecto parecían espías— llegados de Peshawar como adrede, para suerte del periodista. En fin, caminaban hacia él, que, descolgándose del hombro la cámara fotográfica lenta y supersticiosamente, como hacía en su juventud con la escopeta, mirando, sin respirar, a una pieza posada cerca, abrió la funda, sin mirar aprestó el aparato y, oculto tras las espaldas y los turbantes, captó en el visor el cartel “Bienvenidos a Pakistán”, a dos carabineros y a los cuatro sujetos que se acercaban y, apresuradamente, apretó reiteradas veces el disparador. Luego filmó al hombretón de marcial andadura —West Point—, al anteojudo peinado a raya, que guardaba un parecido inexplicable con sus congéneres de Langley, y a los dos muchachones de rosados y animosos semblantes, prestos a oprimir el gatillo sin necesidad de apuntar. Estaban cerca, no cabían juntos en el visor, y Vólkov se disponía ya a retroceder unos pasos, para que entraran todos en el cuadro, cuando descubrieron su presencia. Pareció como si les hubieran disparado un tiro desde una emboscada. Se detuvieron, todos los músculos en tensión, dieron media vuelta bruscamente y se dirigieron hacia su auto. El de los anteojos se tapaba

la cara con la mano. Vólkov filmaba sin darse reposo. Montaron en la furgoneta, y, cuando ésta arrancaba ya, uno de los jóvenes extrajo una minicámara y sacó dos fotografías a Vólkov. “¡Dale, dale otra vez! ¡Que te aproveche! Lo mismo que en el Líbano, en España y en Francia. Que las reúnan en un álbum. Puede que me lo muestren alguna vez. Lo veré y pensaré: “¡Dios mío, qué viejo me he puesto!” Vólkov se sentía contento y excitado. La alegre sensación que le había producido su suerte no lo abandonaba. No había hecho en vano el viaje a la frontera, sobreponiéndose al temor. Aquel encuentro lo compensaba todo.

Almorzaron en el comedor de los soldados y se dirigieron luego a donde esperaba el todoterreno. Al lado de Vólkov se sentó el guapo oficial que los había recibido al llegar. La portezuela la abrió el subjefe político, tan adusto y seco como siempre.

—Un ruego. Usted pronto URSS. Moscú. Aquí tiene teléfono. Llame. Allí, Púshkino, mi mujer y mi hija: Katia y Lena. Vivo y bien de salud. Estudié Instituto Minería. Ahora, mujer e hija.

Tendió una hoja de papel con el número del teléfono, y Vólkov, sintiendo una súbita ternura hacia aquel impasible hombre de bigote negro, tomó apresuradamente el papel y, luego, estuvo mirando desde el coche la figura que se alejaba cada vez más, haciendo el saludo.

*

La encristalada torre de control se destacaba sobre la mole del edificio del aeródromo. La pista relumbraba como un lago de satinada lámina, y sobre ella flotaba el tenue cendal de la niebla. Bajo el cielo amarillo se alzaban unos helicópteros, de pesadas hélices que parecían empapadas de humedad. Tras ellos reflejaban el claror de la aurora los achaparrados radares. Más lejos, listo para recibir la carga, abierta la escotilla de cola, ponía su oscura mancha un transporte.

Hassán despertó a Vólkov en el crepúsculo matutino.

—Ha llegado un informe de Navruz: viene la caravana con armas. Se ha resuelto proceder a la búsqueda con helicópteros. ¿Piensa acompañarnos? —Vólkov se vistió apresuradamente y salió del cuarto detrás de Hassán, ajustándose al hombro la correa de la funda de la cámara—. Parte de las armas es para las bandas locales, y el resto se destina a Kabul, donde, a juzgar por todo lo que sabemos, se reúnen armas clandestinamente —explicó Hassán por el camino, mirando la cinta de asfalto, amarilla por la claridad del alba; la cicatriz de su abombada frente parecía de latón—, Navruz ha transmitido que Feruz, mi hermano, va al encuentro de las armas. Puede que ya esté con la caravana.

Dejaron atrás la barrera del aeródromo y por los cuadrados de hormigón rodaron hasta un helicóptero cuyas hélices giraban ruidosas. Zanjir, vistiendo su equipo de vuelo, se hallaba junto a la portezuela abierta, fijando una ametralladora en sus goznes. Sonrió levemente al ver a Vólkov y recobró al instante su expresión reconcentrada. Subieron la temblequeante escalera. Se sumieron en la vibración y en los olores del combustible quemado. Se cerró la portezuela. Zanjir se abrochó el casco laringofónico y se metió en la cabina. Hassán comprobó cómo giraba la ametralladora. El helicóptero se tambaleó, ascendió y se deslizó sobre las aldeas matutinas, sobre el paisaje, que recordaba una impresión en un papel frágil como barquillo.

A través del cristal de la ventanilla, Vólkov deslizaba la mirada por la vida encerrada entre cuatro paredes, pero abierta desde arriba e indefensa. Patios donde de vez en cuando se encendían fulgores de vidrios en el suelo. Alguien vestido de rojo —en apariencia una mujer — se movía junto a dos vacas blancuzcas. Alguien perseguía a un perro. Un caballo con la silla puesta; un tenue humo que velaba una redondeada azotea de adobes; pelados árboles en un huerto y, en otra azotea, amarillas manchas de fruta, de albaricoques o de naranjas. Parcelas sin sembrar todo alrededor, parecidas a panales, con la

brillante vena de una acequia. Todo al desnudo, todo accesible a la vista. Y se sentía el deseo de sobrevolar cuanto antes, de alejar todo lo posible las ametralladoras.

El helicóptero voló sobre unos lagos que parecían de latón amarillento, con inmóvil y fulgente agua rizada por la brisa, y cruzó la recta de la pista por la que Vólkov había ido la víspera al puesto fronterizo. Los montes parecieron henchirse como vejigas de piedra: se sucedieron grávidos y salientes pliegues del terreno.

Envuelto en la vibración del aparato, sintiendo en la espalda la fría pared curvada del depósito de combustible y la oscilación de las masas de aire, Vólkov observaba los jirones de niebla inmóvil sobre los desfiladeros, los ríos quietos, que parecían de mica, y las nieves de un blanco sucio. La nieve se derretía, descubriendo las verdes laderas y los húmedos y negros derrumbaderos. Los ojos observaban atentos la tierra, esperando un disparo. Pero el helicóptero planeaba pacífica y blandamente, sumiéndose en las gargantas y bordeando los picudos montes de granito. Daba vueltas sobre las cumbres, arrastrando su ondulada sombra, diluyendo la sensación de peligro y la expectación, y Vólkov ya no buscaba con la vista la caravana ni esperaba un pálido fognazo que perforara el aluminio. Zanjir salió de la cabina, desabrochándose el casco laringofónico, se inclinó hacia Hassán, le gritó algo al oído y luego le acercó el suyo a la boca para oír la respuesta. Después se volvió hacia Vólkov: — ¡Combustible poco! ¡Poco depósito! ¡Pronto a casa!

Se metió de nuevo en la cabina. El tiempo pasaba lentamente en la monótona trepidación del metal. Abajo, el azul se cubría de niebla y nubes y luego volvía a aparecer. Las mismas rocas y vertientes, el mismo río, el mismo hilito sinuoso de una senda. Vólkov, convencido de que el vuelo había sido desafortunado, cerró los ojos, dejándose vencer por la modorra. Pero de pronto sintió que un débil temblor recorría el cuerpo del aparato. Abrió los ojos: todo estaba como antes y era distinto a la vez. Los mismos despeñaderos, las mismas blandas

sombras húmedas. Pero Hassán pegaba ansioso la cara al cristal, apretaba la frente contra él, esforzándose por abarcar con la mirada el espacio que desaparecía tras la cola del aparato. El helicóptero empezó a ladearse, sibilantes las hélices, describiendo un viraje, y descendió oblicuamente, sobrevolando la mezcla de colores de las vertientes que se le habían acercado.

—¡La caravana! —Hassán se apartó de la ventanilla—. ¡La caravana!

—¿Dónde? —Vólkov frotó el cristal, empañado por el aliento—, ¿Dónde está la caravana?

El helicóptero pasó sobre el grisáceo verdor, cobró altura, alcanzando la cumbre, y de allí se ofrecieron a la vista otros valles y otros montes, otro azul y otras nieblas. Viró, deslizándose hacia abajo, pasando por encima de un terraplén. Y cerca, bajo la sombra de la hélice, apareció fugazmente en la senda una caravana, unos diez camellos que yacían apretujados, cargados de grises bultos, y unas figuras humanas apenas visibles. Surgió todo aquello por un segundo y se ocultó, como si hubiera sido un espejismo. Hassán se metió en la cabina, gritando sin sonido. Pálido y nervioso, Vólkov lo siguió.

—Son armas o mercancías, es contrabando —Hassán echaba su aliento cálido al rostro de Vólkov—. ¡Se han tendido! ¡Quieren ocultarse! ¡La zona es la señalada! —Los ojos se le pusieron redondos, los párpados le temblaban, la cicatriz había adquirido un matiz tan rojo que parecía una herida reciente. Miraba hacia la ametralladora—. Pasemos otra vez y detengámonos sobre ellos.

El helicóptero se deslizó, descendiendo, amenguando la velocidad, y, lo mismo que un milano con las alas extendidas, quedó como suspendido sobre la senda. Vólkov vio con toda claridad a la gente y a los animales tendidos: camellos de hinchidos costados vivos, con los fardos caídos sobre un lado. Dos hombres miraban, vueltas

hacia arriba las caras, que semejaban dos pequeñas gotas. De ellos al helicóptero se tendían unos finos hilos que se cortaban, desapareciendo tras la sombra de la hélice.

—¡Fuego! ¡Disparan! ¡No han aguantado! ¡Les han fallado los nervios! —Hassán reía, casi feliz, miraba las huellas que dejaban las balas trazadoras y parecía dispuesto a abrir la portezuela ovalada para apuntar abajo, verticalmente, con la ametralladora.

El helicóptero dio un tirón, bramado furiosa y roncamente.

Y describió un viraje, dispuesto a batir el monte en sibilante vuelo oblicuo. Percibiendo la presión del aparato que caía al sesgo, Vólkov se aferró al respaldo del asiento del piloto, y en el convexo fanal vio por entre las cabezas con los cascos que la caravana se acercaba; los hombres golpeaban a los camellos para que se levantaran. Percibió a través del espacio, más corto a cada segundo, el peso de los bultos, el resbalar de las patas de los animales y los furiosos ademanes de los hombres. Sobre ellos, el helicóptero, estremecido, disparó una densa y seca ráfaga con su ametralladora de dos cañones, clavando en la senda una cuña de fuego. Luego, lanzándose hacia atrás, deteniéndose en el cielo, vació sus cajas lanzabombas, y abajo aparecieron unos polvorientos globos ígneos, haciendo volar la senda, las rocas y la caravana. Pesadamente, como si su fondo chocara contra las piedras, el helicóptero planchó la vertiente y describió un ancho viraje, volando hacia la cumbre, alejándose para volver a atacar mejor. Descendió hacia la tierra, y a través de los cristales a prueba de balas apareció el blanco en llamas: los camellos derribados se debatían en el fuego y los hombres corrían. Un camello, el cuello estirado como una tensa cuerda de guitarra, galopaba, levantando mucho las patas, cargado con un bulto que ardía. Del humo brotó súbitamente un estallido, que esparció un turbio hollín, dejando un torbellino de polvo, en el lugar donde había estado el animal.

—¡Explosivos! —Hassán se volvió hacia Vólkov, los dientes

brillando—. ¡Llevaban explosivos!

El helicóptero, con su ametralladora tableteante, sobrevolaba una y otra vez la montaña. Hassán abrió la portezuela y, sumiendo la ametralladora en el pululante viento, disparó, despidiendo vainas; sus hombros se estremecían, y gritaba algo que era imposible oír. Vólkov filmaba, captando en el visor los estrechos hombros de Hassán, que se sacudían, la tierra, en su veloz fuga, y los cuerpos que caían. Súbitamente pensó que la línea del frente que dividía en dos el mundo pasaba en aquellos instantes por los puños, apretados sobre la ametralladora, y por el objetivo de su cámara fotográfica. Gritó al oído a Zanjir, hendiendo el aire con la mano: —¡Otra vez! ¡Vuelve a pasar sobre la caravana! ¡La fotografiaré! Filmó la caravana aniquilada y el humo pestilente que se iba alejando.

Capítulo 10

“LUCHA, lucha incesante —sonaba en su interior—. La línea de la lid había partido, como un rayo, todo el mundo. Su rastro de fuego se perdía en el pasado. Y se clavaba en el futuro. Había dejado su impronta en cada vida. Los ex combatientes de España, que a través del tronar de la Segunda Guerra Mundial recordaban la batalla de Guadalajara. La viuda de Smolensk, que había envejecido en su huerta y llamaba a voces en medio del campo a un soldado caído en el combate. El estudiante chileno a quien arrojaban a un ensangrentado camastro, fijando a sus quemados talones unas placas de cobre. El insurgente namibio que metía el cañón de la metralleta por entre las ramas de un árbol y apuntaba a la mirilla de un transporte de la RSA. Todos los hombres del mundo —los *hippies*, los filisteos, los budistas—, todos habían ocupado un lugar en la línea del frente. Y ya nadie podría ocultarse, ya nadie podría abandonarla: todos los recursos de la tierra y de la naturaleza y todos los recursos del cerebro y del alma, se vertían en la lucha. El siglo, estremecido, escindido, sufría enormes dispendios. ¿Qué podría resarcirlos? ¿Alguna nueva experiencia? ¿El descubrimiento de nuevas verdades? Sólo la fe en que el mundo se despojaría de las vendas y las ropas ensangrentadas. No hoy, claro, ni mañana, no en mi vida, ni en la de mi hijo. ¡Sólo tal pensamiento podía justificarlo todo! Por ello moría un angoleño en un atestado hospital de Luanda, apretando el puño todo el tiempo. Por ello embestía con su avión al enemigo un delgado piloto vietnamita: su avión caía como una chispa de magnesio, y en la selva humeaban los restos del bombardero yanqui. ¡Sólo el pensamiento en la dicha general absoluta, definitiva, es el motor de nuestras almas en las horas de prueba, en la hora de la muerte!” Vólkov cerró los ojos, incapaz de expresar su dolor...

Estaba sentado en la cama, enrollando a la inversa los valiosos

carretes con cuadros de las escuelas y máquinas incendiadas por los terroristas, y de la caravana aniquilada. Pegaba pequeñas etiquetas con aclaraciones y con los números de los cuadros. Hizo con todo un compacto paquete y anotó en él los teléfonos de la Redacción. Lo que hacía falta era que el avión de Aeroflot no partiera para Moscú antes de que él llegara a Kabul. Sacó unos blocs y unas grandes hojas de papel. Quitó de la lámpara la pantalla que había improvisado Martínov. Acercó la mesa a la luz. Colocó las hojas de papel en el luminoso círculo blanco.

Martínov entró varias veces, pisando de puntillas, aplicándose el índice a los labios, prohibiéndose a sí mismo pronunciar una sola palabra. Vólkov, sin distraerse, daba las gracias con un leve movimiento de cabeza y se olvidaba en seguida del comandante, fijando en el papel el proceso evidente, desnudo, y sus vinculaciones secretas, recónditas. Y cuando dio fin a todo, cuando había ya acribillado las hojas con sus correcciones, comprendió por enésima vez que su ser estaba repleto de ideas aún no expresadas: entre las consideraciones militares y políticas aún no había encontrado sitio para Martínov, ni para Hassán, que disparaba desde el helicóptero sobre su hermano carnal.

Al dormitorio del cuartel de la guarnición llegaba un rugir de motores; el rayo del reflector de un tanque se deslizaba de vez en cuando por la ventana. Pasaba un coche de Estado Mayor; el centinela daba una voz adelantando la bayoneta; cruzaba, corriendo, un oficial, y de nuevo, el acompasado trepidar de los cristales y el lejano bramar de los tanques.

La cámara estaba cargada. Los blocs, listos y a mano. Al día siguiente, un avión lo elevaría al cielo, y él regresaría al árbol en el centro de Kabul. Vólkov yacía, sorprendido de que se hubieran aquietado las impresiones del día y las preocupaciones por el mañana y se alzarán, como levísimos aeróstatos, recuerdos que llevaban consigo el lastre de una experiencia vaga, no utilizada, y de muy

lejanas pérdidas, de las que nacían en aquellos instantes dolor, arrepentimiento y la espera de una conclusión cercana, todavía desconocida, pero luminosa, que explicaría el pasado y el presente, y llamaría al futuro. Aquel futuro incierto, en el que vivían las voces y los semblantes de personas idas, se fundía en él con el pensamiento acerca de Marina, con el fino y deslizante rayo que despertó el recuerdo y dio comienzo al movimiento retrospectivo que le trajo la llamada del pasado que impulsaba hacia el futuro.

Miraba ante sí, a la pared donde pendía la foto de una mujer, prendida allí por Martínov: era una cara seria, de rasgos corrientes, como se veían a menudo, pero si se ponía atención se captaba a través de la gracia, el cansancio y la femineidad, una expresión de larga paciencia, forjada en el curso de años y años. Se percibía la disposición a seguir acumulando paciencia para legarla después. Martínov captó su mirada.

— ¿Mira usted? Es Olia, mi mujer. Vaya a donde vaya, lo primero que hago en cuanto llego es poner su foto en la pared. ¿Sabe?, ¡qué no ocurre en el trascurso de un día! A veces vuelve uno y no siente siquiera ganas de vivir. Pero la miro, ¿sabe?, y todo en mí se llena de luz. Uno se siente de nuevo persona, de nuevo comprende la vida como es debido, y de nuevo, como suele decirse, ve clara la meta y recobra energías. Y piensa: ahí está mi cariño, mi cielo, ella mira y lo ve todo, lo entiende todo. Si hace falta, esperará un año, y si se requiriese, toda la vida. Olia es para mí la mujer y más que la mujer.

Martínov dijo estas palabras con tan solemne sinceridad y con tanta confianza en Vólkov, abriéndole su alma, que el periodista, habituado a irrumpir en el corazón de otros, desconectó los mecanismos de su cerebro que anotaban y registraban automáticamente y no despegó los labios, escuchando atento.

Vólkov veía qué Martínov, al mismo tiempo que hablaba, volaba en alas de un invisible rayo de luz —pasando ante él, atravesando la

noche de llovizna, en la que habían enmudecido los tanques afganos, se encogían de frío los centinelas, caía con leve chapoteo en el barro una naranja pasada y en respuesta, lejos, sombrío, restallaba un disparo de fusil— hacia la mujer cuyo semblante lo seguía por los desiertos y por la tundra, se le aparecía cuando estaba enfermo y lo protegía de la muerte. Ahora mantenían una conversación inaudible, y Vólkov sólo captaba un débil eco.

“¿Qué —se preguntó—, habrá una mujer cuyo semblante pase ante mis ojos a la hora de la muerte?” Se imaginó el rostro de su ex esposa tan conocido y en tiempos amado. Se le apareció vago y espectral, como la luna tras el velo de la lluvia en otoño. Recordó otras caras, evocándolas, pero no querían aparecer o se desvanecían rápidamente. Y sólo la última, reciente, creada de luz, le hizo sentir una cálida y tierna emoción. Pero se desvaneció también, dejando una vaga inquietud y dolor. No, no había tal mujer.

—Hace tres días, cuando nos dispararon con el lanzagranadas a bocajarro y el tractor que iba delante de mí ardió; cuando perdí la cabeza por un segundo y lancé el transporte directamente hacia la montaña, quizás mi Olya, allá lejos, dejó escapar un “ay” y se le cayó una taza de las manos, y yo logré dominarme. ¡Puede que también esa vez ella me salvara! —Se rió quedamente, con risa de hombre feliz, y se atusó el bigote con antiguo ademán de oficial. Se levantó, recogió los vasos con el té frío y el calentador, mirando la foto de su mujer, y agregó—: Conocí mujeres muy hermosas. ¡Las conocí que eran un cromo! Pero no la cambié por ninguna, ni una sola vez. Sé que mientras ella esté conmigo no moriré. Mientras ella viva, viviré yo también. Mientras ellas vivan, viviremos nosotros. En Kabul conseguí hablar por teléfono medio minuto, oí su voz y con eso quedé contento. ¡Bueno, bueno! —exclamó de pronto—. ¡Qué lata le estoy dando! Mañana tenemos que separarnos. Puede que volvamos a vernos... Voy a echar un vistazo a los tractores. Los mecánicos han reparado los dos que estropearon los facciosos y dicen que llegarán a destino. Los

conductores afganos han organizado un mitin y han dicho en él que irán con una bandera roja. ¡Que la gente vea —dicen— que la revolución continúa! ¡Y que lo vean también los bandidos! ¡Llegaremos a donde haya que ir! ¡Roturaremos la tierra virgen!

Salió, corpulento, animoso, y a Vólkov se le antojó que lo conocía desde tiempos inmemoriales.

A la mañana siguiente la caravana de tractores prosiguió su camino hacia el Sur, donde cobraba fuerza la primavera. Vólkov se dirigió al aeródromo y subió al avión. Ulularon las hélices, el aparato sobrevoló la carretera, y Vólkov, pegado al cristal, vio la columna azul, con la gotita roja de la bandera, y los números blancos en las torretas de los trasportes blindados que la protegían.

Capítulo 11

EL avión aterrizaba, describiendo suavemente círculos cada vez más bajos, y pasaba del azur al pétreo cuenco del valle de Kabul. Vólkov había visto ya desde el aire el TU de Aeroflot y, apenas tocaron tierra, se apresuró, casi corriendo, hacia el jet que se encontraba en la pista de despegue. Habían retirado ya la escalerilla. Vólkov hizo una seña a la azafata, que llamó al segundo piloto, quien, cazando al vuelo el paquete con los carretes, en el que iba apuntado el teléfono de la Redacción, aseguró: “Lo haré llegar”.

Vólkov permaneció unos instantes junto a la pista, acompañando con la mirada al avión, que primero carreteó lentamente y luego, cobrando velocidad, alzó, rugiente, el vuelo. El periodista se dirigió al estacionamiento del aeródromo, con la esperanza de encontrar un coche que pudiera llevarlo, y vio en seguida un conocido microbús. El coche estaba ya lleno, pero la gente seguía montando. Nil Timoféevich Lá dov volvió la cabeza, vio a Vólkov y sonrió, al reconocerlo, al mismo tiempo que procuraba introducir en el vehículo su voluminosa humanidad.

—¡Bienvenido, Iván Mijálovich!... ¡Oigan, muchachos, estréchense un poco más!... ¡Suba, Iván Mijáilovich, iremos aunque sea de pie! Lo esperaba. Mañana comienza el congreso de los agrarios. He encargado un pase para usted. Quiero contarle una cosa interesante... ¡Vamos, muchachos, apriétense!

No podía pasar de la portezuela, y, con la cabeza inclinada, trataba impotentemente de meterse más adentro. Vólkov, que no quería ir tan apretado, dijo: —Arranquen, no se preocupe. Iré en otro coche. Nos veremos en el hotel. Empujando, cerró la portezuela, y el

microbús partió veloz.

Vólkov echó a andar a lo largo de los paragolpes alineados, mirando las matrículas de los coches. Y, de pronto, Marina, con alegre grito, toda ella resplandeciente, se apartó de la negra superficie acharolada del Chevrolet, en la que se reflejaba el edificio del aeropuerto. Corrió hacia Vólkov como si se dispusiera a abrazarlo, pero se detuvo ante una raya invisible y vaciló, bajo la mirada del obeso chófer sentado al volante del coche.

—¿Ha llegado? ¿Ahora? Yo vine a despedir a mi jefe, que se iba a Moscú. Me pareció ver, entre el gentío, que se acercaba usted al avión. No puede ser, me dije. Pero veo que sí es usted.

—Soy yo —dijo Vólkov, casi sin sorprenderse y, desentendiéndose de las curiosas miradas del chófer, extendió la mano hacia el cuello de Marina, del que pendía un pequeño colgante de cornalina y, rozando la rosada piedra, sintiendo a través de ella que cada fibra de la mujer tendía hacia él, dijo—: ¿Me lleva?

Se hundieron en el mullido asiento trasero. El coche arrancó suavemente, y el primer viraje los apretó al uno contra el otro.

—¿Recuerda lo que me dijo al partir? Me citó al pie del árbol. En el jardincillo que hay detrás del hotel. Fui allí todos los días. Pensaba que podía ser verdad y que lo encontraría, esperándome, sentado en un tapiz colmado de manjares.

—En cuanto lleguemos al hotel, me quitaré esta ropa, me sacudiré de los zapatos el polvo de Jalalabad, me pondré un traje adecuado a las circunstancias y la llevaré a almorzar. Naturalmente, si ya no la ha invitado otro.

—¡Qué cosas tiene!, ¡otro! Mi jefe se ha ido. Estoy libre. Casi por una semana. Puedo servirle de intérprete; lo acompañaré en sus idas y venidas por Kabul.

—Buena idea. Iremos al estudio de algún pintor o a ver algún estreno en el teatro y nos daremos nuestros buenos paseos por la ciudad, aprovechando que aquí tienen ustedes sol y ha llegado la primavera. Con su ayuda escribiré un reportaje titulado “Kabul en primavera”.

El sombrío y duro viaje a Jalalabad, con la enfermedad, la lucha y las noches de insomnio invertidas en escribir los artículos habían quedado atrás. Pronto llegarían al hotel, a tiempo para hablar por teléfono con Moscú, y transmitiría sus reportajes sobre la frontera.

La Ansarivad, recta y limpia, los iba aproximando a la ciudad. Delante apareció a lo lejos una fila de soldados, y en el soleado aire restallaron débilmente unas detonaciones como las de los pistones de los fusiles de juguete. Luego se oyeron otras más y una sonora y clara ráfaga. Se acercaron a la fila, aminorando la velocidad. Los soldados les cerraban el paso, miraron al interior del coche y luego los dejaron pasar, urgiéndolos con impacientes ademanes. El chófer sacudió la cabeza, rezongó descontento y apretó el acelerador. El tiroteo, apagado y lejano, tras las villas y los muros colmados de sol, se esparcía en abanico por el cielo.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó el chófer, mirando a ambos lados.

Vólkov se daba cuenta de que la ciudad, saturada del sol del día, había cambiado ya. En ella ocurría algo, algo parecía quitarle su luz e ir llenando las calles. Por el momento no se sabía lo que era, y Vólkov, aislado de todo aquello por la velocidad y por la carrocería del coche, percibía la sombra invisible que había caído sobre la urbe.

Cerca, tras unas casas, tableteó dura y estrepitosa una ráfaga, y los transeúntes, pegándose a los muros, echaron a correr; de un hueco entre los edificios salieron rápidos dos soldados y agachándose, metralleta en mano, se metieron en otro hueco, y desde allí restallaron

secos disparos a bocajarro: toda la calle, hasta el final, respondió con ráfagas y tiros sueltos. Cerca tronó un cañón. No era de un tanque, sino de un transporte de infantería.

Marina, pálida, pegaba la cara al cristal de la ventanilla.

—¡Inclínese! —la acució Vólkov—, ¡Más! ¡Más!

Los detuvieron cerca del Palacio de la República. La plaza estaba acordonada. Un oficial, con ademanes violentos e iracundos, ordenaba dar la vuelta. Un soldado con metralleta lo secundaba, empujando hacia atrás el Chevrolet. Giraron y, sin dejar de oír el tiroteo, salieron al malecón, donde vieron una abigarrada muchedumbre que, corriendo desordenadamente, cruzaba el puente desde el mercado; al parecer, alguien disparó una ráfaga sobre el coche. El chófer, al darse cuenta, frenó casi en seco y soltó una maldición; cuando volvían para atrás, Vólkov distinguió el furibundo semblante gris amarillento de un hazara de pequeño bigote negro, y su oscuro puño levantado. Algo pesado golpeó con sonido metálico en el portamaletas.

—¡Maldita sea, van a estropear el coche!

Encorvándose, el chófer torció el volante y metió el vehículo en una estrecha calleja, apartando a la muchedumbre con el capó. De allí, de detrás de los rótulos, de las techumbres y del gentío, excitado y vociferante, algo restalló; pasó silbando y se estrelló en un muro.

—¡Maldita sea!

Mirando a los lados, totalmente pálido, el chófer hacía sonar el claxon y sacaba el coche de la calleja; ante el vehículo, envolviéndolo, sin dejarlo pasar, se agitaba la muchedumbre, descargando puñetazos en el capó. Un pegote de barro se aplastó contra el parabrisas.

—¡Tiéndase! —Vólkov, apretándole con fuerza la cabeza, hacía que Marina se tendiera en el asiento, y él mismo se inclinaba,

protegiéndola con su cuerpo—. ¡A toda velocidad, por el malecón!

El coche dio la vuelta, asentándose sobre las ballestas, y voló con fuerte rugido a lo largo del río, de sucia agua marrón, adelantándose a la gente que corría. Llegó al hotel cruzando el patio, donde soldados afganos, todos con la cara vuelta hacia el mismo lado, hacia el parque de Zarnegar, observaban al vociferante gentío; un soldado sacaba a los peldaños del hotel una ametralladora ligera.

—¡Maldita sea, han abollado la tapa del baúl! —exclamó el chófer, palpando la parte de atrás del coche.

—Vaya a su habitación —dijo Vólkov a Marina—. Pasaré a buscarla en cuanto termine de transmitir las noticias; espéreme.

—Tengo miedo.

Marina, pálida todavía, miraba hacia el parque a través del seto vivo.

—Ahora ya no hay que temer.

Vólkov la acompañó hasta el cuarto, esperó a que cerrara la puerta con llave y bajó a su habitación. Comprendía que sólo disponía de unos minutos y que la ciudad —alborotaba como un tonante barril lleno de sonidos— le exigiría nuevas energías y nuevo trabajo.

Vólkov, procurando abstraerse de lo que estaba sucediendo en las calles, se reconcentró, esperando la llamada de Moscú.

Se quitó el reloj, para controlar el tiempo. Encendió la lámpara de mesa y dispuso bajo ella las cuartillas. Resolvió ducharse, presintiendo vagamente que luego no tendría tiempo para hacerlo. Alegrándose del crepitar del agua, permanecía con placer bajo la ducha. Había dejado abierto el cuarto de baño y miraba hacia el teléfono. “Primero, la ducha, luego, el teléfono, y después, todo lo demás”, pensaba, teniendo

presente el tiroteo, que oía a través del chapoteo del agua. Se afeitó y se secó bien la cara, fresca ya y rosada. Se puso una camisa limpia, con gemelos de plata, y se anudó la corbata ante el espejo, pensando que iría a buscar a Marina y bajarían juntos al restorán. Al entrar en el hotel, había advertido que el restorán estaba abierto. No se asombró al mirar el reloj y oír el timbre del teléfono en el mismo instante en que se juntaban las agujas.

—*Helloo! Mister Vólkov? Moscow, please!*

Vólkov dictaba deletreando lentamente los nombres de las ciudades y pueblos, los apellidos de los terroristas y el nombre de Navruz, el largo reportaje; liberándose de él, despachándolo, poniéndolo en manos de otros, dejando de preocuparse de su suerte, sintiendo el vacío y la libertad que surgían en él para que pudiera dedicarse a lo nuevo que lo esperaba fuera del cuarto.

Colgó el auricular. Se puso la chaqueta, alegrándose de vestir aquella prenda nueva y limpia después de haberse quitado la ropa que llevó durante el viaje. Se tiró de uno de los puños de la camisa. Tras de pensarlo unos instantes, se colgó del hombro la cámara. Salió del cuarto en seguida se encontró con el pequeño agrónomo albino, de Riazán, si no recordaba mal. El hombre tropezó con Vólkov como lo hubiera hecho un ciego y se echó atrás como espantado. Al reconocer al periodista, volvió a acercarse, desconcertado, todo estremecido.

—¿Es usted?... ¡Ha ocurrido una desgracia!... ¡Y qué desgracia!

—¿Qué pasa?

—¡Nil!... ¡Nuestro Nil Timoféevich!... ¡Le han dado en el vientre!
¡No ha vuelto en sí!

—¿Qué sucedió?

—¡Han herido a Nil Timoféevich!... Nos traía el microbús, y él iba

de pie, encorvado, con la cabeza rozando el techo, y se apoyaba en mí, con una mano. Le dije: “Tente de pie, Nil Timoféevich, que si te caes vas a aplastarme”. De pronto empezó el tiroteo. Una bala atravesó la portezuela e hirió a Nil Timoféevich en el costado y en el vientre. Se desplomó sobre mí, manando sangre. Fuimos directamente al hospital, pero cuando llegamos ya había perdido el conocimiento. Acababa de despachar unas cartas para su familia. Las había enviado con el avión. Las cartas todavía están en el cielo, y él está inconsciente. ¡Qué desgracia!

Sacudiendo su cabeza albina, temblequeante las pestañas, se alejó apresuradamente por el pasillo, y Vólkov recordó el microbús parado, el voluminoso cuerpo de Nil Timoféevich, y su propio deseo de hacerlo penetrar más adentro en el coche para ir él mismo junto a la portezuela. “Esa bala era para mí”, pensó. Lo llenaba la sensación de la casualidad de la vida y la muerte, y muy adentro sintió alivio: “No me dio a mí”. Lo embargó una amarga compasión que tenía algo de arrepentimiento. Se imaginó el obeso y triste semblante de Nil Timoféevich, su nostalgia por la familia en aquella velada, su canción y sus presentimientos. Pero lo olvidó todo al llegar al vestíbulo.

Junto a la ventana abierta se agolpaba la gente. Por encima de las cabezas entraban, con el viento y el frío, el ruido de la muchedumbre, voces dadas con ayuda de megáfonos y disparos. Dos pilotos con uniforme de aviación civil, dos mujeres, al parecer del Comité de Mujeres Soviéticas, unos checos, especialistas en agricultura, un tecnólogo húngaro y un periodista a quien había conocido en una conferencia de prensa se hallaban junto a la ventana y miraban, con cierta precaución, la plaza inundada de sol y las oscuras manchas del gentío.

—¡Iván!

Marina se precipitó hacia él y lo tomó con fuerza del brazo.

—No se preocupe.

Descansó blandamente la mano sobre los trémulos dedos de la mujer, dándose cuenta de que él mismo sentía inquietud. En él, como en todos, pulsaba la excitación nerviosa, parecida al miedo, que penetraba por la abierta ventana. Abajo, toda la ciudad estaba impregnada, como el aire en un día de tormenta, de electricidad de alta tensión, que corría por conductores invisibles.

Vólkov se acercó a la ventana, ofreciendo el pecho a la corriente de aire, y miró hacia afuera. Por la calle rodaba un carro blindado, verde como una rana. Sobre la escotilla giraba un altavoz. De él salía una voz metálica y gutural. La voz persuadía, amenazaba e imploraba, reforzada hasta parecer un chirriante alarido, rebotando en las techumbres. A lo largo del seto pasaban unos soldados afganos, aprestadas sus carabinas; escoltaban a unos hombres, con bombachos, que llevaban las manos levantadas. Vólkov desenfundó la cámara y se dispuso a tomar una foto. Pero uno de los soldados se dio cuenta y lo apuntó con su arma. Vólkov se echó hacia atrás.

—¡Apártese de aquí, o es que se ha vuelto loco! —Alguien tiró de él a un lado—. ¡Van a abrir fuego contra las ventanas!

Volvió a mirar, cautelosamente. El carro blindado había entrado en el patio del hotel. La escotilla se abrió, y por ella saltó a tierra un afgano de negros cabellos que vestía un impermeable azul, Vólkov reconoció su cara de anchos labios de ciervo: era Saíd Ismaíl, el agitador del comité distrital.

Vólkov se dirigió rápidamente a la escalera, pasó corriendo ante los soldados de la guardia que tendían por ella un cable telefónico y bajó a la recepción, en donde Saíd Ismaíl estaba hablando por teléfono. Un oficial embutido en su ropa de fajina se quitó de un tirón la gorra y, enjugándose el sudor, se puso a reprender a un joven soldado.

—¡Ismaíl! —gritó Vólkov, dando alcance al afgano, ya a punto de desaparecer—, ¿Qué ocurre, Ismaíl?

—¡Sublevación!... ¡Lo que yo decía!... Gente, mucha gente en Maiwand... ¡Incendian tiendas, disparan!... ¡Yo agito!

Se llevó la mano a la garganta, y su voz borbolló sonora, exigiendo el megáfono.

Ensuciándose la mano en un asidero, que las suelas habían mojado, Vólkov se metió, en pos de Ismaíl, en la aristada y costilluda entraña del carro blindado afgano y acercó el ojo a una mirilla.

*

La calle desnuda y pegajosa, como recién desollada, guardaba la huella de algo así como un calambre. La muchedumbre, al retirarse, dejaba tras de sí un aire fétido, ecos de pelea, marcas sucias en los muros, informes pegotes de barro y espesos charcos de agua tibia.

Ardía perezosamente una camioneta volcada. De la humeante caja caían las manchas rojas de tomates aplastados. Allí mismo humeaba un autobús. Las cubiertas delanteras habían ardidido ya, y el vehículo se apoyaba en las llantas y despedía un pestilente olor a goma quemada. En el asfalto blanqueaba vidrio reducido a polvo, por el que se había deslizado el alud. Veíase el escaparate de una tienda sin cristales y sin el cierre metálico; el viento movía en él jirones de trapos de colores.

El carro blindado dio la vuelta, y Vólkov vio junto a las ruedas, en el asfalto, unos cadáveres. Un soldado afgano vacía de bruces, las piernas, flojas, se le habían trabado al caer, y la cabeza estaba en medio de un charco de sangre; dos paisanos con chilabas a rayas aparecían entre salpicaduras y manchas oscuras. Cerca de ellos pasó,

maniobrando, un transporte blindado con un emblema afgano en rojo y su antena oscilando, resbaló en el charco de sangre y dejó una huella pegajosa que iba desapareciendo poco a poco, a medida que el vehículo se alejaba. Del grifo de una fuente manaba un caudaloso chorro de agua. Saíd se apartó de la radio, gritó algo al conductor y se volvió hacia Vólkov.

—¡Vamos Maiwand! ¡Allí mucha gente!

Llegaron a la Maiwand, que por estar vacía parecía muy espaciosa, demasiado ancha, y brillaba como si fuera de azogue. Delante, algo enorme y amenazante, que no se distinguía bien, borbollaba, cerrando la calle, y presionaba ruidosamente contra los muros, como si quisiera separarlos todavía más.

Se acercaron al gentío ruidoso, hirviente. Un doble cordón de soldados con uniformes de lana burda y gorras caladas hasta las cejas, que mantenían aprestadas sus metralletas, retrocedía lentamente, y la muchedumbre avanzaba, presionando, con la misma lentitud; entre unos y otros había una franja de asfalto vacía. La muchedumbre se movía como si fuera una masa viscosa, densa, privada de la posibilidad de desplazarse, pero cuyo borde delantero esparcía salpicaduras, borbollando, fundiéndose. Vólkov percibía por la mirilla la temperatura de aquel borde fundido y ardoroso. La gente que había sido empujada por la multitud a primer plano se agitaba, retenida por los cañones de las metralletas, gesticulaba vociferante y blandía puños, trapos y barras de hierro.

La muchedumbre presionaba y respiraba unánime, vociferando: "*Allah ákhar!*" A Vólkov se le antojaba qué el gentío era un gigantesco animal con centenares de brazos y piernas y potentes venas que recorrían su cuerpo. Un animal con una sola boca profunda y roja y con millares de ojos. La temible bestia se movía y ondulaba, sacudiéndose ante él en la calle. Parecía un monstruo que hubiera vivido oculto en las montañas, hubiera bajado de ellas y se moviera,

chasqueara las mandíbulas, escupiera llamas y envolviera en sus anillos a la ciudad.

—¡Ahora!... ¡Adelante!... ¡Acércate más!... ¡Voy hablar!

Saíd Ismaíl había dado la espalda a Vólkov y ordenaba algo al conductor, que se encogía entre las palancas y hacía avanzar, horrorizado, el carro blindado.

La máquina avanzaba lentamente. Los soldados le abrieron paso, y el carro se vio en el asfalto vacío, ante la muchedumbre. La vibrante y frenética voz metálica que salió de los altavoces ahogó los alaridos, y la muchedumbre, lanzando con redoblado odio su "*Allah akbar!*", se precipitó de pronto hacia el vehículo.

—¡Atrás! —gritó Vólkov—. ¡Van a prenderle fuego!

De arriba, de los techos y de los pisos superiores de las tiendas y las posadas, cerradas herméticamente, azotó los blindajes una ráfaga de metrallera, y las balas se aplastaron con un ruido que repercutía en las entrañas del carro como si éste fuera un cubo vacío. La ráfaga se deslizó a un lado, hacia los soldados, hacia los uniformes de lana, y dos hombres cayeron. La muchedumbre acosaba. Un tanque, invisible tras una puerta cochera, hizo chirriar sus orugas envolviéndose en acre humo, y salió a la calle, con un rojo emblema afgano en la torreta. El tanque movió su cañón y lo disparó, haciendo caer la techumbre de la casa de donde habían disparado la metrallera, convirtiéndola en blanco polvo, en ladrillos molidos, en un crepitante incendio. La multitud se echó atrás y corrió ruidosamente, dispersándose.

El transporte fue por la Maiwand al comité distrital.

—¡Alto! ¡Déjame aquí! —dijo Vólkov a Ismaíl—. Cuando regreses, pasa a recogerme.

Sin dejar de oír el bramar del transporte blindado, abandonó la

calle vespertina, con sus reflejos de azogue, y entró en la oscuridad de los húmedos pasillos de madera. El local del comité recordaba un cuartel donde todo temblaba por las pisadas y el ruido metálico de las armas. Kadyr Ashna, el secretario del comité tomaba a cada instante el auricular del disonante teléfono, interrumpía la conversación, para salir al encuentro de los jefes de los grupos armados cuando entraban, les señalaba con el dedo en un plano del distrito, donde había círculos rojos y números y les impartía órdenes con una voz cortante y dura. Dostagir, el miembro del comité que poco atrás discutiera tan enconadamente con Saíd Ismaíl, aquel Dostagir de voz tan sonora y palabras y movimientos tan precisos, hacía formar en el pasillo a grupos de militantes y los enviaba a custodiar escuelas, ministerios y mezquitas, y aquellos hombres, con las metralletas colgadas por encima de sus cazadoras, gabardinas o chaquetas, algunos con corbata y otros con ropa de trabajo, toda cual como lo había sorprendido la sublevación, procuraban marcar el paso al estilo militar, pero se confundían, se empujaban unos a otros en la angosta escalera y desaparecían, saliendo a la calle por el claro hueco de la puerta.

Vólkov escrutaba fijamente los rostros, los ojos, los duros pómulos, las bocas. No había en las caras pánico, no había temor, sino ansia de acción, una expresión grave y adusta, común a todos, de lucidez sin cólera: cada uno conocía su sitio y su misión y estaba dispuesto a combatir, a oponer una resistencia sensata a la furia destructora y a la sorda demencia de la multitud.

Vólkov, después del horror sufrido poco antes, se alegraba, pensando que había una fuerza multitudinaria que se opondría al caos, una fuerza firme, que era el baluarte de la revolución popular.

El comité distrital quedó vacío. Sólo en la escalera, en la tribuna revestida de tela roja, donde poco atrás Vólkov escribiera en su bloc de notas, estaba sentado, como en un fortín, un tirador de metralleta, y en el sucio piso del pasillo se veía una venda ensangrentada.

Vólkov entró en el despacho, donde Kadyr Ashna, reclinado contra el respaldo del sillón, había relajado por unos segundos su fatigado corpachón y miraba al silencioso teléfono, que seguramente sonaría en cualquier momento. Prestaba oído al desordenado tiroteo en la ciudad.

—¿Ves lo que pasa, Vólkov? —Dostagir señaló con su rizada cabeza hacia la ventana y dijo en inglés—: Mira cómo ha salido todo. Los provocadores han engañado a la gente. Yo lo intuía: en la Ciudad Vieja actúan provocadores entre los hazares y en la comunidad chiíta. Advertí que se debía ir armando a la Ciudad Vieja. Había que cazar a los provocadores. Llevar a cabo una operación. Pero ustedes no estaban de acuerdo —se volvió hacia Kadyr—, ¿Qué me decían tú y Saíd Ismaíl? “No se puede hacer una demostración de fuerza. La gente está cansada de las armas. Se han disparado ya las últimas balas. Hay que actuar con la palabra y con el pan”, ¿Dónde está ahora ese pan?

—Políticamente teníamos razón —dijo Kadyr Ashna—. No podíamos irrumpir en las casas armas en mano. La sublevación no la hemos provocado nosotros, sino el enemigo. Ellos han sido los primeros en recurrir a las armas, a la violencia. Responderemos a la fuerza con la fuerza. Políticamente, salimos ganando.

Restalló un disparo de fusil. En la escalera cayó algo, rodó por los peldaños y chocó contra la puerta. Tableteó una metralleta. Kadyr Ashna se precipitó hacia la ventana, pero una bala hizo saltar los cristales y se incrustó en el techo, arrancando una blanca astilla.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó Dostagir, tirándole de la chaqueta y él mismo se dejó caer, al tiempo que preparaba la metralleta—, ¡Vólkov, échate!

Se oyeron presurosas pisadas, y en el despacho entró Kabir, miembro del comité, con la chaqueta de cuero desabrochada un cargador de la metralleta sobresaliendo de un bolsillo, el arma en las

manos. Gritó algo, jadeante. Dostagir le respondió, señalando con la metralleta hacia la ventana.

Sin levantarse, Kadyr Ashna tendió la mano hacia el teléfono y se puso a marcar un número. Aguardó un momento y soltó una palabrota.

—¡Han cortado el cable!

Abajo gritaban y descargaban golpes sobre la puerta.

—¡A la escalera! ¡Rechacemos el ataque!

Todo se sucedía vertiginosamente, produciendo en Vólkov una sensación continua de peligro, mezclada con el deseo de ver, de observar y de vivirlo todo; alentaban en su interior el sentimiento de la desgracia, general y personal, que en cualquier momento podía convertirse en catástrofe, y la sensación de la suerte que suponía ser testigo de aquellos acontecimientos únicos, que no se habían de repetir. Salió presuroso con los demás al pasillo, oyendo que detrás otra bala hacía blanco en el techo.

Yacía al lado de Kadyr en la escalera, ante el oscuro tramo por ni que había rodado abajo la tribuna, que se apoyaba oblicuamente en la puerta de la calle. Desde fuera ya no intentaban entrar después de la ráfaga del compañero de guardia y se limitaban a arrojar piedras y a gritar roncamente el nombre del secretario del comité.

—Dicen: ¡Sal, Kadyr Ashna! Dicen: ¡Si no sales, rociaremos la casa de gasolina y le prenderemos fuego! ¡Te cortaremos la cabeza! El que grita es Assadulah. Antes trabajaba en un banco, allí cometió un robo y huyó a Pakistán. Ahora está de vuelta.

Dos balas dieron a la vez en la puerta, y en ella se encendieron, por donde la habían atravesado, dos pequeños ojos blancos. Dos veces golpearon con un objeto romo y pesado. Saltó una tabla, y en la brecha

apareció una viga. Se atascó oblicuamente. Intentaron sacarla. Dostagir descargó sobre ella una ráfaga corta, pero no la soltaron. Evidentemente tiraban de ella de un lado, protegidos por la pared de ladrillo.

Gritos, golpes, disparos y, en respuesta, ráfagas cortas.

Vólkov yacía en el piso sucio, pero sabía que allí no perecería. Ahí, sobre aquellas tablas pisoteadas, en donde se percibía una fétida corriente de aire, procedente de algún pozo ciego, no podía morir, y tendría ocasión de describir aquella fetidez, la grasienta suciedad, la brecha triangular en la puerta, con la viga atascada en ella, y la opaca vaina, todavía tibia, que rodó hasta su mejilla.

Algo dio en la puerta desde fuera y saltó en pedazos, con ruido de botella rota. Con los chorros de aire llegó al interior olor a gasolina; una roja llama penetró por la brecha, con la corriente de aire, y zumbó uniforme y ardientemente, como la chimenea de un samovar. De nuevo restallaron disparos, y una voz llamaba, a través del tiroteo, a Kadyr, quien levantando del piso su obeso pecho, la metralleta en la mano, miraba atento y al parecer tranquilo, el crepitante fuego.

—Vólkov —dijo Dostagir con una nota de asombro en la voz—, ¿qué haces tú aquí?

En sus palabras había compasión, culpabilidad y algo que Vólkov no acababa de comprender bien: ¿dudaría tal vez de que su fraternidad fuese tan lejos, de que fuese esa fraternidad que llega a ser unión ante la muerte?

A lo lejos, apenas audible a través de los alaridos de la muchedumbre, sonaba un motor. De allí en donde había surgido, llegó un frenético tableteo, que no tardó en enmudecer. Volvió a tabletear una ametralladora, y en respuesta se oyeron cerca de la puerta agudos alaridos de gente que huía. Las ráfagas se iban acercando y los gritos se

dispersaban. Un vehículo invisible gruñó y resolló al acercarse al edificio. La ametralladora volvió a dejarse oír ya junto a la puerta. Con breve golpe que hizo saltar los batientes de la puerta asomó por entre las llamas la aristada proa de un carro blindado y, manoteando para alejar el fuego, Saíd Ismaíl entró corriendo a la escalera mientras gritaba: “¡Kadyr Ashna, no disparen, somos nosotros!”

—¡Iván! ¡Dostagir! ¿Está aquí?

Con su impermeable azul, pasó a grandes zancadas por encima de la tribuna en llamas, muy emocionado, buscando con la mirada. A su encuentro, abriendo los brazos jubilosos, apartando de su pecho la metralleta, se levantó Dostagir. Se abrazaron con gritos y risas, y Kadyr, sacudiéndose la suciedad de las rodillas, se dirigió, pasando junto a ellos, hacia su despacho, arrastrando cansadamente la metralleta.

Capítulo 12

EN medio de la oscuridad, llevaron a Vólkov al hotel por las calles desiertas, vacías, donde la calzada embarrada brillaba. Al atravesar el jardín, el periodista vio un rugiente tanque que retrocedía torpe y pesadamente hacia el alto plátano y giraba al pie de éste haciendo sonar las orugas. Allí donde poco atrás el tapiz había puesto en el suelo sus manchas de color y los dos ancianos orientales bebían calmosamente su té, se alzaba la mole blindada y olía a gasoil quemado. En cuanto entró al vestíbulo Vólkov vio a unos soldados afganos que dejaban sobre una mesita bombas de mano y un montón de maletas. Marina se precipitó a su encuentro y lo miró de frente con ojos oscurecidos, le palpó los brazos y los hombros.

—¡Por fin! ¡Vivo! Les dije que no me iría hasta que usted volviera.

—¿A dónde tiene que ir? —preguntó sin comprender, conmovido por el susto de ella.

Asombrado, le pareció verla por primera vez. ¿Sería posible que él hubiera llegado por la mañana a la soleada ciudad y ella se hubiese apretado en el coche contra él, que percibió en ese contacto una promesa que hacía concebir esperanzas? ¿Había sido aquella misma mañana?

—¡Es una orden! —anunció, acercándose presuroso el pequeño agrónomo de Riazán—. ¡Una orden del embajador! ¡Se evacúa del hotel a todos los nuestros! Nos llevan a la embajada.

—Las órdenes son para cumplirlas —dijo Vólkov cansadamente.

—Rápido —lo apresuró el agrónomo—. Va a llegar el último

trasporte blindado. Somos los últimos.

Vólkov subió a su habitación, vio fugazmente en el espejo su cara de hombre rendido, el traje sucio de barro, la corbata torcida, el cardenal en el pómulo: de un golpe contra la escalera o contra una palanca del carro blindado. Se echó el abrigo al brazo. Tomó un bloc de la mesa. Buscó con los ojos y encontró en el alféizar de la ventana una botella de oporto ya empezada y se la metió en el bolsillo. Cerró la habitación. Se dirigía hacia la escalera, cuando vio delante a Beloúsov, desconcertado, con el pelo en desorden y la maleta en la mano. No sintió ni irritación ni alegría maligna, sino deseos de acercarse y decirle unas palabras amistosas: él mismo no sabía qué. Se mantuvo a distancia, dejando que el otro bajara primero.

El transporte blindado se hallaba ante la puerta. Silenciosos y bigotudos, amables como suelen serlo los afganos, procurando sonreír y no dejar ver su zozobra, sacaban las maletas, las levantaban y las metían luego por la escotilla.

Vólkov ayudaba a subir a Marina, que no sabía a qué agarrarse: su mano resbalaba por el blindaje mojado. Un muchacho, separando sus botas, la asió desde arriba, la levantó como si fuera una pluma y la introdujo por la escotilla con sumo cuidado.

El transporte cruzaba blandamente Kabul con las escotillas cerradas. Vólkov observaba por una mirilla la ciudad, desconocida a la luz de los reflectores. Marina se hallaba al otro lado, y él le daba la espalda en la densa penumbra de las entrañas del vehículo. Se oían tiros aislados. Las calles parecían desiertas. Pero se oía un apagado fragor que salía ininterrumpidamente de las casas y de las puertas cocheras; parecía el zumbir de un enjambre de abejas. Era un fragor borbollante, en el que se distinguían las palabras "*Allah akbar!*". El gentío al parecer, había despejado la calzada, pero se encontraba en los patios y las travesías.

Se abrió la puerta corrediza de la embajada. El transporte entró y se detuvo junto a un portal encristalado, lleno de luz, donde rondaban guardia unos soldados con metralletas. Se apearon. Un empleado de la embajada, visiblemente cansado, salió a recibirlos y los llevó a un salón.

—Son ustedes los últimos —explicó—. Ahora mismo les digo dónde pasará la noche cada uno, en qué apartamento. Tome usted, camarada —dijo a Marina, tendiéndole un papel—, aquí tiene el número del apartamento. Queda, detrás del club, ¿sabe? Vive allí la familia de un chófer. Usted —se volvió hacia Beloúsov— vendrá conmigo. Lo acompañaré, allí hay una cama disponible. Y usted... —quedó pensativo, mirando a Vólkov—. Con usted no sé qué hacer...

—No se preocupe —dijo Vólkov—, dormiré aquí mismo, en un diván.

—¡Muy bien! —exclamó alegre el empleado—. No queda nadie más, todos se han alojado ya. Aquí no hace frío. Pase esta noche como sea, puede ser que mañana los lleven de nuevo al hotel. Creo que no hacía falta traerlos. —Meneó la cabeza, censurando todo aquel ajetreo, con el que había tenido que cargar—, ¡En fin, orden del embajador!

Vólkov y Marina se quedaron solos en el espacioso salón bañado de luz, con rosados brillos marmóreos.

—Su traje... ¿En qué se ha convertido?... —Pasó la mano por la arrugada solapa, con manchas de hollín—. ¿Siempre se pone su mejor ropa cuando hay alboroto? ¿Supone que no está bien meterse sin corbata en un transporte blindado? —Se sonrió débilmente, queriendo bromear, la mano sobre la nuca de Vólkov, que adelantó la cabeza para prolongar el deslizante contacto—. Le guardé la cena. ¡Mire!

Marina abrió su bolso y extrajo de allí, envueltos en una servilleta, varios bocadillos de carne fría.

—¡Dios mío! —exclamó admirado Vólkov, y en aquel mismo instante se dio cuenta de lo hambriento que estaba y de lo largo y terrible que había sido el día. Sacó del bolsillo la botella de oporto—. ¿No es acaso una cena de gala? —Llenó dos vasos de oscuro vino—, ¡A su salud! ¡Encantado de verla, como suele decirse!

Vólkov miraba cómo disminuía el vino en el vaso de la mujer, cómo se le estremecía la garganta al tragar, y detuvo los ojos en la mancha rosa del colgante; lo mismo que en el aeródromo, por la mañana, sintió el deseo de besar la piedra.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó ella, prestando oído a los motores de los vehículos que llegaban y se marchaban y a un intermitente fragor que penetraba ahogado por los muros; parecía como si incontables burbujas subieran del fondo de un embalse a su superficie.

—Aquí no irrumpirán. —Vólkov procuraba mostrarse tranquilo y alegre—. Habrá visto los dos juguetes que hay a la entrada.

Salieron al exterior, a los peldaños de la embajada, y al instante los envolvió el frío; el cielo, negro y helado, se extendió sobre ellos, cuajado de inquietas estrellas blancas; el viento olía a nieve, y en el viento y en las estrellas flotaban incontables voces inarticuladas que recordaban un lamento y ya se acercaban, ya volvían a alejarse con cada sople. Parecía que multitudes invisibles colmaran las azoteas y las laderas de los montes y gritaran, oraran. Junto con ellas, las rocas, los hielos, los montes y el cielo clamaban: "*Allah akbar!*" Marina, horrorizada, sintiendo un escalofrío, se apretó contra Vólkov. Él se dio cuenta del miedo que sentía la mujer, indefensa; lo embargó al instante una cálida ternura y se le antojó que ella corría peligro y la habían puesto en sus manos para que la defendiera y salvaguardara; le pareció que Marina dependía de él, pero aquella dependencia no suponía una carga; la apreciaba enormemente y estaba seguro de que sabría protegerla.

—Querida... —Vólkov rozó con los labios el pelo de Marina, que olía a cálida vida entre los ululantes y gélidos soplos de viento—. Querida mía...

La besó entre las estrellas y el clamor de las multitudes invisibles y percibió muy cerca sus párpados cerrados.

La puerta corrediza se abrió y, alumbrándose con largo rayo de luz, entró un transporte blindado, reverberantes sus opacos rombos.

Vólkov acompañó a Marina al apartamento, donde los recibió una mujer que vestía una bata de entrecasa. Rehusó el té que la mujer le ofrecía y volvió al edificio de la embajada. Por el camino torció hasta el estacionamiento para comprobar si había gasolina en el depósito de su Toyota, que había dejado allí antes de salir para Jalalabad. Por entre los árboles pasó muy alto —no lo veía— un helicóptero y soltó un racimo de bengalas, que, con mortecina luz naranja volaban sin caer, llevadas por el viento.

Regresó al salón. Apagó la luz. Se quitó la chaqueta y la corbata y se acomodó en el diván, tapándose con el abrigo. Le dolían las articulaciones y sentía pinchazos y cansancio en todo el cuerpo. La jornada trascurrída seguía allí y palpitaba, muda pero viva.

Lo despertaron muchas veces el ruido de los vehículos y las voces que sonaban tras la puerta, y no logró dormirse profundamente hasta el amanecer, y sólo por poco tiempo.

Alguien cruzó el salón conversando y él volvió a despertarse. Se vistió y salió afuera. Se detuvo, cegado por la nieve. Veía el azur, el brillo del monte espolvoreado de nieve, la titilante y nebulosa ciudad, y, de pronto, de detrás de la techumbre de la embajada salieron en vuelo rasante unos cazas con emblemas afganos, rasgando el espacio sobre las techumbres, esparcieron su rugir y el humo de sus escapes, dispararon sus ametralladoras, cobraron altura, sobre el fondo de la

montaña, inclinándose al describir un viraje, dejando tras de sí dos hinchados costurones de humo, que parecían marcas de sendos latigazos. Lejos, ya sobre el monte, los aviones semejaban dos semillas de amapola prestas a caer y desvanecerse. Se detuvieron, empezaron a agrandarse, y desde el lado del sol, desde el brillo de las nieves, refulgentes sus precisas siluetas, picaron de nuevo, descargando sobre la tierra su rugir, y se alejaron, cual veloces triángulos alados. La ciudad, ensordecida, se encogía trémula, y hacia ella bajaban, cada vez más anchos, los dos costurones de humo.

Cruzaron a continuación el espacio helicópteros que volaban a distintas alturas y de distintos lados, envueltos en un zumbido monocorde y metálico. En su fuselaje podían verse emblemas de las fuerzas aéreas afganas. Iban y venían amasando, moliendo y haciendo que retornara a sus agujeros lo que había surgido y fermentado de pronto y que aquel día se había encalmado y escondido, envuelto en niebla y humo.

—¿Ha leído la prensa? —preguntó, acercándose, el jovial agrónomo de Riazán, con aspecto insomne y alarmado—. Desde las siete hay queda. No creo que volvamos hoy al hotel. Me olvidé allí la afeitadora. —Se pasó la mano por la barbilla, con albina pelambre, deslizó los ojos por los montes y por los helicópteros que volaban a lo lejos y luego los puso en la verja de la embajada, tras la que, como dos monumentos, se alzaban dos carros de combate—. ¿Qué tal se sentirá en el hospital nuestro Nil Timoféevich? No sé lo que daría por poder visitarlo...

Vólkov, sin escucharlo hasta el final, dio unos pasos al encuentro de Marina. Ella caminaba rápidamente, mirando al suelo, pero él se dio cuenta de que ya lo había visto. Y el sentimiento, el grande y torturante sentimiento de la víspera volvió a embargarlo: respondía de ella en medio de aquella lucha, en aquel luminoso día que prometía Dios sabría qué. Se dio cuenta de que ella parecía leer sus pensamientos y confiaba en él en medio del rugir de los motores a chorro y del

metálico fragor de los cielos.

—¡Buenos días! ¿Qué tal durmió? —preguntó Vólkov y le oprimió levemente el codo, descubriendo en su semblante huellas de cansancio.

—La patrona y yo casi no pegamos ojo. Tienen dos hijos aquí. El marido está en Herat, en comisión de servicio. Se acerca a los pequeños y llora. Me ha pedido que lo llame a desayunar.

—No puedo. Tengo que ir a la ciudad.

—No quiero que vaya.

Sus ojos miraban implorantes, temiendo por él y por sí misma. La expresión de temor y ruego de sus pupilas, oscuras en lo hondo, casi lo asustó por su fuerza y sinceridad. Turbado, hizo una broma cualquiera, tratando de desvanecer los temores de la mujer, y ofreció una resistencia instintiva a sus sentimientos para conservar la libertad.

*

En la comandancia militar de la plaza, Vólkov conversó con un coronel que todo el tiempo, impaciente, quería levantarse de su asiento y partir. Allí, en el despacho, lleno de humo de tabaco, la noche seguía desgañitándose con los timbres de los teléfonos, las radios, las voces de las patrullas y las ráfagas de balas trazadoras, y parecía que el coronel tenía en la mano un cable sin aislante que seguía trasmitiéndole sacudidas y chispazos.

—Si desea saber cómo se desarrolló la sublevación, vaya a la panificadora. Trataron de destruirla, irrumpieron en los talleres, querían dejar sin pan a Kabul. —El comandante procuraba ser cortés, pero su cortesía era iracunda y mordaz—. Si desea saber qué querían

los bandidos, vaya a la central eléctrica. Intentaron tomarla. Si quiere comprender qué es lo que querían conseguir, vaya al embalse de agua potable: su voladura ya estaba preparada.

Vólkov captó la impaciencia del coronel y la irritación que le producía su presencia en aquellos instantes.

—Dígame, ¿en qué medida participaron en los acontecimientos de ayer las unidades soviéticas?

—Si desea saberlo, vaya a verlas. —Se sacudió de nuevo y miró hacia la ventana—. ¡Quisieron provocarlos a ustedes! ¡Querían que los musulmanes perecieran bajo los tanques de ustedes! Querían que los soldados soviéticos irrumpieran en las mezquitas. ¡Eso es lo que hubieran querido ver! Le diré, ya que quiere saberlo, que los soviéticos conservaron su sangre fría. Las metralletas soviéticas no dispararon. Le garantizo que esta información es verídica. Ayer y hoy todo lo hicimos nosotros mismos.

—Preveo que la prensa capitalista publicará noticias sobre represalias contra la población civil de Kabul.

—Ya que ha tocado el tema, le diré que los afganos somos un pueblo con temperamento y que a algunos oficiales hubo que tirarles en serio de las riendas para que no pusieran en acción sus máquinas de guerra.

La ciudad aparecía vacía y silenciosa. Los comercios habían cerrado. Cerraduras, pasadores de acero, persianas metálicas bajadas. Lucía el sol, pero la ciudad estaba ciega y miraba sin ver con sus cataratas de latón. En los cruces, en el malecón, junto a los bancos, los ministerios y las mezquitas había trasportes blindados y tanques; iban y venían patrullas. Vólkov veía a cada paso moles de blindajes verdes y se daba cuenta de que por su coche se deslizaban las bocas de las ametralladoras y los cañones. Parecía que la ciudad no sólo estaba

atiborrada, sino también revestida de hierro. A veces se percibía un frío olor a quemado. Vólkov buscaba con la mirada y encontraba en seguida ya una casa destruida por un cañonazo, ya un camión rojo herrumbre que se tenía sobre las llantas. Pasó por el lugar donde la víspera había visto los cadáveres. Los habían recogido, pero donde yaciera el soldado, se veía una mancha oscura, y Vólkov la bordeó lentamente.

Cerca del HAD, adonde se dirigía, le cerraron el paso, apuntando con metralletas hacia su parabrisas. Tuvo que telefonar a Alí desde el cuerpo de guardia. Alí dijo algo por teléfono al oficial, que dejó pasar a Vólkov sombrío y de mala gana. Cerca de una casa de madera que recordaba una dacha estaba el Mercedes del ministro y, al entrar y saludar a Alí, Vólkov vio a la escolta: pantalones planchados irreprochablemente, camisas como la nieve y corbatas. Respondió a sonrisas que parecían jubilosas: tan blancos tenían todos los dientes. Al saludarlo, cada uno se pasaba la metralleta de la mano derecha a la izquierda.

—Debo entrar ahora. —Alí, moviéndose ágil y suavemente, señaló hacia la puerta cerrada—. Espera, ¿sí?

—Pídele al ministro que me dedique cinco minutos, ni uno más.

—Se lo diré. —Alí desapareció tras la puerta sin hacer ruido y Vólkov siguió sentado, cambiando radiantes sonrisas con los muchachos de la escolta.

—Pasa —dijo Alí, asomándose.

En el despacho estaban el jefe del HAD, hombre magro, con entradas, que vestía medio de militar y medio de civil, y el ministro, de traje negro. En su joven rostro se percibía el cansancio. A menudo acercaba a sus labios una taza de té. Alí, todo de azul, traducía las preguntas de Vólkov y las respuestas del ministro. El periodista había

abierto su bloc y escribía rápidamente, sin tocar el té ni los dulces orientales que habían puesto ante él.

—El objetivo principal de la sublevación, tal como lo vemos hoy, consistía... —el ministro tomó unos sorbos de té muy caliente, como si no pudiera entrar en calor— en que el ejército se pasara al lado de los golpistas, que querían, unidos ya al ejército, desencadenar un baño de sangre. Ahora ya podemos decir firmemente que ese propósito ha fracasado. El Ejército ha seguido fiel al gobierno. No hubo un solo caso de paso de militares a los facciosos. En situaciones críticas, el ejército abrió fuego, respondiendo a los disparos de los francotiradores y al lanzamiento de botellas de líquido inflamable...

—Los facciosos —continuó el ministro, que se echaba en la taza té caliente cada vez que la había apurado— actuaban con consignas musulmanas y bajo la bandera musulmana. Querían dar a la sublevación el matiz de una revolución islamita. Sin embargo, incluso ahora, cuando apenas se ha podido examinar por encima la información, que sigue llegando, se ve que no fue un motín musulmán espontáneo, sino una acción subversiva cuidadosamente planeada y llevada a cabo con habilidad, una acción que se preparó fuera de Afganistán. El intento de golpe se hizo coincidir con el día en que expiraba el ultimátum que nos presentó el presidente norteamericano en relación con la retirada del contingente militar soviético. Empezaron a prepararlo el día en que se presentó el ultimátum, como parte de una operación subversiva orientada, en definitiva, a frustrar el proceso de normalización del que el camarada Babrak Karmal ha dicho: “¡Que no vuelva a salir de ningún arma una bala disparada contra el hombre!”. Lo que quería la CIA, al fraguar el golpe, eran precisamente balas dirigidas contra el hombre. Como ve, en parte lo consiguió. Ya empiezan a llegar informes sobre los agentes que han actuado.

Vólkov comprendía a qué se refería el ministro. Todo lo que de lejos habría podido parecer un movimiento espontáneo de masas, una oleada de indignación popular, era una acción controlada y tenía sus

puntos ocultos, en los que, de estudiarlos, de conocer su fuerza secreta, se podía introducir un electrodo e imprimirles una dirección. Suscitar descontento, temores ocultos, desconcierto. Cegar, enfurecer, orientar hacia metas falsas. Engendrar agresividad y odio en las masas. Esos centros nerviosos secretos, que dirigían la psicología de las masas, los conocía muy bien el servicio de inteligencia radicado allende el océano, en Langley, en el nido de la CIA; los conocían los hombres de la furgoneta color café a quienes había visto en la frontera de Pakistán.

—Hemos detenido a varios agentes pakistaníes, a un norteamericano y a afganos que fueron preparados en el extranjero e infiltrados en Kabul especialmente para provocar. Desplegaban su agitación entre las capas más ignorantes y atrasadas de los pobres de la ciudad, llenas de prejuicios religiosos y nacionales, que sufrieron mucho bajo los anteriores regímenes, bajo el rey, bajo Daoud y bajo Amín. Se incrustaron en ese medio, especulando hábilmente con el descontento, y llevaron a la muchedumbre a la calle. Recurrieron a hampones, ansiosos de robar y destrozar. Especularon con las dificultades en cuanto al combustible y al pan. Sabemos de buena fuente que cada grupo que salía a la calle tenía su cabecilla, con instrucciones bien concretas: asaltar los bancos y telégrafos, la radio y las empresas más importantes, para desorganizar la vida de Kabul y sumir a la ciudad en el caos. Es el estilo típico de los servicios especiales norteamericanos, que poseen experiencia en golpes de Estado y complots en muchos lugares del mundo.

Vólkov, aturdido todavía por los sucesos de la víspera, todo aún en tensión, lanzado a la búsqueda, comprendía ya en sus primeros encuentros y conversaciones que se le ofrecía una oportunidad excepcional para estudiar de modo directo los procesos sociales en su forma más descarnada, más desnuda, para ver a un pueblo en un momento extraordinario, extremo, en un momento crucial de su suerte, su psicología y su fe. La intentona era como una enorme y llameante herida, y había que apresurarse a examinarla sin temor a quedar ciego,

a quemarse los ojos.

—Tal vez cometimos un error —continuó el ministro—, al no adoptar medidas preventivas. Buscábamos la solución de los problemas por vías políticas. Quizás haya sido un error. El enemigo nos ha propuesto de nuevo la lucha y la efusión de sangre. Y nos hemos visto obligados a aceptar el reto. No descartamos que puedan repetirse los desórdenes. Pero yo creo que la revuelta se ha agotado, que ha perdido sus energías. Hemos hecho todo lo posible para impedir una segunda oleada.

Dejó con desgana la taza sobre la mesa y se levantó. Todos lo imitaron. El ministro sonrió amablemente a Vólkov, le estrechó la mano y se dirigió hacia la puerta.

—Alí —dijo Vólkov, cuando se quedaron solos—, necesito información. De ayer y de hoy.

—Todavía es pronto para dar información —rechazó Alí el ruego, con la amabilidad de siempre—. Sigue llegando. Es prematuro hacerla pública. Se han perfilado tendencias que todavía tenemos que esclarecer. Tal vez dentro de unos días organicemos una conferencia de prensa para mostrar armas y documentos, amén de los agentes detenidos.

—Alí —insistió Vólkov—, tú sabes que no me refiero a lo que se puede tomar de los boletines de la Agencia Bakhtar. Confío en nuestra amistad, gracias a la cual fui tan bien recibido en Jalalabad. Hassán, en cuanto le di tu nombre, me prestó tanta atención y me descubrió tantas cosas, que los acontecimientos de ayer, tal como lo veo ahora, se hubieran podido pronosticar desde allí. No necesito la información para hacerla pública inmediatamente, sino para calar bien en el proceso, aunque sea dentro de los marcos de lo conversado con el ministro. Muéstrame los materiales capturados. Muéstrame al norteamericano. Muéstrame a los pakistaníes. Deja que comprenda

contra quiénes han chocado ustedes. Todo eso es importante para mí, Alí.

—De acuerdo. Te mostraré algunas cosas. No muchas, claro, pues la investigación acaba de comenzar y todavía es poco lo que se ve con absoluta claridad. El norteamericano, por ejemplo, asegura que se vio entre el gentío casualmente. Dice que no es más que un *hippie* que vino del Irán y va a Nepal a recoger hierbas medicinales. Te mostraré sus cartas, sus libros y sus objetos personales. Si quieres, desde luego. Pero por ahora es prematuro que hables con él. Con los pakistaníes las cosas están más claras. Perdona que sea tan prudente pero no ha llegado todavía la hora de la prensa.

Pasando por delante de los centinelas que había en las escaleras subieron al despacho de Alí, que se puso inmediatamente a dar órdenes por teléfono en voz baja. Poco después entró un soldado e informó.

—Podemos ir —dijo Alí—. Está todo preparado.

En la habitación de al lado había armas cuidadosamente dispuestas sobre unas mesas. Vólkov percibía el acre y frío olor del metal y una emanación muy tenue, dulzona y deletérea: la fetidez del motín. Las armas conservaban todavía la excitación de las sudorosas manos que las disparaban, de los ojos lagrimeantes, de las respiraciones roncas, de las carreras, de la lucha y de las caídas. Sacó cuidadosamente del montón un elegante fusil con visor óptico, en cuya pulida culata podía leerse: Remington. Acercó el ojo al visor. A través de la fina red en la diáfana lente convexa vio al soldado, con las piernas trabadas al caer, que yacía en el charco de sangre. Dejó el fusil y anotó en el bloc su número de fabricación y el país de origen: Gran Bretaña. Sopesó en la derecha una metralleta de corto morro telescópico y oyó los metálicos golpes que hicieron sonar los blindajes la víspera. Una radio con los cables arrancados y al lado un tubo con la marca Telefunken. En medio del alborotado gentío se ocultaba un radista que

recibía órdenes y orientaba las multitudes hacia uno u otro objetivo.

—Mira, fíjate, esto es curioso. —Alí llevó a Vólkov hasta el alféizar de la ventana, donde yacían un altavoz abollado y una grabadora de transistores, con un montón de cassettes—. ¡Escucha!

Colocó un cassette, aumentó el volumen, y en la pieza, con silbos y resuellos, estallaron un furibundo rugir y clamores de “*Allah akbar!*”, como si una muchedumbre de miles de personas se apiñara con las bocas abiertas.

—¿Qué es eso? ¿Quién lo grabó? ¿Fue ayer?

—Es una grabación múltiple. Para lograr este efecto, bastan cinco personas. En distintas partes de la ciudad colocaron estas grabadoras con altavoces. ¿Oíste los gritos de anoche? El eco de las montañas, el viento y potentes altavoces, y se crea la impresión de que la gente no duerme y grita a voz en cuello desde las azoteas.

—¿Qué me dices? —Vólkov recordó las gélidas estrellas de la noche, el temblequeo de las entrañas de la tierra y de los cielos y los continuos alaridos que parecían lamentos. Y su triste pensamiento: ¿será posible que todo el pueblo pida ayuda a los montes y a las estrellas, maldiga e implore defensa?—. ¡Es una idea diabólica! ¿En qué cabeza nació?

—La cabeza debe de estar en la CIA.

En un escritorio podían verse documentos de identidad abiertos. De ellos miraban semblantes pakistaníes, que como estaban sellados, parecían todos iguales.

—Mira, esto es muy curioso. Ya hemos encontrado algo. Doce pakistaníes detenidos anoche en un hotel. Ayer se hallaban entre el gentío. Llegaron a Kabul la víspera, como representantes de una compañía petrolera. Mira a éste. —Alí tomó un documento de

identidad: un semblante joven y casi agraciado, de labios abultados y bigote caído—. Ahora mira aquí. —Tendió al periodista una arrugada hoja de papel con dos fotos impresas en tinta azul—. ¿Ves? ¡La misma cara en uno y otro sitio!

—Y esa hoja, ¿qué es?

—Un bando de la policía de Peshawar donde se anuncia que se busca a unos delincuentes comunes. ¿Qué significa eso? Una de dos: ese Ahmet es en realidad un delincuente, fue capturado por la policía y tuvo que elegir entre el presidio o ser agente pakistaní en Kabul; o bien puede ser un espía profesional, y el bando no es más que una leyenda para confundir el rastro y lo han impreso antes de infiltrarlo.

—Allí, ¿qué es esto? —Vólkov señaló con la cabeza hacia un paquete de papeles arrugados, dos sobados libros y una bolsa de lona de la que asomaban unos trapos: camisas y camisetas sucias.

—Son los tesoros del norteamericano. Esos son sus libros de medicina tibetana. Un catálogo de hierbas medicinales con sus descripciones. Cartas casi ininteligibles, unos garabatos. Estamos descifrándolas. Dirigidas a un amigo de Los Ángeles. Apuntes de viaje, reflexiones en torno de la política de Afganistán; en fin, por el momento nada serio. Muchas cosas ingenuas. Afirma que es un *hippie*. Está enamorado del Oriente. Es la segunda vez que viene a Afganistán. Dice que estudiaba en la universidad, pero no terminó y se dedicó a correr mundo. Afirma que simpatiza con el socialismo. Eso es su vestuario. Como ves, no hay en él ni chistera ni frac. Vivía en el hotel más modesto, en un albergue que está cerca del mercado. Cuando le echamos el guante se encontraba en el sitio donde el tumulto era más grande. Hemos iniciado una investigación. Si al fin y al cabo se confirma que es un agente de la CIA, le daremos amplia publicidad.

Vólkov tenía en sus manos el pasaporte del norteamericano. Examinaba la cara flaca y joven: ojos miopes, un tanto juntos, y una

boca que denotaba timidez e inseguridad. Recordó su reciente viaje a Torham y a los norteamericanos que salían del jeep, sobre todo al rubio de anteojos que se tapó la cara al ver la cámara fotográfica. No podía creer que ese muchacho hubiera cruzado también la frontera con el coronel, una especie de peregrinaje antes de comenzar a cumplir su misión. ¿Tal vez fuera simplemente un bachiller que abandonó las aulas, una hojita de té en la infusión de la cultura “pop” occidental, que, con su catálogo de hierbas medicinales, se hubiera visto ante los tanques y los francotiradores y ahora tenía que responder a los interrogatorios en el HAD?

—Dime, Alí, ¿qué acontecimientos se esperan? ¿Cuál es tu opinión personal?

—Estoy de acuerdo con el ministro. Por cierto que es posible que se produzcan acciones dispersas. Pero la intentona ha perdido, efectivamente, su fuerza, ha gastado sus energías. Supongo que ahora pasarán a la táctica del terrorismo individual. Sabemos que tienen montada la producción de bombas y de botellas con líquido inflamable. Y poseen depósitos donde las guardan. Preparamos una batida en la Ciudad Vieja. Mañana por la mañana desplegaremos una operación en la zona del mercado. Actuarán la milicia y los destacamentos de defensa de la revolución, que tienen como núcleo a militantes del Partido.

—¿Es donde trabaja Kadyr Ashna? ¿En su distrito? Está bien; iré con él.

Por el angosto y embarrado patio una columna de hombres custodiados. Todos se parecían, con su tez color chocolate y sus ojos como ciruelas maduras; procuraban evitar los charcos y pisar en terreno seco. Vólkov distinguió entre ellos el agraciado semblante del pakistaní de bigotes caídos y labios abultados.

Vólkov recordaba su primera visita a la panificadora, al director, Aziz Malekh sus mutiladas manos con guantes negros, su conducta somnoliente y abúlica al principio y su doloroso estallido final: la confesión acerca de las torturas, del hundimiento de los ideales, del inmenso cansancio y el deseo de retirarse a descansar.

La calzada de la Maiwand, cerrada al tráfico, se desplegaba ante la vista rectilínea y desierta. En toda ella veíanse en las bocacalles, que empequeñecían a medida que era mayor la distancia, inmóviles tanques y carros blindados y grupos de soldados afganos. Pero las aceras parecían un poco más animadas. La gente, todavía con temor, fluía en coloridos y espaciados riachuelos que se pegaban a los muros y a las puertas cerradas de los comercios. Dos o tres tenderos, preocupados por la integridad de sus cerraduras y picaportes, se hallaban junto a sus establecimientos, temerosos y prestos a desaparecer al menor indicio de alarma. En dirección contraria a la que llevaba Vólkov pasó un coche militar: Babrak Karmal iba sentado al lado del chófer. Vólkov pudo distinguir su cara enflaquecida, que miraba los tanques y los comercios cerrados.

Cerca de los prismas de hormigón de los silos, una guardia integrada por gente vestida de civil detuvo el coche de Vólkov, abrió las portezuelas y examinó el interior del baúl. Un afgano de barba crecida y chaqueta arrugada, sucia de cal o de harina, examinó largamente el carné de periodista, se marchó con él y tardó bastante en regresar. La adusta concentración de las caras decía a Vólkov que aquellos hombres se mantenían vigilantes y dispuestos a luchar, a rechazar las embestidas del enemigo.

Lo que asombró a Vólkov en el despacho del director no fue la cama metálica, con manta cuartelera, que había aparecido junto a la mesa, ni la metralleta que descansaba encima de ésta, entre los libros de contabilidad, sino el propio Aziz Malekh. Cuando salió al encuentro

de Vólkov no era el ser débil y somnoliento de la otra vez, que parecía un saco sentado en su silla, con los hombros caídos, como los de un anciano, y evitaba mirar a la cara, sino un hombre de movimientos rápidos, magro, enérgico, de brillantes ojos negros y paso largo y elástico; su mano enguantada apretó fuertemente la de Vólkov y acercó a éste un pesado sillón.

—¿Sabe que intentaron entrar en los talleres y hacer parar la panificadora? No se lo permitimos; rechazamos el ataque.

El director pasó una rápida mirada por las paredes, por la cama metálica y por la metralleta eme yacía en la mesa, como si el combate continuara. Vólkov percibió la energía que emanaba de él y quedó asombrado: ¿de dónde la sacaba aquel hombre poco antes tan abatido y anonadado?

Aziz Malekh quería que en su relato no faltara ningún detalle.

—Había terminado el turno, y los obreros se habían ido. Lo único que seguía funcionando era el molino. Yo me entretuve con unos papeles. De pronto entró corriendo un guardián: “Algo raro está pasando. En la calle hay tiroteo. Una muchedumbre rodea la empresa”. Temblaba. En su frente vi un cardenal reciente, de una pedrada. En aquel mismo instante telefonearon del comité distrital. Ordenaron organizar la autodefensa de la panificadora. ¿Cómo? ¿Con quién? ¡Cinco guardianes, cinco obreros del molino y yo! Y por todo armamento, dos fusiles, una metralleta y las tres pistolas de los porteros. En primer lugar, cerramos las puertas. Montamos puestos y distribuimos las armas, nuestro escaso arsenal. Dispuse que tras la puerta hubiera un fusil y una pistola. Junto a los talleres, cerca de las máquinas, para defender las instalaciones, otro fusil y la metralleta. Dos pistolas, para salvaguardar los almacenes, el grano, la harina y el pan ya cocido. Me dirigí a las puertas. Tras ellas alborotaba el gentío. Caras hambrientas, ojos iracundos, parecían dementes... Gente sucia, harapienta, con palos y ganchos de hierro, que gritaba: “¡Pan! ¡Pan!

¡Pan!” Sentí miedo. Pensé que se lanzarían al ataque, echarían abajo las puertas y no habría pistolas que pudieran salvar nada. Me desconcerté y quise huir de allí a la carrera. Los de la guardia me miraban, dispuestos a hacer lo que yo hiciera. Detrás de nosotros se alzaba la empresa, las máquinas aún funcionaban, el pan todavía estaba caliente. ¿Sería posible que lo saquearan y destruyeran todo? ¿Que lo hicieran saltar por los aires? No sé lo que me entró, pero la verdad es que, al ver la ceguera y la demencia del gentío, me dije: ¡No, no huiré! ¡La ciudad moriría sin pan! Mientras haya pan, existirá nuestro poder, vivirá la revolución. Si no hay pan, todo terminará. Todo eso brotó en mi interior en un abrir y cerrar de ojos. Ellos seguían gritando: “¡Pan! ¡Pan!”. De pronto oí tiros detrás de nosotros. Llegó corriendo un obrero del molino y me dijo que un grupo de asaltantes había penetrado en la empresa, saltando la cerca por el lado opuesto. Estaban armados y trataban de llegar a los talleres. Pensé que si los que se hallaban tras las puertas atacaban en aquel instante, aniquilarían a la guardia, abrirían de par en par y la muchedumbre invadiría el taller y lo arruinaría todo. Pero si aquellos otros llegaban a los talleres y andaban a lo largo de los autoclaves y los hornos eléctricos, en cinco minutos podrían destruirlo e incendiarlo todo. No necesitarían más tiempo. Eso supondría también el fin de la panificadora. Dije al viejo obrero del molino, que desde luego hoy está de guardia en la entrada: “Defiende las puertas. Muere, pero defiéndelas. Diles lo que quieras para entretenerlos; implora, amenaza y, si eso no surte efecto, dispara, pero retenlos aquí mientras nosotros vamos a salvar los talleres”. Lo primero que hicimos al llegar a los talleres fue cortar la electricidad. Nosotros nos orientábamos bien sin luz, pero ellos no. Atacaron una vez y los rechazamos en medio de la oscuridad. La segunda vez, lo mismo. Les daba miedo meterse en lo oscuro y disparaban al azar. Mi única preocupación era que no tuviesen bombas incendiarias, porque si las arrojaban, le prenderían fuego a todo. Nuestro electricista vino corriendo en ayuda nuestra a través del patio, pero lo mataron a tiros. Y nosotros matamos también a dos de ellos. Ya sabe que la mano derecha no me funciona muy bien y empuñaba la pistola con la

izquierda. No sé lo que duró aquello, si quince minutos o una hora, hasta que llegaron unos camiones con soldados y milicianos, que dispararon al gentío. Los asaltantes, al oír el ruido de los motores, huyeron por donde habían entrado. Lo que voy a decirle ahora es pasmoso. En la ciudad había tiroteos, combates en las calles, incendios, pero los obreros del segundo turno llegaron de todos modos a la empresa y se pusieron a trabajar. ¡Eso es lo que más me impresionó! No que hubiésemos logrado salvar todo esto, sino que los obreros acudieran a cocer pan. ¡No por dinero, ni para ellos, sino para la revolución! ¡Eso es lo que me impresionó!

Pese al combate, la noche de insomnio y el peligro que había corrido su vida, Aziz Malekh no parecía fatigado. Aquel hombre que había pasado por la cárcel y por cámaras de torturas, aquel hombre que había tenido que sufrir la muerte de sus compañeros, no parecía haber perdido la fe. Su fe había resurgido, había vuelto a nacer. Y su lucha continuaba.

—Recuerdo que la vez anterior le dije que pensaba marcharme. Olvídelo. Tengo una casa preciosa, y mi mujer y mis hijos son magníficos. Los quiero mucho. Pero aquí, alrededor, fuera de mi casa, se despliega la revolución. Uno no puede cansarse de ella, ni escurrir el bulto. Y no puede porque la lleva dentro, porque la revolución es uno mismo. En ella se puede perecer, o se la puede traicionar, pero es imposible quedarse al margen. Naturalmente, no somos de hierro. Hay instantes de debilidad, incluso de desesperación. Yo los he vivido. Sufrí una crisis. Puede decirse que morí incluso. Pero ahora todo eso ya pasó, como la noche última. Anoche, cuando salvé la panificadora, y esta mañana, cuando llegaron los obreros y montaron guardia fusil en mano, junto a las máquinas, recobré la sensación de la vida. Para mí está claro otra vez quién es mi enemigo y quién es mi amigo. O ellos, o nosotros. Creo que venceremos nosotros. Eso no lo comprendí en diciembre, cuando mataron a Amín, ni cuando me pusieron en libertad, ni cuando oí por radio a Babrak Karmal; lo comprendí anoche,

aquí, en los talleres, cuando los enemigos me disparaban. Quiero que me entienda usted. ¿Verdad que me entiende?

Vólkov miraba a aquel hombre que dos años antes había dado comienzo a su revolución. Iba por la tierra de los latifundistas con su escuadra de agrimensor, rodeado de una muchedumbre de campesinos pobres. Inauguraba en un rincón perdido, en un desfiladero, una escuela, y distribuía cartillas y cuadernos. En los cuchitriles de la Ciudad Vieja soñaba con el metropolitano en Kabul y con rascacielos. Y ahora, metralleta en mano, iba por los talleres en los que giraba y chapoteaba la masa en las amasaderas de acero, ardían los hornos, emanando la fragancia de la harina de trigo, y los panes iban cayendo en las bateas. Hombres de semblantes duros se colgaban del hombro sus armas. En los hornos temblequeaba el fuego y soplaban ráfagas calientes, convirtiendo en pan la fuerza del calor y del grano. Se cocía allí el pan de la revolución, un pan grandioso nacido del sufrimiento.

Capítulo 13

LARISA Gordéeva, la cardióloga —parecía que había sido la víspera cuando bailaron en casa de los Karnaújov y ella, haciéndose la coqueta para provocar la furia de su marido, flirteaba con un joven restaurador— bajaba, enflaquecida y preocupada, la escalera del hospital, al encuentro de Vólkov.

—Gordéev y yo preparábamos la nueva instalación y pensamos ponerla en funcionamiento la semana que viene, pero lo vamos a hacer hoy. Han traído a un niño con una esquirla de metralla en el corazón. Vamos a operarlo. ¿A qué ha venido usted?

—Quiero visitar a un conocido. A Nil Timoféevich Ládov, ¿no lo conoce? Le dieron un balazo en el vientre. Ayer regresamos casi al mismo tiempo del aeropuerto.

—Nil Timoféevich ha muerto esta mañana.

Sintió un golpe silencioso en los ojos, cegados por la compasión, el dolor y un lastimero asombro en el que estaban presentes la muerte del otro. Su propia vida, la futura muerte, la reciente vida del otro y, a consecuencia de tal conjugación, sopor y una gélida corriente de aire que se llevaba, junto con el difunto, el propio calor de la vida...

Siguiendo a una enfermera, Vólkov llegó a la parte más alejada del hospital, a una sala en la que había cuatro camas blancas ocupadas por cuerpos inmóviles, tapados con sábanas. Bajo la tela se destacaban los pies, las manos cruzadas sobre el vientre y las afiladas narices. La enfermera miró, como buscando algo, y señaló la cama que había junto a la ventana.

Vólkov miraba el largo y rígido cuerpo oculto por la sábana, del que la vida había escapado aquella mañana: tal vez mientras él yacía aún en el diván, Nil Timoféevich exhalaba su último suspiro, con un balbuceo, en un esfuerzo de decir algo, de explicar, de expresar su última voluntad. Sus cartas volaban aún hacia su casa, pero allá lejos alguien dejó escapar un grito, se despertó por la noche, angustiada por una pesadilla, sin poder explicarla: sólo más tarde habría de comprenderla.

Vólkov levantó una punta de la sábana. Vio la conocida cara. Otro labriego había caído en el campo sin ver el trigo del futuro, pensó, bajando el sudario. Miró por la ventana. Kabul, a la pálida luz del sol, refulgía con sus nevadas cubres, se movía, despedía el humo de incontables hogares y vidas, sin saber que aquel ruso que había llevado a la ciudad su alma viva yacía muerto. Deseando despedirse y pedir perdón a Dios sabría por qué culpa, Vólkov recordó, sin despegar los labios, ante el cuerpo de Nil Timoféevich: *Al cuclillo decía el ruiseñor:*

Volemos, cuclillo, al verde huerto...

En respuesta se rizaron los caminos esteparios, se inclinó el blanco centeno, una negra golondrina cruzó el aire con leve silbido, y una gota de lluvia cayó sobre el grávido polvo.

Adelantándolo, una ambulancia de ululante sirena salió veloz por la puerta del hospital. Haciendo girar su luz violeta y describiendo una curva cerrada, voló hacia la ciudad. Su primer pensamiento fue: otra vez las balas matan a alguien. Y el segundo: ¿y si es Marina? Sabía que no era así, que se trataba de una figuración. Pero la sola posibilidad le infundía temor y turbación. Apartando mentalmente la desgracia de la imagen de la mujer, se dirigió veloz a la embajada.

La puerta corrediza se abrió. El patio de la embajada. Estacionó apresuradamente. Subió casi a la carrera los peldaños. Se asomó al salón donde había dormido: estaba vacío. En la penumbra de la sala de

proyecciones no había nadie. Entró en el pequeño vestíbulo donde se erguía una palmera en una cuba. Marina estaba sentada medio de espaldas a él, levemente encorvada, mirando con ojos cansados el piso delante de su maleta. Acometió a Vólkov un amargo y tierno pensamiento: seguramente así se sentaban durante la guerra en incontables estaciones ferroviarias las madres y las esposas, esperando un milagro: que pasara de pronto un tren militar y se pudiera ver en el borroso rectángulo de una ventana el rostro amado. Así esperaba su propia madre al padre en el apeadero cercano a Kanash. Así esperaba su abuela al abuelo en la carretera, allá en las tierras de las tropas cosacas del Don. Y ahora, era Marina. ¿Lo estaría esperando a él?

—Aquí me tiene —dijo en voz baja, temiendo asustarla—. Aquí estoy.

Arrancándose lentamente de sus meditaciones, abandonando un espacio que él no conocía, se volvió al oír la voz, y su expresión cambió, se hizo radiante.

—¡Gracias a Dios! ¡Por fin! La gente que viene de la ciudad cuenta mil espantos. No hay más que rumores. ¿No le dispararon?

—Todo marcha bien. No crea en los rumores. En la ciudad todo está tranquilo. Ahora nos vamos al hotel.

Marina lo examinaba de pies a cabeza, lo miraba a la cara, le acariciaba la manea del abrigo. Alguien pasó cerca Esperando que se apagara el ruido de sus pasos. Vólkov la abrazó. Marina se apretó fuertemente contra él se pegó a su cuerpo, y así quedaron; Vólkov, con los ojos cerrados, veía que bajo sus párpados se deslizaban, dando vueltas, mezquitas, tanques, el agua que escapaba de aquel grifo, un corazón pulsante, las crestas de los montes, nubes... Todo volaba y daba vueltas alrededor de un eje invisible.

Viajaban en silencio por la ciudad vespertina envuelta en el tono

rojizo de una llama. El candado de una tienda parecía recién salido de una fragua. El blindaje de la torreta de un tanque se antojaba bañado en oro. En el cielo verdoso, flotaba, con fulgores de hojalata, la pequeña media luna de una mezquita.

Vólkov seguía a Marina por el pasillo, llevándole la maleta. Ella abrió la puerta y lo dejó pasar. Oscurecía rápidamente, y en la habitación reinaba la penumbra.

Vólkov sintió de pronto cuánto se había cansado en aquellos dos días y qué dicha era que los dos estuvieran de nuevo en el hotel y que a Marina no le hubiera sucedido nada. La mujer se quitó el abrigo y lo colgó en el armario. Luego desanudó con dedos ágiles el cinturón de su vestido, que cayó al suelo. Vólkov sintió el deseo de acercarse, de levantarlo y tener en sus manos la leve y policroma tela, en espera de que ella se le acercara, se detuviera a su lado y se encontraran, al fin, como él lo había soñado una semana atrás, cuando Marina se alejaba por la alfombra roja, o aquella noche en Jalalabad, tendido en la cama del húmedo cuartel, o en el avión, cuando estaba llegando a Kabul, entre los picos azules.

—Espere, ahora vuelvo. Traeré del restorán algo caliente y cenaremos —dijo Marina, y salió.

“Sí, todo marcha bien, cenaremos... Mañana, las batidas en los cuchitriles de la Ciudad Vieja... Pero ahora, ella vendrá a mí...”

Se sentó en el diván, se reclinó contra el respaldo y cerró los ojos. De nuevo todo giró vertiginosamente: el corazón, las mezquitas y los picos de los montes, alejándose, volando hacia un blanco embudo nebuloso, y él se dormía, atraído por aquella rotación. Cuando se despertó ya era de día, y yacía en el diván, tapado con una manta. Marina, con un leve tintín de vajilla, disponía sobre una servilleta verduras, pan y sendos vasos de té.

Capítulo 14

LA bandera en el Palacio de la República ponía una leve mancha roja en la niebla. El Kabul matutino se movía sombrío en una mezcla de nieve, humo de gasolina y húmedos pegotes de baño. Vólkov se metía en los bolsillos sus blocs de notas. Pensó si debía o no llevar consigo la cámara fotográfica.

—Yo lo acompaño —dijo Marina, poniéndose la boina ante el espejo.

—¿A dónde?

Vólkov probaba las estilográficas y llenaba de ellas sus bolsillos.

—A donde vaya.

—¡Qué ocurrencias tiene! No voy al estudio de un pintor ni al estreno de una obra de teatro. Hoy dan una batida en la Ciudad Vieja. Una operación para capturar a los provocadores. No puedo llevarla a esos cuchitriles. Allí le pueden meter un tiro sin más ni más. Espéreme aquí, con la mesa puesta. Cuando venga, se lo contaré todo.

—¿Acaso alguien sabe en dónde pueden pegarle un tiro? Ya corrimos ese peligro cuando veníamos aquí en el coche. Le seré útil. Conozco el idioma. Seré su intérprete. No vaya a creer, yo sé trabajar y estoy dispuesta a hacerlo.

Se sonrió con sonrisa tranquila y clara, y Vólkov pensó que, efectivamente, le sería útil. Además, todos estaban allí para trabajar.

—Está bien —dijo—. Vamos.

Un cordón de soldados cortaba la desierta Maiwand, azotada por la ventisca. La nieve caía oblicuamente, mermando la visibilidad, y se estrellaba contra el brillante asfalto. Los soldados afganos —se habían subido los cuellos de los capotes y bajado las orejeras de sus gorros— rebullían ateridos, estremeciéndose.

Junto al comité distrital, la barrosa acera estaba llena de gente. Hombres con gorras y boinas, de cuyos hombros colgaban torpemente metralletas, fumaban y despedían vapor al respirar. Al cruzar la multitud, detrás de Marina, Vólkov vio a Kabir y recordó de inmediato la escalera del comité, la tribuna roja volcada y la puerta de entrada, envuelta en fuego y con una brecha. “¿Fue ayer o anteayer? ¡Sí, claro, fue anteayer!” Kabir, rodeado de jóvenes, levantó la cabeza y miró a Vólkov: —¡*Saliám!* ¿Viene con nosotros?

Con las mejillas cubiertas de negra pelambre, había perdido su elegancia. Por entre sus labios rojos, encendidos, salía una densa nube de vaho. La correa de la metralleta se hincaba en su hombro.

—Hace tres días que no hay clases —explicó Kabir—. La Universidad está cerrada. Los profesores liberales se han declarado en huelga. Una parte de los estudiantes los ha seguido. Se niegan a ir a clase. Otra parte está aquí, con nosotros.

Miró hacia los jóvenes, que, en respuesta, se acercaron más, ateridos, con los rostros pálidos en los que se reflejaba el azul oscuro de la Maiwand y los pavonados cañones de las metralletas.

En el pasillo del comité no había un alma. Humo y voces. Jóvenes y viejos, hombres del pueblo, vistiendo blusones, turbantes y chilabas, e intelectuales, con abrigos, gabardinas y camisas blancas con corbata. Todos empuñaban armas nuevas, que acababan de recibir. Y en todos los rostros, una expresión dura y resuelta, una expresión firme y tenaz de gente presta a la acción. Evocando la imagen de la muchedumbre, Vólkov se alegró de ver aquella expresión de rechazo, de voluntad de

acción colectiva consciente.

Entraron en el despacho del secretario del comité. Desde el umbral, Vólkov vio los impactos de las balas en el techo. Marina, sonriente, saludó en afgano, y la respuesta fueron respetuosas sonrisas.

—Kadyr —Vólkov llamó con la mirada a Marina—, la camarada es mi intérprete. Queremos acompañarlos. Dime en dos palabras qué sentido tiene la operación.

Kadyr Ashna interrumpió, moviendo las cejas, a un hombre que hablaba con él y tenía en las manos un paquete de volantes. Mostró a Vólkov el viejo y gastado plano.

—Aquí está el mercado. Baghi Omumi. Aquí está la Maiwand. Esto es la Ciudad Vieja. Esta parte la hemos acordonado. De allí nadie podrá escapar. Iremos por las casas, en busca de armas —Marina traducía, apresurándose, emocionada—. Buscamos a los que dispararon. A los que atacaron el comité. Hay informes de que ahí funciona en algún lugar una fábrica clandestina de bombas incendiarias. Salimos dentro de diez minutos.

—¡Buenos días, Vólkov! —dijo Dostagir dando un paso hacia el periodista; estaba desconocido, con turbante y blancas vestiduras, entre cuyos pliegues apareció por un instante la metralleta.

Vólkov le presentó a Marina.

—Puedes dejar el inglés. La camarada Marina conoce el persa y el pushtu.

Dostagir se inclinó y dijo algo cortés y ceremonioso, y Marina esbozó una sonrisa.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Vólkov, sonriendo también, aún sin quererlo.

—Ha dicho que, si no tuviera que ir a cumplir una misión, nos acompañaría para escoltar a una mujer tan bella.

—¿Tú vas también, Dostagir? ¡Pero si a ti te conocen muchos! Assadulah mismo te ha visto más de una vez.

—No olvides, Vólkov, que pasé medio año en la clandestinidad. Y algo aprendí.

Sacó un bigote postizo, se lo pegó y frunció las cejas con gesto sombrío, convirtiéndose en uno de los incontables afganos que llenaban el mercado o se sentaban a la entrada de las mezquitas. Y, otra vez, un movimiento brusco hizo que sus ropas se abrieran, dejando ver el metal pavonado.

—¡Buenos días, Iván! —Saíd Ismaíl tocó levemente el hombro a Dostagir y se plantó a su lado, radiante, distendidos en ancha sonrisa sus abultados labios cárdenos. Estrechó la mano a Marina y a Vólkov, sosteniendo a la altura del pecho su megáfono rojo—. ¿Vienes hoy con nosotros, Iván? ¿Por qué no nos acompañaste ayer?

—Como siempre, él va sin armas —dijo, descontento, Dostagir—. Te digo, Saíd Ismaíl: te la estás buscando. Te meterán un balazo.

—¡Mira cuál es mi arma! —replicó Saíd, y dio un papirotazo al megáfono.

Kadyr Ashna gritó algo en voz alta y seca.

—¡A la salida! —dijo Marina.

—¡A la salida! —repitió Saíd Ismaíl.

—¡A la salida! —chapurreó en ruso Dostagir.

Todos se dirigieron hacia la puerta en apretado tropel.

Había dejado de nevar, y la Maiwand brillaba como el acero de las armas, reflejando las filas de soldados. Llegaban pesados autobuses turísticos de grandes ventanillas y con etiquetas multicolores. Pero en vez de turistas ociosos y hastiados se veían gorros de soldados afganos, semblantes sombríos y cañones de metralletas. Vólkov vio que de un autobús se apeaban graciosamente unas mujeres. Vio por un segundo el conocido y bello semblante de una locutora de la televisión, su pelo negro como ala de cuervo.

—Saíd, ¿para qué vienen las mujeres?

—Operación. Ir a casas con nosotros. Hombre no puede pasar habitaciones de mujeres, costumbre musulmana no deja. Las mujeres buscarán esas habitaciones. Son del Partido.

Un estruendoso torbellino ahogó sus palabras. Muy bajo, rozando el borde de las nubes, pasó sobre la Maiwand un helicóptero con un rojo emblema afgano. Lanzó un manojo de volantes, que, esparciéndose, giraron en el aire húmedo y helado cayendo en la zona de los cuchitriles. Unos cuantos cuadrados blancos se posaron en la Maiwand y se pegaron al asfalto.

Formaban en las aceras, ante las angostas rendijas que llevaban la Ciudad Vieja, donde se hacinaban casuchas de adobes. Allí se cuitaba, conteniendo el aliento, la existencia que esperaba la batida.

—¿Qué dice ahí? —preguntó Vólkov a Marina, señalando con la cabeza hacia una sucia pared blanca donde se veían una leyenda escrita con carbón muy apresuradamente y recientes impactos de las balas.

—“¡Con la bendición de Alá, demos comienzo a la revolución islamita en Afganistán!” —leyó Marina.

“Jeroglíficos de la contrarrevolución”, pensó Vólkov, mirando fijamente la inscripción como si quisiera grabarla en su memoria. Uno

de los militantes del Partido captó su mirada, levantó un trozo de ladrillo y tachó con una raya roja la inscripción negra.

—¡Vamos!

Saíd Ismaíl fue el primero en entrar en el resbaladizo y húmedo hueco, llevándose a los labios el megáfono. Su voz metálica y sonora que alcanzaba la fuerza de una campana lanzada al vuelo, llegó a todos los rincones y casas, a las infectas buhardillas y a las bodegas, atravesando las paredes, la vetusta arcilla y la madera. Detrás de la clamante bocina roja, los destacamentos, en filas desplegadas, iban penetrando por las callejas, examinando los oscuros rincones con las metralletas preparadas. Tras el sucio cristal de un ventano apareció por un segundo un semblante asustado.

Las manos hundidas en los bolsillos, subido el cuello del abrigo, Vólkov seguía a un afgano que llevaba un chaleco a prueba de balas. Procuraba no resbalar en los charcos, los pestilentes arroyos de inmundicias y los hoyos llenos de nieve pútrida. Volvía la cabeza para mirar a Marina. Ella, erguida y esbelta, ponía los pies en donde los había puesto él. Concentrada, inclinándose un poco para no rozar con su boina azul los bajos aleros de las casas, pisaba ligera y ágil, pasando su fino cuerpo ante las oscuras y sordas brechas, con violentas corrientes de aire, de las que podía llegar en cualquier momento una bala. Vólkov sentía un miedo angustioso por ella, temía que pudiera ocurrirle una desgracia. Aminoraba el paso, para ir a su lado, pero el invisible megáfono llamaba hacia adelante, la voz metálica flameaba como una bandera, y el soldado, con la carabina al hombro, se ajustaba su incómodo chaleco que se le torcía. Vólkov seguía adelante, sabiendo que detrás de él iba Marina.

Disparos. Fuertes pisadas de botas. Gritos agudos y lastimeros. Una cerradura saltaba de un culatazo. Astillas de viejas puertas. Llevan escoltado a alguien. El cañón de una metralleta se hinca en una encorvada espalda. Todo desaparece. Se despliega la operación.

Una puerta cochera, tonante como un cántaro. Un oscuro nicho en una pared. Sentado en él, un viejo descalzo, con cataratas en ambos ojos. Pasa lentamente las cuentas de su rosario y reza moviendo los labios en silencio. Implora pan, bondad, feliz armonía en el hogar. Un soldado con un labio partido tira de la correa de su carabina y escupe sangre al suelo. Todo desaparece. Se despliega la operación.

Arde un horno. Unos panaderos están amasando. Pegan la masa cortada a las calientes paredes. Sacan crujientes y esponjosos panes.

Una larga y sumisa cola espera el pan. Una niña con rojos harapos corre descalza por la nieve, apretando contra su pecho un pan envuelto en un trapo. Un hombre armado de un fusil le acaricia la cabeza, al pasar. Todo desaparece. Se despliega la operación.

Vólkov avanza por un sinuoso y angosto canal, arrastrado por la cadena de gente armada. Se va hundiendo en lo hondo de una vida desconocida, que lo envuelve temerosamente y que mira por debajo de todas las puertas. Parece que en el retorcido laberinto que se repite infinidad de veces se ha detenido el tiempo: no sabe cuánto lleva allí, si una hora o todo un día, no sabe en dónde están la Maiwand ni el hotel; no sabe cómo podrá salir de aquellos compartimientos taponados con arcilla.

En las casas, techos vencidos y putrefactos. Pisos embarrados. Un hogar frío, sin leña. La familia se apretuja como ovejas: el amo, flaco, con los ojos enrojecidos y la cara con las escamas de un eczema; dos mujeres con el rostro tapado; un manojito de criaturas sucias y temerosas; un anciano tendido en el suelo, cubierto por un montón de harapos; no se sabe si está vivo o muerto. Y una pobreza desnuda, flagrante, cuya impresión refuerza un lebrillo de hojalata y un baúl abierto y totalmente vacío.

—Dice que en la casa no ha habido ningún extraño. Sólo la familia —traduce Marina, y Vólkov ve la expresión de dolor y

sufrimiento que asoma a su semblante, tan fresco y rosado en medio de aquella podredumbre—. Dice que no tienen armas, ninguna. No tienen nada. Hace tres días que no ven pan. El hombre no puede salir a ganarse la vida. El mercado está cerrado. Las tiendas, también. No tiene cómo ganarse el sustento.

Saíd Ismaíl examina todos los rincones y mira en el baúl vacío; al salir tropieza con el lebrillo, que emite un sonido lastimero. Vólkov siente en la espalda los ojos que los miran cuando salen y no comprende qué hay en ellos: ¿miedo?, ¿odio?, ¿ruego? ¿O tal vez una mansedumbre apagada y obtusa, la aceptación a todo, hasta de la muerte?

Del patio vecino sacan a un detenido, lo empujan, lo acucian, y el hombre pisa apresuradamente el barro con sus chanclos, que resbalan, y mira como un lobo acosado. Gritando furibundos, se precipitan hacia él una mujer con la cara tapada por un mugriento velo verde y un hombre menudo, de tez amarillenta. Los soldados los rechazan cerrándoles el paso con las metralletas.

—¿Qué dice la mujer? ¿Qué grita?

—Habla de su hijo. El detenido se llevó a su hijo. ¡Exige que le diga dónde lo metió! ¡Que diga dónde está su chiquillo! Hace dos días que el niño no aparece. La gente vio que ese hombre se lo llevaba.

Kadyr Ashna se halla frente a un menudo viejo de barba cana. La amarillenta cara de corte mongólico parece redondeada por las mejillas, como manzanas asadas, y entre los párpados, cuajados de arrugas, brillan los ojos; un bigote que son dos hilos; una barbita trasparente e ingrávida; un negro ceñidor chiíta en la frente. Kadyr ha extendido ante el anciano el plano del distrito y le pregunta algo, perdiendo la paciencia. Al lado se halla Saíd Ismaíl, abatida cansadamente la mano que sostiene el megáfono.

—Es patriarca de hazaras —explica Saíd con voz enronquecida de gritar—. El principal. Lo que él diga, será. Si no dice, no será.

Un golpe de tos interrumpe a Saíd.

—Kadyr le pide que muestre dónde ocultan las bombas — traduce Marina—, Sabemos, dice, que en la Ciudad Vieja tienen bombas escondidas. Las fabrican los enemigos, los enemigos de todos los hijos de Kabul, los enemigos de los hazaras. Esas bombas, si no las encontramos, serán arrojadas contra los pobres, contra los comerciantes y los mulhás. Dice: hemos venido aquí con las armas, pero no contra los pobres, sino contra los ricos que se disfrazan de pobres. Le pide que muestre dónde están los depósitos de bombas.

El anciano mira tranquilo e impasible el plano. Parece un muñeco de madera. Mueve sus pequeños labios. Sopla sobre los hilitos de sus bigotes.

—No sabe nada de bombas. Aquí no hay ninguna. Él está también contra las bombas. Lo único que quiere es que abran cuanto antes las tiendas y las mezquitas. La gente está hambrienta, sin pan. Pronto empezarán a helarse y a morir, por falta de leña. No pueden ir a orar a la mezquita. Pero de las bombas no sabe nada.

—Sabe —dice Saíd Ismaíl—. Es un viejo astuto. Sabe todo. No quiere decirlo.

Kadyr Ashna se guarda el plano, descarga un manotazo en el aire, desesperado, y se aparta. De nuevo la cadena de gente erizada de armas recorre lentamente las casas. Saíd Ismaíl se lleva a la boca el megáfono y exhorta con voz metálica y apasionada.

Vólkov no toca ya sus blocs de notas ni siente temor en los rincones y patios oscuros, no piensa en que pueden dispararle por la espalda. En todas partes lo miran ojos hambrientos, oscurecidos por el miedo y por la expectación. Todo lo vivo se encoge, se apretuja, deja

paso precipitadamente, procura ocupar el menor sitio posible y se pega a las paredes. De los agujeros, de las ventanas sin cristales y de las rendijas y los boquetes en los muros mira el dolor. Marina y él se ven en la entraña de un dolor inmenso. A Vólkov lo hace sentirse violento su buen calzado impermeable, su abrigo de cuero, a prueba del viento, su cuerpo fuerte y bien alimentado, incluso su pesar y su compasión, que no pueden compararse de ninguna manera con el inmenso dolor que lo rodea. Como no puede reaccionar a aquel dolor prestando una ayuda inmediata, reacciona rechazándolo apasionadamente, con un ardiente deseo de vencerlo, de apartarlo con sus propias manos, de derrumbar aquellos pestilentes sarcófagos de adobes, de abrirlos para que entren la luz y el aire, y de levantar en su sitio no palacios, sino casas sencillas, como las de nueve pisos que tanto lo hartaban en Moscú. Parecerían un portento, y también parecería un portento una fuente de hormigón. Sí, quiere también que por delante pase la gente, aunque rezongona, cansada, rendida por las apreturas en las tiendas y en los trolebuses, sin temor en los ojos, sin ése negro miedo y sin hambre. “Sí, por eso salimos a la Maiwand —piensa—. Si nos colgamos del cuello metrallas, voceamos con los megáfonos, miramos con ojos inflamados a los cuatro puntos cardinales y sufrimos pérdidas, es para que a través del tiroteo miren, límpidos y sin rastro de temor, los ojos de aquella niña vestida de harapos rojos.” Así razona mientras sigue al soldado del chaleco antibala y el labio partido, que escupe sangre al suelo.

De la Ciudad Vieja vuelven a salir a la Maiwand, alfombrada de nieve. Unos soldados montan en un autobús. Se llevan a los detenidos, empujándolos levemente con las metrallas. Marina, pálida, se enjuga con la mano la cara mojada de nieve derretida.

Llega un jeep militar. A través de los sucios cristales se ven caras borrosas, metrallas y, entre abrigos de cuero y cazadoras, a un hombre de blancas vestiduras, barbudo, oprimido por ambos lados. “Será un detenido”, piensa Vólkov, pero el respeto y la premura con

que los hombres de la escolta abren las portezuelas y tienden las manos para ayudar a apearse al que iba en el coche, y la prisa con que se acerca al vehículo Kadyr Ashna, no sombrío como unos segundos atrás, sino sonriente, saludando con frecuentes inclinaciones de cabeza, le hacen comprender que se equivoca. Del coche se apea pesadamente, sujetando los bajos de su albornoz, apuntando adelante su dura barba, un anciano pálido con expresión de dolor en su imperioso rostro de prominente nariz y lacrimosos ojos negros con las córneas amarillentas del color de la mostaza. Vólkov reconoce al mulhá de la mezquita de Pule Khishti de Kabul, al que había hablado en el encuentro organizado por Saíd Ismaíl y que aquella misma tarde apareciera en las pantallas de los televisores. Su aspecto es el mismo, majestuoso, obeso, pero se diría que debajo de sus ropas lo ciñen correas que traban y hacen más lentos los movimientos de sus brazos y su cabeza. Está al lado de Kadyr, rodeado de una respetuosa multitud que se mantiene a cierta distancia y a la que él, ostensiblemente, no presta atención.

—Saíd —dijo Vólkov—, ¡pero si es el mulhá de Pule Khishti! ¿No fue él quien dijo que el islam predicaba la paz? ¿Que había gente que robaba e incendiaba encubriéndose con el Corán? ¿Cómo se llama? Entonces pensé que los de vuestra televisión no se dormían. Aquella misma tarde apareció en las pantallas.

—Se llama Salim Ahmad Sardar —responde Saíd Ismaíl, y en su voz suena un tono de respeto, casi de adoración—. Pedimos, y habló. Pedí yo, y habló. Dijo gente: no disparar, basta sangre, necesitamos paz, necesitamos que uno haga bien a otro, bondad. Oremos por paz en Afganistán. ¿Recuerdas que dijo eso? Lo oyeron en Kabul, lo oyeron en Herat, lo oyeron en todas partes. Los enemigos también lo oyeron. Lo acecharon, esperaban. Cuando iba a la mezquita, dispararon. Dos balas, por la espalda. No acertaron corazón. Dieron en hombro.

—¿Qué me dices!... ¿Para qué lo han traído? —Vólkov mira al mulhá, dándose cuenta del dolor que el hombre siente al respirar—. ¿Por qué lo hicieron abandonar la cama?

—Mezquita está cerrada. Enemigos dicen que mezquitas han cerrado mulhá. Enemigos dicen que musulmanes están en contra del gobierno. Pero él va a mezquita. Va a abrir. Va decir gente: oremos por paz, musulmanes, no derramar sangre. Dice que cuando se vierte sangre no guardar cama. Levantarse y abrir la mezquita.

—Pueden matarlo.

—Queremos protegerlo. Queremos llevarlo en coche acá y allá. Él dice que no escolta, no fusil. El mismo se protege. Dice: bien y amor. Iván, yo no soy mulhá, soy del PDPA, pero también digo bien y amor.

—Tú eres un mulhá militante del Partido, Saíd. —Vólkov mira la enflaquecida cara de Saíd, sus abultados labios—. Sé que tú tampoco amas las armas.

—Protegeremos mulhá en secreto. Nuestra gente ir mezquita con armas bajo ropa. ¡Lo protegerá!

El mulhá termina su conversación con Kadyr Ashna. Asiente majestuosamente, procurando erguir la espalda. Saca pecho. Alisa sobre él su negra barba, que parece de hierro, y con sus blancas vestiduras ondeando al viento, se aleja lentamente por la desierta Maiwand, hacia donde, envuelto en niebla, azulea sobre las techumbres un minarete.

*

Apenas si había arrancado el autobús repleto de detenidos y de soldados de la escolta y yacían aún en la mesa los folletos maoístas y los carnés con el emblema verde del Corán capturados en los registros, cuando el buró del comité distrital se reunía ya para discutir el problema del comercio.

Kadyr Ashna estaba sentado a su mesa, bajo un encristalado retrato de Lenin, e informaba a los miembros del buró, muchos de los cuales no habían tenido tiempo de limpiar su calzado del barro que se había adherido a él en la Ciudad Vieja. Las metralletas yacían en círculos, como aceitosas semillas negras caídas de un girasol gigantesco.

Vólkov tomaba notas en su bloc, escuchando la voz de Marina, que se esmeraba en traducir, deslizándole las palabras al oído. Su respiración, su habla rápida e intermitente y su cercanía no estorbaban a Vólkov, sino que engendraban en él un agudo sentimiento: ella compartía aquel día de su vida en el que se habían mezclado los rincones de la Ciudad Vieja, el ruido de las pisadas, el helicóptero que había pasado volando envuelto en nieve, el detenido de espalda encorvada...

—¡Que el enemigo de clase, que se ha ocultado en su cubil, se golpee el pecho de ira! —decía el secretario—, ¡Que muerda el hierro de sus metralletas y sus bombas de fabricación casera! ¡No le han traído la felicidad! ¡No lo han llevado al Palacio de la República, Al Tadj, ni a los ministerios, ni a la emisora de radio, ni a la panificadora! La gente que siguió a la bandera islamita, enarbolada por el enemigo, vio tras ella un cuchillo ensangrentado. Esa bandera no se levantó por pan, ni leña, ni paz para los hogares, sino por casas en llamas y niños muertos. Pero el enemigo no ha huido, no se ha evaporado. ¿No han visto que todas las tiendas están cerradas? ¿No han visto que en ninguna de ellas se ha quitado siquiera un candado? El candado en la puerta de la tienda es candado en la puerta que lleva a la revolución. La gente va a la tienda para comprar arroz y té, ve el candado y murmura: bajo el nuevo poder no podemos comprar pan para nuestros hijos, ni té para nuestros ancianos, ese poder no es nuestro. El tendero acude a abrir, pero el enemigo le muestra un cuchillo, el candado sigue echado, y los tenderos se dicen en voz baja unos a otros: bajo el nuevo poder no podemos comerciar, ese poder no es nuestro. Por eso hoy,

cuando ya hemos apagado los incendios y detenido a los provocadores y asesinos, empezamos la lucha por las tiendas. Que cada militante del Partido vaya de aquí a una tienda y se coloque junto al mostrador metralleta en mano, que defienda el comercio, que defienda al tendero, que defienda la revolución. La revolución la hace la palabra. La revolución, si el enemigo ofrece resistencia, la hacen las balas. La revolución la hace el pan. Mañana iremos a las casas de los hazaras más pobres para distribuir harina gratuitamente.

Los recientes impactos de las balas blanqueaban sobre la cabeza del secretario. Su elocuencia, la libertad con que fluían sus palabras, llevó a Vólkov a la época rusa en que las tesis políticas eran iluminadas por la pasión del orador, pasión a la que una bala podía poner fin en cualquier momento.

Capítulo 15

CENARON en la habitación de Marina comiendo pan y unas tajadas de carne, tibia todavía, que habían comprado por el camino. Lo acompañaron con té caliente, al que Vólkov había añadido un poco de vino tinto.

—¡Qué bien!... Estaba helada...

Marina tomaba té, quemándose la boca, con los pies metidos en calcetines de lana y recogidos sobre la cama. Vólkov, rendido, estiraba las piernas —tenía los zapatos sucios de un barro todavía húmedo y se limpiaba de cal los hombros.

—Pienso y trato de explicármelo todo —continuó Marina—, Estos días... Hoy... ¿Está todavía despierto como para escucharme?

Vólkov la miraba, aterida, cansada, luchando contra su debilidad, y percibió la auténtica energía que emanaban sus ojos, sus labios, su frente blanca, sus cejas levemente fruncidas...

—Esas chozas, esa gente... La familia que muere sin pan... El mulhá que se expone a las balas... Esos niños que han pasado por el infierno... Y pienso en todo eso en contraste con mi reciente vida en Moscú... Siempre me pareció que mi destino era duro y que tenía un montón de problemas... Y realmente he tenido mi cuota de pesares. Así pensaba. Pero después de lo que he vivido hoy, todas mis angustias me parecen superficiales; casi me siento avergonzada... Le diré que si acepté venir aquí, fue sencillamente para huir de Moscú, de mi vacío, de mi soledad; así me parecía. ¿Y qué he visto? Al lado de mis preocupaciones, hay algo enorme y terrible, cuya existencia no sospechaba siquiera y que se reveló de pronto. Fue como si alguien me

dijera: “Mira. Esta gente existe en un mismo tiempo que tú. ¿Cómo vive?” Yo miro y pienso: ¿qué debo hacer? ¿Consolar, acariciar, curar? ¿Quitarme la camisa y entregarla, dar el pan de mi mesa? Me siento impotente ante su pena. Kadyr Ashna y Saíd Ismaíl sí saben qué hacer. Este es su pueblo, la pena de su pueblo es la suya, y ellos quieren ponerle fin. Agitan, traen harina y leña. En ellos hay seguridad, encono y ánimo. Confían en la nueva sociedad, en la prosperidad futura. Quiera Dios que así sea. Pero ¿qué debo hacer yo, cuando regrese a Moscú, cuando me vea de nuevo en mi espacioso apartamento, lleno de luz y con muebles caros? ¿Debo alegrarme de que la desgracia no me haya afectado? ¿De qué les haya ocurrido a otros, y no a mí? ¿De que las balas silben lejos y no al pie de mi ventana? ¿Debe llenarme de contento que en mi portal no viva gente hambrienta y haraposa? ¿Que la operación con megáfonos y fusiles no se despliegue en mi calle? Pero, si uno lo piensa bien, ¡todo eso está tan cerca, tan al lado, es tan fina y transparente la película que nos separa a todos nosotros del pasado reciente, cuando ardió media Rusia, cuando la mitad de la patria fue segada por las balas! ¿Será que todo eso puede volver a repetirse pronto? ¿Estallarán de golpe todas las bombas, todos los cohetes y todo el odio, y se convertirán en sangre y horror? ¿Será posible que aquí, en Afganistán, haya comenzado ya eso? ¿Será posible que todos nuestros esfuerzos y esperanzas sean vanos? ¿Y que de nuevo haya guerra, ese enorme absurdo? Usted es periodista. Entiende de política. Ha viajado mucho, ha visto mucho y piensa todo el tiempo en cosas como éstas, Dígame, ¿qué está pasando?

Marina le miraba con ojos oscurecidos por el sufrimiento, esperando, exigiendo una respuesta inmediata, y él sabía que la respuesta existía, pues sólo así tenía sentido vivir, trabajar y luchar. Se disponía a responder, comprendiendo que la verdad no se le rebelaría sólo a él, sino a todos a la vez, en cuanto se unieran en el esfuerzo por comprender. “En cada alma si se cala en ella, por más oscura que sea, por más ciega que esté, hay en el fondo, como en un hondo pozo que refleja el cielo, la imagen de una vida deseada, ansiada, de la anhelada

confraternidad que un día, aunque no sea ahora, en vida nuestra, llegará inexorablemente al mundo después de todos los fuegos e incendios, después de todas las aberraciones. Eso lo sé firmemente. En eso creo. Eso me revelaron mis incontables encuentros con gente feliz y desgraciada”.

Así pensaba Vólkov y eso respondía mentalmente a la mujer amada y afligida, arrebujaada en una chaquetilla de lana, los pies, embutidos en gruesos calcetines recogidos sobre la cama. Le parecía ver a través de una nueva óptica su belleza, saturada de un sentido nuevo, que la víspera no había captado. Y ése sentido consistía en que él la amaba y ella era la imagen y la luz que le habían sido dadas para salvarlo y para que prosiguiera su camino.

*

Regresaron ya de noche a la habitación de Marina, donde yacía, olvidada, la cámara fotográfica y, al entrar, sin encender la luz, Vólkov vio el vaso que había en la mesilla de noche lleno de un brillo azul, que por el reflejo de las cortinas recordaba a una lamparilla.

Marina se le acercó, le puso las manos en los hombros, le deslizó luego la mano derecha bajo la camisa, le apretó los labios contra el pecho y suspiró, rodeándole el corazón de una cálida fuerza que nublabla la cabeza. Por la calle pasó una tanqueta, rasgando las tinieblas con su reflector, partiendo en dos el tiempo — antes y después del toque de queda— y sus vidas en lo que hubo antes y después de cuanto había ocurrido.

Yacían en la habitación del hotel de Kabul, y Vólkov sentía que, después del inmenso día lleno de estruendo y de gemidos, en él desaparecían, se apagaban, los ojos diurnos, adaptados a la cámara fotográfica, al punto de mira, a la tronera del carro blindado, y surgía

la vista nocturna, una vista animal, de lechuza, antigua, y con esa vista, que no necesitaba de la luz diurna, distinguió el pelo de la mujer, que parecía salir de un ánfora, su cuello, en el que temblaba una venilla, y sus labios, de tierno dibujo policromo que recordaba las alas de una mariposa.

—¿Por qué de una mariposa? —preguntó Marina, y él no se asombró de que ella también hubiese adquirido una vista y un oído nuevos—, ¡Cuánto tiempo estuvimos sin poder encontrarnos! Tendíamos el uno hacia el otro, pero la vida nos separaba, y cuanto mayor era la fuerza de atracción, tanto más rápidamente nos veíamos separados. ¿Tal vez fuera necesario para que nos conociéramos mejor? Dime ¿cuándo me viste por primera vez?

—Seguramente entonces, en la escalera, cuando tu jefe te reprendía porque la “b” marcaba mal. Entonces no me gustaste; pero en cuanto salí a la calle y vi el árbol, tan bonito, tan luminoso para mí, al pensar en ti pensaba a la vez en él. Seguramente fue entonces cuando te vi.

—Pues yo te vi antes, en el vestíbulo de abajo. Vamos, me dije, ahí tienes a otro supermán de los que cierran su cuarto con seis vueltas de llave. Luego leí un reportaje tuyo. No era frío ni altisonante, en él había sinceridad y dolor. Empecé a fijarme en ti. Aquella noche, en casa de los Karnaújov, parecías estrujado como un limón, un manojo de nervios. Se te acercó el hombre aquel, Beloúsov, y te dijo algo cruel y ofensivo. Y cuando se apartó, parecía como si te hubieran herido. Pero nadie se dio cuenta, nadie se acercó a ayudarte. Yo sentí el deseo de acercarme y de ponerte la mano en la frente.

—Y lo hiciste. Aquella tarde me curaste, poniéndome las manos en la frente...

—Luego, cuando me acompañaste, me di cuenta de que no querías dejarme, pero no me atreví a llamarte. Cuando te marchaste en

el avión, me acercaba a tu árbol, acariciaba la corteza, y me parecía que el plátano te protegía y no te sucedería nada malo. Llegaste, y estalló el golpe. Fue como si una explosión nos hubiera hecho salir despedidos del coche y todos estos días los hubiéramos pasado rodeados de humo, entre cascotes de metralla. Ayer te dormiste, y yo, sentada al lado, miraba tu cara y tus manos. ¿No oíste nada? ¿No oíste lo que te decía?

Vólkov captó, más fuerte a cada instante, el bramar de un motor. El grito de la patrulla, parecido a un rugido. El chirriar de los frenos. El rechinar del automóvil al salir a gran velocidad. Una ráfaga de metralleta cercana, como disparada a bocajarro. El patinar del automóvil al doblar la esquina antes de alejarse vertiginosamente. Y a medida que se distanciaba, surgía a su paso un tiroteo desordenado, que, de patrulla en patrulla, abarcó toda la zona en torno del hotel; lejos, dejó oír su voz un cañón.

—¿Qué es eso? —Marina se aprestó contra Vólkov y, en la oscuridad, el espanto asomó a sus ojos—. ¿Otra vez?

Vólkov se levantó y miró por la ventana, a través de las cortinas. De detrás de techumbres invisibles ascendían al cielo balas trazadoras, punteando de rojo las tinieblas. Abajo parpadeaban las linternas de una patrulla, iluminando el asfalto, gris acero, y las orugas de un tanque que la oscuridad no dejaba ver. Los disparos iban enmudeciendo y eran cada vez más espaciados. Se oyeron las risas y unas palabras en afgano.

—Falsa alarma, Algún coche que se retiró demasiado tarde, y el chófer no sabía la consigna... Dispararon una ráfaga, y los demás se alarmaron. Ahora todo se calmará. —Regresó a la cama y, al abrazarla, se dio cuenta de que le temblaban los hombros—. No pienses en eso. Piensa en otra cosa —dijo, para distraerla—. Dime dónde vives en Moscú. ¿Por dónde paseas? ¿Qué se ve por tu ventana?... No temas, ya todo quedó tranquilo...

Le rozó con los labios el hombro, sintiendo que se desvanecía su temor y que para ella ya no existía en el mundo nada más que él.

*

El día amaneció nublado, con una cortante ventisca húmeda. Pero el cruce ante el hotel, desierto la víspera, con el tanque solitario de tan feo aspecto, parecía animado, y en él se observaba un desordenado tráfico. Un policía de blancos guantes movía las manos, dando paso a sucios taxis, a rechinantes *rickshans* motorizados, a camiones con toldos y a las carretillas de dos ruedas de los hazaras. Todo aquello había aparecido de golpe, formado un ovillo, taponaba el cruce y luego se dispersaba en todas direcciones. El tanque se había retirado bajo los árboles, y desde allí, casi invisible, olfateaba la bocacalle con su trompa de hierro.

Vólkov percibía que el ritmo de la ciudad había cambiado. El ajetreo lo alegraba. Conducía el coche a través de los pegajosos torbellinos de la nevasca. Los comerciantes se hallaban junto a las puertas cerradas de sus tiendas, golpeaban los pies helados, mirando ya a la muchedumbre, ya al cielo o a los candados de las puertas como tratando de adivinar “de qué lado soplaba el viento” y si no sería mejor esperar un poco más.

En el comité del distrito les habían advertido que después de la hora del almuerzo se distribuiría harina a los hazaras.

—Vendrán camiones con harina —decía Saíd Ismaíl, siempre con su megáfono, acortando la correa—. Iremos juntos. Es muy importante. Ellos deben ver: ayer íbamos con armas, hoy, con harina. Armas para enemigos, harina para pobres. Hemos hecho listas. Los más hambrientos, los más enfermos, los más viejos. Sin padre, con padre muerto, con muchos hijos y nada que comer. Damos harina gratis.

—Saíd, ¿qué tal los tuyos en Herat? ¿No piensas ir a verlos?

—Ahora iré otro sitio, no Herat. Familia bien. Mujer tiene miedo, dice que gente mala insulta. Pide que vaya. Pero no voy Herat, voy un regimiento, subjefe político. Se ha formado nuevo regimiento, el mejor, el más fuerte. ¡Voy al frente! Subjefe político, comisario. Escribo carta Herat. ¡Todo bien!

Saíd Ismaíl sonrió, dilatando su bondadoso semblante, mientras acortaba la correa del megáfono. Se disponía a ir al mercado para agitar a los tenderos: “Han empezado a abrir. Pero eso es poco”. Vólkov y Marina resolvieron ir con él. Vólkov seguía en su coche al jeep y, abriéndose paso por entre los amontonamientos de gente, percibía las punzantes miradas de sus ojos negros como tinta.

Antes de la intentona el mercado era distinto, inundado por un bullicioso gentío. Parecía como si en medio mismo de Kabul hubieran descargado un montón enorme de cajones, tablas y cajas de hojalata, lo hubieran unido todo con arcilla, clavos y cuerdas y lo hubieran templado al fuego y ahumado, lo pintarrajearon, cargaron multitud de rótulos, encendieron humeantes hornillas, desenrollando en las penumbrosas tiendas telas de llameantes colores y poniendo en todos los rincones zapateros, hojalateros y barberos. Chirridos, chocar de metales, voces, estridente música. Un mar de bateas. Botes con canela y comino. Montañas de naranjas y de nueces. Cuchillos de acero inoxidable fabricados en Nuristán. Artículos de vidrio azul de los artesanos de Herat. Alfombras turkmenas. Granadas de Kandahar, cultivadas en un suelo especial y regadas con un tipo especial de agua, que maduraban bajo el ardiente sol de la región y parecían cúpulas bizantinas un tanto aplastadas. Un uzbeko norteño de cara alargada vendía hojas de afeitar y artículos de perfumería. Un hazara menudo y de tez amarillenta llevaba a duras penas unos fardos. Un indio de rígido turbante color lila llenaba de especias un cucurucho. Un magro afgano de tez roja como una vasija de barro tenía en sus manos la piel de una pantera de las nieves, cazada de certero balazo. Y sobre todo

aquello, la cúpula azul de la mezquita de Pule Khishti.

Saíd Ismaíl abrió la portezuela del jeep, se irguió en el estribo y orientó el megáfono hacia el gentío. Vólkov detuvo su Toyota al lado, se apeó, procurando pegarse a la pared y proteger con su cuerpo a Marina.

—Así no voy a ver nada —dijo ella, poniéndose en punta de pie.

—En compensación, tampoco te verán a ti. Saíd va a hablar, tú traduce.

Después de la noche última, temía mirarla; al parecer, temía borrar en su interior su semblante de la noche, que llevaba en el alma como una joya.

Sonaron las primeras palabras del agitador, vibrantes y entrecortadas. Parecía como si una fuerza y una pasión distintas a las allí imperantes hubieran golpeado las bateas, los asadores, los verdes azulejos de la mezquita. Un alma chamuscada, perforada por balas, viva, clamante, levantaba el vuelo, y la muchedumbre, estremecida, dejando de pensar en el pan y el dinero, miraba hacia donde sonaba su voz, su llamada.

—¡Habitantes de la ciudad de Kabul! ¡Ciudadanos! ¡Compatriotas! ¡Se dirigen a vosotros el Partido, el ejército y el gobierno de Afganistán!

—Entremos en esta taberna —dijo Vólkov, empujando con el hombro a Marina hacia una estrecha puerta—. Ponte aquí. Así estamos mejor. Ahora sigue traduciendo.

—Los enemigos del pueblo afgano, agentes del imperialismo norteamericano, del maoísmo y del sionismo, tratan de destruir nuestra libertad, derraman nuestra sangre, nos disparan una bala tras otra...

La multitud, más densa a cada instante, se iba apretando alrededor del jeep. Volvía la cabeza hacia el agitador y lo miraba con ojos crédulos o incrédulos. Algunos vacilando entre la fe y la desconfianza. Otros con odio; otros con el deseo de comprender. Algunos rechazando sus palabras inmediatamente. Otros lo fulminaban con la mirada como observándolo a través de la mira telescópica de un arma que apuntaba a su boca, a su camisa o a su impermeable y se detenía en su pecho que se agitaba por el esfuerzo de hablar por el megáfono. Vólkov esperaba aterrorizado, implorando en silencio, que nadie disparase contra el inerme Saíd.

—¡Compatriotas, no crean a los enemigos de la revolución! En estos días tan difíciles, el Partido, el ejército y el pueblo están unidos! ¡Unidos, hermanos, iniciaremos el renacimiento de la patria!...

Vólkov escuchaba y miraba, procurando recordar.

Saíd Ismaíl se calló, respirando fatigosamente. La muchedumbre se dispersaba, reintegrándose a sus bateas, sacos y puñados de arroz, olvidándose ya del agitador, que, enjugándose el sudor de la frente, la acompañaba con la mirada. Confiaba en que sus palabras no habrían sido vanas, en que cada uno se llevaba por lo menos una partícula de su fe y de su pasión.

Vólkov se acercó a Saíd. Quedaron en encontrarse al cabo de una hora y media en la Ciudad Vieja, cuando repartieran la harina. El coche rodaba por las calles, y Vólkov y Marina observaba de qué modo — como la sutil frontera entre la luz y las nubes iba cediendo cada vez más espacio al sol— se animaba ante sus ojos la ciudad. Los comerciantes abrían sus tiendas, quitaban los candados y levantaban los cierres de los escaparates; aumentaban el bullicio y la multitud. Casi habían desaparecido los carros blindados y los tanques, cediendo lugar a la gente y a los coches.

Un sucio descampado con restos de chozas de adobes. Una apretujada muchedumbre, tímida y expectante. Soplaban el viento, y la gente se arrebujaba en sus harapos. Miraba temerosa hacia la calzada y hacia una mesa sobre la que se agitaban unas hojas de papel, retenidas por una piedra, y ponía los ojos en unos hombres armados que fijaban un cartel de tela roja.

Vólkov escrutaba los semblantes, pero lo único que podía leer en ellos era la desesperación hija del hambre, la sumisión, la disposición a esperar eternamente, a marcharse y no creer que pudiera haber otro destino. Lo único que veía era la desamparada tristeza y la inquietud que asoman a los ojos de animales enjaulados...

Reconoció, en la multitud, a personas con quienes se había encontrado la víspera, durante la operación en la Ciudad Vieja. El flaco hazara de párpados inflamados, que empujaba adelante a sus hijos, implorando un puñado de harina. El anciano ciego que pasaba las cuentas de su rosario estaba ahora de pie, una mano en el hombro de un chiquillo que permanecía inmóvil. Otro anciano, el patriarca de la comunidad hazara, se alzaba rodeado de todos los suyos, dispuesto a compartir con ellos su suerte, cualquiera que fuese. Estaban allí todos los hambrientos y sufrientes que habían vivido los motines y las batidas y esperaban el inevitable castigo. El cartel rojo chasqueaba duramente sobre sus cabezas, con ruido amenazador.

Vólkov miró a Marina. En sus ojos leyó de nuevo dolor y miedo ante algo que podía surgir de pronto, algo que prometía condensar las tinieblas. La muchedumbre se agitó. Al principio se extendió a lo ancho, pero una presión invisible la contrajo, la hizo apretujarse todavía más.

—¡Ahí vienen! —anunció Marina, casi con temor—. ¡Ahí vienen!

Llegó al descampado un camión de altos laterales, que remolcaba una cisterna de dos ruedas. Dio la vuelta y se detuvo. De la cabina se apeó Saíd Ismaíl, rápido y ágil, y miró solemnemente a todos, procurando hacer visibles su entusiasmo y su alegría, para disipar la tristeza y la incredulidad que reinaban entre la gente. Estrechó la mano al patriarca de los hazaras. Sonrió a algunos y saludó a otros con una leve inclinación. Acarició el pelo a un niño. Se acercó a la mesa, apartó la piedra que sujetaba los papeles y meneó alegremente la cabeza. Era sorprendente, pero su ánimo se iba transmitiendo al gentío. Se reflejó en las caras, en tímidas sonrisas prestas a borrarse al instante, como algo casi prohibido.

Saíd Ismaíl ayudó al chófer a bajar la sección movible de la parte trasera. Aparecieron unos prietos sacos de arpillera con blancas manchas de harina. La gente pareció dar un paso hacia aquellas manchas blancas, como si olfateara el aire, como si se apresurara a impregnarse del olor y la vista de la harina antes de que levantaran de nuevo la parte de atrás y el camión partiera.

En las manos de Saíd Ismaíl apareció una alta jarra de latón. Se acercó a la cisterna y abrió el grifo. Un ambarino chorro de aceite cayó en la jarra. Saíd cerró rápidamente el grifo. Apartó la jarra, y dos gotas cayeron al suelo. La gente miraba con horror aquella riqueza que se había perdido sin provecho alguno.

—Saíd Ismail pide a todos que se acerquen a la mesa y preparen sacos y cubos —explicó Marina—. Va a pasar lista, la gente se acercará a recibir su parte y firmará.

Llegó otro camión, con la parte trasera bajada. En la caja iban dos militantes del Partido. Otros dos, a cierta distancia, miraban en torno vigilantes, empuñadas sus metralletas. Otro se hallaba junto a la cisterna, con la jarra de latón en la mano. El cartel de tela roja chasqueaba con redobles de tambor. Saíd Ismaíl con su voz alta y gutural, habituada al megáfono, iba voceando los apellidos.

El primero en oír el suyo, fue un hombre alto y encorvado, con los párpados inflamados por el tracoma. Se estremeció, como si lo hubieran empujado, dio un paso y quedó inmóvil. Saíd Ismaíl repitió su nombre, sin poder deshacerse de su acento mega-fónico. Sonrió al hombre y lo llamó con la mano. El otro, apartándose del gentío, se fue acercando despacio, paso a paso, y se detuvo jadeante, como si hubiera escalado una montaña. Saíd Ismaíl le dijo algo. El hombre tendió apresuradamente la mano. Saíd Ismaíl tomó la ancha palma, aplanada por el trabajo, y aplicó un dedo del hombre a una almohadilla de entintar y, luego, cuidadosamente al papel, al lado del apellido. Hecho esto, le señaló los sacos de harina.

El hombre, dio torpemente unos pasos y se acercó al camión. Desde la caja le dijeron algo. El hombre se volvió, y los dos que había arriba, tomando un saco por las orejas, lo descargaron cuidadosamente sobre su espalda, huesuda y plana. El hombre emitió un sonido inarticulado y se dobló bajo el peso; pero reuniendo todas sus fuerzas, con todo su delgado y musculoso cuerpo vibrante, venció el peso de la carga, lo resistió. Giraban los globos de sus ojos, que ponía redondos una alegría loca. Parecía que el peso de la harina, lejos de oprimirlo, lo elevaba al espacio, le inyectaba energía, y el hombre, renovado, lleno de luz interna, caminaba sonriente con su saco. Lo rodearon, ayudándolo, mujeres con la cara tapada y un tropel de chiquillos; un niño descalzo y mugriento daba menudos pasitos tras el padre, esforzándose por tocar el borde del saco. Una niña delgadita, de cetrina y pálida tez, se acercó a la cisterna y tendió un trasparente paquete de polietileno; el encargado de repartir el aceite llenó la jarra y vertió en el paquete el amarillo líquido, cuya vista arreboló la carita de la nena. Luego siguió al padre, llevando el paquete en la mano tendida como si fuera una linterna.

Vólkov miraba a la gente que recibía su ración de harina, trasponiendo cada vez, de la mesa al camión, una raya invisible, con temor y timidez, trasfigurándose al pasarla y tocar los sacos. A Vólkov

se le antojaba que aquel contacto no sólo salvaba a la gente del hambre, sino también del mal, que tanta fuerza tenía en sus vidas. Una madre abrazaba a sus hijos, como si se hubiera reunido con ellos tras dolorosa separación, como si al recibir la harina los hubiera recobrado. El anciano ciego reía silenciosamente, abiertos ante los ojos sus dedos blancos de harina. Los hombres se ayudaban presurosos unos a otros a cargar los sacos, los depositaban en carretillas y los acariciaban como si se tratara de seres vivos. El patriarca de los hazaras miraba a su gente moviendo en silencio sus labios temblorosos.

Vólkov veía los sacos, con una inscripción estampada en letras rusas. Sintió que lo envolvía también la nívea fuerza de la harina. Desde ella, fruto de duro trabajo, lo miraban los ojos de los conductores de las segadoras, ojos cansados que habían visto muchas cosas y conocían el precio del cereal. Caras femeninas, jóvenes y viejas, con huellas del pesar de las viudas, de los desvelos de las madres, de grandes esfuerzos y de una gran paciencia. No sospechaban siquiera que la harina molida de su trigo, que encerraba sus mejores anhelos, había llevado a cabo allí en Kabul, por la fuerza del bien y de la luz, esa resurrección en aras de la cual maduraban todos los trigales, se prodigaba el trabajo en la tierra y se hacían tantos sacrificios. Era aquello en aras de lo cual se abandonaba un día el hogar y se echaba a andar, perdiendo seres amados y cercanos, llevando en las manos un pan. Los ojos de Vólkov se encontraban con otros que ya no miraban al suelo, sino que irradiaban confianza.

Por la tarde se puso a escribir un reportaje, procurando hacer ver aquella móvil raya entre la luz y las tinieblas, aquella raya que avanzaba hacia la luz gracias a los esfuerzos de los agitadores, los labriegos y los soldados. Sentía que aquella raya estaba en él mismo y retrocedía, cediendo lugar en el alma a una radiante experiencia que parecía ya olvidada. Llamaron a la puerta. Entró Marina, llevando en una percha su traje, ya limpio y planchado.

—Me pidieron que se lo entregara.

— ¡No creo lo que estoy viendo!

— Me pidieron que le diga que, si se le ocurre otra vez trepar a carros blindados y arrastrarse por escaleras, se ponga una ropa peor.

— ¡Qué me dice! ¡Si yo había preparado para eso un frac!

— El frac se lo pone ahora, pues está invitado a tomar unas copas de ponche.

Vólkov dejó de escribir y subió a la habitación de Marina. Se sentó en un butacón, y ella, dándose cuenta de que él la miraba, convirtió involuntariamente en danza sus movimientos y sus gestos. Con ligero ademán abrió la botella y dejó caer en el suelo el tapón, con la impresión de la marca. Vertió el vino en una brillante cafetera de larga asa. Echó luego susurrante azúcar y una pizca de canela. Mondó una naranja y añadió al vino los ambarinos y transparentes gajos. Dejó en la mesa dos vasos. Hundió en el vino el calentador, y desde donde estaba ella, desde la cortina descorrida, fluyeron hacia él finos y mareantes aromas, que le recordaron una fiesta celebrada muchos años atrás y a su madre, que aún joven, entre los juguetes de cristal del Árbol de Año Nuevo, con un brillante cucharón sacaba ponche de un bol de porcelana e iba llenando los vasos; los bigotes del abuelo se tiñeron de color de rosa cuando mojó los labios en su vaso.

— ¿Por qué sonrías? — preguntó Marina.

— Estaba recordando algo...

— Cuando te miro y observo tu cara, me asombro. De pronto veo a un niño, de pronto a un anciano. Ya oscuridad, ya luz. Ya dureza, ya timidez. Y, a veces, lo uno y lo otro juntos. Dos mitades completamente distintas.

— Cuidado, que se te va a escapar tu brebaje.

—¡Mi brebaje está ya listo! —Desconectó el calentador y, asiendo el asa de la cafetera, echó en los vasos el ponche, que despedía un rosado vapor; en el recipiente flotaban los gajos de naranja—, ¡Ahora, escúchame! —Marina levantó su vaso, jugando con el pequeño reflejo dorado que flotaba en él, y miró a Vólkov con los ojos radiantes—. Ahora digo por qué vamos a beber. Por nosotros dos y por nuestro encuentro, que parece casual, pero no lo ha sido en absoluto. No importa que en la calle haya patrullas, no importa que se oigan tiroteos, no importa que suene el toque de queda. Malignos ojos de lince espían de detrás de las cortinas estos minutos que nos pertenecen. Pero tú y yo, querido mío, beberemos porque no nos ocurra ninguna desgracia y regresemos a casa cuanto antes. ¡Por ti!

Vólkov bebió el embriagador ponche, dulce y amargo a la vez, mirando a través del cristal a Marina que sonreía; junto a sus labios danzaba el rojo licor, y él se sentía en la gloria...

—Trae la mano, te diré la buenaventura. Ábrela más. Así...

Seguía dando voces la patrulla; frenaban los coches. A la hora de siempre, pasó la tanqueta de todas las noches. Pero todo aquello parecía alejarse, desaparecer, sin guardar ninguna relación con ellos. Lo que había era la cara de Marina, muy cerca, susurrante, sonriente, el brillo de las estrellas en el cielo oscuro a través de la ventana abierta, y la mano de Vólkov, que ya tapaba la mitad del estrellado firmamento, ya dejaba ver todo el fulgor estelar, todo el espacio.

—Sé lo que tenías predestinado al nacer. Viajar mucho, en busca de algo, perseguir siempre ese algo y venir un día a Kabul.

—¡Eres una adivina sorprendente! ¡Tu perspicacia da miedo! ¿Qué más hay escrito ahí?

—Si quieres, te lo diré. Tenías predestinado encontrarme y ya no perderme nunca. Y regresar conmigo a Moscú un soleado día de

marzo, cuando todo se derrite y gotea, cuando alborotan los gorriones. Caminaremos los dos por la Ordinka, y todo alrededor será azul, la nieve fulgirá. Es mi época predilecta. Sé que no estaremos juntos mucho tiempo, tú te marcharás de nuevo, y viajarás y viajarás, y yo te recibiré cada vez. Pero en ocasiones, aunque sea una sola vez al año, me llevarás contigo a algún lugar lejano, a Kostromá, a Iaroslavl o más lejos todavía, a la estepa, al desierto, donde no he estado nunca. Quiero ver los lugares que tú visitaste. Quiero verlo todo con mis propios ojos.

Vólkov sonreía. Se le antojaba que bajo sus párpados había luz, una luz multicolor. El gigantesco árbol extendía sobre ellos sus nudosas y tupidas ramas. El corpulento tronco lanzaba de las entrañas de la tierra al cielo sus savias ocultas, con sonoras palabras, eternas y sencillas, acerca del bien y del mal, acerca de la clara y enigmática estructura del mundo. Y ellos, vivos y mortales, yacían bajo el árbol y oían sus murmullos.

Capítulo 16

CUBIERTO de nieve medio derretida, el tanque que se alzaba en su pedestal ante el Palacio de la República brillaba como un enorme caramelo. Los coches se acercaban hasta las puertas, daban la vuelta y estacionaban bajo los árboles, mojados por la nieve. Unos soldados comprobaban las credenciales de los que iban llegando y los delegados, dejando huellas en la nieve mojada, entraban en el palacio.

Vólkov tenía gran interés por asistir al congreso de los campesinos. Después de la revuelta, la ciudad retornaba a la vida normal. El congreso confirmaba que el gobierno había liquidado el “putsch”. El gobierno no se preocupaba en aquellos instantes del terror ni de la guerra, sino de la siembra inminente.

Junto a las puertas del palacio comprobaban de nuevo los documentos. Los que llevaban armas, las entregaban. Los delegados entraban, levantaban hacia las bóvedas sus caras campesinas, curtidas por el viento, y miraban alrededor, adelantando sus barbas. La Sala Ghulhana tenía las paredes revestidas de maderas preciosas y adornadas con cabezas de ciervos y cabras monteses, de brillante pelo y ojos de cristal. La sala repleta zumbaba. Vólkov se detuvo junto a una chimenea en la que ardía un fuego perezoso. Saludó de lejos a los reporteros de la Bakhtar y de la televisión, todos esperaban el discurso de Babrak Karmal.

Vólkov deslizó la mirada por la sala. Caras jóvenes y viejas, de narices aguileñas. Vestían sus mejores galas: *tiubeteikas* bordadas de plata y turbantes de seda. Unos habían llegado del Sur, del abrasador desierto de Helmand, y otros del Norte, de la fecunda región de Balkh, de los desfiladeros y los valles donde la tierra fértil y negra esperaba la

reja del arado y la simiente. Allí estaba el pueblo, el que, en resumidas cuentas, decidía la suerte de todas las iniciativas. ¿Aceptaría o no lo que iban a proponerle? ¿Y si de pronto, cansado, perdida la fe, rompía todos los decretos y retornaba al arado de madera, al minifundio feudal, para obtener, como en los viejos tiempos, su puñado de arroz? ¿O aquello ya era imposible? ¿Habrían hecho su opción? ¿Habrían elegido la nueva vida? ¿Cómo esperaba Nil Timoféevich aquel congreso!... Pero lo inauguraban sin él. Sin él iban al Sur los tractores. Sin él abrirían el primer surco.

Se encendieron los reflectores y las cámaras de filmación comenzaron a susurrar: Babrak Karmal, rodeado de ministros y militares se dirigía hacia la mesa de la presidencia, al encuentro de los fulgores del magnesio y de los flashes. Aplaudió, respondiendo a la ovación de la sala; vestía un traje negro y una blanquísima camisa; tenía el semblante cansado con oscuras ojeras.

Salió a la tribuna un mulhá. Alzó las manos sobre el micrófono pidiendo silencio y por los altavoces se oyó una oración. Todos quedaron callados y tensos. El mulhá oraba con acentos de llanto, de apasionado alarido, como si pidiera que los corazones se ablandaran... Sonó el himno nacional. Todos se pusieron de pie, ondeantes las vestiduras.

Babrak Karmal se levantó. Lo escucharon con suma atención. Vólkov veía cuánto trabajo les costaba a los delegados creer, entre sus tierras misérrimas, los antiguos cementerios de piedras y los fusiles que miraban por las aspilleras del castillo feudal, en la victoria inevitable, que había de llegar en medio de la lucha. Cuán torturantemente ansiaban creer aquel cetrino anciano de ropaje negro y turbante, que seguramente moriría antes de ver la victoria, y el joven de *tiubeteika* que quizás viviera hasta el día del triunfo.

Hizo uso de la palabra un labriego del Sur, que acababa de llegar de las tierras calurosas donde alboroteaba ya la primavera y los

viñedos se cubrían de yemas.

—Nosotros —dijo— continuaremos repartiendo la tierra, a pesar de las balas de los enemigos. Salimos al desierto, llevamos allí el agua, y el desierto ya da uva y trigo. Del mismo modo, la revolución ha llevado su agua a las almas de los hombres haciéndolas florecer. Durante todos estos años, estuvimos trabajando con tractores norteamericanos, pero ahora los norteamericanos han dejado de mandarnos repuestos. Los norteamericanos no quieren que el agua llegue al desierto ni que la revolución riegue las almas de los hombres. Pero nosotros continuamos trabajando, con bueyes, con azadas, vamos al desierto y llevamos el agua a las arenas. Sabemos que vienen a nuestra tierra tractores soviéticos, que ya están cerca, y los esperamos de un día para otro. El grano está listo, también la tierra y la gente. Esperamos la llegada de los tractores. Todos los días vamos al camino a recibirlos.

Vólkov escuchaba deseando que los tractores en verdad llegasen pronto y él estuviera allí para saludarlos. Allí se reunirían todos: el soldado siberiano que había sufrido tan terribles quemaduras, Nil Timofeevich, víctima de una bala, y los mecánicos de Jalalabad, rendidos por el esfuerzo; es decir, todos los que habían ayudado a los tractores en su marcha, se reunirían en los campos.

Durante el descanso, cuando Babrak Karmal se dirigía hacia la salida, los delegados se le acercaron y lo rodearon. Ancianos de cabellos blancos lo abrazaban y lo besaban, rozando su traje negro con sus barbas de plata. Vólkov vio que uno de los escoltas, a quien el gentío había apartado, se ponía nervioso. Subido a una silla, miraba por encima de los turbantes y las cabezas.

*

Viajaban en compañía de los Karnaújov por las calles mojadas y lustrosas del bullicioso Kabul, y aquel fulgor y la pegadiza nieve los asoció Vólkov por un instante con Moscú en marzo con la calle Ordinka de la que Marina le había hablado, con las chorreras en las amarillas fachadas de las casas y con un mojado álamo en el que alborotaban gorriones y cornejas.

—Serguéi y yo queremos invitarlos para mañana —decía Xenia, animada y bonita, alegre por el ajetreo de las calles—. ¿Qué les parece? Lo único que hace falta es poner un poco de orden en la casa y remplazar los cristales rotos.

Marina respondió con igual alegría:

—Tengo muchas ganas de volver a admirar sus maravillosas rosas, ¡proyectan a la luz de la luna unas sombras tan caprichosas!

—Si queremos admirar sombras caprichosas —dijo Vólkov—, tendremos que pedir la consigna en la comandancia. De lo contrario, habremos de admirarlas hasta la mañana, hasta que termine la queda.

Karnaújov explicaba a Vólkov por qué había resuelto prolongar su contrato: —El Plan General para la urbanización de Kabul es sumamente interesante. Se realizará en los albores del siglo XXI, en un país donde existe el feudalismo, en un país estremecido por una tempestad social, y las búsquedas futurológicas a que me entregué en el pasado, mi estudio de las tradiciones arquitectónicas afganas y mi participación en la dinámica social, por el estilo de lo que acabamos de vivir, me ofrecen posibilidades de síntesis y concentración de mis ideas profesionales, y pueden tener cabida en el Plan. Me parece que realmente puedo aportar algo aquí. Lo único que me hace vacilar es Xenia.

—¡Pero si ya hablamos de eso, Serguéi! —Vólkov vio en el espejo cuán tierna e imperiosamente cortaba Xenia al marido, apretándose

contra él—. Lo que vale para ti, es bueno para mí. No se hable más, ¿de acuerdo? Si tú has resuelto, yo también lo he hecho.

Llegaron a un pequeño edificio amarillo.

—Aquí es —dijo Karnaújov, cediendo el paso a las mujeres.

Entraron en las penumbrosas y frías entrañas del museo, y Zafar, el guapo uzbeko de Tashkent, estrechó la mano a todos mirándolos amablemente a la cara, y el corpulento restaurador moscovita de ojos grises, con un delantal de hule y una cinta en la frente, sujetando su espeso pelo pajizo, tendió su mano fría, sucia de masilla y roja, que parecía la de un albañil o un herrero.

—Hoy hemos terminado de montar otra vitrina con objetos de oro —dijo Zafar—, Ahora, la sala de la Bactriana ya se puede abrir al público.

—Mientras Zafar les muestra sus dominios —sonrió el restaurador—, iré al taller, no sea que la pasta fragüe. Luego pasen por allí.

—Es un maestro como hay pocos —explicó cariñosamente Zafar. cuando el otro se hubo ido—. El plazo de nuestra estancia en Kabul se acaba, y teme no dar fin al trabajo. Pasa las noches aquí. Yo le traigo la comida. Bueno, ¿empezamos?

Comenzaron el recorrido, encendiendo al pasar las lámparas e iluminando la piedra, las tallas en hueso, y las esculturas de alabastro con ojos que los miraban desde todas partes.

Vólkov ya escuchaba, ya se rezagaba, sumiéndose en sus pensamientos. Contemplaba las antiguas estatuillas de bailarinas, las beatíficas cabezas de los Budas y el azul de la cerámica musulmana. Allí, en la quieta penumbra, se le revelaba una nueva profundidad y una historia de la que lo separaban los blindajes de los trasportes, las

llamadas telefónicas a la Redacción y los flashes de las conferencias de prensa. La apasionada carrera a la caza de instantes que escapaban en seguida. Él actuaba y vivía en la capa superior, envuelta en fuego, de la que muchas cosas —y él mismo tal vez— desaparecerían sin dejar rastro, pero algo, solidificándose, fraguando ocuparía su lugar entre los Budas y las esculturas clásicas.

Pasaban a lo largo de vitrinas en las que chispeaban lacas chinas, medallones con la luna y el sol, la diosa Niké y sus leones, episodios de los Vedas hindúes, reinas en festines y bailarinas, procedentes de las excavaciones de un antiguo templo en el que se fundían torrentes de grandes culturas, nutriéndose unos a otros, creando en una faz mongólica la expresión de una matrona romana, vistiendo de túnicas las estatuas de piedra de los Budas. Aquello se había encontrado en Bahram, donde sobre el mojado hormigón giraba un radar de acero y levantaban vuelo aparatos cargados de cohetes y hombres, rugían las cisternas de combustible y desde los montes descendían oblicuamente dos helicópteros, con impactos de bala en las hélices, dejando en pos una estela humeante.

Zafar los llevó a una pared en la que colgaban fusiles y escopetas cuajados de turquesas y con culatas combadas como cuellos de cisne, que amortiguaban el retroceso. Les mostró un sable curvo de oro perteneciente a un khan, con piedras preciosas y la hoja llena de versículos del Corán. El precioso puñal con que fue asesinado un general inglés: una hoja serpentina que recordaba una llama agitada por el viento. Y Vólkov pensó en cuántas armas habían pasado por aquellos montes, desde las máquinas de sitio que batían los muros de Riazán hasta los ligeros Winchester, cuidadosamente lubricados, que empuñaban los *basmachis*.

Blancas cabezas de Budas de un templo de las cercanías de Jalalabad, que habrían alcanzado el nirvana y comido el fruto del árbol de la sabiduría. Sumidos en profunda beatitud; párpados de luna, bocas en las que retozaba la sonrisa. ¡Por fin los veía! Podía

contemplarlos a su antojo. Cara a cara. ¡Maravillosos en su contemplación!

—Ahora viene nuestro oro. ¡La sepultura de Tily-Tepe! — anunció Zafar con voz solemne y, podía decirse, radiante, y Vólkov, arrancándose de sus meditaciones, se dirigió hacia donde aquella voz radiante sonaba, hacia los sarcófagos de cristal de las vitrinas, donde destacaban sobre terciopelo negro las manchas amarillas de multitud de amuletos, broches y sortijas.

—Este tesoro data del primer milenio de nuestra era —explicó Zafar, y a Vólkov se le antojó percibir en su voz suave, como correspondía a un museo, las entonaciones de la de Saíd Ismaíl cuando hablaba por su megáfono—. Aquí, desde las estepas del Altái, donde hoy ondea nuestro trigo de Kulundá, fluyeron cinco grandes tribus cusitas, ola tras ola, irrumpiendo en el mundo de los persas y en el helenismo. Una de las tribus llegó a la India, la otra a Persia, la tercera a Asia Central, y la cuarta y la quinta se asentaron aquí. Luego, al cabo de un siglo, se formó el gran imperio de los cusitas en el Centro de Asia, crisol de culturas y de pueblos, donde el hálito de Egipto estaba mezclado con los campamentos de los nómadas mongoles.

Vólkov escuchaba sin apartar la mirada de los objetos de oro que descansaban sobre el terciopelo. Afrodita abrazada a dos cocodrilos. Una sibila alimentando a un león. Un macho cabrío de retorcida cornamenta. El mango de un cuchillo que representaba una manada de lobos que se devoraban unos a otros. Un cubreorejas de oro que era una verdadera filigrana. Cada objeto, si uno se alejaba un poco, semejaba un pequeño meteorito que volara en el negro y aterciopelado espacio, una áurea gota caída del cielo, donde a enorme distancia de la Tierra bullía una caldera de oro, dejando caer raras salpicaduras.

Bajaron al taller, donde en un frío local sin calefacción yacía en el suelo, volcado sobre una especie de lecho, un Buda con fracturas y grietas. Sobre él, acercándole su cabellera pajiza sujeta por una cinta, se

inclinaba el restaurador. Ya tomaba un escalpelo, haciendo un corte invisible y silencioso, ya inyectaba con una jeringuilla un líquido transparente. Pasaba la mano por las fracturas vendadas y recubiertas de yeso y sobre las vendas que cubrían la frente y los ojos de la estatua. El Buda parecía un herido yacente en una sala de un hospital, y el restaurador, un médico que le estaba devolviendo la vida. Las manos del maestro, sucias de masilla, se tendían por un instante hacia la roja espiral de una hornilla eléctrica, entraban en calor y volvían a acariciar al Buda, a friccionarle el pecho para reanimar su muerto corazón.

Por la ventana se veía la verde proa de un transporte. Seguía en la misma posición el soldado afgano, asido a su metralleta ligera.

Y allí dentro un hombre reanimaba al Buda, por el que había pasado la sublevación, por el que habían corrido las vociferantes muchedumbres y rodado, chirriando los blindajes humeantes de los tanques. Lo acariciaba con mano cuidadosa, le insuflaba vida, prodigándole amor, gracias a un enigmático conocimiento del bien alcanzado en otra tierra, entre ríos, abedules y nevadas, y el Buda respondía a su solicitud con una leve sonrisa.

En el Ministerio de Defensa recibió a Vólkov el jefe de la sección política del ejército afgano. El general, de pelo cano y cejas negras, con uniforme cuajado de galones rojos, se acercó a un gran mapa y señaló la región de Kandahar, con la verde lengua de un valle vitícola: allí era donde desplegaban mayor actividad los terroristas escondidos en las aldeas. Señaló luego con el dedo el triángulo del desierto de Registán junto a la frontera pakistaní: por allí era donde con mayor intensidad se infiltraban las bandas de terroristas. Para luchar contra ellas se había formado un regimiento de choque compuesto casi íntegramente por voluntarios. El jefe del destacamento aerotrasportado ya sabía que volaría con ellos un periodista soviético.

En el frío y desierto pasillo del ministerio, Vólkov apenas si reconoció de buenas a primeras a Saíd Ismaíl, uniformado de pies a

cabeza y ceñido por un correa. Sólo su rostro de nariz aguileña y blandos labios era tan simpático y familiar como siempre.

—¡Quiere decir que volamos juntos! —Saíd no pudo contenerse y abrazó levemente a Vólkov—. Debo recoger sección política carteles y volantes. El avión, mañana. ¡Otra vez juntos, Iván! Puede que de allí vaya Herat. De allí más fácil volar. Sí, Iván, ¿recuerdas viejo hazara? ¡El principal de los viejos! Hoy vino a comité y dijo dónde estaban bombas y granadas. Dio plano y llevó gente él mismo. Nuestros encontraron muchas armas: tenían fábrica en casa de baños. ¡Ganamos!

Saíd se alejó sonriente, y Vólkov comprendió que, al decir “ganamos”, no se refería a la ocupación del depósito de armas clandestino, sino a la decisión del viejo, que había llevado el plano al comité de distrito.

Vólkov pasó por la embajada para comunicar su partida al agregado. Al regresar a donde había estacionado el coche, vio a Beloúsov, que iba y venía lenta y pesadamente, con un sombrero de cuero de angostas alas. Su espalda encorvada, sus manos hundidas en los bolsillos y el movimiento que imprimía a su cabeza el compás de sus pasos recordó a Vólkov al Beloúsov de la juventud, y ello le hizo sentir dolor por su ex amigo y por sí mismo, por el tiempo que se había ido para nunca volver. Vólkov se acercó con la intención de saludarlo con la cabeza, de paso, subir al coche y marcharse.

—¡Iván! —lo llamó Beloúsov—. ¿No me llevarías al hotel? Me he atascado aquí, ¿sabes? No hay coche. Todos van a otros sitios...

Su tono expresaba inseguridad y turbación. Vólkov se sintió también confuso y le abrió la portezuela. Viajaba por Kabul sintiendo la silenciosa cercanía del otro, su tensión nerviosa. Desde la escaramuza que habían tenido en casa de los Karnaújov y desde la noche en que habían ido, dándose la espalda, en el transporte blindado que los evacuara del hotel, sólo se habían visto de paso y casi no se

habían saludado. Ahora cruzaban Kabul, casi seca después de la nieve de la mañana, bañada por el sol. En una mezquita relumbraron los azulejos, cuando el coche torcía una esquina.

— ¿Sabes, Iván? — dijo Beloúsov —, vine a Kabul con la esperanza de verte y buscaba ese encuentro. Resultó una estupidez. Créeme, no lo quería. Deseaba todo lo contrario...

A Vólkov, aquel encuentro con su ex amigo le parecía ahora no causal, sino intencionado, casi inevitable; a través de los altercados y las divergencias, aquel encuentro en el fin del mundo vinculaba, por su carácter no fortuito, el pasado y el futuro, decía que nada había terminado, que todo continuaba y había de tener en el porvenir su culminación.

— Mañana vuelo a Moscú — dijo Beloúsov —. Posiblemente vea a Ania. ¿Qué le digo?

— Dile que todo marcha bien. Pienso en ella, en el tiempo en que nos queríamos. Ojalá que sea feliz. Dile eso.

*

Marina lo recibió radiante de alegría, pero dispuesta a entristecerse si él estaba triste y a alegrarse si él se sentía alegre, y Vólkov no se atrevió a decirle que partiría al día siguiente: “Hay tiempo, se lo diré después”, pensó.

Fueron al barrio comercial de la ciudad y, luego, a la Chicken Street, colmada de tapices y armas antiguas, donde en las vitrinas refulgían calderos y samovares de bronce. En la tienda de antigüedades en donde entraron, los collares allí colgados y las gemas expuestas en bandejas ponían en el local alegres pinceladas de distintos colores.

—Quiero hacerte un regalo.

Vólkov, llamó al dueño, que se puso a abrir arquetas y cofrecillos en los que había racimos, ovillos de cadenillas forjadas, de amuletos, de frágiles filigranas con refulgentes piedras, objetos hechos por anónimos orfebres afganos en diminutos yunques en la penumbra de tiendas y chozas. Aquellos objetos guardaban memoria de hombros y muñecas femeninas, de campamentos de nómadas en abrasadores desiertos, de ondulantes mares cálidos, de bodas y funerales. Las personas que los habían usado habían envejecido y desaparecido, y los objetos mismos, dejando de tintinear y de refulgir, se habían acumulado en aquella tienda de Kabul, entre polvorientas pistolas y deslustradas monedas indias.

—Esto —dijo Vólkov al dueño de la tienda, dejando sobre el mostrador un brazalete, una sortija y un collar de lazurita, montada en filigranas de plata—. Y esto —agregó, eligiendo un collar de jaspe, un brazalete, una tumbaga y un pesado colgante facetado, que parecían gotas verdes tomadas de cálidas lagunas indias en las que rielara la luna—, Y esto, y esto también...

El mostrador era un reverbero de piedras finas. El dueño mostraba con movimientos blandos y hábiles macizas sortijas y colgantes con una sola gema. Vólkov dijo a Marina: —Mira, quiero regalarte todo esto.

—¿A mí? ¿Todo esto? —exclamó la mujer ahogadamente—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—Algo maravilloso —respondió Vólkov, mientras pagaba, entregando al dueño de la tienda casi todo su dinero, antes de recoger el voluminoso paquete. “Algún día —pensaba—, dentro de muchos años, en una nevada tarde moscovita, cuando sople la ventisca, reine en torno la oscuridad y sintamos ya el peso de los años, tal vez abramos una arqueta y saquemos de ella las cornalinas y el jaspe, que

nos harán retornar milagrosamente a estos días y a la juventud y belleza de nuestro encuentro.”

*

Los colgantes y los collares de gemas yacían en la mesa. Las cortinas estaban descorridas. Las estrellas prometían tiempo propicio para el vuelo. Vólkov tenía la sensación de esos minutos preciosos pero fugaces, y de la fragilidad de su mundo de cristal. Marina decía: — Dime, ¿acaso es mucho lo que he pedido? Quiero que vivamos. No ansío ni riqueza ni gloria para ninguno de los dos. Sólo anhelo paz y amor. ¿Me oyes? Sólo paz y amor.

—Te oigo —respondió él—. Paz y amor.

Le parecía que estaba inmóvil y que por delante pasaban en solemnes y gigantescas bandadas heladas estrellas, cumbres espolvoreadas de nieve, la casa de Marina, muy cercana, y todo aquello se deslizaba fugaz, pero él debía antes contemplarlo debidamente. Había una gran mansedumbre, y una fusión orgánica con la esfera trasparente ante la que pasaban los prados, los bosquecillos, las nieblas, las campanillas de lomas lejanas, y todo debía mirarlo hasta saciarse y grabarlo bien en su memoria.

Capítulo 17

LAS pesadas máquinas de verdes blindajes polvorientos formaban en cuadro, y por un hueco, entre las orugas y los cañones, surgían ante la vista los lejanos montes azules, el valle y una yunta de bueyes que se movían en un campo velado por la niebla. El labrador, apenas visible, seguía lentamente al arado, pasaba, se ocultaba tras un tanque, desaparecía, y no se veía ya más que el terciopelo húmedo del sembrado, el reverberar del valle azul y el lejano refulgir de las nieves. Pero detrás de una torreta reaparecían los bueyes, la gotita blanca del turbante, y el labriego abría lenta y acompasadamente su surco hasta otro carro de combate, volviendo a ocultarse tras su torreta. Vólkov esperaba con impaciencia a que el labriego, invisible, diera la vuelta en la punta de su campo y se dejara ver de nuevo, estirando su fino hilo, cosiendo con su arado de madera los cantos de los blindajes, envolviéndolos en la telaraña de la vida, eterna y frágil red.

La unidad militar soviética había dispuesto sus tiendas de campaña, sus furgones, trasportes y tanques en una antigua ruta de caravanas, que partía de Pakistán y cruzaba el desierto de Helmand. Siguiendo esa ruta, por los cauces de ríos secos, a través de llanuras arcillosas y médanos, adoptando durante el día la apariencia de tiendas de nómadas y encendiendo por las noches las luces de posición, rodaban caravanas de Toyotas y Simurgs con armas y terroristas, tratando de llegar de la fronteras a la zona verde de Kandahar, para infiltrarse en las aldeas y desaparecer entre los huertos y las viñas.

El subjefe político de la unidad recibió a Vólkov como a un viejo conocido: con un fuerte apretón de manos y un abrazo fraternal.

Vólkov pasó el día entre las tripulaciones de los trasportes blindados, en una lisa estepa abierta a todos los vientos. Iba de transporte en transporte, escuchando los relatos de los soldados acerca de las marchas, el calor y los aguaceros. Anotaba apresuradamente en su bloc, procurando recoger nombres, observando hasta los granitos de arena que caían sobre sus papeles y las gotas de aceite de máquina que borronearon una línea con las palabras “aldea de Chizhi”.

En uno de los vehículos, los soldados se las ingeniaban para hacer tortillas de harina de centeno. Echaban harina sobre la tapa de la escotilla, amasaban la pasta y la extendían luego sobre el blindaje, preparándola para freírla en aceite hirviente, que burbujeaba en un improvisado hornillo alimentado a gasoil. Vólkov se metió en el vehículo, se tendió sobre un abrigo, entre palancas y visores, y se adormeció oyendo las voces de los soldados y quedos sonidos metálicos y percibiendo, a través del hierro, el leve olor de la harina. Algo rodó con estruendo, y una voz dijo, en tono de reproche: “¡Cómo no te da vergüenza, Kasímov, vas a despertar al camarada!” Otra voz respondió pesarosa: “¡Se me escapó de las manos!”. Se imaginó los queridos semblantes. Sus relatos ya los había consignado en el bloc. Habían ido a un hospital para donar su sangre a un camarada herido. No abandonaron su vehículo, envuelto en llamas, hicieron que se apeara el resto de la tripulación y lo metieron en el agua, para apagar el fuego. Sabía de ellos todo, además de lo que le habían contado, por sus quedas voces, por el olor de la masa, por los latidos de su propio corazón, que tanto los quería. En él continuaba germinando y acumulándose algo presto a fundir en un lingote toda la pasada experiencia de su alma. Sentía aquel crecer interno, que se producía al margen de todo esfuerzo. No era algo que forjara él mismo, sino fuerzas creadoras sin nombre, que lo iban dominando, daban aliento a todo lo existente en el mundo e impedían que éste se hundiera. “Kasímov, echa un poco más de harina que yo añadiré agua”. Sobre él, al otro lado del blindaje, amasaban harina de centeno.

Vólkov oyó que se acercaba un vehículo y se detenía. “¡Eh! panaderos, ¿dónde han metido al corresponsal?” Vólkov, al oír aquella voz, salió y vio que el ocaso ya había caído sobre la estepa. Lo buscaba el subjefe político.

*

El helicóptero se elevó sin esfuerzo, con sus aletas zumbando en el aire claro y soleado, y avanzó en ángulo por la pista salpicada de pegajoso alquitrán y marcas de los aviones que la golpeaban al decolar y al aterrizar.

Vólkov, sentado junto a una ventanilla, apartó con el pie una metralleta que yacía en el suelo y se puso a mirar las parduscas montañas, deshabitadas desde que el mundo era mundo, cubiertas de una manta de polvo, sin trochas, sin rastros, envueltas en viento y sol. A su pie verdeaban apenas las pequeñas parcelas de los labriegos, una tenue película de vida tensamente adherida a las rocas y los montes.

Los pilotos, con sus cascos laringofónicos, estaban sentados en la encristalada cabina. Un muchacho fornido había desplegado sobre sus rodillas un plano donde una línea punteada marcaba el itinerario de un batallón de vanguardia.

—¡Miren allí! —gritó un piloto, a través del rugir de las hélices—. ¡El desierto y las tiendas de nómadas! ¡Miren!

Vólkov pasó por encima de la metralleta al lado contrario del aparato, y por el redondo cristal sólo alcanzó a ver el purpúreo desierto.

De pronto distinguió unos puntitos negros. Miró al comandante y éste asintió con la cabeza. Vólkov comprendió: tiendas de nómadas, un campamento de hombres barbinegros con ojos de fuego, que

marchaban siguiendo el movimiento del sol y el crecer de las hierbas. Cerca del campamento había algo así como un puñado de semillas de amapola: “Son ovejas”, adivinó Vólkov. Una flecha punteada, inmóvil, que engrosaban visiblemente las sombras: una caravana. El desierto vivía, estaba poblado. Por el cruzaban caravanas, nacían ovejas, se alzaban tiendas de nómadas. Parecía que daba a luz y despedía de sus entrañas tribus y pueblos anónimos que, al salir de él, adquirirían nombre, construían ciudades, mezquitas y pagodas y se asentaban a lo largo de fértiles valles.

—¿Ve polvo allá delante? —gritó el piloto—, ¡Adelante, hacia donde volamos! Les damos alcance. Es una columna de tractores. ¡Digo que ahí van los tractores!

Lejos, entre rojizos espacios, vio una humosa protuberancia. Poco después pasaban sobre la azul y humosa columna. Eran tractores y transportes blindados, y Vólkov, entusiasmado, vio que desde abajo los saludaban agitando las manos.

El helicóptero se posó entre unos cerros arenosos y quedó inmóvil, sin detener las hélices, levantando un torbellino de polvo. Vólkov siguió al piloto pasando bajo las silbantes aletas, con los ojos cerrados por la arena que volaba y los labios apretados, sintiendo el polvo que le penetraba en la boca. Al abrir poco a poco los ojos, vio la reseca costra de la tierra, que partían los tacones del comandante, un blancuzco pedazo de una rama y hierbas muertas.

Subieron la ladera, y a su encuentro, desde atrás de una loma, desmoronándola con sus gruesas cubiertas, levantando con las ruedas chorros de arena, apareció un transporte blindado. Asomó su puntiaguda proa y dejó ver luego la torreta y la ametralladora, despidiendo gas por la popa. De la escotilla asomó una cara enmarcada en un casco, cubierta de polvo blancuzco, con los labios agrietados y los ojos azul pálido. Martínov, acalorado y sudoroso, oliendo a hierro y humo, abrazó a Vólkov.

—¿De dónde has salido, Iván? ¿Has caído del cielo? ¡Qué sorpresa! ¡Y nosotros andando y andando!

—Los veré en Chus Lahur. ¿Todo normal?

—¿Qué puede sucedernos a los que tenemos siete vidas, como los gatos?

Vólkov miró a Martínov y luego observó la columna de tractores azules, que echaban humo sobre los médanos, y a los rendidos conductores, tocados con turbantes y pañuelos. Miró también los trasportes blancos, como espolvoreados de harina, y los amados rostros que asomaban por las escotillas. Lejos de sus bosques y sus nieves, del Kremlin, del Volga, de las madres y las hermanas, una compañía soviética marchaba por el desierto, en el centro de Asia. En la patria, unos se casaban, otros contaban dinero, otros araban, otros bailaban... Que se detuvieran por un instante y vieran con los ojos del alma la compañía que cruzaba, muerta de cansancio, el desierto afgano y los conductores que se llevaban a los labios ácidas cantimploras de agua.

Capítulo 18

UNA numerosa banda de terroristas se disponía, según informaban los exploradores, a atacar Chus Lahur, el lugar donde se proyectaba repartir la tierra, la meta hacia la que se apresuraban los tractores para llegar antes de la siembra.

Un regimiento afgano listo para seguir avanzando, se había detenido en monolítico muro ante la barrera a rayas, dando tiempo a que se sumaran a él los últimos soldados, con correaes y cascos, y los últimos tanques, que hacían trepidar la tierra. La columna se hallaba bajo el sol, rugientes los motores, despidiendo humo. En las escotillas se erguían los conductores, con sus cascos puestos. En las cajas de los camiones se apretujaban los paracaidistas. Mirando la columna, que parecía un resorte comprimido, Vólkov sabía que en aquel mismo tiempo, cerca, en las casas del pueblo y en las viñas, había otros hombres, los enemigos que repartían armas, deliberaban, montaban puestos de guardia y corrían de un lado a otro con sus ropas ondeantes.

En la barraca de tablas del Estado Mayor, el coronel había reunido a los oficiales y les explicaba la misión que debían cumplir. Con gesto duro, una hinchada vena en la frente, pasaba la uña por el plano como si hiciera una incisión en el verde valle donde el nombre del pueblo aparecía dentro de un círculo rojo con la cifra "140": el número de hombres que integraban la banda.

—Sitio peor —dijo Saíd Ismaíl, y Vólkov agradeció a la suerte porque veía de nuevo el semblante viril y bondadoso, como si no se hubieran separado nunca—. Bandidos salen cada noche, disparan lanzagranadas, fusiles. Anoche incendiaron autobús. Ayer, dos

camiones. ¡Creo que hoy no escapan! —De nuevo volvió la cara hacia el comandante, y de nuevo explicó a Vólkov, que esperaba pacientemente—: Jefe dice qué hacer. Cómo actuar batallones. Bandidos están en viña, tiran desde hoyo. Corren por acequia, no se ven. Visten como hombre común, como labriego. Cavan tierra con azada. Pasa soldado, bandido toma fusil y le dispara espalda. Jefe enseña qué hacer. Cómo cuidar soldado, cómo cuidar gente.

Se acercó un guapo oficial de negro bigote, sonrió a Vólkov y dijo algo, asintiendo con la cabeza.

—Sardar dice que necesario entrar en combate cuanto antes. Cuanto antes batir enemigo. Victoria para revolución. Irá estudiar otra vez en instituto.

El joven oficial estaba impaciente y tenso, como un resorte comprimido, y se alegraba de su uniforme, de su nueva y crujiente pistolera, de su fusión con la mole metálica y humeante del regimiento dispuesto a lanzarse al combate. El jefe guardó el plano en el portamapas y se dirigió hacia la salida, seguido de los oficiales.

—¿Qué, en marcha? —preguntó Vólkov, rozando el brazo de Saíd.

El regimiento cruzaba la ciudad, que era un inmenso mosaico de trocitos azules y rojos. Vólkov iba sentado en la escotilla, sobre el frío e incómodo borde, mientras sentía en el pecho y en el rostro la fría y soleada presión del viento y captaba los olores de aquella población asiática. La vida en la que la columna había irrumpido parecía no advertirla, le cedía dócilmente espacio, como si fuera agua, y se cerraba detrás de ella en cuanto pasaba, pero de pronto Vólkov sintió que se fijaba en él una mirada hostil, lanzada desde la puerta de una tienda. Por un instante se descorrió la cortina de un *rickshaw* motorizado y brillaron una barba blanca como un lingote de plata y unos rápidos ojos que nada tenían de viejos. Entre la muchedumbre, en las

ventanitas y entre las ramas de los árboles desnudos, cubiertos de semillas, se le antojaba ver penetrantes miradas que los acompañaban, y, adelantándose a la tropa, volaba la noticia de sus movimientos, Vólkov se sintió a disgusto fuera de la escotilla y quiso deslizarse abajo, donde se movían las manos del conductor y parpadeaban las luces del tablero. Pero al lado, asido a la tapa de la escotilla vecina, iba Sardar, con sus anchos hombros muy erguidos, belicoso y marcial como un jinete. De todos los trasportes asomaban cabezas. Sardar metió la mano por la escotilla, sacó un abrigo y, sonriente, lo tendió a Vólkov, quien al ver el semblante joven, excitado e impaciente del oficial, lo aceptó agradecido y lo puso sobre el cortante borde.

Donde terminaba la ciudad se alzaban las altas torres de los silos. Todo quedó atrás. El regimiento iba abandonando la autopista. Levantando polvo, recorría un camino vecinal, sumiéndose entre desiertos huertos con tapias de adobes, en un laberinto de acequias y hoyas, donde dormitaban nudosas cepas cubiertas de hojas que parecían de latón.

La columna aminoró la velocidad, dividiéndose por batallones y compañías. Los soldados saltaban de los camiones y formaban. El regimiento rodeaba una aldea, aislándola del valle. Los camiones vacíos se alejaban. Los soldados, en formación, se ajustaban las metralletas y los cascos. El polvo se posaba lentamente sobre sus cabezas, descubriendo desiertas espesuras tras las tapias y las raras y deshabitadas torres de los secaderos de las viñas, con sus filas de ventanitas que parecían troneras. Los soldados miraban, llenos de tensión el vacío de las viñas, y ese vacío los miraba a ellos.

—Daremos batida tres lados —explicó Saíd Ismaíl a Vólkov—. Allí fortaleza, vive feudal. Todos acudir allí. Activistas ayudarán, conocen a bandidos. —Señaló a dos afganos con bombachos y chaquetas, que se tocaban con pañuelos y llevaban sendas metralletas al hombro. Ambos saludaron a Vólkov con leve inclinación; asidos nerviosamente a las correas de sus armas, observaban la cercana aldea

que estaba semioculta entre huertos—. Son gente nuestra, buenos activistas del Partido. Terroristas llegar y matar activistas. A sus familias asesinaron bandas de contrarrevolucionarios. Este es Miamuhammad. —Uno de los activistas, de atezado rostro picado de viruelas, se volvió al oír su nombre—. Bandidos ataron a padre con cuerda, arrastraron por toda aldea, golpearon con piedra, cuchillo y palo, y la gente miraba y tenía miedo. Mataron padre. Este es Yarmuhammad. —El otro afgano levantó su cetrino semblante de ojos negros como el carbón—. Quemaron en fuego su hermano, mataron mujer, mataron hijos. Solo del todo. Ambos venir con nosotros, mostrar quién enemigo y quién amigo. Conocen cara del enemigo. Ayudarán.

Ambos afganos, aunque no entendían, asentían con la cabeza y se movían impacientes, ansiosos de partir.

Vólkov se unió a los oficiales de Estado Mayor, al radiotelegrafista y a los tiradores de metralleta —unos diez— que acompañaban al jefe del regimiento. Sardar los siguió con la mirada, descontento de tener que quedarse en la retaguardia con el jefe. Caminaban por una calleja estrecha como el cauce de un arroyuelo, entre compactos muros de adobes. Vólkov contemplaba su sombra, que se deslizaba por la amarillenta tapia, sintiendo que hacía muy poco, antes de que ellos aparecieran, allí había vida. Se había alejado asustada, dejando las huellas de su presencia. El agua llenaba el seco fondo de una acequia —por lo visto acababan de levantar la compuerta —, arrastrando pajas y hojarasca. En la tierra, entre las huellas de ovejas, se veía una cinta roja que nadie había pisado y el polvo aún no había cubierto. Apoyado a una piedra, un retorcido tronco mostraba recientes huellas del hacha, entre rosadas astillas que habían saltado muy poco atrás; allí mismo yacía un pico.

Vólkov caminaba, percibiendo el pulso de la vida que se ocultaba tras la amarilla tapia, por la que se deslizaba su sombra. La radio chirriaba.

Súbitamente se abrió una puerta en la tapia. Salió a la calleja una niña descalza, de negras trencitas, que se encontraba bajo el peso de un cántaro. Se dirigió hacia los soldados, ofreciéndoles la vasija. Ellos la rodearon solícitamente, tomaron con cuidado el cántaro y lo fueron pasando de modo que cada uno lo acercaba a sus labios para beber. El coronel bebió un trago, Sardar hizo lo mismo y luego se pasó la mano por sus brillantes y rojos labios. Vólkov bebió sorbos de agua pura y fría, escuchando cómo repercutía en el cántaro, ya medio vacío, el ruido de su respiración. Los activistas, Miamuhammad y Yarmuhammad, aguzado el oído, miraban por encima de la tapia y apretaban sus metrallas. Pero todo estaba en calma. Cerca las invisibles filas de soldados batían los huertos y los secaderos, abriéndose paso por acequias y hoyos.

Se entreabrió otra puerta. Un grueso y corpulento hombre de blanco albornoz y renegrida barba salió por ella, llevando en brazos a un chiquilín de abultado vientre. Como si se escudara con él, sonreía, mostrando un hueco en su fuerte dentadura. El coronel le hizo unas preguntas. El hombre respondió, señalando a lo largo de la calleja. El coronel se dirigió hacia el final de ella. Vólkov lo siguió, lamentando no haber visto el interior de la casa.

—Tienen miedo —dijo el coronel—. Le pregunté si en Nagahán hay una banda, y el viejo responde que no sabe nada. Otro dice: los bandidos se encuentran aquí, en la aldea, hace poco que cruzaron la calle. Pero nadie sabe dónde están ni quién los oculta. Tienen miedo. Temen que nos marchemos y que la banda asesine entonces a ellos y a sus familiares, si nos han dicho algo.

El impasible coronel caminaba rápidamente, sin ocultarse, por el medio de la calleja. A Vólkov se le antojó que se exponía a que pudieran dispararle un tiro porque estaba cansado de su vida solitaria después de la muerte inesperada de su esposa. Se metieron por una puerta abierta y se vieron en el espacioso patio de la mezquita del lugar. En el suelo, a la sombra, había una estera de lana de vivos

colores. Apareció un majestuoso mulhá de cabellos grises, cuyas manos temblaron cuando los invitó a tomar asiento en la estera. De la mezquita empezaron a salir ancianos de blancas barbas, con cayados, que se apoyaban unos a otros, y se vieron rodeados de turbantes y de rostros con negras arrugas y ojos cegatos. Habían abandonado sus lechos, sobreponiéndose a la senectud y las enfermedades, para celebrar consejo y determinar qué debían hacer con las mujeres y los niños si se comenzaba a disparar y a matar en la aldea, Miamuhammad y Yarmuhammad se acercaron al grupo de ancianos, escrutando sus caras. Los viejos los saludaban, inclinándose y diciendo *salam*; ellos respondían, les estrechaban respetuosamente las manos y, buscando a alguien con la mirada, se iban aproximando a las puertas de la mezquita. Vólkov los siguió. En la fría penumbra colgaban de la enjalbegada pared versículos del Corán en papel de plata, con marcos encristalados. Sobre esterillas de colores se veían cojines, barrigudas vasijas de cobre brillaban tenuemente.

—El mulhá nos ofrece té —dijo el coronel, señalando hacia la estera, en la que se iban sentando los viejos, cubriendo con sus albas vestiduras las flores de lana y procurando caber todos, como si se dispusieran a volar en ella—. ¿Quiere té?

Antes de que Vólkov pudiera responder, en la calleja sonó un disparo, cuyo estruendo pareció repercutir en el interior de un cántaro vacío. La detonación rompió el silencio, que se pobló de ráfagas de metrallata, cercanas al principio y luego cada vez más distantes. El tiroteo era denso, por salvas, y se convertía en un compacto tableteo sin orden ni concierto. Por encima de la tapia pasaban las balas trazadoras, pálidas y apagadas a la luz del sol; pasaban en abanico como líneas punteadas.

Ensoberdecido por el tiroteo, pero sintiendo alivio, casi alegría, y una aguda y torturante curiosidad, Vólkov observaba a la gente, viendo la misma expresión de susto, mezclada con desahogo que suponía que hubiera terminado la expectación y comenzado el

combate. Los tiradores de metralleta corrieron hacia la tapia y ocuparon posiciones. Dos, ayudándose uno al otro, treparon a la techumbre de la mezquita y se tendieron en ella. Sardar desabrochó la funda de la pistola y su mano buscó con impaciencia el arma. Parecía que el combate se aproximaba, envolviendo el templo, y a Vólkov lo acometió un pensamiento en el que se mezclaban miedo, incredulidad y certidumbre: “¿Será posible que mi vida acabe aquí, en el patio de una mezquita?”. Pero ahuyentó de inmediato ese pensamiento la reconfortante seguridad de que no era posible, de que la vida no podía quedar cortada en aquellos instantes, sino que debía continuar después del combate. Aquella fe se había convertido en sagacidad, en una prudencia casi animal, en deseos de ver y recordar.

El mulhá se dirigió al coronel, deseoso de decirle algo, con la mano derecha sobre el corazón, pero el coronel le dio la espalda, enojado, y se pegó a la radio que el soldado llevaba colgada de la espalda tratando de captar las órdenes en medio de los ruidos. Sardar, pálido de impaciencia, tendía con cada fibra de su ser hacia donde crepitaba el tiroteo, pero lo retenía la proximidad del jefe. Los activistas se hallaban a cierta distancia, reconcentrados, sombríos e inmóviles. Habían regresado a su aldea natal para vengar la muerte de sus seres queridos. Esperaban a que los llamasen. Al sonar los primeros disparos, los ancianos se sentaron todos en la estera, como si se salvaran de un segundo diluvio, suponiendo que así se harían invisibles, procurando que sus vestiduras y cayados quedaran encima de la pieza de fieltro, confiando en que volarían en ella lejos de aquella vida desgarrada por las explosiones, caótica y revuelta.

El tiroteo empezó a apagarse, a enmudecer, convirtiéndose en descargas aisladas y breves ráfagas en respuesta. Parecía que en la lucha se había alcanzado cierto equilibrio, que el combate se libraba con fuerzas iguales por ambas partes.

El coronel tendió los auriculares al jefe de Estado Mayor. Deslizó la mirada por el patio, la detuvo en Sardar, la bajó luego, observó a dos

oficiales de Estado Mayor que se hallaban a cierta distancia y volvió a mirar al joven. Lo llamó. Sardar se le acercó al instante, lleno de disposición, e hizo entrechocar bizarramente sus tacones. Mientras el jefe hablaba, lo miraba a la cara con sus ojos saltones llenos de devoción. Luego lo saludó marcialmente, se precipitó hacia los soldados, eligió a seis y sacó la pistola mientras corría con ellos. Dejó pasar a los soldados de a uno y luego los siguió al otro lado de la puerta.

—Han matado al jefe de una sección. —El coronel seguía con la mirada a Sardar—. Él va a ocupar su puesto.

Vólkov escribía apresuradamente, procurando que no se le escapara un solo detalle, mirando a los ancianos, a los soldados tendidos en la techumbre, a los oficiales de Estado Mayor y al radista. Se había apoderado de él una excitación ya conocida: el estado de lúcido y vivo contacto con una realidad que no había de repetirse. Pero junto con la actividad externa y la excitación percibía el hondo conocimiento interno de todos aquellos hombres, y de sí mismo transitoriamente olvidado pero no desaparecido, que había adquirido poco atrás y que anidaba en su corazón.

El tiroteo cobraba de nuevo fuerza y encono arrollando el equilibrio del combate, desplazándolo a un lado, alejándolo. Voló a lo alto sobre la cresta de la densa ola del tableteo de las metrallas y se dispersó, repercutiendo a los lados, en un espaciado tiroteo. El combate se desplegaba en todas partes, pero se percibían sus centros errantes. La radio recogía sus voces.

Vólkov vio que al final de la calle, entre las amarillas paredes de arenisca, surgían, como una visión, unos camellos. Avanzaban acompasada y perezosamente, llenando la calleja, indiferentes a las detonaciones. Delante, a lomo de asno, muy abiertas las piernas, iba un caravanero de roja tez, que vestía albornoz y turbante. La caravana se acercaba. Los soldados miraban desde la techumbre. Tras el último

camello cabalgaba, también en un asno, otro caravanero. Se mecían los sacos y las gibas, aparecían las sudaderas acolchadas; los camellos llevaban entretejidas en el pelo del cuello lanas de colores. La caravana cruzaba el lugar indiferente al combate, sin participar para nada en él, persiguiendo su propia meta invisible para los demás. Pasaba ya de largo, rozando con los sacos las paredes, emanando olor a bestias, llevándose las atezadas caras de los caravaneros bajo los turbantes.

El coronel hizo una seña a los soldados, que cortaron el paso a la caravana, detuvieron los asnos, sujetaron las sogas de los camellos e hicieron apearse a los caravaneros. La puerta de la mezquita seguía abierta. Se veía parte del patio, la estera y el grupo de ancianos que se apretujaban en ella, meciéndose como si navegaran en una frágil balsa. Los caravaneros se hallaban de pie entre los camellos, dócilmente abatidas las manos. Los soldados los cacheaban, palpándoles el pecho y las caderas. El coronel dio una orden. Se acercó a los camellos un zapador pertrechado de un buscaminas, que fue pasando por los coloridos rectángulos de las gruesas sudaderas acolchadas. El zapador inclinaba la cabeza, con unos auriculares negros. Los camellos, sacando despectivamente el belfo inferior, miraban por encima de las tapias y de los hombres. Los viejos se hacinaban sobre la alfombra, temerosos de pisar la amarilla y soleada tierra. El zapador pasaba su buscaminas por las sudaderas como si fuera una aspiradora de polvo. Se le unieron otros soldados. Rodearon a los animales y palparon la tela acolchada. Dos abrieron cuidadosamente sendas costuras, manejando con destreza sus machetes; metiendo el brazo hasta el codo en la sudadera, sacaron metrallas y cargadores, aparejados con cinta aislante. Dos cargadores se les escaparon de las manos y cayeron al suelo, las balas color de bronce brillaron al sol.

Los caravaneros miraban tranquilamente las armas que los soldados llevaban al coronel. Este, sin tocarlas, dijo algo. Un soldado corrió al patio y desapareció en la mezquita. Vólkov miraba los atezados semblantes de los caravaneros, sus flacos y musculosos

cuerpos y el grupo de ancianos que se veía por el hueco de la tapia.

El soldado regresó acompañado de los dos activistas, que se acercaron a los caravaneros y se quedaron inmóviles, mirándolos a la cara; luego dieron la vuelta bruscamente, los dos a un tiempo, y se acercaron al coronel. Miamuhammad, el picado de viruelas, dijo unas palabras en voz entrecortada y baja. El coronel asintió y miró de reojo a Vólkov, que se le acercaba mientras tendía la mano hacia los auriculares.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Vólkov.

—Ha reconocido a los dos. Participaron en la ejecución de su padre. Uno lo arrastraba, sujeto a una cuerda, detrás de su caballo. El otro lo golpeaba con una baqueta. Los dos pertenecen a la banda de terroristas. Querían escapar con la caravana.

Un teniente con casco se acercó corriendo al coronel, haciendo ya el saludo desde lejos. Vólkov advirtió que tenía las botas embarradas y una manga del uniforme llena de pinchosas y menudas semillas de alguna mala hierba. Mientras informaba, llegaron unos soldados, sucios de barro y con las metralletas también enfangadas, que llevaban torpemente entre cuatro, teniéndola de los ángulos, una manta a rayas que envolvía un cuerpo. Penetraron con dificultad por el hueco de la tapia. Dejaron su carga en el suelo, bajaron los ángulos de la manta, y Vólkov vio a Sardar, a quien reconoció por su corpulencia, su mentón afeitado, los labios y el negro bigote. Más arriba, donde poco atrás se hallaban sus ojos saltones y negros, veíase un monstruoso hueco lleno de sangre pegajosa como si un terrible golpe frontal hubiera detenido el reciente arrebató del joven, su afán de llegar al objetivo.

Se acercó el coronel, levemente fruncido el ceño, con una expresión de enojo, quizás contra sí mismo por haber enviado a Sardar, o tal vez contra el joven porque había perecido tontamente, o contra Vólkov, porque estaba allí y era testigo de todo eso.

Vólkov, estremecido, vio en el uniforme de Sardar aquellas mismas semillas con pinchos, recordando todavía cómo el joven corría por el patio anegado de sol y su sombra desaparecía alegremente.

Levantó la cabeza. Vio la puerta de la mezquita abierta. Un amarillo cuadrado de sol. La manta a rayas con el cuerpo de Sardar. Los ancianos agolpados en la estera. Las cabezas de los camellos, que rumiaban algo. Los tranquilos, inmóviles y atezados semblantes de los caravaneros, sus gargantas, de pronunciadas nueces, y sus manazas, caídas a lo largo de las caderas. Las caras sombrías y duras de los activistas, que se descolgaban sus metralletas. Miamuhammad dijo algo a los caravaneros, que dieron vuelta dócilmente y echaron a andar. Cuatro figuras, dos en blanco y dos en negro, se movían a lo largo del muro bañado por el sol. No caminaron largo rato. Los caravaneros se detuvieron y se volvieron hacia los otros. Vólkov miraba, incapaz de mover un dedo, cegado por el sol que ocultaba dentro de sí la oscura mancha de un eclipse: tan a punto de desmayarse se sintió en aquel instante. Restallaron dos breves ráfagas. Los dos de blanco cayeron, ambos hacia un mismo lado, a lo largo de la tapia, convirtiéndose en un solo cuerpo desmesuradamente largo. Los activistas se echaron al hombro las metralletas y volvieron sobre sus pasos. Por la puerta abierta se veía el cuerpo de Sardar y las vacilantes figuras de los ancianos encima de la estera.

Pasaron, jadeantes y apresurados, los servidores de los morteros, cardados con las aristadas placas de la base y los tubos de sus armas. Pasaron por entre la tapia y los camellos. El borde de una placa rozó a un camello, marcando en su lana un desparejo trazo. El coronel dejó pasar a los servidores de los morteros y luego echó a andar tras ellos. Vólkov, lo siguió presuroso, sin volver la cabeza, pero viendo todavía el bulto junto a la pared, sabiendo que llevaría aquella imagen consigo hasta el fin de sus días.

Salvando una acequia de rápidas aguas llegaron al lindero de la aldea. Entre los hoyos, las retorcidas cepas y las hierbas agostadas vio

Vólkov un secadero de uvas, construcción que recordaba una torre rematada por una cúpula, con negras filas de huecos, en uno de los cuales captó los pálidos fogonazos de una ametralladora que disparaba sobre las viñas; vio también el fuego de las ametralladoras que, en respuesta, llovieron sobre el secadero, llenando el aire de brillantes líneas de puntos.

Amparados por un montículo, los soldados fijaban los tubos en las placas. El coronel, manteniéndose de pie cuan alto era, sin ocultarse, daba órdenes, de espaldas al secadero. Se elevaron dos bengalas: una verde, indicando dónde se hallaban, cuerpo a tierra, los soldados, y la otra roja, que describió un amplio arco señalando hacia la posición del enemigo.

Vólkov se pegaba a la rojiza y seca tierra, a una fría y blanca cepa, que descansaba antes de la cosecha y guardaba las huellas de muchos años de amoroso cultivo. Miraba hacia el secadero. A su manga se habían adherido pinchosas simientes de maleza.

A su lado, tras de saltar de hoyo en hoyo, apareció Saíd Ismaíl, con el pelo alborotado, todo sudoroso. Un botón arrancado de cuajo, un sangrante arañazo en una mano. Mezclando el ruso y el afgano, decía, chupando la sangre de su herida: —Batir bandidos, todos huyeron. Quisieron todos huir Nagahán, pero nosotros no dejar. Uno muerto. Otro. Muchos se metieron en fortaleza, cerrar puertas y disparar fusil. Soldados atacar una vez. Mataron dos. Atacar otra vez. Muchos heridos. Yo digo: no se puede atacar, desde fortaleza dispara ametralladora, dispara fusil, muchas bajas. Yo gritar fortaleza: “¡Salir! ¡Entréguense prisioneros!” Ellos a mí disparar ametralladora. Allí no se puede atacar. Hay que disparar morteros. Batir la fortaleza. ¡Ataque luego!

Saíd Ismaíl volvió a chupar la sangre del arañazo y, ocultándose en las acequias secas, corrió a informar al coronel.

La batería se disponía a soltar una descarga. El coronel estaba de pie, expuesto a todos los disparos, indiferente a la muerte, a la suya y a la de los demás, cumpliendo con la precisión de una máquina la misión que le habían encomendado. Seguiría una detonación más. Otras muertes. Otro combate en la interminable sucesión. El coronel hizo una seña, bajando la mano, y la respuesta fue el tronar de los morteros, que envueltos en humo y en llamas, estremecieron los contornos del secadero, levantando una informe nube de polvo de adobes, dividiendo el secadero en dos: los dentados cimientos y el montón de cenizas que volaba oscureciendo el aire soleado.

De los hoyos, apartando el agostado verde, se alzaban los soldados y corrían hacia el secadero. Vólkov, arrastrado por su movimiento, se disponía a correr tras ellos, pero el coronel, Saíd Ismaíl y los oficiales de Estado Mayor se alejaron en dirección contraria. Recogiendo los tubos y las placas de sus armas, los siguieron rápidamente los servidores de los morteros.

Deteniéndose junto a la tapia misma, Vólkov vio que la batería de morteros orientaba los tubos hacia la fortaleza de gruesos muros de adobes, angulosas torres truncadas y desteñidas puertas azules, incrustadas en la muralla. No se veían las construcciones del interior, salvo los planos techados con manchas amarillas de los damáseos que habían puesto a secar allí. Llevaba a las puertas una avenida bordeada de árboles pelados, que dejaban pasar el sol. Parecían moreras. Alrededor los muros, pegadas a ellos y, más allá, dispersándose abigarradas hasta las mismas estribaciones de los montes, se apretujaban cuadradas parcelas de tierra, separadas unas de otras por pequeños terraplenes, llenas de agua, como si fueran artesas, unas del jugoso verde de brotes de arroz y otras, de un negro aceitoso que parecía de terciopelo. Tras la fortaleza, aislándola de las estribaciones, se hallaban los transportes y los tanques, que de lejos parecían pequeñas barras de acero, con las rayitas de las ametralladoras y los cañones. La compañía de asalto estaba cuerpo a tierra, esperando la orden de

ponerse en pie y lanzarse en pos del fuego de los morteros, irrumpir en las llamas y el humo y consumir la aniquilación de la banda. Luego montarían en los transportes, llevarían a ellos a los muertos y a los heridos y permanecerían sentados cansadamente, teniendo entre las rodillas las armas embarradas y maltrechas.

Pero mientras tanto azuleaban en el muro las puertas cerradas, susurraba la hierba seca, y sólo en las aspilleras fulguraban disparos de fusil y aparecían ráfagas de trasparente humo. Vólkov trazó mentalmente la trayectoria de los morteros a la fortaleza por el cielo sin nubes. Al minuto sonaría la descarga, destruiría la fortaleza, ese bastión feudal a cuyo alrededor, siguiendo estrechas huellas seculares, se movía la vida de la aldea.

Después de la batida en la aldea, las compañías se concentraban en torno a la fortaleza, tras las cercas. Miraban con impaciencia las torres y los morteros, en espera, del último asalto, del final de la operación. El coronel se comunicaba por radio con las tripulaciones de los carros blindados, que se hallaban a considerable distancia. Luego, se quitó los auriculares y se dirigió a la batería. Se aproximó rápidamente el jefe del batallón e informó que la unidad estaba dispuesta. Los servidores de los morteros se quedaron inmóviles, esperando órdenes. Saíd Ismaíl entornaba con gesto dolorido los ojos, como si no deseara ver la fortaleza condenada a la destrucción. El coronel miró su reloj, impasible, puntual, sin temor a los tiros, y fue levantando lentamente la mano.

En aquel mismo instante, los ancianos aparecieron en la calleja, formando un conmocionado y blanco tropel, entre balbuceos y gemidos, apoyándose en sus cayados y báculos, sacudiendo los turbantes. Se sostenían unos a otros, se apresuraban, daban traspiés, enredándose en sus largos ropajes. Delante iba el mulhá. Barriendo el polvo con su albornoz, decía algo, gritaba y hacía ademanes, para detener al coronel. Este quedó inmóvil, con la mano en alto. Se mantenía en el vacilante límite de la impaciencia, la irritación y la

voluntad presta a actuar. Bajó la mano lentamente, sin el gesto imperioso de la orden, y, con expresión de desagrado, se dirigió hacia los ancianos, que en seguida lo rodearon. El mulhá, apretándose la mano contra el corazón, movía los labios, enmarcados por la barba, se inclinaba y señalaba hacia la fortaleza.

Vólkov sacudió a Saíd Ismaíl, exigiendo que le tradujera. Veía en el albornoz del mulhá las mismas semillas que había visto en el uniforme de Sardar y en su propia ropa.

—El mulhá dice... —Saíd, temiendo perder una palabra, estiraba el cuello hacia la voz—. Dice que allí, en fortaleza, muchas mujeres y niños. Esa gente iba por casas, se llevaban a mujeres y niños. A los que no querían ir, pegaban y decían: vamos. No tirar. No hay que disparar cañones. Hijas, mujeres, niños pequeños. ¡Muchos!

El coronel apretaba despectivo los labios, enojado porque le impedían cumplir lúpida y celosamente la misión que le había sido encomendada. Su cara no respondía ni a los ruegos ni a las reverencias, que en cualquier momento podían convertirse en maldiciones, en tiros a traición. Él conocía el verdadero valor de aquellos ruegos, que entrañaban, en esencia, una sublevación fanática como la que le había quitado lo más caro, lo más querido. Estaba dispuesto a dar la señal a los morteros inmóviles, que apuntaban ya hacia la fortaleza.

—¿Qué les dice? —preguntó Vólkov expectante.

—Dice: ustedes mismos dieron a los bandidos sus mujeres y niños. No debieron hacerlo. No debieron dar a bandidos pan. No debieron darles ropa. Había que echar bandidos de la aldea. Hay que incorporarse ejército, llamar ejército, echar de aldea a bandidos. Ustedes mismos tienen culpa.

El mulhá hacía profundas reverencias, doblando trabajosamente su espalda reumática. Señalaba hacia el cielo, hacia la aldea, hacia la

fortaleza. Su rostro tenía una expresión desventurada. Saíd Ismaíl reflejaba aquella expresión de tormento.

—El mulhá dice: nosotros no dar esos bandidos pan y ropa. Ellos mismos venir y tomar. Llegaron de Pakistán, pegaban y mataban. Hoy fueron por casas, llevaron mujeres y niños allí, cerraron la fortaleza. No disparar cañón. Hay que ir, abrir puertas y sacar mujeres y niños.

El semblante del coronel expresaba irritación y rechazo. Tenía una manga salpicada de las mismas semillas pinchosas que se veían en el albornoz del mulhá.

El mulhá sacudía su barba y hacia girar sus ojos implorantes.

—Mulhá dice: no hay que enviar soldados abrir puertas: Iremos ancianos, diremos aquellos hombres que abran puertas y dejar salir mujeres y niños. Lo pediremos mucho, rezaremos. Si nos apresan y no nos dejan salir, entonces enviar soldados, decir a tus hombres: disparen cañones, disparen fusiles.

Estaban frente a frente. El coronel, magro, marcial, que hablaba un inglés perfecto, con el alma abrasada —había perdido a su mujer en la sedición—, y el mulhá rural, que había vivido toda su vida entre gente pobre e ignorante, entre ovejas y camellos y llegaba ya al ocaso de su vida. Ambos, tan distintos, eran hijos de un mismo pueblo, de una misma pena, de un mismo dolor. Ambos tenían en sus ropas esas punzantes semillas invernales.

El coronel asintió levemente. El mulhá, sin dejar de hacer reverencias, pero ya con una expresión distinta, se volvió hacia los ancianos, se irguió majestuosamente, y ellos, adelantando la cabeza hacia él, escucharon sus serenas palabras. El mulhá se ajustó bien el turbante, se estiró el albornoz y echó a andar por el camino, y la senil tropa, poniéndose en movimiento, lo siguió. Apoyaban en el polvo sus cayados, se sostenían unos a otros, caminaban al encuentro de las

aspilleras de la fortaleza y de las puertas azules. Todos los acompañaban con la mirada: los ametralladores, tendidos e inmóviles tras sus armas; los servidores de los morteros, prestos a disparar; la compañía de asalto, dispuesta a lanzarse al último ataque. Todos miraban cómo caminaban los ancianos, levantando con sus cayados nubes de frío y soleado polvo.

Súbitamente se abrieron las puertas y por ellas salieron, con crecientes alaridos, expulsados de allí por una fuerza invisible, mujeres con velos y niños de abigarradas ropas. Gritaban y extendían las manos como para escudarse de las armas que los apuntaban. Tras ellos, obstruyendo por un segundo las puertas, dispersando a esa muchedumbre vociferante, aparecieron unos jinetes, encabritando a sus caballos haciéndolos volver grupas, azotándolos con los látigos. Cada jinete llevaba una mujer atravesada ante la silla y, detrás, junto al fusil, un niño sujeto a su espalda. Ululando, con gran algarabía, dirigieron los caballos a lo largo del muro, bordeando la fortaleza, dejando atrás los árboles, hacia los oscuros sembrados, y al galope, inclinándose, volaron en fila india hacia el pie de los cerros. Los soldados se levantaron preparando sus rifles, pero el coronel les salió veloz al paso con voz metálica, rayana en alarido, y les hizo una señal prohibitiva con la mano, separando de los pavonados cañones a los jinetes lanzados al galope, a los niños y a los ancianos. Corrió hacia la radio y, apresurándose, llamó a las tripulaciones de los trasportes blindados y los tanques, para prohibirles disparar. Todos habían quedado de una pieza, el dedo en el gatillo, mirando a los ancianos, a las mujeres que corrían hacia ellos, y a los jinetes que se alejaban. Vólkov vio el turbante azul intenso de un jinete y el amarillo fulgor de un estribo de cobre a la luz del sol y siguió con la mirada la pequeña figura de la mujer atravesada en la parte posterior de la montura hasta que se perdieron a lo lejos.

Capítulo 19

DE nuevo estaban todos juntos, reunidos en el centro de Asia, en la aldea de Chus Lahur. Los tractores habían llegado por los arenales, y la gente acudía en densa muchedumbre a su encuentro, con cántaros de agua fresca, panes calientes y maduras granadas. Los soldados, rendidos, se hallaban en la linde de la aldea, se lavaban en una acequia, partían con sus cuchillos las aplastadas esferas rojas de las granadas de Kandahar y hacían trepar a los chiquillos a los trasportes blindados.

Vólkov, Saíd Ismaíl y Martínov se dirigieron a la fragua del lugar, donde los afganos reparaban los arados y los tractores, apresurándose para terminar antes del reparto de la tierra —que se haría al día siguiente— y de la siembra. Vólkov miraba los árboles bañados de sol, a punto de florecer, y las casas de techumbres en forma de cúpula, que parecían henchidos panes en el interior de un horno. En los patios limpiaban los bueyes y preparaban sacos y vasijas con grano. Cerca de la fragua, bajo un cobertizo de tablas, había un tractor con el capó levantado. En el hierro azul se veía, en rojo, la conocida inscripción “Amistad”, perforada por balas, con manchas negras, y Vólkov se acercó lleno de alegría a la máquina como a un ser vivo que hubiera escapado de la muerte después de una prueba de fuego.

Entraron en la fragua y observaron sin acercarse, temiendo estorbar, cómo trabajaban los herreros.

Vólkov miraba el tractor y recordaba a Nil Timoíévich, que había dejado en el hierro azul su apresurada rúbrica. Pensaba cuántas cosas habían sucedido desde el reciente mitin en Termez y cuánto habían visto en su camino los tractores. Cuántas manos, malvadas unas y bondadosas otras, se habían tendido hacia ellos y dejado su huella en

el metal. Por fin, tras de cruzar montañas y desiertos, habían llegado a aquella aldea perdida, para hacer realidad los sueños de los labriegos.

Chisporroteaba y salpicaba fuego la pequeña fragua. En ella llameaba una barra de acero. Un hombre muy fornido, con la camisa desabrochada, accionaba el fuelle. Sujetó con las tenazas una pesada clavija, la dejó caer sobre el yunque y abatió sobre ella el martillo. El golpe, torpe, hizo que el metal escapara de las tenazas y cayera al suelo. El herrero lo levantó, enojado, y martilleó otra vez desafortunadamente: le faltaba espacio para blandir bien el mazo. Vólkov se acercó, tomó las tenazas con la barra, el otro dio un paso atrás, volteó la pesada herramienta y descargó un golpe sonoro y certero, que aplastó el metal.

Martínov se acercó rápidamente al fuelle y se puso a accionarlo, con una sonrisa bajo su enhiesto bigote. El fortachón golpeaba y golpeaba, indicando a Vólkov con movimientos de cejas y los labios lo que debía hacer. El periodista daba vueltas sobre el yunque el metal al rojo, captando a través de él, y de las tenazas y de sus tensos músculos la fuerza de los tremendos golpes y el calor de la sibilante llama.

—¡Así, Iván, golpea! —decía Saíd Ismaíl, meciéndose al compás de los golpes, todo él envuelto en chispas y reflejos encendidos—. ¡Nosotros golpear bandidos! ¡Golpea imperialismo! ¡Bien! ¡Siembra trigo! ¡Bien! ¡Ver a mujer! ¡Bien! ¡Da tierra a pobres! ¡Bien!

Terminaron de forjar el tirante. Al rojo vivo, lo arrojaron a la tinaja, donde rechinó, despidiendo vapor. Acalorados, bebieron agua, pasándose unos a otros la cantimplora. Bebió Vólkov, echándose agua al pecho. Bebió Martínov, pegando sus bigotes a la vasija. Refrescó sus labios el fortachón, jadeante. Bebió Saíd Ismaíl. Bebieron todos de una misma cantimplora.

Por la mañana, desde muy temprano, la gente empezó a congregarse en la linde de la aldea. Soldados afganos, con uniformes y

gorros de tosca lana, jóvenes y viejos campesinos con los blancos turbantes de los días festivos. Los chicos, descalzos, vestidos con trapos multicolores, tiraban de los hilos de sus cometas. Los soldados soviéticos llevaban puestos sus abrigos sudados y resudados, que el sol había desteñido. Se sentaban en el suelo los más ancianos, con semblantes que recordaban ciruelas pasas cubiertas de polvo. Había llegado del desierto un grupo de nómadas, con los cabellos desgredados y negras barbas. Los músicos habían dejado sobre unas esterillas sus tambores, panderos e instrumentos de cuerda, que parecían calabazas secas.

Sobre una tosca mesa blanqueaban unos papeles que sujetaba una piedra. Junto a la mesa se habían reunido los funcionarios del Partido del distrito, con unos lazos rojos prendidos de sus vestiduras. Entre ellos se encontraba el coronel Aziz Muhammad con su inmóvil semblante de bronce. A su lado se veía el blanquecino bigote de Martínov y Saíd Ismaíl, solemne e inspirado, se preparaba para pronunciar su discurso.

Vólkov miraba a los labriegos, medidos, pero llenos de impaciencia, como si en el interior de cada uno de ellos se hubiera acumulado la espera de siglos, como si incontables generaciones de hombres que habían nacido y muerto hubieran resucitado y miraran por los ojos de los presentes las uniformes parcelas ávidas de agua y de simiente. Esta vez esperaban y creían que la tierra y el agua que se les daba pronto les traería felicidad.

El secretario del comité de distrito habló larga y encendidamente. Señalaba ya hacia el horno del desierto, ya hacia las verdes aguas del río, ya al cielo, poniéndolos por testigos. Todos le escuchaban, todos lo comprendían, tanto el herido con la cabeza vendada como el anciano de tez casi negra y el larguirucho campesino que se apoyaba en una escuadra de agrimensor. Escuchaban también los que poco atrás forjaban en la pequeña fragua el tirante para un arado. A un lado, refulgentes sus cristales, podía verse un tractor azul decorado con toda

clase de dijes y chucherías; sobre el techo de la cabina mostraba sus colores un tapiz que recordaba una rica gualdrapa.

Habló Saíd Ismaíl. Vólkov, recordando su rostro contraído por el dolor y la ira durante el *putsch* y los combates, comprendió que esta vez no hablaba de sangre ni de balas, sino de granos de trigo impacientes por caer en los surcos. Saíd retiró la piedra que oprimía los papeles y los levantó, susurrantes. Luego se puso a llamar, uno por uno, a los campesinos pobres. Les entregaba las escrituras de propiedad de la tierra, y los campesinos tomaban con ambas manos los temblequeantes papeles, los apretaban contra su pecho, temiendo que se los pudiera llevar el viento, y miraban ya a sus parientes, ya hacia el cercano campo, no creyendo que fuera suyo.

Se hicieron oír los panderos, los instrumentos de cuerda y los tambores, y pareció como si el viento hubiera arrancado a la gente de su sitio. Se precipitaron hacia las parcelas, al comienzo en denso tropel, empujándose, y luego, dispersos, cada cual por su lado, corriendo, las ropas ondeantes, como queriendo asir el aire con las manos, como si desearan abrazar algo inmenso, que volaba a su encuentro. Al llegar a las parcelas, caían de bruces, besaban la tierra y musitaban algo. Sus familiares los rodeaban y los levantaban del suelo. Medían sus parcelas llamándose unos a otros, jóvenes y viejos, y caminaban descalzos por sus parcelas como si quisieran dejar todas las huellas posibles para ligarlas más estrechamente a sí mismos.

Corrían a lo largo de la acequia con palas, para abrir las boquetas. El agua empezaba a fluir en incontables regueros refulgentes por la tierra y desaparecía al instante en el suelo seco, que hasta entonces no había conocido su caricia. La tierra comenzó a negrear; una fuerza húmeda y jugosa la fecundaba, envolviendo el campo en una luminiscencia de cristal. El agua se fundía con la tierra. Los agrimensores y los músicos se mecían en el campo envueltos por una diáfana neblina, por el hálito de la tierra.

El secretario del comité de distrito del partido se dirigió hacia el tractor, llevando en la mano una lata de pintura. Levantó el capó. En el limpio hierro azul con remiendos soldados, huellas de balas, podía leerse la palabra “amistad”. El secretario tendió el pincel, invitando a la gente a firmar. Los labriegos se acercaban, mojaban solemnemente el pincel y firmaban. Los que no sabían escribir ponían un punto rojo.

Vólkov se acercó también, mojó el pincel en la pintura, firmó y se dijo que con ello comenzaba su reportaje junto a las parcelas de los campesinos en la aldea afgana de Chus Lahur.

Los panderos sonaron más alto. Treparon a la cabina del tractor un viejo mecánico de rostro atezado, que parecía de hierro y un joven radiante de alegría tocado con una *tiuheteika*. El tractor, alzando los arados y levantando polvo con los rastrillos, se dirigió lentamente hacia el campo. Todos lo siguieron, examinando los afilados agujones de las rejas, que tocaron la tierra, se hundieron en ella, la desgarraron, levantando lomos y abriendo surcos triples que las gradas allanaban después. Los chicos corrían detrás haciendo sonar matracas y los músicos celebraban con sus panderos el nacimiento de los surcos.

Un soldado manco apretaba contra su pecho una plana vasija llena de amarillento trigo. Mirando bien dónde ponía los pies, se metió en el surco. A su lado, rozándolo con el hombro, se plantó el corpulento herrero. Se hicieron una seña con la cabeza, tomaron aliento a la vez y echaron a andar por el campo. El herrero tomaba en su manaza puñados de semillas y las arrojaba al surco. Los granos, invisibles, entraban en el seno de la tierra, dejándola grávida de la futura cosecha. Los hombres pisaban la tierra, sembrando cereal, esperanza y amor. Y después llevaron al campo una yunta de lustrosos bueyes negros, con los cuernos adornados de cascabeles y cintas. Los bueyes tiraban de unas gradas. Así avanzaban por el campo: delante el tractor, con el vistoso tapiz que recordaba una gualdrapa, y tras él, los sembradores, los músicos y la yunta de bueyes.

Vólkov compartía el alborozo general, y se le antojaba que junto con la muchedumbre, caminaban por el surco abierto, Nil Timoféevich y el soldado Shatrov, que no se sabía dónde estaba, los dos mecánicos víctimas de los bandidos y todos los demás caídos durante el camino. Le parecía que todos habían revivido y marchaban por el surco para acompañar al jubiloso tropel.

*

Viajaban por la carretera vacía, entre arenosos terraplenes bañados por el sol, desarrollando en las rectas gran velocidad, que aminoraban al tomar las curvas, apretando contra sí las metralletas. Después de cada viraje volvían a velocidad, tanta que el metal gemía y trepitaba. Martínov, sentado delante, excitado por la celeridad del coche, pasaba el brazo por los flacos hombros del chófer y le repetía una y otra vez: —¡Dale, Adbullah, date prisa!

El chófer asentía con una amplia sonrisa y apretaba el acelerador. La carrocería del coche comenzaba a gemir, y los bordes de la carretera se convertían en un reguero de sol sin contornos definidos.

Vólkov sintió inquietud en los primeros kilómetros, cuando acababan de abandonar la población, se cruzaban con peatones, asnos y camionetas y veían a menudo aldeas, pero luego su temor se disipó, cediendo lugar a la sensación del espacio desierto que el coche desgarraba, del azul de las cumbres, de la aproximación a ellas y de la espera.

—¡Bueno, amigos —dijo Martínov, volviéndose hacia atrás con expresión alegre—, mañana es mi cumpleaños! Los míos ya estarán preparándose para cocer pastelitos. Mi mujer no los hace a menudo, cierto, tan sólo una vez al año. Pero ¡qué pastelitos! ¡De tres clases! Rellenos de col, rellenos de patatas y rellenos de manzanas.

—¡De verdad lo vamos a celebrar! Creo que tuve la previsión de guardar una botella de vino —dijo Vólkov.

—¡Me serviré un trozo de pastel relleno de patata! —rió Saíd.

—Mi querido Saíd, si estuviéramos en casa, te sentaría a la cabecera de la mesa y te hartaría de pasteles. Y diría a mi mujer y a mi suegra que ellas también te agasajaran. ¡Serías el invitado de honor!

—Yo seré invitado tuyo —asintió Saíd—. Y tú venir a mi casa en Herat. Y tú, Iván, los dos mis invitados. No habrá pastelillos, habrá pilav* y shashlik**.

Vólkov pegó la cara al cristal de la ventanilla. Abajo se veía un claro monte rojizo, que la carretera cruzaba en dos lugares. Al pie del monte rodeándolo con su brillo, fluía un río. Entre el río y el camino, allá en lo bajo, se percibía un diminuto árbol solitario, de sombra redonda, y al lado blanqueaba un animal, un asno o una cabra, y la vista de aquella ladera, del río azul y del árbol solitario con un ser vivo blanco al lado, hizo recordar a Vólkov algo que conocía. Por eso estuvo observando el árbol hasta que se ocultó y luego se puso a esperar que reapareciera.

—Tú, Iván, trae intérprete tuya —dijo Saíd Ismaíl—. ¿Sabes? —agregó dirigiéndose a Martínov—, tiene intérprete muy bonita.

Volvieron a la ladera, a su saliente inferior y, cobrando velocidad, corrían sobre el río mismo, sobre un ondulado rápido azul, casi negro, y Vólkov vio que entre el río y el borde de la carretera, extendidas sus nudosas ramas, se acercaba el árbol; el borriquillo blanco sujeto al tronco con una soga aguardaba pacientemente a alguien en la tierra pedregosa, desprovista de hierba. Vólkov miraba, seguro de que pasarían al lado como una exhalación, seguirían volando y él olvidaría eso para siempre.

—¿Sabes, Iván... —dijo Martínov, volviéndose hacia él.

Los sacudió una explosión, un golpe seco que desgarró el metal. Una llamarada densa y corta lanzó el jeep hacia la ladera, arrancándole pedazos y arrastrando la carrocería por las piedras. Dando golpes, el coche ascendió por la ladera, se detuvo luego y, con un estridente ruido de latas, rodó abajo, dando vueltas, cayó a la carretera y comenzó a arder.

Vólkov, aturdido por el dolor y cegado por la explosión, había salido despedido por la portezuela. Sin perder el conocimiento, sintiendo que la sangre manaba de su frente herida, vio que el coche daba vueltas y que enseguida aplastaría a Saíd Ismaíl que yacía en la ladera. Haciendo un esfuerzo enorme, con la energía que le inyectó el espanto, apartó de la cabeza del afgano la caja, que, dando tumbos, rodó hasta la carretera y se cubrió instantáneamente de llamas. Entre los restos del coche vio la encogida figura del chófer y a Martínov, que gritaba y se debatía. Corrió hacia los gritos, asombrándose de que pudiera moverse, y de un manotazo se quitó la sangre que le caía sobre las cejas. La portezuela delantera había sido arrancada, y el techo se había abollado, Martínov, preso en el cepo del metal, se sacudía y gritaba. Apoyando el pie en un montante, Vólkov tiró de él con todas sus fuerzas, para sacarlo de la humeante cabina a la carretera.

Vio la horripilante cara del chófer ya muerto, con un ojo saltado, sanguinolento, y con la boca abierta en un rictus que mostraba sus dientes. Al tender a Martínov en el asfalto, advirtió que tenía torcida una pierna, que arrastraba por el suelo un brazo y abría la boca, profiriendo gritos sin sentido, bajo el ensangrentado bigote; sus ojos azules habían perdido color y expresaban horror y sufrimiento.

Saíd Ismaíl se movió en la ladera. Intentó sentarse y volvió a caer de costado. Sin levantarse, apoyándose en una mano, fue deslizándose hacia abajo, y de vez en cuando se detenía, para palparse la cabeza. Cuando logró descender y ponerse trabajosamente de pie al borde de la carretera, restalló un disparo. La bala dio en el asfalto, dejó una marca blanca y, con lento y vibrante sonido, pasó volando por encima

de Vólkov.

—¡Llémoslo al otro lado de la cuneta! —gritó Vólkov, y entre los dos arrastraron por la tierra a Martínov, sin hacer caso de sus lamentos, lo pasaron al otro lado de la angosta cuneta y lo tendieron de espaldas tras un bajo parapeto de piedras. De allí no se veía la cumbre. Un despeñadero llevaba al río. En él, cerca, se hallaban el árbol solitario y el borrico blanco sujeto a él. Vólkov se recobró de su espanto y sus movimientos dejaron de ser automáticos. De nuevo sonó un disparo. La bala dio, susurrante, en el despeñadero y penetró en la grava.

—Una mina. Una emboscada. —Said, resollando y escupiendo, sostenía en vilo con la otra mano su muñeca fracturada— ¿Y el chófer?

—Muerto.

Vólkov miró la boca de Martínov, que se abría sin emitir sonido alguno.

—¿Qué tal, Martínov? —preguntó Said, inclinando hacia el compañero herido su cara llena de dolor.

Otro disparo. Al lado se elevó un pequeño surtidor de sol. Vólkov levantó la metralleta de Martínov y se la colgó del cuello, procurando no rozar la herida que tenía en la frente.

—¿Dónde tienes tu arma? —preguntó a Said.

—Quedó en el coche. Sólo esto. —Se levantó el blusón y sacó una pistola—. Sólo esto.

Todo les resultaba claro ahora: en la cima de la montaña estaban los tiradores que tarde o temprano bajarían a la carretera, donde todavía estaba ardiendo el coche. El bajo terraplén de grava tras el que se habían ocultado quedaba a salvo de los disparos desde la cumbre.

La abrupta pendiente que bajaba al río, con el árbol seco en medio, también estaba fuera de tiro. El vasto espacio iluminado por el sol de golpe quedó claro para ellos en toda la simplicidad de la vida o la muerte.

De nuevo sonó un disparo. La bala, sin tocar el parapeto, pasó a través del aire soleado y cayó, invisible, en el río, en el agua veloz y refulgente.

—Oye, trae el asno —dijo Vólkov a Saíd Ismail. El plano del terreno que los rodeaba era comprensible y sencillo—. Desde el monte no podrán acertarte. No alcanzarán. Si hace falta yo te protegeré, Acercó ante sí dos pedruscos, secos y claros por arriba y húmedos por abajo. Los juntó cuanto pudo. Lenta y prudentemente miró por encima de ellos. Del monte, de la cumbre, descendían tres hombres, de costado, sosteniendo en vilo los fusiles; dos se cubrían la cabeza con lienzos blancos; el otro llevaba un turbante azul. Vólkov disparó, apuntando al del turbante. No era buen tirador y, además, el monte, cambiando el volumen del espacioso y claro aire, engañaba. Los tres hombres dejaron de descender y volvieron arriba, ocultándose tras el borde. De allí dispararon varias descargas a través del humo del coche en llamas; se oyó el golpear de las balas en las piedras.

Vólkov se apartó de su aspillera de piedras y miró hacia atrás. Saíd estaba ya junto al árbol, desatando el asno.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Vólkov a Martínov—. ¿Qué tal?

Martínov miraba a lo alto con sus ojos azules llenos de lágrimas.

Saíd tiraba de la cuerda del asno. Ese animal subía dócil y mansamente, como si supiera que alguien lo había dejado allí adrede. Saíd se detuvo a cierta distancia, asegurándose que estaba fuera del alcance de los hombres ocultos en la cumbre. Sostenía en vilo su brazo roto y tiraba de la soga con el sano.

—Ahora —dijo Vólkov—, ¿cómo será mejor ponerlo sobre el asno? ¿A horcadas o atravesado? ¿Eh? ¿Cómo estarás mejor, Martínov?

Martínov no respondió; había cerrado los ojos. Respiraba trabajosamente como si estuviese perdiendo el conocimiento.

—Hay que poner vientre abajo —dijo Saíd Ismaíl.

Asieron a Martínov por las hombreras de su cazadora y arrastraron el cuerpo. Las botas del herido rozaron el suelo y los talones golpearon contra las piedras. Martínov gimió y meneó la cabeza.

—No es nada —dijo Vólkov—. No es nada, aguanta.

Otro disparo. La bala voló hacia el río. El borrico se estremeció y bajó sus blanquecinas y peludas orejas.

¡Levantémoslo, Saíd!

Entre los dos, con tres manos alzaron el cuerpo, pesado como un saco, y lo acomodaron sobre el lomo del asno. Bajo el peso de la carga, el animal movió con seco ruido sus cascos e hizo girar sus ojos rosados, de pestañas blanquecinas.

Martínov yacía sobre el lomo del asno, colgante su pelo pajizo, tocando casi el suelo con las manos y las punteras de las botas.

Tenía los ojos abiertos, casi desorbitados, y respiraba roncamente.

—¿No se caerá, Saíd?

Agachándose, Vólkov retornó a su improvisado parapeto. Por entre los pedruscos vio que esta vez cuatro hombres descendían del monte, tres con pañuelos blancos y el otro con su turbante de intenso azul. Metió el cañón de la metralleta entre las piedras y disparó hacia el

lejano punto azul, pero erró de nuevo. Volvió a disparar, y los hizo ocultarse tras la ladera de la montaña.

—¡Saíd, márchate!

—Iván, mejor quedarnos aquí —trató de objetar Saíd Ismaíl—. Tal vez mejor que esperemos. Vendrá transporte blindado.

—Puede que venga —asintió Vólkov—. Pero váyanse. Mientras yo esté aquí, no se atreverán a perseguirlos. Luego, cuando se hayan alejado, procuraré darles alcance o tal vez para entonces haya llegado el transporte.

Se miraron a la cara, valorando la real posibilidad de volver a verse. Saíd Ismaíl asintió con la cabeza, dio media vuelta y tiró del asno. El animal lo siguió dócilmente, moviendo sus finas patas, meciendo el cuerpo que llevaba encima. Las botas de Martínov golpeaban en las piedras, y Vólkov temía que pudiera caer, pero no caía; bajo el vientre del asno se sacudía la cabeza de pelo claro.

—¡Iván!

En respuesta al grito de Saíd Ismaíl, Vólkov le hizo un ademán instándolo a alejarse sin demora. Luego clavó los ojos en las piedras. Al no ver a nadie en la montaña, disparó y escuchó con qué rapidez se apagaba el sonido del disparo sin producir eco alguno. Saíd y el asno se alejaban y se veían ya sobre el fondo del refulgente río azul, en el que parecían diluirse. Volvió a mirar hacia el monte La sangre continuaba cayéndole de las cejas a los ojos. Se la limpió con la manga y luego con la palma de la mano, que, a su vez, restregó en el suelo, pues no quería ensangrentar la metralleta. El coche seguía ardiendo. El viento soplaba a lo largo de la carretera desierta o envolvía a Vólkov; entonces el monte parecía flotar y él procuraba observar más atentamente la ladera.

El asno ya estaba junto al río e iba disminuyendo de tamaño

mientras seguía alejándose y avanzando hacia el saliente tras el que se perdía el río. Vólkov observaba cómo se alejaban los hombres y el asno, parecía acuciarlos, deseaba que desapareciesen pero, al mismo tiempo los hubiera retenido, no hubiera dejado que se fueran: en verdad deseaba que se quedaran. Y cuando se desvanecieron tras el saliente sintió honda tristeza. El vacío despeñado rojizo; el río azul, extraño y candente; el árbol desnudo, que le hacía sentir hondo dolor; él mismo tendido, solo, junto a la carretera, envuelto en el humo del coche en llamas, y en lo alto, en el borde de la montaña acechaba la muerte, que llegaba inesperadamente y asumía la forma del monte, del río, del árbol.

“No puede ser tan simple..., pensaba. Cómo puede ser que toda mi vida, desde aquella callejuela cubierta de nieve, cuando yo entraba corriendo en casa, y todos estaban sentados a la mesa, la abuela, el abuelo... Todo eso existió alguna vez, y ahora, el cielo y el humo, el retorcido esqueleto del coche, y yo aquí, completamente solo...”

Volvió la cabeza con la esperanza de que de pronto apareciera de detrás del saliente Saíd Ismaíl, poniendo así fin a su soledad. Pero el río seguía corriendo y nadie aparecía. Miró a lo largo de la carretera deseando y pidiendo que surgiera, acercándose, el bramar de un motor y que un transporte blindado, bajo y largo como una lagartija, se deslizara sobre sus blandas ruedas. Entonces podría gritar y lanzarse de un impetuoso salto a los blandajes, a la redonda y oscura escotilla, donde lo recibirían manos fuertes y seguras.

Pero la carretera seguía desierta y el humo denso y acre pendía sobre el coche que seguía ardiendo con el cadáver del chófer.

Vólkov sacó del bolsillo del pecho el bloc, sus documentos y el bolígrafo. Abriendo con la mano un hoyo en la tierra seca, metió todo en él y luego lo cubrió, poniendo encima un liso pedazo de pizarra. Miró el reloj. “10 de marzo. Kilómetro X de la ruta Lash-kargakh-Kandahar. Las montañas. El río. El borde de la carretera. Estoy aquí

tendido sobre las rocas...”

Una bala dio en una piedra, cerca de su cabeza, y se percibió olor a pedernal partido. Otra bala silbó demasiado cerca amenazándolo y Vólkov, cerrando los ojos, se apretó contra el terraplén. Cuando, por fin, abrió los párpados, vio que de la cumbre bajaban unos hombres; contó ocho, y todos salían de detrás de la cresta y descendían lenta y cautelosamente; entre ellos, con el fusil suspendido en el aire, iba el del turbante azul. Seguían bajando, y Vólkov sintió el agudo deseo de levantarse de un salto y correr, confiando en la velocidad de sus piernas, hacia abajo, hacia el río, hacia el lugar por donde habían desaparecido sus amigos. Dominando su miedo, se repetía: “¡Por mis amigos, por mis amigos...!”

Los hombres seguían bajando del monte en espaciada fila india, prudentes y ágiles, con sus ondeantes vestiduras. Vencido ya su temor, puso el selector en la posición de tiro automático y, sintiendo el frío del metal, apretó contra él su cara, ardorosa y pulsante. Estaba tenso y miró hasta donde alcanzaba la vista. Y lo que veía se convirtió en un diminuto torbellino de bronce, en un pequeño embudo y se amplió en otro espacio y en otro tiempo, y en aquel espacio surgió otra tierra, con hierbas, con flores, con caminos abiertos por el viento, y ella, su amada, que bajaba del monte, resbalando en la hierba, y él, esperando su aproximación, viendo el querido semblante, la llamaba. Descendió raudamente del cielo un estornino negro e hirió su pupila. Observó a través de la mira sin dejar de apuntar al montañas del turbante azul. Procuraba respirar acompasadamente, tranquilizar su agitado pecho, como le habían enseñado en otros tiempos.

A la distancia comenzaba en la desierta carretera, acompañado de un sordo fragor, un movimiento que se acercaba más y más rápidamente, y los del monte quedaron inmóviles, escuchando aquel ruido. Luego retrocedieron, corrieron ladera arriba.

El primer vehículo blindado verde de plana torreta, dejando olor

a combustible quemado, apareció en la carretera y lanzó una llamarada. Vólkov, sintiendo como si por encima de él rodara una alta ola de sol y humo, llevándose y barriendo una parte enorme de su vida salvándolo de la muerte, aplazándola para el futuro, se irguió sobre las piedras. Aspiró con ansia una y otra vez. Tragaba aquella luz y aquel aire. La posibilidad misma de vivir y de ver. Miraba la máquina de acero, que se acercaba acompañada del tableteo de su ametralladora.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de julio de 1984, en TALLERES GRAFICOS "YUNQUE" Combate de los Pozos 968, Cap.

SPECIAL_IMAGE-i1-REPLACE_ME

Alexandr Plojánov nació en 1938. Es actualmente uno de los más populares escritores soviéticos. Aviador civil y periodista, inició sus actividades literarias a los 29 años y su primer libro de cuentos y relatos fue publicado en 1971.

Como corresponsal de la revista Literaturnaia Gazeta vivió de cerca los críticos acontecimientos de Afganistán. Esta novela es el fruto de esta experiencia, un testimonio de la vida real recogido por un protagonista directo de los hechos.

EL ARBOL EN EL CENTRO DE KABUL es un reportaje desde el escenario de la revolución. Projánov, a través de una historia apasionante, traslada a las páginas de este libro, la vida, la lucha y la esperanza del Afganistán de hoy.

Notas a pie de página

* *Tiubeteika*: Especie de bonete, habitualmente con bellos bordados, que usan en Asia Central.

* *Basmach*: componente de las bandas nacionalistas contrarrevolucionarias que surgieron en Asia Central después de la Revolución de Octubre. Los *basmachis* fueron liquidados definitivamente en 1933.

* *Sovjós*: empresa agrícola estatal.

* PDPA: Partido Democrático Popular de Afganistán.

* Vestidura con capucha muy común entre los pueblos de Oriente Medio.

* *Argalí*: carnero salvaje.

* *Streléts*: Hombre de armas (infante) de tropas permanentes dotadas de armas de fuego, en la Rusia del siglo XVI-comienzos del XVIII.

* Plato de arroz con carne de cordero o de gallina y especias.

* Santorales del mes (en ruso *Cheti-Minei*): Recopilaciones de vidas de santos que se componían por meses en correspondencia con los días en que la Iglesia los festejaba.

* *Pilav*: Plato de arroz parecido a la paella.

** *Shashlik*: Plato a base de trocitos de carnero asados en broquetas.